

GOTHAM CHOPRA

en colaboración con
DEEPAK CHOPRA

*Tres generaciones,
dos perros y la búsqueda
de una vida feliz*



LECCIONES DE FELICIDAD



LECCIONES DE FELICIDAD

Gotham Chopra
y Deepak Chopra

Traducción de Carlos Abreu



Créditos

Primera edición: abril 2011

Título original: *Walking Wisdom*

Traducción: Carlos Abreu

© Gotham Chopra with Deepak Chopra, 2010

© Ediciones B, S.A., 2008

Concell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN: 978-84-666-4869-1

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Dedicatoria

*Para:
Krishu, Leela, Tara, Kiran, Noah, Alex, Aanya, Mira, Dakshu, Sumair, Cleo y
Nicholas. Todos sois mis bebés.*

Gracias por todo el cariño y los lametones.

Contenido

Agradecimientos

Introducción

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

Notas

Agradecimientos

Como toda gran experiencia, la de escribir este libro evolucionó a través de una confluencia de relaciones y acontecimientos.

Primero de todo, estaba el telón de fondo de mi increíble familia: la relación y la amistad siempre cambiantes con mi padre; el cariño y los cuidados de mi madre; el afecto y la compasión a distancia de mis parientes políticos; la sabiduría de mis abuelos; la vitalidad y la risa de mi extraordinaria esposa Candice, mi hijo Krishu, mi perrita *Cleo* y el recuerdo de *Nicholas*; y la orientación enriquecedora de mi «otra familia»: Mallika, Sumant, Tara, Leela y el cachorro *Yoda*.

Los siguientes: la gente fantástica de Trident Media Group, sobre todo Robert Gottlieb y Eileen Cope, que no sólo dejan en muy buen lugar la profesión de agente, sino que son, primero, mis amigos y, después, asesores expertos.

Brenda Copeland de Hyperion: me ayudaste a dar forma a esta idea absurda sobre mi padre y mi perro para convertirla en algo muy especial para mí, algo que me emociona y enorgullece compartir con mi familia y con el mundo. Te estaré eternamente agradecido. Por si fuera poco, tu creatividad en medio del caos me obligó a desarrollar una habilidad que yo había desdeñado alegremente durante varias décadas: la de ser ordenado. Supongo que debería estarte agradecido por eso también.

Por último, pero no por ello menos importante, quisiera mencionar a mi amigo Michael Jackson, que en paz descanse. Falleció mientras este libro empezaba a cobrar forma. Nos costó decidir hasta qué punto debíamos incluir su presencia en este libro, para homenajear sin abusar, para conmemorar sin saturar. Espero que hayamos estado a tu altura. Gracias por ser un amigo estupendo y una estrella auténtica. Descansa en paz, Applehead.

Gotham Chopra

Introducción

Obsesionados. No hay una palabra mejor para describirlo: estábamos obsesionados. Cuando yo tenía siete años y mi hermana Mallika once, conseguir un perro era lo único de lo que hablábamos y en lo que pensábamos. Reconozco que, entre todas las obsesiones que existen, ésta no era precisamente excepcional, pues la mayoría de los críos son fanáticos de los perros y los gatos, y casi todas las familias tienen que soportar esa fase. Pero cuando uno tiene siete años y durante todas las horas que pasa despierto tiene la mente ocupada en esta necesidad —este deseo desesperado y apremiante—, la idea de una experiencia universal no resulta tan importante. No se trataba de un rito de iniciación, sino de un asunto de vida o muerte. Y obrábamos en consecuencia.

Mallika y yo nos pasábamos todo el santo día dándoles la lata a nuestros padres. Les suplicábamos, les dábamos coba, les hacíamos promesas que sabíamos que no íbamos a cumplir. Yo me ofrecí a renunciar a mi paga semanal y a trabajar para pagar el pienso, y Mallika juró que bañaría al perro a diario. Nosotros nos encargáramos de pasearlo. Nos encargáramos de todo.

—Cuidaremos bien del perro, mamá. Te lo prometo —decía yo.

—Tú no tendrás que hacer nada. Para ti será casi como si el perro no existiera —decía Mallika.

Mi madre, siempre abierta a las negociaciones, aprovechó la ocasión para hacernos aceptar tareas que llevaba tiempo intentando endosarnos. Mi padre, por su parte, no daba el brazo a torcer. Como médico trabajador y pluriempleado, no tenía ningún interés en incorporar un miembro a la familia, y menos aún a uno de cuatro patas. Papá, que nunca había sido precisamente un amante de los perros, contemplaba el San Bernardo del vecino —una bestia torpe, descoordinada, pesada y siempre babeante— con un asco indisimulado. Por eso tenía la impresión de que todos los perros eran torpes, descoordinados, atolondrados y siempre babeantes... además de poco inteligentes.

La cosa podría haber acabado ahí, pero como solía ocurrir en nuestra familia, una vez que mi madre dio su visto bueno al proyecto, la opinión de mi padre ya no importaba demasiado.

Mallika y yo celebramos el aumento inminente de nuestra familia.

Los Chopra iban a tener un perro.

Nicholas era un torbellino de energía y anarquía, un pequeño cachorro de samoyedo que no era más que una bolita de pelo blanco y suave. A duras penas podíamos distinguir la parte de arriba de la de abajo. *Nicholas* era juguetón y algo payaso, y parecía ansioso por complacernos, pero, como la mayoría de los cachorros, no venía preparado para hacer nada bien. Sí, se orinaba donde no debía, y le daba por mordisquear cosas como la

pata de una mesa, el mango de una escoba o el cojín del sofá, ¿y qué? Estos actos simplemente lo hacían más adorable a nuestros ojos. Daba igual cómo se comportara o las travesuras que hiciera: Mallika y yo estábamos contentos, tremendamente contentos.

¿Cómo no íbamos a estarlo?

Nuestro sueño se había hecho realidad. Teníamos un cachorro.

Nicholas se pasaba casi todo el tiempo correteando por casa, forcejeando con juguetes de felpa y con esos huesitos que le comprábamos todos los días en la tienda de animales del barrio. Salía disparado de un extremo de la casa al otro con rapidez y agilidad. Cuando por fin lo alcanzábamos, nos lo encontrábamos muy concentrado destrozando una almohada o un mueble. Los zapatos le gustaban especialmente, y también los peluches que teníamos cada uno en nuestra habitación.

Los baños, que eran frecuentes al principio, cuando creíamos ingenuamente que podríamos mantenerlo limpio, se convertían en un maremágnum de espuma que por lo general finalizaba cuando *Nicholas* salía huyendo. Seguíamos el rastro resbaladizo y jabonoso por toda la casa desde el desván atestado de libros y por la sala de estar repleta de obras de arte hasta uno de los dormitorios, donde normalmente encontrábamos al cachorro mascando una almohada o haciendo pedazos uno de los muchos zapatos de plástico de colorines que tenía Mallika.

—En fin, qué le vamos a hacer. —Se encogía de hombros y recogía los restos desgarrados antes de tirar de *Nicholas* para darle un achuchón—. No es ninguna tragedia.

Sí que lo era, teniendo en cuenta lo importante que eran para mi hermana preadolescente sus zapatos.

—*Nicholas* es nuestro bebé —me aseguraba—. Nunca habrá nada comparable a él.

Y esto resumía bastante bien lo que sentíamos los dos.

Mi padre, mientras tanto, intentaba imponer la ley. Insistía en que mantuviéramos a *Nicholas* en el sótano de la casa, donde instalamos un complicado corralito-caseta para perros con comida y agua, juguetes, mantas y zapatos, ahora que sabíamos que le gustaban tanto. Pero *Nicholas* se pasó toda su primera noche con nosotros gimoteando y aullando. Sus gañidos resonaban por toda la casa. Ninguno de nosotros pudo pegar ojo. La primera noche del perro en el sótano resultó ser la última.

Durante los meses siguientes, *Nicholas* pasó rápidamente de ser una bola de pelo blanca a convertirse en un hermoso ejemplar canino de tamaño considerable. Aun así, pese a nuestros intentos desganados de educarlo, él nunca perdió del todo su comportamiento de cachorro. Era un torbellino de energía torpe, descoordinado, atolondrado y siempre babeante. La peor pesadilla de mi padre hecha realidad. Pero los demás estábamos prendados de él.

Nicholas se estaba convirtiendo en un miembro de la familia. Nuestros tres primos hermanos, que vivían a sólo quince minutos de nosotros, a las afueras de Boston —que considerábamos más como hermanos que como primos—, se presentaban casi a

diario para jugar y corretear con *Nicholas*. Más anarquía.

Sin embargo, mi padre se mantenía en sus trece. *Nicholas* debía permanecer encerrado en una habitación durante las comidas y, a menos que papá no estuviera mirando (en cuyo caso Mallika y yo le dábamos de extranjis a nuestro chico una ración de comida de persona), sólo podía comer pienso para perros. Y, aunque *Nicholas* había conseguido librarse del sótano, que Mallika y yo veíamos ahora casi como una mazmorra, sólo le estaba permitido acurrucarse con alguna pieza de ropa sucia al pie de mi cama o la de mi hermana. Órdenes del médico.

A pesar de sus protestas y de sus claras muestras de desaprobación, papá no tardó en encontrar otro motivo para interesarse por *Nicholas*. Incluso a nuestra tierna edad, tanto Mallika como yo habíamos aprendido a resistirnos a los experimentos de papá. Desde que tengo memoria, cuando él leía algo sobre una práctica o ritual, con frecuencia intentaba probarlo con nosotros: desde hipnotizarnos hasta ponernos a dieta, obligarnos a guardar silencio durante horas (para estimular nuestra creatividad, decía) o «comunicarnos con el universo» por medio de un tablero de güija para elevarnos a un estado de conciencia superior, fuera lo que fuese. Mallika y yo nos habíamos acostumbrado a ser los objetos de experimentación de mi padre, y nos lo tomábamos con una mezcla de irritación y espíritu de iniciativa. Mallika, un cerebritito de las matemáticas, ideó una escala móvil para que, según la intensidad del experimento, papá nos aumentara la paga semanal. Además, era tan amable como para llevar mis cuentas y cobrarme por ello, un acuerdo que me parecía razonable.

Nicholas, por otro lado, siempre estaba ávido de juegos nuevos, sobre todo si al final se le recompensaba con un hueso o una galleta para perros. Mostraba una aptitud notable para aprender trucos —desde quedarse quieto hasta coger una pelota, pasando por otras pruebas avanzadas con el sello Deepak Chopra— que olvidaba al instante en cuanto recibía su premio. Esto era una gran fuente de frustración para mi padre, admirador del científico Rupert Sheldrake, que concibió muchas teorías revolucionarias de la conciencia basadas en gran parte en su estudio del comportamiento animal. La conducta de *Nicholas*, por el contrario, parecía contradecir la hipótesis conjunta de Sheldrake y de papá según la cual la evolución de la inteligencia y la conciencia no debería depender de un hueso o una galletita.

—Seguro que Darwin contaba con animales mejores para sus experimentos —comentó papá, contrariado.

Yo no entendía de qué estaba hablando, pero Mallika las pescaba al vuelo.

—Podríamos conseguir otro perro —propuso—. Un perro adiestrado. Ya sabes..., para que puedas establecer una variable.

—No, gracias —replicó papá. El científico loco que llevaba dentro estaba decidido—. Trabajaré con lo que tengo.

Uno de los objetivos de mi padre en relación con *Nicholas* era que todos reconociéramos y apreciáramos nuestra confianza instintiva en los demás. Una buena

muestra de ello, aseguraba, sería que soltásemos a *Nicholas* de la correa y confiáramos en que se quedaría junto a nosotros, sin echar a correr. Mallika y yo sabíamos que otros perros habían conseguido esta hazaña, que millones de perros antes que *Nicholas* habían aprendido a permanecer al lado de su dueño sin necesidad de ir atados. No era nada del otro mundo. Aun así, estábamos nerviosos.

Papá quería dejar claro el extraordinario poder de la confianza para que entendiéramos que bastaba con mostrar amor y fe en *Nicholas* para que él nos correspondiese con los mismos sentimientos. «La confianza es la base de toda relación que nos ayuda a crecer y a evolucionar —aseveró—. Sólo a partir de esa base esencial y firme podemos pasar a cosas más peliagudas como la comunicación no local.»

Esto nos olía a chamusquina. Pero ¿quiénes éramos nosotros para poner en tela de juicio a un hombre tan seguro de su sabiduría? ¿Qué derecho teníamos a dudar de papá?

Así pues, una típica tarde otoñal en Nueva Inglaterra, cuando las hojas habían teñido nuestra calle de un magnífico fulgor naranja y un amarillo intenso, llegó el gran momento.

Papá empezó por hablarle a *Nicholas* como si fuera un miembro más de nuestra familia.

—Dentro de unos instantes, voy a desenganchar la correa de tu collar, ¿de acuerdo?

Nicholas se quedó mirándolo, desconcertado. Respiraba agitadamente, y el corazón le latía a mil por hora.

—Confiamos en ti y te queremos, y no queremos que sientas que restringimos tu libertad —prosiguió mi padre—. Sabemos que corresponderás a ese cariño y esa confianza quedándote cerca de nosotros.

Nicholas le siguió el juego hábilmente, mientras papá le quitaba la correa despacio y con delicadeza.

—Confiamos en ti —repitió—. Todos confiamos en ti.

Nicholas se quedó inmóvil por un momento, sonriendo de oreja a oreja, con un hilillo de baba colgándole de la boca. Para mi padre, *Nicholas* era la imagen divina, aunque algo torpe, de la inocencia y la obediencia. Mallika y yo sabíamos la verdad. En menos de lo que se tarda en decir «resonancia límbica», el perro salió disparado y se perdió de vista.

Me puse a llorar.

Mallika se puso furiosa.

Papá parecía totalmente perplejo.

Recuerdo con claridad que fue la primera vez que oí la palabra «imprudente»; Mallika la había aprendido en sus primeros días en la escuela secundaria y en ese momento se la espetó a papá. Él también estaba consternado, más porque su última teoría había fracasado estrepitosamente que porque le preocupara el perro. Nos pasamos las dos horas siguientes rastreando el bosque, buscando en los jardines de los vecinos y en un parque cercano, pero no encontramos el menor rastro de *Nicholas*. Estábamos

destrozados, tanto por la pérdida de nuestra querida mascota como por la conciencia creciente de que tendríamos que darle la noticia a mi madre.

Años más tarde aprendí que sólo hay una cosa en la vida comparable al instinto de proteger a tu hijo de cualquier tipo de dolor: el instinto de proteger a tu madre. Pero se nos acababa el tiempo, y ese desenlace parecía inevitable.

Mientras caminábamos de regreso a casa, Mallika y yo sufríamos en silencio. Estábamos convencidos de que habíamos perdido a *Nicholas* para siempre, y estábamos firmemente decididos a seguir enfadados con nuestro padre durante ese tiempo. Pero entonces, cuando subíamos por el camino de entrada a nuestra casa —lentamente, para que papá viera en cada paso cansino la magnitud de nuestra tristeza—, vimos a mamá y, a su lado, a *Nicholas*. Ella sonrió. Nosotros también. Nos invadió un gran alivio.

—El señor Casparian ha visto a *Nicholas* nadando en el embalse. Por suerte, lo ha reconocido —nos informó mamá mientras papá hacía una mueca—. Tener vecinos así es una bendición del cielo.

Acarició a *Nicholas* afectuosamente. En el pelaje blanco del perro había rastros de sangre seca y señales de una pelea amistosa con otro perro. Mallika y yo corrimos hacia *Nicholas* y nos deshicimos en muestras de cariño hacia él.

—¡No vuelvas a hacer eso nunca! —reprendí a *Nicholas*, pasando las manos por su gruesa pelambre y acercando la cara a su húmeda nariz para que entendiera que hablaba en serio.

—No es culpa suya —me recordó Mallika, lanzándole a papá una mirada de rabia. Le cubrió la cabeza de besos a *Nicholas* y le rascó la barriga.

—¿Lo ha traído el señor Casparian? —preguntó mi padre.

Mamá negó con la cabeza.

—Lo intentó pero no pudo. *Nicholas* vino por su propio pie.

Papá no pudo reprimir una sonrisa triunfal. Años después, cuando rememorábamos el incidente, mi padre nos dijo que ese día *Nicholas* había demostrado que todos teníamos razón, al obrar con rebeldía y a la vez con obediencia. Reclamaba su libertad, pero sabía que éramos su familia, por lo que había regresado a casa con determinación y lealtad. Y, lo que es más importante, nos había hecho un regalo enorme: al causarle una preocupación tan grande a la familia, nos había unido aún más. Papá nos aseguró que *Nicholas* nos había enseñado muchas cosas, no sólo sobre él y sobre la inocencia y pureza con que se limitaba a ser, sino sobre nosotros mismos y los demás miembros de la familia.

—¿Sabéis qué? —dijo papá durante la cena, unos días después de que la tensión empezara a relajarse en casa—. Tal vez tengamos mucho más que aprender de este perro que él de nosotros.

Nicholas alzó la vista hacia él con una sonrisa amplia y bobalicona. Se había ganado el derecho a estar cerca de la mesa durante las comidas, y Mallika y yo teníamos permiso para ofrecerle raciones enteras sin miedo a que papá nos riñera. Después de todo, había

sido él quien había descubierto la afición de *Nicholas* por las chuletas de cerdo.

Desde que recuerdo, no ha pasado un solo día de mi vida sin que alguien me preguntara cómo es tener a Deepak Chopra como padre. Quieren saber si domino la práctica de *Las siete leyes espirituales del éxito*, si gozo de *La perfecta salud*, me paso el día meditando, me comunico exclusivamente de formas no violentas, conozco el nivel de mis *doshas* o si soy el yogui perfecto; en resumen, si llevo una vida espiritual perfecta.

La respuesta, claro está, es «casi».

De hecho, es «no».

Me considero una persona relativamente normal, cuyo humor depende a menudo del resultado del partido de los Red Sox la noche anterior, que se estresa ante la duda de si lo más conveniente para mi hijo será el colegio público o privado y que fantasea con cambiar de profesión y convertirse algún día en un gran chef. Sin embargo, reconozco que ha sido un viaje bastante movidito. Desde la Biblia hasta la biología del alma humana, desde el *Bhagavad Gita* hasta *El gran Gatsby*, mi padre siempre quiso que mi hermana y yo bebiésemos de las fuentes de sabiduría más profundas que podía encontrar. Tanto era así, que también conocimos a muchas personas interesantes a lo largo de los años, como videntes, sicóticos y muchos famosos que durante sus quince minutos de gloria o después se obsesionaron espiritualmente con Deepak Chopra, mi padre. También encontramos por el camino a unos cuantos profetas, algunos de la paz, y otros, bueno, del dinero. Muchos tenían lecciones valiosas que enseñarnos, y otros... no tanto.

Aun así, hasta hace poco, cuando alguien me preguntaba qué sentía al haberme criado con un padre como Deepak, por algún motivo le contaba la anécdota de *Nicholas* y algunas de las cosas que todos, y sobre todo mi padre, aprendimos de él. Más recientemente, mi padre, Krishu, mi hijo de dos años, y yo salimos a dar un paseo por el barrio en el que vivo con *Cleo*, nuestra perra actual, y me dio por pensar de nuevo en aquellos días con *Nicholas*. En cierto momento del paseo, Krishu vio algo a lo lejos y lo señaló con el dedo. De forma instintiva, mi padre y yo dirigimos la vista hacia donde Krishu estaba apuntando, mientras *Cleo* se quedaba mirando su dedito.

Al fijarse en esto, papá se rio para sus adentros.

Le pregunté qué le hacía tanta gracia.

—Es un ejemplo de la diferencia entre los humanos y los perros —dijo—. Los perros viven en el presente. No les preocupa el mañana ni se recrean con el ayer. Son totalmente conscientes del momento presente y se concentran en una sola cosa a la vez. —Papá señaló hacia delante, imitando a Krishu—. Los humanos, por otro lado, siempre les buscamos una significación y una trascendencia a las cosas. Contemplamos anhelosos el horizonte en busca de una explicación más profunda de la existencia. —Papá se agachó y acarició la cabeza peluda de *Cleo*. Se volvió hacia Krishu—. Cuando seas

mayor, todos aprenderemos cosas unos de otros. También *Cleo*.

—¡Dada! —Krishu sonrió, correspondiendo a la ternura de papá.

Últimamente, cuando pienso en las diversas influencias que he tenido en mi vida, hay varios sospechosos habituales que me vienen a la cabeza: maestros y mentores, amigos, hermanos, medias naranjas, socios, incluso adversarios y rivales que han aportado enseñanzas de calado. Pero, entre todos ellos, destacan tres. Uno, previsiblemente, es mi padre. Los otros, no tan previsiblemente, son mis perros.

Mi padre me ha enseñado la importancia de la sabiduría, la curiosidad, la amplitud de miras y la riqueza que supone el poseer una sed insaciable de conocimiento. Mis perros, *Nicholas* y *Cleo*, me han enseñado la importancia de la simplicidad, la inocencia, la devoción y la auténtica libertad espiritual. Además, hay muchas cualidades que he aprendido de ellos: la lealtad, la confianza, el perdón y las ganas de jugar. Cuando preguntaba a otros propietarios, ellos me confirmaban que también habían recibido lecciones importantes de sus compañeros caninos.

Más recientemente, como innumerables personas antes que yo, me he embarcado en una etapa nueva y crítica de mi vida: la de la paternidad. Obviaré todos los tópicos sobre cómo me cambió la existencia el día que vi nacer a mi hijo. En realidad, verlo emerger del útero no era una de mis prioridades. Con gusto me habría quedado fuera de la sala de partos a esperar que me dieran la feliz noticia con una palmadita en la espalda y un puro. Pero hice lo correcto. Permanecí al lado de Candice, mi esposa, sujetándole la mano y diciéndole lo que esperaba que fueran palabras confortantes y alentadoras. Aun así, aquel acontecimiento que muchos califican de milagroso no me afectó como yo esperaba (ver a los Red Sox derrotar a los Yankees en las finales de 2004, en el séptimo partido, después de haber perdido tres consecutivos, o ver a los Patriots de Nueva Inglaterra ganar el trigésimo sexto Super Bowl contra los Rams de San Luis, eso sí que fue milagroso).

Tal vez sea lento de aprendizaje, pero no fue sino hasta hace unos meses, al ver que mi hijo pasaba de ser una criatura de aspecto alienígena y viscoso a transformarse poco a poco en un lactante movido por su instinto de supervivencia y después en un ser humano plenamente consciente, cuando caí en la cuenta: tengo que pensar en los valores que voy a inculcarle a mi hijo.

Para mí, fue todo un despertar, un rayo de luz en mi conciencia. Allí estaba yo, pese a haber estado expuesto a influencias tan diversas durante toda mi vida y a tener acceso a mi padre; sin duda necesitaba explotar ese filón. Al mismo tiempo, reflexionaba más sobre mi relación con *Cleo*. Desde que Candice y yo la adoptamos —era una perra solitaria y rescatada de la calle con «problemas para comer»—, *Cleo* ha sido una fuente constante de lecciones vitales, impartidas de tal manera que sólo su familia podría descifrarlas o apreciarlas. Al menos eso era lo que nos gustaba pensar.

Con todas esas cosas en la cabeza, decidí que se imponía la necesidad de convocar

una reunión. Un domingo, junté a mi padre y a mi perra, preparé un poco de café y abrí unas bolsas de tentempiés (galletitas Greenies para *Cleo* y *brownies* para papá y para mí). Mi meta era comprobar si la filosofía de vida de mi padre y de mi perra coincidían. Hablamos de *Nicholas* y de *Cleo*, de algunos de los momentos más memorables de su vida y de las cualidades que observábamos y que más admirábamos en ellos. El resultado es este libro.

Entre las carcajadas que provocaban algunos recuerdos, mi padre señaló que muchas de las cualidades que enumerábamos no sólo eran en gran medida instintivas en los perros, sino que también muchos humanos las poseían.

—En cualquier caso —me dijo mi padre cuando empezamos a ahondar en esta idea —, a menudo erigimos barreras que neutralizan estos instintos. Identificar y fomentar estas cualidades en nuestros perros implica cultivarlas en nuestra propia vida, lo que a fin de cuentas nos ayuda a sentirnos más plenos todos los días de nuestra existencia. Todo esto tiene una genealogía —prosiguió mi padre, sucumbiendo a la tentación de desviar la conversación hacia su rama predilecta de la ciencia y la evolución—. Búscalo en Google —otra de sus expresiones favoritas de los últimos tiempos—. Hace decenas de miles de años, los lobos competían con los humanos por alimento. Pero, con el tiempo, esa relación se transformó. Los que eran enemigos se hicieron amigos conforme ambas especies se reconocieron mutuamente como almas gemelas. Los lobos, antepasados genéticos de los perros, viven en unidades familiares, como nosotros, con dos padres y un número pequeño de cachorros.

Resulta que tiene razón. El viaje que llevó a los perros a convertirse en nuestros mejores amigos empezó hace entre 12.000 y 15.000 años. Estamos hablando de una época en la que tanto los humanos como los lobos éramos cazadores-recolectores, mucho antes de que aparecieran los primeros asentamientos humanos y de que se desarrollara una cultura agrícola. Como parte del «proceso de civilización», los humanos empezaron a someter la carne a la acción del fuego. Su aroma atraía a los lobos a esas primeras poblaciones. Cuando los pobladores humanos descubrieron que algunos de esos animales no eran tan amenazadores y que de hecho podían ayudarlos a realizar ciertas tareas, les ofrecieron parte de la carne para tenerlos contentos. Con el tiempo se estableció una verdadera relación de codependencia: manadas de lobos y grupos de hombres nómadas salían a cazar juntos. Los beneficios mutuos: los lobos, con su olfato y velocidad superiores, se revelaron como unos aliados muy valiosos para rastrear a las presas. A cambio, tras volver al campamento, los humanos asaban la carne y daban de comer a los lobos. Una ventaja adicional: los lobos —que sabían dónde se ganaban las lentejas o, en este caso, su bistec— demostraron ser unos defensores excelentes contra quien quisiera poner en peligro su provechosa convivencia con sus benefactores.

Con el tiempo, este matrimonio de conveniencia se transformó, como suele ocurrir, en un auténtico «matrimonio por amor», como lo llaman mis abuelos. Entre ese lobo antiguo y el perro echado a nuestros pies, el animal atravesó etapas intermedias como

defensor, vigilante y pastor. En resumidas cuentas —al cabo de varios milenios, en realidad, pero qué más da—, el perro leal y domesticado, con quien establecemos lazos emocionales indestructibles, conserva muchas de las cualidades e instintos del lobo original que iba en busca de carne asada. Haga la prueba con un chuletón poco hecho y verá a qué me refiero.

Si vamos un poco más allá, o un poco más atrás en este caso, podremos identificar los vínculos que tenemos con nuestros perros. Mi padre refrescó lo que había aprendido en algunos de los muchos artículos que leyó cuando incorporamos a *Nicholas* a la familia, y al instante él aspiró a convertirse en un experto en perros.

—Los perros pueden fijarse en nosotros, o en nuestro comportamiento, y deducir lo que queremos. Saben interpretar las señales sociales humanas. Esto es bastante sorprendente, si tenemos en cuenta que ni siquiera los chimpancés, nuestro pariente animal más cercano, cuya secuencia genética es igual a la nuestra en un noventa y seis por ciento, no son capaces de entender algunos de nuestros gestos como los entienden los perros.

Las investigaciones sobre el origen de los humanos y los perros así lo confirman. A medida que unos y otros evolucionaban juntos a lo largo de miles de años, la capacidad de los perros para comunicarse con nosotros pasó a formar parte de su ADN.

—Lisa y llanamente —concluyó mi padre—, los perros se convirtieron en nuestros mejores amigos no por casualidad, sino como resultado de una relación que evolucionó con el tiempo. Las necesidades físicas, emocionales, psicológicas... Nosotros satisfacíamos las suyas, y ellos satisfacían las nuestras. —Mi padre se volvió hacia mí—. Una relación bastante sana, en mi opinión.

La cosa es así de sencilla: los perros contribuyen a nuestra salud física porque nos motivan a hacer ejercicio. Contribuyen a nuestra salud emocional porque nos piden caricias que no sólo sosiegan su cuerpo, sino también nuestro espíritu. El mero acto de acariciar un perro puede reducir la tensión arterial. En serio: ve y experimentalo por ti mismo. Y para mucha gente, sacar a pasear al perro, aunque sea por las calles de una ciudad, es lo más cerca que llega a estar de la naturaleza.

Pregúntaselo a los expertos: aunque las distintas razas se han desarrollado con objetivos diferentes (desde los retriever, criados para ayudar a los pescadores a recoger las capturas, hasta los perros pastores, que trabajan con ganado, pasando por los caniches miniatura, criados sólo como animales de compañía por su tamaño ideal para tenerlos en la falda), todos los perros poseen la capacidad de comunicarse con los humanos.

Pero ¿es posible llevar esta relación a un nivel superior, convertirla en una relación espiritual?

La lección más importante que aprendí de mi padre a lo largo de los años es la de no

tomarme a mí mismo demasiado en serio. En nuestra cultura, por supuesto, tenemos la tendencia a hacer justo lo contrario: formarnos ideas como fanáticos en torno a las personas y nuestras expectativas respecto a ellas, para después sentirnos defraudados cuando no las cumplen. A menudo, el pedestal en el que hemos puesto a alguien se viene abajo.

Para quienes vivimos en Hollywood, donde abundan las actrices jóvenes y bonitas que buscan su gran oportunidad, la expresión «los hombres son como perros» es especialmente acertada. Como hombre felizmente casado y como padre, me gusta considerarme distinto, y sin embargo sé que en el fondo soy un perro, no sólo porque a veces parece que me dominan las hormonas, sino porque soy un animal instintivo capaz de mostrar sentimientos viscerales y comportamientos primarios, así como amor, lealtad, inteligencia emocional y una introspección profunda. Reflexiono sobre las cosas —la manera de llevar una vida mejor, de aportar algo significativo a la sociedad, de educar a mi hijo y cuidar de mis padres— y me gusta pensar que siempre estoy abierto a consejos valiosos. No soy tan presuntuoso como para creer que lo sé todo, pese a tener el padre que tengo, sobre todo porque él mismo dice que le queda mucho camino por recorrer.

—Trato de no vivir preocupado por lo que piensen los demás. Una virtud espiritual básica es la de no juzgar a los demás ni estar pendiente de los juicios que los demás emiten sobre nosotros.

Me tranquilizó ver que íbamos por la segunda cafetera.

—Hay algo más —añadió mi padre—. La espiritualidad no es algo intermitente. Forma parte de la vida de forma omnipresente, en todo momento, en cada encuentro y relación. En cada recoveco de nuestra vida late la experiencia reveladora del yo.

Cogió una galletita y se la pasó a Krishu, quien le ordenó a *Cleo* que se sentara y se la dio como premio. Mi padre sonrió. En su trato con mi hijo, a veces me da la impresión de que haría las mismas cosas conmigo si pudiera volver a empezar de cero.

—Todas nuestras interacciones con los demás deben estar cargadas de significación y trascendencia. —Asintió—. ¿Qué puede haber más espiritual que eso?

¿Eres amante de los perros, papá?

Se supone que tengo que decir que sí, ¿verdad?

Así es.

Sí, lo soy. Y no era amante de los perros hasta que aparecisteis vosotros.

¿Y?

Y... cuanto más aprendo de los animales en general, más me convengo de que en su mayoría son seres emocionales. Establecen jerarquías sociales. Forman vínculos estrechos y enriquecedores con sus crías. Cantan y juegan. Y algunos poseen cierto grado de conciencia, casi hasta el punto de ser conscientes de sí mismos y tener sentido del humor. Los animales y los humanos también establecen conexiones especiales a través de la resonancia límbica, que refuerzan su bienestar psicológico y emocional. Los mamíferos tienen un cerebro límbico y desarrollan relaciones emocionales y espirituales con nosotros. Seguramente me convendría pasar más tiempo con animales.

En mi familia, la familia es lo primero. Estamos profundamente unidos. Vivo a manzana y media de mi hermana. Llevo a mi hijo a desayunar a su casa prácticamente todas las mañanas. Nuestras respectivas familias cenan juntas unos tres días de diario, y al menos una vez el fin de semana. Nuestros hijos se llaman «hermanos» entre sí. La palabra «primos» les incomoda porque implica una distancia emocional, y ellos se han sentido como hermanos desde que llegaron al mundo.

Mallika y yo nos criamos de forma parecida con nuestros supuestos primos. Aunque vivimos en continentes distintos, seguimos considerándonos hermanos. Crecer con tantos «hermanos» y «hermanas» fue emocionante. Se formaban facciones generacionales entre los mayores, los menores, los más masculinos, los más femeninos, los deportistas, los cerebritos, etcétera. Había escisiones entre los aficionados al béisbol y al críquet, los forofos del fútbol americano y del fútbol europeo... Incluso estaba el bloque de las Barbie, en el que la Barbie Diwali se enfrentaba a la Barbie Malibú.

En la actualidad, la mayoría de nosotros ha superado esas diferencias superficiales y volvemos a considerarnos hermanos. Y ahora, nuestros hijos, que supongo que en rigor son «primos segundos», también se refieren unos a otros como hermanos.

Entre los adultos reina la misma familiaridad. Mallika y yo llamamos al hermano menor de mi padre «Chota Papa», que en hindi significa «papaíto». Sus hijos llaman a mi padre «Bara Papa» o «gran papá». Todo esto causa en ocasiones una confusión considerable en torno a la mesa. Tara —la hija mayor de Mallika, que tiene poco más de ocho años y es una de las veteranas de su generación— dio hace poco una buena

respuesta a una de sus compañeras de clase que le preguntó: «¿Los indios son como los mormones?» La niña había oído a Tara contar anécdotas de sus incontables «hermanos» y «hermanas».

—¿Te refieres a los de la serie del tipo que tiene tres esposas? —dijo Tara.

En cuanto a «gran papá», en este caso el gurú mejor conocido como Deepak Chopra, Mallika y yo siempre lo hemos llamado «papá». Nunca nos convenció del todo decirle «papi». Últimamente los dos conversamos con papá al menos cuatro o cinco veces al día. Si las compañías de telefonía móvil inventaron los planes familiares fue gracias a nosotros. De nada.

Pero en realidad sólo hay un pilar de la familia: mamá. A menudo comentamos en broma que mi madre practica lo que mi padre predica. A él se le da muy bien dar lecciones y concebir leyes que lo resuelven todo, desde el control del estrés hasta la locura existencial, pero el buen humor, la compasión, la entrega y la ternura de mamá son un ejemplo luminoso para todos los que la rodean. Yo soy digno hijo de mi padre —un soñador, un creador, un trotamundos con una impaciencia irremediable y una ambición arrolladora—, pero lo que me hace ser quien soy va más allá de la genética. El mero hecho de haber llegado tan lejos, de haber conseguido que una mujer increíble sea mi esposa y de haber formado una familia con ella, es fruto del tapiz emocional que ha tejido mi madre. Ella es la responsable de los cimientos emocionales que sustentan no sólo a nuestra familia inmediata, sino también a parientes más lejanos y a nuestros numerosos hermanos. Cuando alguien de nosotros las está pasando canutas, nunca llama a papá para pedirle consejo. Llamamos a mamá.

Así pues, en mayo de 2009, cuando la llamaron para comunicarle que habían ingresado a su padre en el hospital, ella tardó sólo cinco minutos en ponerse en contacto con el agente de viajes para reservar un billete en un vuelo a Nueva Delhi.

Nana, que es como lo llamábamos, estaba dando su paseo matutino cuando de repente sufrió un colapso.

En Nueva Delhi en mayo hace un calor bochornoso, insoportable, con temperaturas en torno a los cuarenta grados al alba. A pesar de todo, tanto Nana como Nani, mi abuela, insisten en salir a pasear todos los días. Teniendo en cuenta que ambos cuentan casi noventa años y siguen llevando una vida activa, cuesta defender la idea de que deberían renunciar a esta costumbre (que consiste, por cierto, en que cada uno salga a una hora distinta para reunirse con sus respectivos amigos y cotillear mientras dan vueltas al parque circular a paso tranquilo). Sobre todo Nana aporta un realismo crudo a esos paseos, como a casi todo en esta etapa de su vida. Cuando charlamos por teléfono, con frecuencia me habla del último miembro del grupo que no se ha presentado. Sobran explicaciones.

Nana y sus compinches aceptan cada nueva ausencia con una impasibilidad a toda prueba que resulta tanto irónica como cómica. Aceptan con resignación que a su edad esto es lo que hay, y lo tienen siempre presente al observar y comentar el mundo.

—No sé por qué toleramos siquiera a Pakistán —me dijo Nana en un viaje que hice a India recientemente. La política, y sobre todo el papel que desempeña en las tensas relaciones entre India y sus vecinos, es una fuente constante de discusiones para Nana.

—Tal vez porque es una potencia nuclear —aventuré— y cualquier acto de agresión podría provocar una escalada que desembocara en una situación mucho más peligrosa.

Nana hizo un gesto con la mano como para quitar hierro al asunto.

—Eso tardaría muchos años en pasar. —Sin duda había calculado que él ya no estaría entre nosotros para entonces.

Nana lleva un tiempo preparándose para su defunción, algo bastante común entre su grupo de amigos. Aun así, como los paseantes avanzan por el estrecho sendero en columnas de a dos, cada vez que un miembro del equipo falla, tienen que reorganizar sus filas.

—No es fácil —me dijo Nana un día—. Se decide quién camina al lado de quién según lo dado que sea a hablar o a escuchar. Piensa en Ramesh, por ejemplo —añadió, refiriéndose a un amigo suyo de hacía cerca de cuarenta años—. Falleció hace dos meses. Pues bien, Ramesh caminaba con Arun, que siempre está de cháchara sobre esto o lo otro o lo de más allá. Nadie quiere caminar junto a él, así que me lo endosan a mí.

—Tu abuelo dice que le gusta escuchar —nos interrumpió Nani—, pero sólo lo hace porque está perdiendo el oído.

Nana sonrió y asintió con la cabeza. En efecto, Nani lo tiene bien calado.

Ya que Nana sale a pasear a diario, le llevamos un par de deportivas nuevas cada vez que lo visitamos en India. Sin embargo, como él está convencido de que su muerte es inminente desde hace cerca de una década, se niega a aceptar las zapatillas nuevas por considerar que se desaprovecharán. Es, ante todo, un hombre austero. Puesto que yo gasto la misma talla de zapatos que él, uso las deportivas nuevas durante una semana más o menos... hasta que dejan de parecer nuevas. Me he acostumbrado a arrastrar los pies por obras polvorientas, a bailotear por partes sucias de Hollywood Boulevard o a hacer mi mejor imitación de Kobe Bryant en las canchas de baloncesto de Venice Beach antes de meter las zapatillas en una caja de otra marca, y todo para que Nana las acepte con el menor remordimiento posible.

No obstante, antes de este viaje en concreto mi madre no dispuso del tiempo suficiente para juntar los regalos y planearlo todo. Mientras se apresuraba a hacer las maletas en San Diego, donde mis padres tienen una casa, llamó para avisarnos que cogería un avión en Los Ángeles a la mañana siguiente.

—Gotham —dijo y, después de una pausa, agregó—: Puede que esta vez esté fuera una buena temporada.

—De acuerdo —murmuré al teléfono—. Sobreviviremos, creo.

—Claro que sobreviviréis. Candice se ocupa de todo —dijo en tono afectuoso. Se quedó callada durante un rato antes de decir—: Es tu padre quien me preocupa.

Desde que tengo memoria, mi padre siempre ha trabajado, y mucho. Cuando era jefe de personal en un prestigioso hospital de la localidad y profesor adjunto en una universidad de elite de Massachusetts, donde se crio, se centró de manera obsesiva en progresar en su carrera profesional. En algún punto, esta obsesión cobró una forma más espiritual, y tanto su vida como sus aspiraciones sufrieron una transformación. Tras abandonar la comunidad médica tradicional, él creó una nueva que unía los tratamientos convencionales con la sabiduría sanadora del pasado. Cuando se abría camino por ese terreno inexplorado, entre las críticas de cínicos, escépticos, tradicionalistas —y racistas, me atrevería a añadir—, él seguía adelante con una pasión y un ahínco que podrían dar la impresión de que era inmune a sus diatribas. Pero no lo era. Así pues, mientras Mallika y yo luchábamos por mantener cierto grado de normalidad en nuestra vida en un barrio residencial de las afueras de Boston, donde ya resultaba bastante raro ser hijos de un médico indio como para que encima se tratara de alguien que tenía cada vez más fama por hablar de prácticas casi marginales como el yoga y la meditación, era mi madre quien permanecía lealmente al lado de mi padre.

Ella había adquirido ese compromiso al casarse con mi padre, cuando él tenía veinticuatro años, y ella veintidós, y estaba decidida a cumplir. Unos meses después de su boda en India, mis padres partieron hacia una nueva vida en el glamuroso Plainfield, Nueva Jersey. Se esforzaron mucho por sacar adelante esa vida; mi padre trabajaba todo el día en el hospital y luego por la noche en la sala de urgencias. Al cabo de un mes, se compraron un televisor en color y un Volkswagen escarabajo, y lo demás es historia. Encontraron algunos baches en el camino, por supuesto, pero no sufrieron ningún revés catastrófico. Y, casi cuarenta años después, ahí estaban.

Mientras mi padre se ganaba un reconocimiento cada vez más general por su trabajo a lo largo de esos años, viajando a todos los rincones del globo para enseñar y aprender, era mi madre quien le recordaba de dónde venía y, lo que es más importante, adónde iba a volver.

Ese día, por la tarde, mis padres llegaron a Los Ángeles. Nos juntamos todos en casa de Mallika para cenar. La noticia más reciente de India era que Nana se había estabilizado pero seguía inconsciente en el hospital. Tenía el corazón débil y tal vez necesitaría un *bypass*. Sin embargo, debido a su edad, la decisión no estaba tan clara. La hermana mayor de mi madre quería que ella viajara allí cuanto antes para ayudarla nada menos que a tomar esa decisión.

—¿Se va a morir Bara Nara [el gran Nana]? —preguntó Tara mientras cenábamos en silencio esa noche. Mi madre la miró con lágrimas en los ojos.

—No, Bara Nara se pondrá bien —aseguró papá, sosteniéndole la mirada a su nieta.

—¿Puedo tomarme un batido de fresa? —preguntó la pequeña Leela (la hermana menor de Tara). Desde que nació, posee el don de saber en qué instante preciso pedir las cosas para conseguirlas, y eso incluye detectar los momentos en que los adultos tienen bajas las defensas.

—Claro. —Mi hermana asintió y se levantó para ir a buscar el batido.

—Quiero un batido de fresa —se sumó el pequeño Krishu, que imita siempre a su hermana mayor, pues la idolatra.

Mallika se volvió hacia Candice, que mostró su aprobación encogiéndose de hombros.

—Puedo preparar más *saag* —se ofreció amablemente el marido de mi hermana al percatarse del ambiente sombrío que reinaba en torno a la mesa. Es el chef indiscutido de la familia. Como en la mayoría de los clanes asiáticos, la buena comida es lo que nos hace más llevaderos los altibajos de la vida. Pero aquella noche no. Era evidente que no teníamos apetito.

—No, gracias. —Mamá se levantó de la mesa—. Voy a llamar a India de nuevo para ver cómo va todo.

Más tarde, cuando los niños se habían acostado y mi padre había salido de la casa para hablar por teléfono, mi madre nos juntó de nuevo a Mallika y a mí.

—Vuestro padre estará bien. Está acostumbrado a estar solo. Pero esta vez, por favor, mantened el contacto con él.

Una petición curiosa, teniendo en cuenta que en un día normal nos poníamos en contacto con él media docena de veces.

—Ya entendedís a qué me refiero —dijo mamá.

Sí que lo entendíamos. Ahora que ella tenía que reaccionar a toda prisa y subirse a un avión sin haber hecho preparativos de verdad ni planes definitivos de volver en un futuro próximo, lo cierto era que mi padre iba a tener que acomodarse a la nueva situación. Sabe cuidar de sí mismo, dado el tiempo que dedica a viajar, a dar conferencias y clases, y a promocionar sus libros. Más que su paradero y sus movimientos físicos, era su equilibrio emocional lo que preocupaba a mi madre.

—Pierde cuidado, mamá —le aconsejó Mallika—. Tú ve y cuida de Nana.

Los ojos de mi madre se arrasaron otra vez en lágrimas. Ella asintió, introdujo la mano en su maleta y sacó una caja de zapatos con la onda de Nike estampada en la tapa. La abrió para revelar un flamante par de deportivas K-Swiss de mi talla. Me las entregó.

—Vete a correr por ahí con esto puesto.

¿Qué papel te gusta más? ¿El de padre o el de abuelo?

Creo que mi favorito es el papel de abuelo. Cuando era padre, estaba tan ocupado y distraído que vuestra madre tenía que ocuparse de todo. Pero ahora, aunque ella no ha dejado de ocuparse de todo, yo tengo más tiempo para jugar. O tal vez debería decir más ganas de jugar.

Espera un momento... ¿sigues siendo padre!

Sí, pero el carácter juguetón me viene por ser abuelo.

El sábado por la tarde, Candice estaba acostando a Krishu para la siesta, un rito de fin de semana que por lo general acababa con ellos dos dormidos, mientras *Cleo* y yo nos arrellanábamos en el sofá para tragarnos cualquier partido que dieran por la tele. Sin embargo, ese día me sentía en la incómoda obligación de charlar con mi padre.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Leyendo la Wikipedia —dijo, inclinado sobre el teclado de su ordenador, sin apartar la vista de la pantalla. A mi padre le encantan la Wikipedia y Google. Lo suyo es una auténtica pasión. Tenga eso en cuenta cuando lea su próximo *best seller*. Como él mismo es un pozo insondable de sabiduría y conocimiento, las dos fuentes de información más amplias de Internet ejercen una influencia profunda en él.

—¿Sobre qué estás leyendo? —insistí.

—La felicidad —respondió, claramente sin sentir la misma obligación que yo.

—¿Qué hay con ella? —lo achuché.

—Como todos los sentimientos, la felicidad genera una respuesta biológica. Provoca que se liberen sustancias químicas específicas en el cerebro en las dosis perfectas, con mucha mayor eficacia que cualquier farmacia. Es fascinante.

«Ya será menos», pensé.

Él percibió mi descontento.

—Todos los animales, nosotros incluidos, crean su propia biología. De nosotros depende la calidad y la duración de nuestra vida. Tener niveles altos de serotonina, un antidepresivo, o de cortisona, un antiinflamatorio, lo determina todo: cómo nos sentimos respecto a nosotros mismos, nuestro trabajo, nuestras relaciones, nuestra vida. Si somos capaces de regular esas sustancias químicas en nuestro cuerpo sin la ayuda de fármacos, podemos controlar por completo nuestra calidad de vida.

—Interesante. —Esta vez decidí ser yo el distante.

Tras estudiar la situación e intuir que era allí donde pasaríamos las horas siguientes, *Cleo* se acercó a los pies de mi padre, dio unas cuantas vueltas y se echó cómodamente. Él la miró con suspicacia.

—No se lo tomes a mal —dije—. Sólo quiere estar cerca de ti.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Porque es lo que la hace feliz, supongo. —Toma ya, Wikipedia.

—¿Qué edad tiene Krishu? —inquirió mi padre, apartando la mirada de *Cleo*.

Ésa es una cualidad única de mi padre. Ha llevado al extremo la idea de que «el tiempo no es más que un concepto». Hace poco alguien le preguntó qué edad tenía yo. Me observó como un técnico a una rata de laboratorio enjaulada y respondió sin titubear: «Veinticinco.» Dado que tengo treinta y cuatro y soy su hijo, no estoy seguro de cómo debo interpretar eso, salvo tal vez como un intento de sentirse más joven al quitarme cerca de una década. Con Krishu, no tiene tanto margen de años con los que jugar. Lleva poco menos de dos años con nosotros. Aunque ya se portaba casi tan mal como los niños de dos años, en ese momento tenía sólo unos veinte meses.

—Casi dos —le contesté a mi padre—. ¿Por qué?

—Todavía nos queda tiempo —dijo, recordándome cada vez más a un científico loco—. La mayoría de los niños tiene el cerebro casi totalmente formado para cuando cumple los dos años. A los cuatro años, sus respuestas a los diversos estímulos son tan rígidas que no se pueden cambiar. Para cuando tienen ocho, sus caminos neuronales y sus patrones de comportamiento están tan establecidos que ya poco se puede hacer. —Alzó la vista hacia mí—. ¿Sabías que la mayoría de los líderes del mundo, casi todos hombres, por cierto, se caracterizan por una psicología y unas respuestas biológicas propias de niños de ocho años? Si los amenazas, ellos te lanzan una amenaza peor. Si les pegas, te pegarán más fuerte. En ese sentido, no son distintos de los niños pequeños o los perros.

Lo miré con el ceño fruncido. *Cleo*, por su parte, levantó las orejas al oír la palabra «perros». ¿Adónde quería ir a parar mi padre?

Que no se me malinterprete: me habían pasado por la cabeza pensamientos similares en los últimos meses, al ver que Krishu pasaba de ser un bebé que dependía de su madre para sobrevivir a transformarse en un ser humano de verdad con la mente en constante y rápida expansión. Durante sus primeros dieciocho meses de vida, yo llegué a la conclusión de que era como uno de esos jugadores de béisbol capaces de jugar en posiciones distintas: de vez en cuando me ganaba una palmadita en la espalda por haber hecho buen papel contra todo pronóstico, pero nadie se daría mucha cuenta si me reemplazaran por otro. Los auténticos participantes en la evolución de Krishu habían sido una pandilla de mujeres: Candice, su madre, la mía, varias «asesoras de lactancia» y otras madres que compartían sus experiencias. Y no olvidemos a las que dan consejos sobre maternidad por Internet.

Pero entonces, hacia los dieciocho meses, ese bebé de pronto empezó a convertirse en un niño. A mí esto me intimidó, y comencé a sentirlo como una carga allí sentado con mi padre, al intuir que estaba preparándose para realizar sus experimentos sobre mi

progenie. Candice se había pasado sus nueve meses de gestación leyendo todos los libros sobre desarrollo infantil habidos y por haber, y se los releyó después de que naciera Krishu, al parecer para convertirse en una maestra Jedi de la maternidad. Yo, en cambio, me había cruzado de brazos, confiando en que algún instinto paternal primario se manifestara y me guiara por el laberinto de la paternidad.

La pifíé.

Le dirigí a mi padre una mirada igual que la que él había fijado en *Cleo*. ¿De verdad podría ofrecerme la sabiduría que tanto necesitaba? «Al fin y al cabo, no salí tan mal —pensé—. ¿O sí?»

En ese instante, Candice y Krishu llegaron a la sala de estar. Krishu lucía una sonrisa de oreja a oreja, mientras que su madre parecía cansada.

—No quiere echar la siesta hoy. Está demasiado emocionado por tener a Dada aquí.

Como si hubiera estado esperando una señal, Krishu atravesó corriendo la sala en dirección a mi padre.

—¡Dada! —canturreó, arrojándose contra las piernas de mi padre mientras *Cleo* lo esquivaba en el último momento de su carrera descoordinada.

Aunque siguiera planteándome lo que significa esto de ser padre, me había adaptado bastante bien a mi condición de marido durante los últimos siete años. Al mirar a Candice y percibir su fatiga, me volví hacia mi padre y Krishu y descolgué la correa de *Cleo* de la pared.

—¿Por qué no damos todos un paseo?

Krishu había descubierto en los últimos meses la funcionalidad de sus piernas y el glorioso acto de caminar que traía consigo. El mero hecho de pasear por nuestra zona residencial californiana es toda una aventura para él. Lo que en circunstancias normales llevaría unos cinco minutos suele convertirse en una odisea de veinticinco minutos para que él pueda recolocar las piedras blancas que adornan el jardín de un vecino, oler los limones que cuelgan de unas ramas en otro jardín, señalar los colores de los coches aparcados en la calle y —en el momento culminante de todos los paseos— jugar con *Riley*, la golden retriever que permanece lealmente sentada frente a su casa esperando a que aparezca alguien.

Estos paseos diarios me recuerdan siempre que ninguno de los dos perros que he tenido en mi vida —*Nicholas* y *Cleo*— ha llegado a dominar el juego de ir a buscar la pelota. No estoy seguro de si esto es algo que dice mucho de ellos o más bien de la incapacidad de mi familia para enseñarle a una mascota el juego más sencillo entre un perro y su dueño. *Riley*, por el contrario, es una experta. Siempre está rodeada de un puñado de pelotas de tenis. Las empuja con el morro por debajo de la cerca de estacas blancas de su jardín, invitando a jugar a quien pase por delante. Krishu, claro está, siempre se apunta.

Cuando le mencioné a mi padre el tema de la incapacidad histórica de nuestros perros para traernos la pelota, él arrugó el entrecejo.

—Adiestrar a un animal —respondió—, ya sea perro o humano, para que reaccione de manera pavloviana, para que gruña, jadee o babe cuando se lo pidamos, no es un gran logro.

—Es una tradición bastante bonita —comenté, acordándome de todos los anuncios de cerveza que había visto en los que aparecían hombres que jugaban alegremente a lanzar cosas para que sus perros fuesen a buscarlas. Aunque, a decir verdad, me costaba ver a papá interpretando ese papel.

—En realidad —replicó mi padre—, una de las grandes cualidades de los perros es su facultad de vivir el momento, sin preocuparse por las consecuencias. Es una de las virtudes que hay que cultivar en ellos.

Preferí dejar que fuera él quien dijese la última palabra. Sin proponérmelo, había conseguido irritarlo. Reanudó la marcha y, cuando doblamos una esquina y nos acercamos a la casa de *Riley*, Krishu se adelantó corriendo, ansioso por jugar.

—Es uno de los principales problemas de nuestra sociedad. Exigimos conformidad, que la gente reaccione como nosotros queremos, que satisfagan nuestras rígidas expectativas respecto a ellos. Como resultado, eso es lo que hacen. Una persona promedio tiene noventa mil pensamientos al día. ¿Sabes que en su inmensa mayor parte son los mismos pensamientos que tuvo el día anterior?

En realidad, sí que lo sabía, no porque sea una especie de científico conductista, sino porque conozco lo suficiente a mi padre para saber que a menudo se basa en las mismas estadísticas y ejemplos para respaldar sus teorías. Resulta bastante irónico, teniendo en cuenta el mensaje que quería transmitirme. Decidí no hacerle notar este detalle.

—¿Con qué frecuencia reaccionan los dirigentes del mundo de un modo que no sea absolutamente predecible? —prosiguió—. Cuando se ponen nerviosos reaccionan con suspicacia y hostilidad, poniéndose a la defensiva. Siempre ha sido así, y esto conduce a una mayor desconfianza, a los enfrentamientos y a la guerra. Yo diría que muchos de los líderes que vemos por todo el mundo, desde presidentes hasta primeros ministros, dictadores y semidioses, no actúan de un modo mucho más complejo que un perro que juega a ir a buscar cosas. Tiras la pelota y obtienes el resultado esperado. El único problema es que a estos hábitos antiguos se suma la tecnología moderna.

Soltó un resoplido y sacudió la cabeza. Durante los últimos años, pese a su fama de gurú de la Nueva Era que únicamente busca respuestas a la angustia existencial, las principales preocupaciones de mi padre han sido cuestiones de alcance mundial como la guerra, la injusticia social y el deterioro ecológico. Lo cierto es que últimamente dedica más tiempo a pensar en la resolución de conflictos y en el terrorismo que en el karma y la intemporalidad. Ahora que se encuentra en lo que él, de forma siniestra, llama «el ocaso de su vida», se ha obsesionado con arreglar la fisiología y la biología del planeta más que en curar su alma. Como queda mucho trabajo por hacer en ese sentido, a menudo lo veo frustrado o incluso descorazonado por algo que ha visto en las noticias. Lo que más lo desilusiona es la falta de liderazgo en el mundo, un tema recurrente en él.

—Dale un poco de autoridad al mandatario de un estado en ruinas, ¿y qué exigirá? Más. Reconstruye el ejército o la economía de un país emergente, ¿y qué querrán? Convertirse en una superpotencia. —Papá sacudió la cabeza con pesar—. La mayoría de los supuestos líderes del mundo son tiranos mezquinos que se rigen por su conciencia de preadolescentes, incapaces de pensar en algo que vaya más allá de sus propias necesidades limitadas, instintivas y rígidas.

No me extrañó que mi padre metiera a la perra de los vecinos en el mismo saco ignominioso que a los peores dirigentes del mundo. Aun así, me sentí mal por sacar el asunto a colación, sobre todo en el preciso instante en que nos hallábamos delante de la cerca de estacas blancas de *Riley*. Ésta, al ver a su amigo, cogió todas las pelotas de tenis que le cabían en la boca —tres, sorprendentemente— y las dejó caer a los pies del pequeño Krishu. Casi parecía que yo lo hubiera planeado todo. Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Krishu cuando recogió la primera pelota cubierta de saliva, echó el hombro hacia atrás y lanzó la pelota hacia delante. En cuanto la soltó, *Riley* salió disparada, levantando a su paso tierra y hojas, y cogió la pelota antes de que hubiera recorrido tres o cuatro metros rodando por el suelo. Regresó corriendo con la pelota en la boca, jadeando y babeando, antes de dejarla caer de nuevo a los pies de Krishu, lista para volver a empezar.

Como de costumbre, Krishu reaccionó con grandes muestras de alegría, aplaudiendo, casi bailando, y riendo a carcajadas. Nos miró a mi padre y a mí con su sonrisa radiante.

—Dada, hazlo —ordenó.

Papá tardó un poco en reaccionar, pasando la mirada de Krishu a mí y a la pelota de tenis empapada. Consciente de que hacía un momento había relacionado el juego de tirarle la pelota a un perro con la decadencia de la civilización humana, era evidente que no sabía qué hacer.

—Dada, hazlo —le suplicó Krishu, con su buen humor a punto de dar un giro dramático.

—Yo en tu lugar lo haría —apremié a mi padre. Sabía cómo podía acabar esto.

Papá se agachó, esbozó una sonrisa forzada y lanzó la pelota chorreante bastante más lejos que Krishu. *Riley* aceptó el desafío, cruzó de nuevo el jardín a toda velocidad y atrapó la pelota antes de que dejara de rodar. Giró en redondo sobre sus patas traseras y se abalanzó de regreso hacia nosotros con la pelota en la boca.

—¡Vaya! —Krishu contempló a su abuelo, boquiabierto—. ¡Dada tira pelota lejos! — En ese momento, su admiración por mi padre no tenía límites.

Cuando Dada percibió esto, sonrió de verdad por primera vez en todo el día. Sin necesidad de que lo incitaran a ello, se agachó otra vez para coger la pelota y arrojarla aún más lejos para que *Riley* la persiguiera diligentemente.

Más euforia para Krishu, más emoción para Dada, más lanzamientos para *Riley*. Estuvimos allí diez minutos mientras mi padre impresionaba a Krishu con su brazo de oro hasta que, irónicamente, fui yo —el papá de Krishu— quien tuvo que decirle que era

hora de dejar el juego y volver a casa.

—Pero, ¿y Krishu? —preguntó mi padre, preocupado.

—Dile que vendremos mañana a jugar otra vez —dije—. Lo entenderá.

Papá obedeció, inseguro. Aunque al principio se mostró decepcionado, Krishu lo entendió, en efecto. Conocía bastante bien esta rutina. Poco después corría hacia la casa de al lado, donde los camiones Tonka del niño de cinco años que allí vivía lo esperaban frente a la puerta para que los admirara.

—En fin —le dije a mi padre—, ¿sigues estando tan en contra de enseñar juegos a los perros?

Me devolvió la sonrisa.

—Supongo que estaba equivocado. —Una confesión poco común, doy fe de ello. Meditó por un momento—. Lo que acabamos de presenciar son las ganas de jugar y la inocencia en estado puro, tanto en Krishu como en *Riley*.

—Y en ti, añadiría yo.

—Y en mí —asintió—. El comportamiento juguetón en todos los animales, y especialmente en los perros, es señal de bienestar. No hay miedo, ira o tristeza en un estado de ánimo juguetón. —Su entusiasmo iba en aumento—. El juego provoca en el cerebro una sensación de puro júbilo, que a su vez produce hormonas y sustancias químicas muy potentes que pueden tener un efecto profundo y saludable en el organismo. —Papá me recordó que sabía todo esto gracias a la investigación que había llevado a cabo hacía unos años cuando ejercía como endocrinólogo. (¡Chúpate ésa, Wikipedia!)—. Los neurotransmisores como la serotonina, la dopamina, la oxitocina y los opioides que produce el propio cuerpo son antidepresivos. Aumentan la autoestima, la alegría y el placer. En el cuerpo tenemos toda una industria farmacéutica orgánica que puede ser muy saludable si la utilizamos de forma apropiada. —Por fin entró de lleno en el tema que lo apasionaba—. Todos los mamíferos, incluidos los humanos, nacen con el instinto de jugar, pero el nuestro tiende a perder fuerza cuando alcanzamos la edad adulta y asumimos la carga del trabajo y las responsabilidades. Todos viviríamos mejor si nunca dejáramos de jugar con nosotros mismos.

¿Debía decírselo? ¿De verdad convenía que lo dijera? Estábamos manteniendo una conversación de adultos, así que yo sabía que más valía que me aguantara. Así lo hice.

Es verdad: los perros no sólo entienden de manera innata el deseo de jugar, sino también la necesidad. *Riley* te trae la pelota y la deja a tus pies para incitarte a jugar, o bien te lo pide de forma más asertiva poniéndote la pelota directamente en la mano y después empujándola con el morro. Por tu bienestar y por el de la perra —y, desde luego, por el bienestar de Krishu—, lo mejor es complacerla.

Aunque a *Cleo* no se le da tan bien este tipo de juegos, es toda una aventurera. Una vuelta a la manzana con ella no está completa sin al menos cien altos en el camino: un olfateo por aquí, unos lametones por allá, varios tirones a la correa en un intento de bajar de la acera para ir a oler algo que ha llamado su atención...

Ahora que mi padre estaba de humor, hizo la siguiente observación:

—La curiosidad en sí es un magnífico ejemplo del ánimo juguetón y de los efectos profundos que tiene, incluso desde un punto de vista fisiológico. Cuando *Cleo* olisquea algo, esto no sólo evidencia su curiosidad, sino que estimula el centro del placer de su cerebro. —Otra referencia a la oxitocina.

Instintivamente, aflojé un poco la correa de *Cleo*. Papá continuó:

—Muchas investigaciones parecen indicar que los humanos que se interesan por cosas nuevas a lo largo de su vida tienen una concentración más alta de las sustancias químicas y las hormonas que he mencionado, y tienden a llevar vidas más satisfactorias y largas.

Cualquiera que tenga un perro sabe lo vital que resulta el contacto físico para su bienestar emocional. No es casualidad que para mostrar cariño a un perro lo acariciemos. Su deseo de que lo toquen es aún más intenso que nuestras ganas de hundir las manos en su cálido pelaje. Es esencial para un can que le den palmaditas en la cabeza y le rasquen las orejas. Por otro lado, acariciar a un perro provoca en las personas una sensación de tranquilidad. Lo que ocurre es que la mayoría de las personas, a diferencia de los perros, no es consciente del placer que está experimentando. ¿Quién no ha visto alguna vez a un perro colocar la cabeza bajo una mano humana, en busca de contacto?

Mi padre me ha recordado en muchas ocasiones que también forma parte de nuestra naturaleza experimentar gozo, pero dejamos que los retos de la vida moderna desluzcan esta experiencia. Sin embargo, si prestamos atención, veremos que nuestro mejor amigo intenta devolvérsela con su propio deseo de vivirla. Su capacidad intuitiva es sorprendente.

Habíamos llegado al final de nuestra aventura alrededor de la manzana y estábamos frente a la puerta de casa. Tanto *Cleo* como Krishu hicieron lo posible por prolongar el viaje. El chico apremiaba a quien ahora identificaba como el eslabón más débil —su abuelo— con gestos, repitiendo: «busca..., busca..., busca...» Mientras tanto, *Cleo* tiraba de su correa en dirección opuesta a la casa, para seguir a la caza del placer en aquel mundo fascinante que era nuestro barrio.

Mi padre me miró inquisitivamente. Yo sacudí la cabeza, pues sabía que era la hora de cenar de Krishu y que después le tocaba el baño, seguido de los ritos nocturnos: leer cuentos, escuchar música, darles besos de buenas noches a mamá, papá, Dada y *Cleo*, y luego dormirse. No cabe duda de que en la vida hay rutinas y rituales importantes.

Candice abrió la puerta con una gran sonrisa. Cada vez que mira a su hijo, reacciona con una felicidad instintiva, como Krishu cuando juega con *Riley*, o como *Cleo* cuando ve a Candice.

—¿Lo has pasado bien en el paseo, Krishu? —le preguntó Candice al niño, levantándolo en brazos para hacerle cosquillas.

Él asintió entusiasmado, ansioso por compartir su experiencia.

—¡Dada ha tirado busca lejos!

Candice le sonrió a mi padre.

—¿Ha conseguido hacer que le lances la pelota a la perra? —Movi6 la cabeza con aprobaci6n, impresionada; conoce lo bastante bien a mi padre para entender la importancia de este acontecimiento.

Él correspondi6 con una sonrisa y un gesto de asentimiento.

—Ahora, si pudi6ramos ense6arles a los l6deres mundiales a ir corriendo a buscar la pelota, creo que ser6a todo un avance.

Un rato despu6s, cuando logramos que Krishu se durmiera, con *Cleo* acurrucada a su lado, regres6 de puntillas al cuarto de estar, donde me encontr6 de nuevo a mi padre mirando fijamente la pantalla de su ordenador.

—¿Otra vez la Wikipedia? —le pregunt6.

—Twitter —respondi6.

Deepak Chopra es un experto en Twitter. Tiene m6s cosas que decir que nadie en el mundo. Sus editores no son rivales para 6l, y a duras penas se mantienen al corriente de todo lo que escribe. La invenci6n de las plataformas en l6nea, los blogs y las redes sociales en las que no hay guardianes entre un hombre y su p6blico ha sido la panacea para mi padre. Permanece en comunicaci6n constante con su p6blico por medio de su ordenador port6til.

—¿Sabes? Estaba pensando... —empec6 a decir, y luego hice una pausa, para dar la sensaci6n de que mis siguientes palabras eran espont6neas y no las hab6a ensayado en mi mente—: Deber6amos repetir lo de hoy, ¿no?

—Vale —dijo, impasible.

—La semana que viene Candice y yo iremos con Krishu a Nueva York, a la boda de unos amigos. T6 estar6s all6, ¿verdad?

Asinti6 y, como si hubiera estado esperando esa se6al, *Cleo* entr6 alegremente en la sala y se qued6 mir6ndonos, inspeccionando el campo de juego. Tiene controlada toda la casa, y cada vez que percibe que alguien se trae algo entre manos, se acerca para investigar qu6 est6 pasando.

—Oye, Gotham —dijo mi padre, detectando algo en el silencio, como *Cleo*—, ser padre no es f6cil. A pesar de los muchos libros que hay sobre el tema, incluido el m6o —sonri6 ante lo ir6nico del asunto—, no existe un m6todo perfecto para ello, un manual que garantice el 6xito. —Guard6 silencio por un momento. *Cleo* se le acerc6 despacio y se detuvo de nuevo ante sus pies, para identificar el sitio exacto en que se dejar6a caer—. ¿C6mo educar a Krishu para que piense por s6 mismo, sue6e con cambiar el mundo y sea juguet6n e inocente como *Cleo* y *Riley*, en un mundo que exige lo contrario, que fomenta la rigidez y la obediencia a las normas?

Oh, cu6nto dese6 que pap6 me ofreciera una respuesta sencilla en vez de hacerme una pregunta ret6rica.

—Tal vez deberíamos hablar de eso cuando volvamos a vernos, ¿no?

Asentí, pues sabía que mamá aprobaría este nuevo rumbo de los acontecimientos.

Cleo dio varias vueltas en su sitio elegido y se echó a los pies de mi padre. Él la miró de nuevo con aire dubitativo, sin saber qué quería ella exactamente de él.

Papá, ¿crees que ser vegetariano te convierte en una persona más espiritual?

¿Me estás preguntando si soy vegetariano? He abrazado y dejado el vegetarianismo varias veces. Ahora mismo soy un vegetariano estricto.

Ya lo sabía. No iba por ahí mi pregunta.

De acuerdo, entiendo. Lo que yo diría es que si quieres estar sano, un requisito previo para casi toda experiencia espiritual —porque si tu cuerpo está sano, tu mente lo está también y puedes gozar de lucidez—, los regímenes vegetarianos propician una experiencia espiritual clásica. Pero si cambias tu dieta sólo porque quieres ser espiritual, el estrés que probablemente te provocará ese cambio producirá justo el efecto contrario.

Lo que intento decir es que un cambio en la conciencia puede traer consigo un cambio en el comportamiento, en vez de lo contrario. Es lo más habitual en la vida. Mientras la conciencia no dé un golpe de timón, todo régimen o toda técnica de modificación de la conducta es poco más que un hábito pasajero.

Dicho esto, creo que detrás de todo esto hay una pregunta mucho más trascendental que debemos plantearnos. ¿Qué significa en el fondo ser «espiritual»? En nuestra cultura asociamos esta idea al hecho de ser vegetariano, practicar el yoga y no decir palabrotas. Pero la espiritualidad y su búsqueda van mucho más allá. Se trata en realidad de la búsqueda de una conciencia más elevada y de la comprensión de la naturaleza auténtica del cosmos. Reducir la espiritualidad a lo que comemos es como obviar los avances de Einstein en la física y decir simplemente que se le daban bien las matemáticas.

Cleo es una viajera experimentada. A veces desearía haber llevado la cuenta durante todos estos años, pero calculo a ojo que ha recorrido más de ciento cincuenta mil kilómetros, en desplazamientos habituales entre Nueva York y Los Ángeles, además de en viajes ocasionales a Atlanta, donde vive la familia de Candice. Como no pesa más de cinco kilos, dejan que Cleo viaje con nosotros «en la cabina». Cabe bastante cómodamente en su transportín de lujo Sherpa, que puede deslizarse con facilidad bajo el asiento de enfrente antes del despegue y del aterrizaje.

Tenemos la rutina aprendida al dedillo: es una rutina que consiste en pasar los controles de seguridad de la manera más fluida posible, asegurarnos de estar todos debidamente hidratados y fomentar la adicción a las drogas de Cleo. Siempre ha sido una perra un poco nerviosa. Acumula la comida y se pone inquieta casi por cualquier motivo. De vez en cuando le cuesta dormir y se pasa horas dando vueltas por casa. Durante esos períodos, suele preocuparse por rincones de la casa por los que siente un apego especial.

Se acurruca tras una puerta o se hace un ovillo bajo un mueble, como si un *poltergeist* merodease por nuestro territorio. A Candice y a mí nos gusta atribuir este comportamiento a causas externas, como el hecho de que era una perra callejera. Las cicatrices emocionales y psicológicas que pueda tener no son responsabilidad nuestra. Nosotros hemos sido unos dueños cariñosos, sin caer en la indulgencia excesiva. También hemos llegado a la conclusión de que cuando era un cachorro, *Cleo* desarrolló algún tipo de intolerancia hacia los hombres por vivir con Candice en la época en que estudiaba medicina y compartía piso sólo con mujeres. Es una teoría discutible, pero podría explicar por qué *Cleo* pierde totalmente la cabeza en presencia de hombres a quienes no puede identificar. De todas sus excentricidades, ésta es generalmente la que conduce al desastre cuando la llevamos a lugares públicos como los aeropuertos. Y ya no digamos la cabina de un avión. O centros comerciales, parques, casas de vecinos, bancos o tintorerías, ya que estamos en ello.

Lo que nos lleva al tema de las drogas. El chute de *Cleo* es de benzodiacepina, un ansiolítico y somnífero. Por lo general le damos su dosis a *Cleo* justo en el momento de embarcar para que la primera oleada de somnolencia haga efecto cuando estamos a punto de despegar, ya que el rugido de los motores y la aceleración no sólo causan ansiedad a los perros, sino también a los humanos. He de decir, no sin cierta vergüenza, que la droga había funcionado a las mil maravillas. Nunca habíamos tenido problemas. Por otro lado, nunca habíamos viajado con *Cleo* y Krishu juntos hasta ese día de mayo en que tomamos un vuelo a Nueva York (al que a partir de este momento nos referiremos como «ese fatídico vuelo»).

Krishu es el típico primogénito, el centro del universo para sus padres. Lo hacemos todo juntos. Somos esa clase de familia. En su año y medio de vida, Krishu nunca ha dormido lejos de uno de sus padres..., ni una sola vez. Y no estoy hablando de fines de semana fuera, sino de habitaciones separadas. Somos «codurmientes». Ya está, ya lo he dicho. Padres más progresistas que nosotros rechazan este concepto, sobre todo en esas discusiones acaloradas que surgen en los «grupos de apoyo a las madres» y los talleres parroquiales sobre maternidad. Pero puedo asegurar que se trata de una polémica occidental. En Santa Mónica, codormir es una técnica hippy. En India, es simple y llanamente como se hacen las cosas.

Del mismo modo que algunas de las compañeras de Candice en uno de esos talleres ponían mala cara cuando ella confesaba nuestra costumbre de codormir, Nana sacudió la cabeza con desdén cuando Candice le informó de que, en América, muchos recién nacidos duermen en su propio cuarto, separados de sus padres.

—Y a veces con la canguro nocturna —añadió, aunque tuvo que aclarar lo que significaba esta expresión.

—Eso explica por qué hay tantos drogadictos en América —declaró Nana, una conclusión recurrente en él.

Sea como fuere, el caso es que nos sentimos tan unidos a nuestro hombrecito como

él a nosotros. Además, nos consuelan mucho esos estudios (sin duda realizados por científicos hippies) que concluyen que el codormir trae consigo beneficios inmunológicos, reduce el riesgo del síndrome de muerte súbita del lactante, aumenta la autoestima, disminuye la ansiedad y aporta toda una ristra de ventajas más.

No se trata sólo de la hora de dormir. Krishu participa en prácticamente todos los aspectos de nuestra vida. Permanece sentado cerca de nosotros mientras nos preparamos por la mañana, nos acompaña cuando sacamos a *Cleo* de paseo (en estas ocasiones ella lleva dos correas para que él pueda jugar a llevarla) y nos ayuda a darle sus premios.

—¡Siéntate, *Cleo*! —le ordena Krishu, y acto seguido le tira la galletita, apuntando al morro.

Como padre responsable, un papel que interpreto a trancas y barrancas, estoy lo bastante concienciado para no implicar directamente a Krishu en el consumo de pastillas de *Cleo*. Aun así, como persona que alguna vez fue niño, también conozco el atractivo de lo prohibido. Krishu no es una excepción, sobre todo en lo relativo a *Cleo*. Cada vez que se le administra a la perra su remedio antipulgas, su medicina para la dirofilariosis o alguno de los suplementos con que Candice atiborra a *Cleo* en su vejez, Krishu siente que tiene que tomar parte en la acción. «Darle medicina» a *Cleo* es algo muy importante para él, una manera de demostrar su afecto hacia la perra. Por eso suelo dejar que me coja la muñeca cuando le administro su medicación a *Cleo*. Krishu sabe que no debe tocarla en ese momento, y conoce la diferencia entre una pastilla y una galletita.

Así pues, fue en ese vuelo del mes de mayo («vuelo fatídico») cuando Krishu insistió en «ayudarnos» a darle a *Cleo* sus benzos. «Claro —pensé—. ¿Por qué no?» ¿Qué más daba que yo tuviera que cuidar de la perra y del niño? Al fin y al cabo, Candice sólo había ido un momento al lavabo más cercano. ¿Qué podía salir mal?

Resultó que muchas cosas.

Yo sostenía la pequeña píldora en la mano mientras Krishu me guiaba la muñeca y le ordenaba a *Cleo* que se sentara. Estaba chupado. Todo marchaba sobre ruedas. Viajar con un niño y un perro no era tan complicado como decían. La gente es muy exagerada. Pero justo cuando nos disponíamos a administrar la pastilla, una azafata pasó para asegurarse de que nos hubiéramos abrochado el cinturón. Instintivamente intenté retirar la mano mientras Krishu, por algún motivo, tiraba de ella hacia delante. El efecto fue parecido al de un tirachinas, con una benzo en vez de una piedra. Como el pequeño Krishu no era precisamente un Goliat, la diminuta píldora salió volando por encima de la cabeza de *Cleo* hasta los oscuros confines del asiento de delante. *Cleo* escrutó las sombras de debajo y se volvió hacia mí con una mirada de impotencia y tristeza. Saltaba a la vista que no iba a dignarse ir en busca de la pastilla.

Naturalmente yo, como gran patriarca de la familia —y como alguien que sabía que a su esposa no le haría gracia el rumbo que estaban tomando los acontecimientos—, me puse a cuatro patas e inicié la búsqueda. Fue así como Candice me encontró cuando regresó del aseo, con Krishu en precario equilibrio sobre mi espalda y *Cleo* lamiéndome

la cara.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó.

—Eh... nada. —Me puse en pie de un salto automáticamente—. Krishu ha tirado un cochecito allí abajo y lo estaba buscando.

—¿Lo has encontrado? —preguntó Candice con inocencia.

—Pues no —respondí, mostrándole las manos vacías—. Debe de haberse ido rodando.

Ella se encogió de hombros.

—¿Le has dado a *Cleo* su medicina?

Asentí enérgicamente mientras metía con brusquedad la cabeza de *Cleo* en el transportín y lo cerraba, clavando la mirada en Krishu como para transmitirle un mensaje. El instinto me decía que podía contar con su vocabulario limitado y su fe ciega en su padre.

Poco después, se oyó por los altavoces la voz del piloto, que se puso a explicar la ruta, la duración y otros detalles del vuelo. Mientras el avión avanzaba hacia la pista de despegue, los auxiliares de vuelo nos daban las instrucciones de seguridad y Candice revelaba la primera de muchas distracciones para Krishu (cuadernos para colorear, pegatinas, puzzles, etcétera), yo observaba a *Cleo*, que parecía a gusto y tranquila en su bolsa. Complacido conmigo mismo y con mi hábil maniobra de encubrimiento, me atreví a pensar que tal vez nos habíamos puesto demasiado paranoicos con *Cleo* y que teníamos que dejar de fomentar su adicción. Quizá debíamos confiar un poco más en ella, me dije, en su capacidad para controlar sus estados de ánimo sin la ayuda de narcóticos fuertes. Ésa era la clase de instinto que los padres debían seguir.

Estaba equivocado.

En cuanto el avión empezó a acelerar ruidosamente por la pista para despegar, un gemido salió del transportín de *Cleo*. «No es nada», pensé. Incluso cuando estaba sedada, *Cleo* reaccionaba a veces con quejidos de nerviosismo, sobre todo durante el despegue y en los momentos siguientes, cuando se le tapaban los oídos. Lo que estaba ocurriendo ahora no era distinto. Candice ni siquiera se fijó en ello, pues estaba concentrada en colorear los dibujos de Dora y Diego con Krishu. Pero entonces surgió otro gañido de la bolsa, bastante más fuerte que el primero. Candice bajó la vista y luego la posó en mí.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, no le pasa nada. —Asentí para tranquilizarla—. El despegue ha sido un poco brusco —añadí, mientras el avión se elevaba con elegancia.

Pero *Cleo* no estaba nada bien, y enseguida nos lo hizo notar con un grito bastante audible. Esta vez no sólo Candice se percató de ello, sino que la pareja del otro lado del pasillo se quedó mirándonos con recelo.

—Qué raro —comenté, poniendo la mano sobre el transportín, decidido a seguir adelante con aquella farsa tan desafortunada. Cuando el avión hizo un viraje pronunciado

sobre el Pacífico para dirigirse hacia el este, *Cleo* prorrumpió en una rápida sucesión de aullidos desgarradores. Como si presintiese algún peligro inminente, culminó sus gritos con un gruñido fuerte y sentido.

Los ruidos desagradables que salían de nuestra fila atrajeron las miradas de los pasajeros que nos rodeaban. Yo me encogí de hombros y sonreí.

—Cógela en brazos —me apremió Candice, sintiendo la misma presión que yo.

Obedecí y me puse la bolsa de *Cleo* sobre las rodillas. Mirando la malla, intenté apaciguar a la perra con palabras y sonidos suaves. Ella comenzó a rascar frenéticamente la tela con sus patitas. Tenía los ojos desorbitados y las pupilas dilatadas del todo. Era un animal llevado al límite, un yonqui canino que necesitaba su dosis.

—Tranquila, *Cleo*. —Forcejeé con la cremallera lateral de la bolsa y saqué el frasco de su medicina. Lo abrí y abrí los ojos como platos, presa del pánico, al ver que estaba vacío.

—¿Qué estás haciendo? —inquirió Candice.

—¿Es que no lo ves? —respondí—. ¡Necesita más pastillas! —Me serené y continué en un tono más solemne—. Ha desarrollado tolerancia a esta droga.

—Pues no quedan más pastillas. Le has dado la última que había. —Dios bendiga a Candice por no dudar nunca de mí. Krishu rompió a llorar, afectado por la ansiedad de *Cleo*—. Tranquilízala —me ordenó Candice.

Decidido a llevar hasta el final el engaño, abrí la parte superior del transportín de *Cleo* y metí la mano para acariciarla. Ella aprovechó la oportunidad para trepar por mi brazo y salir de la bolsa. Intenté sujetarla, pero ella se soltó retorciéndose y se alejó de mí de un brinco. Cayó sobre Krishu, cuya expresión pasó del terror más profundo al júbilo absoluto, como si hubiera visto a un camarada salvarse de la pena de muerte.

Libre al fin, *Cleo* se echó al monte, o al menos al pasillo central. Boquiabiertos, Candice y yo la vimos plantarse en medio del pasillo y empinarse, ladrando escandalosamente, antes de salir disparada hacia la parte delantera del avión.

—Mierda —exclamé.

Krishu se volvió hacia mí y su sonrisa se ensanchó aún más. Conocía esa palabra tabú que se usaba demasiado para el gusto de su madre.

—¡Mieeelda!

Se armó un gran revuelo en toda la cabina cuando los demás pasajeros se dieron cuenta de lo que estaba pasando. Salí rápidamente al pasillo para buscar a *Cleo*. Estaba unas doce filas más adelante, alzada otra vez sobre sus patas traseras y ladrándole con todas sus fuerzas a un joven aterrado que se encogía en su asiento. Arranqué a correr hacia ella mientras los auxiliares de vuelo batallaban por levantarse de sus asientos plegables para unirse a la refriega.

Me pasé los siguientes diez minutos persiguiendo a *Cleo* en zigzag por la cabina junto con tres auxiliares visiblemente irritados. Para la perra, aquello se había convertido en un juego divertidísimo. En cuanto uno de nosotros se le acercaba, ella eludía la captura

deslizándose bajo un asiento o saltando directamente sobre pasajeros histéricos. Al principio, yo también estaba frenético, pero vi que se operaba un cambio en *Cleo*. Su pánico inicial había dado paso a una actitud juguetona. La alarma que sembraba entre los pasajeros sólo podía atribuirse al hecho de que estábamos todos encerrados en un espacio reducido a quince mil pies de altura. *Cleo*, en su estado de mayor ferocidad, apenas era capaz de derrotar a un insecto, un combate épico que nos ofrecía ocasionalmente en nuestro patio trasero.

Al final, una mujer que ocupaba el asiento 7C consiguió aplacar a *Cleo* ofreciéndole un cruasán fresco que llevaba consigo. Era una perra muy buena cuando había bollos franceses de por medio. *Cleo* se tranquilizó conforme la mujer le daba de comer hábilmente y luego la sujetaba en brazos mientras yo me dirigía hacia allí.

—Muchas gracias. —Cogí a *Cleo*, que se contorsionaba para asegurarse de que no nos dejáramos la golosina—. Le debo un cruasán. —Me encogí de hombros, avergonzado.

—Invíteme mejor a un cóctel —replicó, con una sonrisa.

Regresé a nuestra fila, rehuyendo las miradas furiosas de nuestros compañeros de viaje, y me dejé caer junto a Candice y Krishu.

—No le has dado la pastilla, ¿verdad? —Candice sacudió la cabeza, con la decepción pintada en el rostro.

—¡Mieeelda! —corroboró Krishu.

Era justo lo que yo estaba pensando.

Cuando vuelas de la Costa Oeste a la Costa Este, prácticamente pierdes el día. Si sales de Los Ángeles hacia la hora del desayuno, a duras penas llegas a Nueva York a tiempo para cenar. A eso hay que añadir que, como el país sigue estando en «alerta naranja», ni siquiera está permitido entrar en la cabina con una botella de agua. Y puesto que hoy en día no te dan ni un cacahuete en un vuelo comercial por menos de diez pavos, volar de una punta a otra del país es como ayunar por el ramadán. Aunque estoy dispuesto a pagar esa pasta por mi hijo, por principio estoy en contra de mimar las compañías aéreas comprando y consumiendo su comida en envoltorios herméticos. El resultado, claro está, es que cuando aterrizamos en Nueva York, siempre estoy desfallecido de hambre. Aun así, por muy grande que sea mi desesperación, hasta yo soy consciente de que mis necesidades ya no son una prioridad en nuestra pequeña familia. Lo primero es Krishu; cambiarle el pañal, comprobar que su ropa esté seca y sea la adecuada para que no pase frío ni calor, asegurarse de que no tenga hambre, sed, sueño o alguna otra molestia. En segundo lugar está *Cleo*, cerciorarse de que no se le acabe el agua o la comida, de que esté calentita y tenga un sitio donde dormir, de que pueda dar una vuelta a la manzana, de aliviar los efectos del vuelo en ella y de que haga sus cosas.

Esa noche, cuando por fin habíamos cumplido con todos estos rituales, eran las diez de la noche y yo tenía un hambre de caballo. Al ver que nuestras opciones se reducían por momentos, me puse nervioso ante la perspectiva de tener que recurrir a una pizza

rancia o a la comida sospechosamente reluciente que se pasa todo el día bajo las lámparas de calor del *delicatessen* de la esquina.

—¿Qué tiene de malo esa comida? —preguntó papá encogiéndose de hombros.

—Nada. —Me encogí de hombros también, pues no quería entrar en ese tema—. Tiene que haber algún otro lugar en el barrio que esté abierto y sea bueno.

Papá enarcó las cejas con picardía.

—Conozco un sitio ideal.

Krishu, con su reloj biológico desajustado por el viaje transcontinental, y emocionado por las luces de la ciudad y la aparición sorpresa de su Dada, se animó aún más ante la perspectiva de nuestra aventura gastronómica.

—Vamos —canturreó, agarrándose a la manga de su abuelo mientras salíamos del apartamento.

Mi padre nos acompañó al local más inesperado para mí, a sólo unas manzanas de su casa: un viejo restaurante de la ciudad que tenía cierta fama y se llamaba Rosie O'Grady. Lo que lo convertía en un destino tan atípico para nuestra familia era que debía su fama a sus chuletas, un plato que no gusta mucho a los Chopra, sobre todo a Deepak. Cuando le planteé mi duda a mi padre, se puso un poco a la defensiva.

—También tienen espárragos a la parrilla —dijo.

A decir verdad, no es fácil ser Deepak Chopra. Es diferente de otras celebridades en el sentido de que no es un actor o director de primera fila, ni un *crack* del fútbol americano que llena estadios, ni una estrella del rock que agota las localidades. Esta clase de famosos tienen colegas. Para toda Madonna, hay una Beyoncé. Para todo Cruise, hay un Pitt, para todo Kobe, un LeBron. Pero sólo hay un Deepak. En este mundo obsesionado con la celebridad, en que hasta el menor gesto de un famoso aparece en Twitter, en las fotos de los paparazis y en los blogs del corazón, Deepak es un bicho raro.

Y luego está el motivo por el que es conocido: una especie de santidad. Muchos de sus admiradores creen que rezuma sabiduría, que respira afirmaciones espirituales y que es incapaz de hacer nada malo. Y, aunque él nunca ha declarado abiertamente ser practicante de cosas como el yoga o el veganismo, la mayoría de sus seguidores está convencida de que lo es. En realidad, papá no es un defensor a ultranza de nada. «Una vida rígida es una vida estática», suele decir. Es un fanático del ejercicio, eso sí —más partidario de la cinta de correr que de la postura del perro—, y no le entusiasman los bistecs ni las chuletas.

Aun así, tiene mucho cuidado de no chafarle la ilusión a nadie. A su juicio, es bueno que la gente tenga ciertos ideales, aunque recaiga sobre él la carga de encarnarlos. Así que, aunque no tiene reparos en llevar a su familia hambrienta a una churrasquería, no nos encontrarán sentados en la parte más visible del restaurante.

—¿La mesa de siempre, *doc*? —preguntó el *maître* de pelo cano en cuanto entramos en el restaurante. Papá asintió y seguimos al hombre por el bullicioso local. Un grupo de

jóvenes empleados de banca estaba de pie frente a la desgastada barra, lanzándose pullas con voz ronca. Al otro extremo, tanto el barman como otro tipo trajeado miraban el televisor instalado en el rincón, horrorizados por el modo en que los Yankees daban al traste con otro partido por su apatía de principio de temporada. Una joven tecleaba frenéticamente un mensaje en su BlackBerry mientras su pareja removía su bebida con una cañita. Dejamos atrás la zona de la barra y cruzamos el espacioso y atestado comedor en dirección al fondo del restaurante.

—¿Una botella de Perrier, *doc*? —inquirió el *maître* mientras nos sentábamos. Mi padre asintió. El canoso le dedicó una sonrisa antes de desaparecer.

—¿Vienes aquí a menudo, papá? —preguntó Candice con una mueca socarrona.

—Rumi —respondió papá, invocando a su poeta favorito— dice: «Júzgame, defíneme, méteme en una caja, y esa caja será tu ataúd.» —Le devolvió la sonrisa y se puso sus «gafas de Liberace», como yo las llamo. Son de un color rojo vivo y se han convertido en todo un icono tanto para sus admiradores como para los críticos conservadores que lo acosan y critican en público todos sus aforismos.

—Tengo entendido que son famosos por sus filetes —comentó, estudiando el menú.

Sólo para que conste, diré que Candice y yo fuimos los únicos que esa noche pedimos unos filetes enormes con guarnición. Tal vez a papá le preocupen las apariencias en situaciones como aquélla, pero a Candice y a mí no. Teníamos hambre, y eso era lo principal.

Por muy hambrientos que estén sus padres y por muy fino que sea un establecimiento como Rosie O'Grady, Krishu por lo general pierde la paciencia al cabo de cinco minutos. Lo más irónico es que, en un sitio menos refinado, parece ser capaz de aguantar durante horas. Si le damos unas empanadillas, unos palillos y un tarro de salsa de soja para que juegue en un restaurante chino de mala muerte, se queda tan tranquilo como un cincuentón trajeado en el Four Seasons. Si lo llevamos a cualquier sitio con manteles en las mesas, declara la yihad. Esa noche, por cierto, las múltiples copas de vino, la cubertería y un salero en forma de cisne lo entretuvieron durante unos seis minutos. Había llegado el momento de efectuar una maniobra de distracción. Papá, al ver que Candice y yo estábamos cansados tras una larga jornada de viaje, se ofreció a acompañar a Krishu a dar una vuelta por el abarrotado restaurante. Con aspavientos de alegría y palabras cargadas de ilusión —«¿Quieres ver taxis Krishu?»—, es posible engatusar a mi hijo para que haga casi cualquier cosa. Todos lo hemos aprendido, y, como era de esperar, mi padre ha llegado a dominar la técnica.

En el poco tiempo que hace que tenemos tanto a Krishu como a *Cleo*, he aprendido a valorar cada momento que pasamos sin ninguno de los dos. Nos hemos vuelto expertos en comer a toda prisa, ducharnos en treinta segundos, dormir sólo unos minutos, mantener únicamente conversaciones de ascensor y tomar decisiones críticas basándonos sólo en nuestro instinto. En aquel momento, sin embargo, allí sentados con botellas de cabernet y Perrier entre nosotros, sin nada urgente que hacer, respiramos aliviados.

—¿Qué hacemos con *Cleo* mañana? —pregunté, rompiendo el silencio.

—¿Mientras estamos en la boda? —Candice tomó un sorbo de vino, disfrutándolo lo más posible.

Asentí. Puesto que la boda iba a celebrarse en Nueva Jersey, y había diversos actos programados antes y después, lo más probable era que estaríamos fuera desde la mañana hasta la noche.

—La dejamos con papá —respondió, encogiéndose de hombros.

No es un gesto habitual en ella. Y, salvo cuando ve unos zapatos rebajados en Bloomingdale's o un número de *Us Weekly* en la cola del supermercado, no toma decisiones de forma impulsiva. Había meditado su respuesta.

—¿De verdad crees que podemos dejar a *Cleo* con mi padre todo el día? —Intenté calcular cuál de los dos sería el primero en querer saltar por la ventana desde el piso sesenta y nueve.

—Algo tuvo que ver el hombre con tu educación, ¿no? —Asintió.

—No sé... —Sacudí la cabeza, negándome a dejar que mi propia existencia influyese en mi decisión.

—Mira. —Señaló el ventanal del amplio comedor. Al otro lado alcanzábamos a ver a Krishu a hombros de papá, que apuntaba con el dedo a los taxis amarillos y los grandes autobuses azules que circulaban por la Sexta Avenida—. Ni tú ni tu hermana creáis que sería un buen abuelo, pero le está pillando el tranquillo.

—Sí, pero... —repuse— no es amante de los perros.

—Ella tampoco —alegó Candice.

—Eso no tiene sentido. —Sacudí la cabeza de nuevo.

—Sobrevivirán. Confía en mí.

Entre Candice y yo, «confianza» es una especie de palabra sagrada. Ella no la usa a la ligera cuando la pide; espera que se la dé de verdad. Es una de las mayores cualidades de mi esposa. Desde el día que la conocí, en mi primer año de carrera, ella ha sido mi mejor amigo y mi compañera incansable. Incluso cuando atravesábamos, a veces con dificultad, una década de desarrollo individual y colectivo, en la que pasamos de la adolescencia al umbral de la treintena antes de casarnos, su compromiso con nuestra relación ha sido el único foco de estabilidad.

—De acuerdo. —Tomé un buen trago de mi vino.

Silencio.

—Caray, ¿oyes eso? —me preguntó Candice.

—No. —Sonreí—. Y es fabuloso.

Sí, los chavales de la fraternidad estudiantil discutían más acaloradamente, y el barman y otros prorrumpían en gritos de alegría ante la inevitable remontada de los Yankees, pero no se oían ni lloros ni exigencias de un niño pequeño, ni los ladridos furiosos de un perro. Era como si estuviéramos en un seminario, en algún lugar recóndito de los Alpes franceses. De noche. Durante una ventisca.

—¿Crees que estarán bien? —preguntó Candice, incapaz de contenerse.

Antes de que yo pudiera responder, los berridos de Krishu se hicieron audibles. Poco después, papá regresó a la mesa con Krishu llorando en sus brazos.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, levantándome de mi silla para recoger el testigo de mi dulce niño llorón.

—No lo sé. —Mi padre sacudió la cabeza—. Estábamos bien. Le estaba enseñando la gran «vaca muuu» de la entrada.

Todos nos habíamos fijado en la descomunal vaca de cerámica que estaba delante del restaurante. Era una de esas numerosas obras de arte desperdigadas por la ciudad, bóvidos como de porcelana pintados con diseños variados. Daba una sensación un poco extraña ver uno ante la entrada de un restaurante célebre por su matanza de vacas y por el precio excesivo de su falda de ternera a la parrilla con salsa de ajo. Por otro lado, eso no nos había disuadido de entrar.

—Después le he enseñado las «vacas muuu» que salían de la cocina —añadió papá.

A esto nos referíamos Mallika y yo cuando expresábamos nuestra preocupación por cómo mi padre desempeñará su papel de abuelo. Aunque se le ocurren revelaciones sobre un estado superior de conciencia casi a diario, las cosas más sencillas a veces se le resisten.

—¿Qué pasa? —Se quedó mirándonos, sin comprender, mientras Candice y yo sacudíamos la cabeza, y Krishu berreaba aún más fuerte.

—¡No comer vaca muuu! —chilló.

Y entonces, como en un *crescendo* de los Boston Pops, todo culminó a la vez. Los gritos de Krishu subieron de volumen mientras papá alegaba que había llegado el momento de que le explicáramos a Krishu que la vida seguía un ciclo constante.

—Nosotros también somos únicamente briznas de materia que el planeta acabará por digerir, como vosotros ese bistec.

—¡¡No comer vaca muuu!!

—Ya lo cojo yo —dijo Candice, extendiendo los brazos hacia Krishu cuando llegaron los camareros con nuestros bistecs humeantes.

—¡NO COMER VACA MUUU!

—Papá, te cambio el sitio —dijo Candice, removiéndose en el sofá—. Podéis dejar los platos —les indicó a los camareros mientras se levantaba. Su habilidad para organizarlo todo sobre la marcha es algo digno de admirar.

—¿Dónde me siento? —preguntó papá justo cuando llegaban sus espárragos también humeantes.

—Allí. —Ella señaló el asiento situado delante de donde estaba su bistec, esperándola—. Sólo tienes que cambiar los platos.

—No comer vaca muuu, mamá —gritaba Krishu incesantemente mientras mi padre se dirigía a su asiento y yo me acomodaba en el mío, decidido a comer por fin.

De pronto, sonó una voz aturrida.

—Oh, Dios mío. —Todos alzamos la mirada para ver a una mujer blanca de unos cincuenta y tantos años sentada frente a nuestra mesa. Tenía los ojos abiertos como platos de la emoción—. ¡Usted es Deepak Chopra, el escritor! —exclamó, eufórica.

—Así es —respondió mi padre con magnanimidad.

—¡Vaya, eso es increíble! —Rebuscó en su bolso y sacó un móvil con cámara—. Me he leído casi todos sus libros. Mi favorito es ese de *Las siete leyes espirituales del éxito*.

Papá le devolvió la sonrisa amablemente y le dio las gracias.

—Me llega muy adentro. En la oficina todos practicamos la ley de la potencialidad pura cada lunes. —Asintió con la cabeza—. Cuando uno entiende que todos los seres vivos están conectados entre sí, aprende a apreciar el mundo con otros ojos.

Se irguió orgullosa, deslumbrándonos a todos con su sonrisa. Entonces, al ver el gigantesco filete y la copa de vino que papá tenía justo delante, el júbilo inmenso en su expresión dio paso a un terror absoluto.

Mi padre siguió la dirección de su mirada y al parecer adivinó qué estaba pensando, pues empezó a balbucir una explicación.

Pero ella lo cortó en seco:

—¿Qué demonios está comiendo?

—Ha llamado mamá —comentó papá mientras dábamos una vuelta a la manzana con *Cleo* después de la cena. Candice y yo habíamos engullido nuestra comida, regándola con nuestras bebidas, nos habíamos saltado el postre y el café, habíamos dejado una propina generosa por el desastre que había dejado nuestro hijo bajo la mesa, y habíamos regresado a casa a toda prisa, antes de que Krishu se viniera abajo por completo. Mientras Candice llevaba a cabo los ritos para acostarlo, yo cumplía con mi deber de pasear a *Cleo*. Es una rutina que disfruto bastante. Estemos donde estemos, lo último que hago antes de irme a dormir es sacar a *Cleo* a caminar. Me produce cierta nostalgia pasearla en Nueva York, donde *Cleo* pasó sus primeros cuatro años de vida. A pesar de que lleva casi siete viviendo en la soleada Santa Mónica, seguimos considerándola una «perra de ciudad». Aunque «dura» no es un adjetivo que definiría a *Cleo*, no cabe duda de que, al igual que Nueva York, posee vivacidad, dinamismo y capacidad de recuperación.

Cuando salimos del ascensor en dirección a la calle, *Cleo* echó a andar con más energía. Los olores de la ciudad —sobre todo a su altura— parecían vigorizarla. Una calle de Nueva York por la noche, con los efluvios indefinidos que emanaban de los montones de basura, la comida desechada por los restaurantes que ya habían cerrado, los rastros de otros perros y algún que otro sin techo que había encontrado un sitio donde dormir componían un mosaico de sensaciones que *Cleo* podía pasarse horas investigando. Si por ella fuese, se habría quedado toda la noche allí fuera. Al verla tan feliz, una parte de mí habría estado encantada de quedarse allí fuera con ella.

—El estado de Nana se ha estabilizado. —Papá asintió—. Seguramente lo mantendrán hospitalizado unos días más y luego dejarán que mamá se lo lleve a casa.

—Estupendo. —Me detuve para que *Cleo* olisqueara algo junto a una máquina expendedora de periódicos—. ¿Significa eso que mamá volverá pronto?

—No. —Sacudió la cabeza—. Nana tendrá que guardar reposo durante semanas, tal vez meses. No debe forzar su corazón. Mamá debe quedarse allí para mantenerlos a todos en calma.

Es el mayor don de mi madre: su presencia infunde tranquilidad a quienes la rodean. Siempre que se cierne una tormenta sobre la familia, ya sea una enfermedad, el primer día de colegio de un nieto o simplemente las preocupaciones mundanas de la vida cotidiana, mi madre tiene un estilo inimitable para hacer que la gente se relaje. Todos — mi padre, Mallika y yo, y ahora también nuestros cónyuges e hijos— nos hemos vuelto cada vez más dependientes de ella con el tiempo.

Pero la dependencia emocional de mi padre respecto a ella es la que más se ha puesto de manifiesto en los últimos años. Incluso ahora que tiene más de sesenta años, se pasa casi todo el año viajando de un rincón del planeta a otro. Un día está en Chicago, y al día siguiente, en Londres. Un día después se encuentra en Ámsterdam, y al otro, en Tokio. Es un torbellino que nunca para. Cada pocas semanas, cuando tiene la agenda un poco menos apretada, aterriza en Nueva York o Los Ángeles, y mi madre casi siempre está allí para recibirlo, lo ayuda a deshacer las maletas y volverlas a hacer, le prepara una comida casera como a él le gusta, va con él al cine o al teatro, o simplemente lo acompaña en sus paseos matutinos por Central Park. Su relación tiene un sabor anticuado, casi imposible de encontrar en la actualidad. Hoy en día no está muy de moda la frase «detrás de todo gran hombre hay una gran mujer», ni asignar papeles tradicionales a hombres y mujeres. La idea de que un marido y una esposa puedan desempeñar esos papeles se considera una violación del progreso cultural que creemos haber conseguido en nuestra sociedad, y es un tabú absoluto.

Sin embargo, cuando miro a mis padres, me da la impresión de que ellos han superado esos tabús. Su relación —que naturalmente no está libre de altibajos, presiones ni quebraderos de cabeza— se basa en algo especial que ha evolucionado a lo largo de un tiempo significativo, alimentado por la atención, el respeto y la empatía mutuos.

¿Cuál es ese ingrediente especial que hace que las relaciones duren y se fortalezcan con los años? ¿Qué las lleva a evolucionar desde la afinidad hasta un vínculo profundo, desde un contrato social hasta una unión espiritual? ¿Esto no sólo se da entre marido y mujer, sino también entre amigos, hermanos, y padres e hijos?

—Compañerismo —declara mi padre cuando hacemos una última parada junto al edificio, donde había una marca que claramente había dejado otro perro hacía poco rato—. En una palabra, es el compañerismo.

Es una palabra preñada de significado y connotaciones. Abarca conceptos como los de amistad, confianza, lealtad e intimidad.

Pero, lamentablemente, esta noche no iremos más allá. Hemos dado la vuelta completa a la manzana y es la hora de subir a dormir.

Candice y yo habíamos estado saliendo durante más de cuatro años —desde que habíamos empezado a estudiar en la Universidad de Columbia— cuando ella me llamó en el otoño de 1998 para decirme que se encontraba en Nueva Jersey y se estaba planteando la posibilidad de adoptar el bonito cachorrillo abandonado que tenía entre las manos.

Yo no supe qué responder, pues mi instinto me decía que no era buena idea. Candice estudiaba segundo en la Facultad de Medicina en Columbia, que estaba muy al norte de Nueva York en una zona conocida afectuosamente como «el Harlem dominicano». Yo me había mudado a Los Ángeles y trabajaba allí. Habíamos expresado nuestro deseo de seguir juntos y de intentar mantener una relación a distancia. Mi empleo como corresponsal internacional de una cadena de televisión me llevaba a sitios lejanos como Chechenia, Sri Lanka, Seúl o Bogotá, para cubrir noticias y conflictos que no solían aparecer en titulares. Nuestro noticiario iba dirigido a adolescentes que no conocían muy bien el contexto ni el lugar de los sucesos sobre los que informábamos, así que me pasaba días o incluso semanas en ciudades exóticas o zonas de guerra antes de emprender el largo viaje de regreso a Estados Unidos. Siempre que podía, hacía escala en Nueva York y me alojaba en la habitación de Candice en la residencia estudiantil para pasar con ella las pocas horas que su ajetreado horario de clases le permitía.

Para mí era una situación ideal. Sabía que Candice era especial. Me complementaba de una manera que me daba buenas vibraciones. Yo a duras penas había conseguido licenciarme, superando los últimos créditos el día antes de la graduación (gracias a que entregué un trabajo personal de cinco puntos), y mis padres habían pagado la matrícula de cuatro años por separado, mientras que Candice había cursado dos especialidades y superado suficientes créditos para obtener el título en tres años, trabajando además media jornada para empezar a pagar los sustanciosos préstamos que había pedido para su carrera.

Incluso después de graduarse, mientras yo aprovechaba mi trabajo de periodista como excusa para conocer mundo y juntarme con yihadistas, narcos, traficantes de armas y maleantes de todo pelaje, Candice se esforzaba por licenciarse en medicina y pasar a formar parte de ese círculo profesional. Aunque en esencia yo era incapaz de decidir cuáles eran mis aspiraciones de verdad en la vida, ella parecía haber nacido con un sexto sentido que le decía exactamente qué quería. Como habíamos empezado a salir cuando éramos prácticamente unos niños —los dos teníamos dieciocho años— y habíamos conseguido seguir juntos durante toda la carrera y después de obtener el título, nos conocíamos mejor que nadie, incluidas nuestras familias.

En parte por esa razón mi mente iba a cien por hora, analizando los datos de que

disponía para intentar adelantarse a los acontecimientos. Candice ya había sobrepasado la fase de «pensar en conseguir un perro». Había tomado la decisión y estaba organizando las cosas para llevarla a la práctica.

—Vale... —titubeé, tanteando con cuidado las tinieblas entre nosotros. Un suspiro a destiempo, un sutil cambio de tono, o, claro está, un comentario estúpido, podía conducir a la catástrofe y a una factura de teléfono exorbitante.

—Tranquilo, no te pido que hagas nada —dijo con brusquedad.

Increíble, pensé. Ella había percibido mi ansiedad antes que yo mismo.

—No... se trata de eso —tartamudeé—. Sólo quería...

Se trataba de eso, de todas todas. Estaba contento con el punto en el que estaba mi relación con Candice. ¿Para qué hacer experimentos? ¿Por qué añadir otro ser vivo a la ecuación? Aunque hacía más de una década que ya no tenía a *Nicholas*, me acordaba de la responsabilidad que implicaba y comprendí que, en este caso, la auténtica responsabilidad no sería de nosotros para con el perro, sino del uno para con el otro.

—¿Qué opinas? —preguntó Candice.

—¿Qué quieres que diga? —repliqué, diciendo lo menos indicado en el momento más inoportuno en el tono más inadecuado.

—¿Y eso a qué viene? —contraatacó—. Quiero que digas lo que quieras decir.

No, no era eso lo que quería. Conocía bien ese terreno. Me estaba convirtiendo rápidamente en Harry Potter, perdido en el bosque tenebroso, con la amenaza de Lord Voldemort cerniéndose sobre mí. Había algo que Candice quería que yo dijera, desde luego, pero quería que lo dijera sin que ella me presionara ni me pinchara. Y, aún peor, quería que lo dijese sinceramente.

Pero ya era demasiado tarde para mí.

—¿Qué tipo de perro es?

Un momento de silencio.

—De verdad que es una monada, Gotham —dijo atropelladamente.

Era como si me hubiera lanzado un pase desesperado a mí mismo y lo hubiese cogido. Aquel comentario que se desviaba de la conversación para recalcar lo mona que era la perrita fue la primera de muchas veces en que *Cleo* me salvaría el culo de un desastre seguro.

—Su madre es un bichón maltés. No sé muy bien qué es su padre. O quién es su padre. ¡Oh, Dios mío, Gotham, es adorable! Me cabe en la palma de la mano. ¡Es tan pequeñita! —Candice estaba al borde del éxtasis y del llanto—. Entonces, ¿crees que debería adoptarla? Fijo que tengo que quedarme con ella, ¿verdad?

—Sí, por supuesto —dije, intentando convencerme a mí mismo—. Ni lo dudes.

—¡Genial! —gritó, eufórica—. Necesito que me mandes cien pavos. ¡Es lo que cuesta y sólo tengo diez dólares en la cuenta!

Años después, para tomarle el pelo a Candice le digo que el precio de cien dólares de *Cleo* es uno de los más engañosos con los que me he encontrado. A propósito, todavía

estamos pagando esos malditos créditos universitarios.

—No olvides —me recuerda Candice últimamente— que soy la madre de tu hijo. Eso no tiene precio.

Touché. A decir verdad, incluso cuando la vi por primera vez unas pocas semanas antes de que Candice la llevara a casa desde Nueva Jersey, *Cleo* también resultó no tener precio. En las semanas que habían transcurrido, había pasado de ser una bolita de pelo que cabía en la palma de una mano a convertirse en una bola de pelo más grande que cabía en las dos manos juntas.

Por la noche —en ese entonces y también ahora—, a *Cleo* le gusta enroscarse junto a mí cuando duerme, por lo general hecha un ovillo contra mis piernas o incluso mi pecho si se lo permito. Candice dice que es porque le gusta mi olor, lo que no me parece precisamente un cumplido. Al principio, cuando me quedaba en la habitación de Candice en la residencia, esperando a que regresara de sus clases y se duchase para quitarse el olor a formaldehído que la impregnaba por diseccionar cadáveres humanos, *Cleo* permanecía fielmente a mi lado —cuando me quedaba sentado en la cama, leía una revista, veía la tele en el cuarto de estar o me sentaba en el baño a leer una revista—, procurando siempre que una de sus extremidades estuviera tocando una de las mías. Era un rasgo curioso que no había observado en otros perros. La necesidad de *Cleo* de contacto físico era evidente y deliberada. Poco a poco, me volví más atrevido con ella, empecé a sacarla a pasear a los Claustros y a llevarla en metro al centro, donde me acompañaba mientras hacía recados hasta que Candice se desocupaba.

Una tarde, tras un largo día en la ciudad, *Cleo* y yo nos quedamos dormidos en el sofá delante del televisor. Cuando Candice llegó con su uniforme de médico (había estado trabajando en el turno de urgencias) nos encontró a los dos acurrucados, dándonos calor el uno al otro. Al despertar, vi a Candice sentada en el sofá de enfrente, contemplándonos con una expresión inescrutable.

—Vale —dije, incorporándome pesadamente en el sofá. *Cleo* se rebulló un poco, pero todavía no estaba lista para levantarse—. Esta perra mola.

Candice rompió a llorar. Sus pequeñas lágrimas pronto dieron paso a gruesos lagrimones. La miré, preocupado.

—¿Qué pasa?

—Hoy he presenciado mi primera muerte en la sala de urgencias —sollozó.

—¿Era alguien que conocías? —pregunté consternado.

—No. —Sacudió la cabeza y se serenó—. Una familia que había tenido un accidente de coche...

Los detalles eran aún peores. Una pareja con sus dos hijas pequeñas habían sufrido una colisión en la autovía del West Side. La madre había sido declarada muerta nada más llegar al hospital, y el equipo médico de urgencias —del que Candice formaba parte— no había conseguido reanimar a una de las niñas. Ella también había fallecido ante sus ojos.

—Yo no podría nunca, nunca... —Candice estalló de nuevo en un llanto incontrolable

—. O sea, si supiera que eso me va a pasar, no creo que pudiera querer a nadie, tener hijos, ya me entiendes..., si supiera que iba a perderlos.

La abracé e intenté tranquilizarla.

—No pasa nada.

Candice lloró durante una hora hasta que poco a poco se durmió. Como si percibiera su desesperación, *Cleo* se apartó de mi lado y se aovilló junto a Candice.

Desde ese momento, siempre he creído que *Cleo* posee el asombroso don de detectar el estado de ánimo de quienes la rodean. En especial cuando alguien que le importa está triste, ella le expresa su empatía tocándolo, consolándolo con su calidez y asegurándose de que sepa que en ella tiene a una compañera que permanecerá a su lado todo el tiempo que sea necesario. Del mismo modo, cuando la emoción se apodera de la casa, invade también a *Cleo*, que arranca a correr soltando fuertes ladridos y se pone a saltar en círculos. Los días de pereza, sobre todo cuando Candice quiere hacer el vago por casa, desayunar en la cama y ver una película, *Cleo* es capaz de quedarse tumbada durante horas, sin quitarle ojo a su dueña por si cambia de humor. Tiene un vínculo emocional y espiritual con nosotros, de eso estoy seguro, y no me ha hecho falta realizar experimentos o estudios complejos para confirmarlo.

No me entusiasman las bodas ni toda su parafernalia —las complicadas normas de etiqueta, las formalidades interminables, los ritos extraños, los brindis cursis y las orquestas horteras pueden conmigo—, así que tener la excusa indiscutible de un niño tan inquieto e impaciente como Krishu es todo un chollo. A menudo acabo con Krishu fuera de capillas y salones de banquetes, entre fumadores, mientras en el interior la gente baila la conga, *Los pajaritos* u otros bailes estrafalarios. Pero lo mejor es que, cuando llego al límite de mi tolerancia después de varias horas dedicadas a una boda, puedo marcharme y usar a mi hijo para justificarme: «¡Vaya por Dios, me encantaría quedarme, pero ha sido un día muy pesado para él! Está agotado. No quiero que se vaya a poner enfermito...» Krishu representa su papel a las mil maravillas. Lloro y se contorsiona en los momentos clave. Tiene un sentido de la oportunidad espectacular, el instinto de Marlon Brando para exagerar el dramatismo en el instante justo.

Para gran disgusto de Candice, en las bodas me paso casi todo el rato obsesionado con lograr que mi hijo se cabree justo cuando yo necesite que lo haga. Esto mina cualquier posibilidad de que yo aprecie alguna parte de una boda, lo reconozco. Candice, naturalmente, es la otra cara de la moneda. A ella le encantan, sobre todo los momentos supermelodramáticos como cuando la novia camina hacia el altar o la pareja hace sus votos o ejecuta su primer baile al son de la música interpretada por esas orquestas horteras. Hay una razón para ello, por supuesto. Esos ritos tan pomposos captan la verdadera esencia del matrimonio: el compromiso y el compañerismo. Un buen matrimonio es fruto de un compromiso mutuo y duradero, y da lugar a un compañerismo

cada vez más profundo con el tiempo. Sin embargo, esos ritos especiales, tan bien coreografiados en una boda, ese acto que requiere tanto dinero y tiempo, son los momentos icónicos que simbolizan ese compromiso y ese compañerismo.

En la boda de Nueva Jersey de la que hablaba, la unión de un amigo de la universidad con su hermosa novia, todas las fuerzas del universo se alinearon de forma gloriosa. Hubo momentos emotivos y melodramáticos de sobra, para deleite de Candice —la novia incluso se saltó el guión durante la ceremonia para confesar que estaba triste por la ausencia de su difunto padre—, y yo me llevé a Krishu a dar una vuelta y a mirar la Estatua de la Libertad mientras duraba el prolongado cóctel. Muy oportunamente, a Krishu se le agotó la paciencia cuando llevábamos unos diez minutos cenando, justo cuando comenzaban los brindis cursis. La familia Chopra hizo mutis por el foro.

Si a eso añadimos el hecho de que tanto Candice como yo teníamos bien presente que mi padre se había quedado solo con *Cleo* (o viceversa) durante cerca de siete horas, al escaparnos de esa boda nos sentíamos como Bonnie y Clyde después de atracar un banco.

—¿Crees que a *Cleo* y a mi padre les ha ido bien? —le pregunté a Candice con Krishu dormido sobre mis rodillas mientras regresábamos a Manhattan en el tren de la Autoridad Portuaria.

—Estoy segura de que habrán sobrevivido.

Huelga decir que mi máxima esperanza no era que hubiesen sobrevivido. Con eso ya contaba.

—Tenemos que mostrar más confianza hacia tu padre —aseveró Candice—. Si no confiamos en él, ¿cómo va a confiar en sí mismo?

Esto me resultaba familiar; Candice fomentando una confianza que se traduciría en autoestima y potenciación de la responsabilidad, en este caso para mi padre. Me alegró ver que ella lo incluía en nuestro variopinto equipo.

—Deja de preocuparte —insistió Candice—. Están bien.

Había una época en que bastaba con meter la llave en la cerradura para captar la atención de *Cleo*. Si había que abrir varias cerraduras, ella gimoteaba y arañaba la puerta.

Últimamente, como cada vez oye peor, no reacciona de forma tan rápida. Por tanto, es mi deber localizar a *Cleo* cuando llegamos a casa, ponerle la correa y sacarla a pasear. Hay varios rincones de la casa en que le gusta dormir; encima de un montón de ropa sucia, si encuentra uno, en una cama (preferiblemente sin hacer) o, como último recurso, en su camita para perros. El piso de mis padres en Manhattan, sin embargo, era todo un territorio inexplorado para *Cleo*, así que yo no sabía dónde buscarla primero.

Al recorrer el apartamento, vi varios juguetes para perros desperdigados por la sala de estar principal: unos peluches recién sacados del envoltorio, un hueso de goma, dos pelotas rosadas de caucho y una oreja de cerdo. Había migajas de comida para perros esparcidas en el parqué oscuro. Pese a la presencia de estos chismes evidentemente

nuevos, *Cleo* seguía sin aparecer. Encontré otra oreja de cerdo entre dos boles, uno con agua y otro con leche.

¡Leche! Error de principiante. *Cleo* tiene una digestión delicada, por decirlo con suavidad.

Me encaminé directo al dormitorio de mis padres. Las tenues luces de la ciudad se colaban por la ventana y me permitieron vislumbrar las grandes almohadas dispersas por el suelo. Saltaba a la vista que las habían tirado de cualquier manera para hacerles sitio a *Cleo* y a mi padre, que estaban sumidos en un sueño profundo y apacible. Como era de prever, *Cleo* yacía acurrucada contra las piernas de mi padre. Fue la primera en moverse al oírme llegar por fin.

—Vamos, *Cleo* —le dije, haciéndole señas—. ¿Quieres salir a pasear?

Se levantó con toda la pachorra del mundo, pero agitando el rabo. Arqueando la espalda, se desperezó antes de acercarse a mí dando saltitos, subiendo y bajando la lengua de forma enérgica.

Sus movimientos despertaron a mi padre, que abrió los ojos de golpe.

—¿Ya habéis vuelto?

Asentí mientras enganchaba la correa al collar de *Cleo*.

—Sí. Menudo día que habéis pasado los dos, ¿no? ¿Le has dado leche?

—Ella me la pidió —dijo mi padre con un gesto afirmativo— cuando le estaba echando un poco a mi café.

No se me ocurrió nada que responder a eso.

—Vale. Voy a llevarla a dar una vuelta a la manzana —anuncié.

Mi padre asintió de nuevo.

—Te acompaño.

Las noches de verano en Nueva York son estupendas. Mientras que los días pueden ser bochornosos y agobiantes, pasear bajo las estrellas es algo incomparable. El aire cálido y la brisa tonificante aportan las condiciones perfectas para sacar al perro cuando uno necesita un lugar decente en el que asegurarse de que el ataque inminente de diarrea le dé antes de volver a casa. Esta noche, ese lugar es Broadway.

—Espero que te lo pienses dos veces antes de darle leche la próxima vez —le comenté a mi padre cuando doblamos la esquina con Broadway.

—Cuesta decirle que no —replicó—. Quería casi todos los juguetes de la tienda.

—Ya me he dado cuenta.

—Pero tiene gracia —reflexionó.

—¿En qué sentido? —El chiste, por favor.

—Es muy afectuosa. Ha estado siguiéndome a todas partes. Daba igual la habitación en la que estuviera o lo que hiciera; estuve a punto de tropezar con ella varias veces. —Sacudió la cabeza—. ¿Son así todos los perros? —Papá bajó la mirada hacia *Cleo*, con

curiosidad.

En realidad, *Cleo* es una perra sociable en ese sentido, o al menos más con las personas que con los otros perros. Disfruta la compañía humana, sobre todo de miembros de la familia. Nunca me ha parecido especialmente deseosa de cariño, pero reconozco que roza el límite.

—No lo sé —respondí—. Tal vez sea por las orejas de cerdo. Esas cosas le encantan.

—¡No me puedo creer que sean de verdad!

Yo ya había pasado por eso. Descubrir que las orejas de cerdo son en realidad..., bueno, orejas de cerdo, suele ser una revelación inquietante para quien nunca antes ha tenido perro. Pero a *Cleo* le gustan más que cualquier otra cosa.

—Estoy seguro de que todo el mundo piensa que su perro es único, pero *Cleo* es especial sin lugar a dudas. —La guie hacia un pequeño cuadrado de tierra en la acera, con la esperanza de que la fiesta empezara de una vez. Ella orinó por obligación, pero siguió adelante. No había habido suerte.

—Su tenacidad toca la fibra —prosiguió mi padre—. Cuando de pronto dejé de seguirme por un momento, empecé a preocuparme y fui en su busca.

—Ya —asentí, sintiéndome identificado—. Así es ella.

—Es lo que pasa con todos los perros, ¿no? *Nicholas*, *Cleo*... Cuando adquieres uno, sabes más o menos exactamente lo que va a suceder. Vas a establecer un vínculo intenso con él, aunque no hagas el menor esfuerzo. Creceréis juntos, jugaréis juntos y os querréis el uno al otro. Y entonces el perro se morirá. —Se quedó callado por unos instantes—. Los perros son distintos de los humanos en ese sentido. Hasta los mejores matrimonios son impredecibles. Nunca sabes lo que la vida te depara. La gente cambia, pero los perros no. O muy poco.

Me cuesta encontrar algo que objetar. *Cleo* es el típico caso de manual. Desde el día que Candice la trajo a casa en la palma de la mano, e incluso ahora que se ha vuelto más lenta por la edad, sigue siendo la misma perra juguetona y fiel, con las mismas manías y un vínculo profundo con la familia.

—Entonces, si la trayectoria de la relación es previsible y está condenada a acabar en dolor emocional, ¿por qué la aguantamos? —Papá bajó la vista hacia *Cleo*.

Me encogí de hombros. Sabía que en este caso no era imprescindible que respondiese. Daba igual: mi padre está acostumbrado a contestar a sus propias preguntas. Es la clave de su éxito.

—Por la camaradería. La plenitud emocional que nos proporciona esta relación hace que valga la pena todo lo que trae consigo.

¿Tan distinto es eso de las relaciones que entablamos entre personas?

Es una de las cosas en las que pienso a menudo mientras observo a mi hijo crecer día a día. ¿En qué tipo de niño se convertirá? Conforme su personalidad evolucione y madure, ¿tendremos cosas en común él y yo? ¿Qué pasará si no? A veces, por la noche,

me quedo acostado en la cama, contemplándolo y me pregunto si estoy preparado para el lazo emocional que ya he establecido con su ser, y para el que se fortalece cada día. Recuerdo ese día en que Candice, cuando era una joven estudiante de medicina, vio a una familia destrozada por un terrible accidente de tráfico. Les ocurren cosas malas a buenas personas a diario. La tragedia se ceba en familias, hace trizas los vínculos más profundos que nos unen.

—El miedo es un componente importante de las relaciones humanas, o de nuestra resistencia a desarrollarlas al máximo. El miedo al dolor y el sufrimiento emocionales, a ser vulnerables respecto a otra persona, la amenaza de la pérdida y la aflicción que puede ocasionar esa vulnerabilidad.

—El matrimonio, los hijos, la amistad, todas las distintas formas de camaradería son intrínsecamente peligrosas porque no podemos predecir adónde van. Y aun así, tenemos que embarcarnos en ellas con el mismo arrojo, valor y entusiasmo con que formamos lazos con nuestros perros.

Cleo se fijó en una paloma que estaba unos metros más adelante y se puso a tirar de su correa hacia ella. Papá y yo la seguimos.

—Pero creo que lo más importante que podemos aprender de las relaciones está en la propia *Cleo*, en los vínculos que ella desarrolla. Sus relaciones están basadas en la lealtad y la confianza, el perdón y el no juzgar a los demás. Ella ofrece afecto pero también lo recibe. Eso resulta enriquecedor: ser querido pero tener también la capacidad de ofrecer amor.

Cleo también establece siempre lazos de empatía con las personas, estén del humor que estén. Está dispuesta a jugar, llorar o simplemente quedarse tumbada, con la oreja puesta para comprobar que eso es lo que uno necesita. Desde que vive con nosotros, hemos atravesado esos altibajos con ella casi todos los días.

—Es muy especial, sin duda —comentó papá.

Bajé la mirada hacia ella y de pronto la vi con ojos totalmente distintos. ¿Quién iba a decir que *Cleo* guardaba el secreto de las relaciones perfectas? Cuidado, doctor Phil.[1]

—¿Qué está haciendo? —preguntó mi padre, mientras su expresión pasaba de la admiración al desconcierto al ver a *Cleo* en cuclillas.

Sacudí la cabeza y torcí el gesto.

—Sí, por eso, por mucho que lo pida, no hay que darle leche.

Papá, ¿qué harías si creyeras que nadie se iba a enterar nunca?

Me gusta creer que ya es así como vivo. Hay una cita de Rumi que dice: «Quiero cantar como los pájaros, sin preocuparme por quién pueda oírme o qué puedan pensar.»

¿De modo que es así como funcionas?

No del todo, pero tu pregunta me hace pensar en un fenómeno interesante. Cuando alguien hace algo que tiene mucha repercusión, el público se forma una imagen de esa persona. Y entonces esta imagen, como nunca se ajusta a la realidad de esa persona, acaba por envilecerse, tarde o temprano. Es lo que ocurre siempre. Y cuando esa imagen se envilece inevitablemente, la sociedad se enfurece con la persona cuando en realidad debería enfurecerse consigo misma por haberse formado esa imagen desde un principio.

Es una red enmarañada, de eso no hay duda. El ejemplo perfecto es alguien como Tiger Woods. Él creó junto con la gente que creía en él el personaje mítico en el que empezó a convertirse, no sólo porque era un deportista que avasallaba en el campo de golf (algo que cabe suponer que él no quería que cambiara jamás), sino por todo lo demás con lo que se comprometió, los contratos multimillonarios con los patrocinadores, y la imagen que perpetuaron juntos. No tenía necesidad de crear esa imagen que dejó que la gente tuviera de él, pero lo hizo, probablemente porque engordaba su ego, por no hablar de su bolsillo. Pero todo eso generó falsas expectativas que él no podía cumplir, así que llevaba una vida secreta. Y de los confines de su soledad y su aislamiento, surgió su sombra. Cuando tienes que estar a la altura de una imagen que no es la tuya, antes o después esa imagen se envilece. Entonces todo el mundo se enfurece y acabas por hacerles daño a muchas personas.

—El ayer es historia, el mañana es un misterio, el presente es un regalo. Por eso se le llama «presente».

No sé muy bien de dónde sale esta máxima tan cursi, pero la he visto en tarjetas de felicitación, pegatinas para parachoques, camisetas, alfombrillas para el ratón y por lo menos un tatuaje. Si la buscamos en Google, aparecen casi nueve millones de resultados, junto con referencias a Emily Dickinson, Bob Marley, Joan Rivers, Lil Wayne y un libro de 1902 titulado *Relojes de sol y las rosas del ayer*.

No tengo idea de quién pronunció estas palabras por primera vez, pero sé que el maestro Oogway la dice con una elegancia especial en el filme de animación *Kung Fu Panda*. Lo sé porque he visto la peli todas las mañanas de los últimos seis meses. A las cinco y media.

En casa se me ha asignado el «turno de mañana», lo que significa despertarme con el niño, dejar salir a la perra al patio, cambiarle el pañal al niño, dejar a la perra entrar de nuevo en casa, darle un premio, servirle cereales con leche al niño, preparar gofres, y luego quedarnos los tres (niño, papá y perra) sentados frente al televisor, viendo *Kung Fu Panda*. A las cinco y media de la mañana.

Pese a mis esfuerzos por introducir un poco de variedad —con *Horton, Madagascar 2* o el canal de deportes—, la lealtad de Krishu hacia *Kung Fu Panda* no flaquea. Desviarse de la rutina es imposible. Resulta sorprendente, en realidad. Krishu es capaz de ver *Kung Fu Panda* cada mañana como si fuera la primera vez. Se ríe con todos los chistes de Po, se encoge cuando Tai Lung escapa de la prisión y se echa hacia delante en el sofá cuando Tigresa, Mantis, Mono y Víbora se preparan para aceptar el desafío de Tai Lung a un combate. Aunque Krishu sabe lo que va a pasar —incluso lo espera con ansia—, revive cada momento una y otra vez con un entusiasmo que no deja de asombrarme.

No puede decirse lo mismo de mí. Tal vez por eso se me ha ocurrido una versión alternativa del argumento, más parecida a *El caballero oscuro*, en la que Tai Lung triunfa en su intento de derrocar al maestro Shifu. En esta versión, Tai Lung se apodera del mundo, destrozando el equilibrio espiritual del planeta y sumiéndolo en una oscuridad apocalíptica en la que la gente se ve obligada, por ejemplo, a quedarse sentada en los sillones descomunales de Starbucks, contemplando las anodinas obras de arte pagano para toda la eternidad.

En este Armagedón, las disciplinas espirituales y las artes marciales como el kung-fu, el karate y el judo tendrían que ser explotadas, resucitadas y reinventadas, y los guerreros que las dominan serían la única esperanza del mundo para rescatar a la civilización de la locura en la que la han sumido los *baristas*. Es sólo una idea.

Mi compensación por ocuparme del turno de mañana es que, hacia las seis y media, puedo llevar de nuevo a Krishu a la cama para que se acurruque un rato con su madre mientras yo monto en mi fardona bici nueva de ciudad y me dirijo a los barrios de los cañones para dar una vuelta casi agotadora. El objetivo de estas salidas obsesivas (aparte de alejarme de casa) es entrenarme para un recorrido intensivo en bicicleta que tenía pensado hacer por Italia. Mi cuñado, unos cinco años mayor que yo, me había enrolado en un club sólo para chicos cuyos miembros eran principalmente tipos como él: inversores profesionales triunfadores, banqueros y magnates de los bienes raíces, que de pronto ya no tenían tanto trabajo a causa de la crisis económica. Cuando no salíamos con las bicis, en pelotón amateur, comparando pedales nuevos y relucientes, engranajes y otros componentes con los que apenas me estaba familiarizando, compartíamos vídeos del YouTube y enlaces a mapas y comentarios que mostraban lo inviable que era en realidad la aventura italiana que teníamos planeada.

Aparte del entrenamiento físico riguroso y de los juegos mentales incitados por el YouTube, yo había adaptado mi dieta considerablemente. Debía controlar de forma

estricta los hidratos de carbono y los azúcares, y consumir proteínas a mansalva. Las calorías, antes tan prohibidas, ahora eran necesarias para proporcionarnos la energía que requerían nuestras salidas de entrenamiento, que incluían subidas muy empinadas por los cañones de Santa Mónica y Malibú. Nuestra cocina se había convertido en un auténtico laboratorio, con los armarios repletos de polvos de colores y gruesas barras de proteínas. Me pasaba las madrugadas mezclando, agitando y combinando como un alquimista y preparando elaborados batidos con la consistencia de la melaza que me bebía ante la mirada atónita de Candice, Krishu e incluso *Cleo*. Intentaba convencerme a mí mismo de que valía la pena. Después de todo, ¿no prometían los envoltorios que esos suplementos vigorizarían mi cuerpo y le ayudarían a recuperarse de sesiones de entrenamiento especialmente extenuantes?

Cuanto más pensaba en todo ese ejercicio y sus efectos secundarios, menos seguro estaba de por qué lo hacía exactamente. Sabía que, aunque me gustaba ir en bici, esta actividad no excitaba mi ánimo competitivo como los partidos de baloncesto improvisados que jugaba en el parque más cercano y a los que tuve que renunciar hace sólo unos meses debido a problemas crónicos de rodilla. Montar en bicicleta era uno de los pocos deportes que no implicaban impactos repetidos en mis chirriantes articulaciones. No obstante, no había nada muy competitivo en esta actividad, sólo excursiones largas y pesadas, a veces con pendientes que no podíamos coronar sin una estrategia adecuada.

Ascender esas cuestas requería como mínimo serenar la mente y espaciar los pensamientos durante períodos largos y difíciles. Ese tipo de entrenamiento mental era nuevo para mí; similar a la meditación, con la que estaba familiarizado, pero muy diferente de los movimientos instintivos que hacía al jugar al baloncesto. Atacar pendientes pronunciadas de forma muy agresiva podía resultar demasiado agotador y sabotear la reserva de energía que se necesitaba para salidas más largas. Esta recalibración de mi vida deportiva —que siempre había sido un aspecto muy importante de mi existencia— resultó significativa para mí, y todavía me estaba adaptando a ella a medida que se acercaba el viaje a Italia. Así pues, mientras me concentraba en cómo iba a hacerlo, aún no tenía claro por qué.

Mi padre se percató de mi repentina obsesión por ir en bici.

—Te ha dado fuerte con eso, ¿no? —comentó una mañana mientras se preparaba un café.

—Supongo. —Me encogí de hombros, todavía no muy seguro.

—Yo sé por qué —dijo mientras vertía crema de avellana en su taza—. Te estás haciendo viejo.

Lo miré, no muy convencido.

—Antes simplemente te ponías las deportivas, cogías una pelota y te ibas a jugar. —Removió el café con crema—. Desde que tenías unos once años hasta hace sólo unos meses. Ahora tienes una bicicleta cara, ropa de ciclista cara y unos geles y líquidos

extraños, y te preparas para realizar un viaje caro al otro lado del mundo sólo para hacer ejercicio. —Se encogió de hombros y tomó un sorbo.

—Esto... No creo que...

—Eres demasiado joven para tener una crisis de la mediana edad —dictaminó—, pero los síntomas son evidentes. Te vas a Italia a hacer ejercicio.

Me quedé mirándolo, inexpresivo, sin saber qué responder. De entrada, me impresionó que se acordara de cuando yo tenía once años, no de la edad genérica de diez, ni del período más vago y amplio de la pubertad, sino de mis once años. Eso no estaba nada mal.

Sacudí la cabeza mientras llenaba mi botellín de agua.

—No sé si se trata de eso —murmuré.

—De eso se trata precisamente. —Asintió, convencido—. Aunque nuestra existencia sea apenas un paréntesis en el contexto cósmico, a veces nos parece interminable a quienes la sobrellevamos, por lo que buscamos formas de distraernos. —Cambió de tema—. La bici es bastante chula. ¿Cuánto te costó?

Yo no estaba dispuesto a seguir por ese camino.

—No me acuerdo.

—Ya. —Asintió de nuevo mientras salía de la cocina arrastrando los pies—. Que te vaya bien en la excursión.

Durante el costoso vuelo en primera clase a Italia, reflexioné sobre mi conversación con papá. Tal vez tenía razón. En el fondo, yo sabía que a una parte de mí la corroía una inquietud. Me había convertido en un animal de costumbres que seguía la rutina religiosamente. Mi horario de todos los días se había vuelto rígido y previsible. Aunque hacía no tanto tiempo me paseaba por el mundo y me codeaba con narcotraficantes y terroristas (o luchadores por la libertad, según su punto de vista), ahora era un tipo casado con un niño y un perro, una hipoteca, obligaciones y compromisos. ¿Qué iba yo a hacer para contrarrestar todo esto? ¿Conseguir una bici más cara? ¿Viajar el año siguiente a Saint-Jean-de-Maurienne para seguir la ruta del Tour de Francia? ¿En qué se estaba convirtiendo mi vida? ¿En qué me estaba convirtiendo yo?

—Señor Chopra, ¿puedo ofrecerle un cóctel? —La auxiliar de vuelo interrumpió mi crisis galopante. Se había mostrado parlanchina cuando yo había embarcado y me había ayudado a identificar todas las maravillas de mi elegante asiento de piel. Yo ya había hecho un buen uso de la crema hidratante superchachi y del bálsamo labial, me había puesto los peúcos suaves y pensaba utilizar el sedoso antifaz. Ella fingió un gran interés cuando le hablé del propósito de mi viaje. Fijé la mirada en su atractiva sonrisa y su pelo color azabache por unos instantes. La crisis de la mediana edad conduce inevitablemente a eso, ¿no?

Hice un esfuerzo y conseguí salir del trance.

—No, gracias.

Reajusté mi mente. Tenía que dejar de pensar en el futuro lejano, plagado de imágenes angustiantes del tedio de la vida en un barrio residencial de las afueras, pues tenía problemas más inmediatos, concretamente una proeza física agotadora para la que no sabía si estaba preparado. Y no se trataba sólo del desafío físico. Gran parte de la energía que requeriría la excursión inminente la habíamos invertido en los preparativos. No me refiero únicamente a los cerca de seis meses de entrenamiento intensivo, sino a todas las conversaciones y la documentación sobre el tema. Yo había reunido un auténtico archivo de vídeos en mi ordenador, cuyo objetivo era tanto inspirarme como intimidarme. Pocos días antes de la partida, me pasé por la tienda de bicicletas del barrio para comprar más parafernalia, y le hablé del viaje al encargado.

—¿En serio? —preguntó, más que un poco perplejo.

—Sí, en serio —asentí.

Se rio y sacudió la cabeza. ¿A qué venía eso?

Lo presioné pero no soltó prenda.

—No tiene sentido ponerse nervioso por eso ahora.

Ya era demasiado tarde. Algunos de los puertos de montaña en nuestro itinerario figuraban entre las etapas ciclistas más duras del mundo. Tenían nombres sonoros en italiano como el Stelvio, el Gavia y el Motirolo, y los entendidos en el tema hablaban de ellos con un miedo reverencial. Aunque habíamos calculado que la mayor parte de las etapas no duraría más de cuatro horas o a lo sumo cinco, la conversación sobre ellas podía durar meses enteros. Cada una de ellas estaba envuelta en una leyenda. Cada una provocaba ansiedad y temor en ciclistas tanto aficionados como veteranos. Como el encargado de la tienda de bicicletas. Como no podía ser de otra manera, me había puesto nervioso.

Después de aterrizar en Milán y emprender el trayecto de tres horas y media en coche hacia el norte por la zona de los Dolomitas, avisté las montañas que íbamos a subir. Eran imponentes, por decirlo con suavidad; aterradoras, por decirlo con franqueza. De lejos, se erguían majestuosas, con la cumbre cubierta de nubes. Cuando la tarde dio paso a la noche y se hizo más difícil ver cuán lejos llegaba la carretera que teníamos ante nosotros, me sorprendí a mí mismo mirando por la ventanilla, calculando el ángulo de la pendiente y contando en mi cabeza para intentar determinar lo largas que eran aquellas cuestas y cuánto tardaríamos en coronarlas. Conforme aumentaba el número, más nervioso me ponía.

Como llegué a la conclusión de que lo mejor que podía hacer para aplacar mi nerviosismo era distraerme, dirigí mi atención a Ian, el nervudo instructor que habíamos contratado para que fuera nuestro guía durante aquella semana. Pero no hizo gran cosa para apaciguar mis miedos. Después de un poco de charla insustancial obligatoria sobre películas y otros asuntos poco memorables, la conversación se centró en el ciclismo, poco más que un interés pasajero para mí, pero toda una pasión para él. Cuando le conté

algunas cosas que había oído sobre las etapas épicas que nos esperaban y el nerviosismo que me provocaban, él respondió con solemnidad:

—No piense en nada de eso —dijo con voz monótona—. En serio, pensar así puede resultar paralizante. Concéntrese exclusivamente en la carretera que tenga delante.

Asentí. Mi primera impresión de Ian fue que era un tipo bastante tranquilo. Que se pusiera serio tan de repente me descolocó un poco. Aunque me estaba diciendo que no pensara en las etapas que pronto iba a acometer, la súbita severidad de su tono causó justo el efecto contrario. La frase «estoy jodido» resonó en mi mente como los mantras o sonidos secretos que mi padre me había enseñado a repetir en silencio mientras meditaba.

Unas horas después, llegamos por fin al encantador hotel que sería nuestra base de operaciones durante los días siguientes. Llamé a Candice para presentarle mi informe del día.

—¿Estás nervioso por la etapa de mañana? —preguntó.

—Por lo visto, no deberíamos hablar de ello —le dije.

—¿En serio? —La imaginé arrugando la frente—. ¿Por qué?

—Hace que sea imposible llegar al final, o algo así. No sé. —Sacudí la cabeza—. Cosas de ciclistas.

—Eso tiene sentido —convino Candice.

—¿De verdad? —En ese momento fue a mí a quien se le escapó una mueca—. ¿Desde cuándo eres Lance Armstrong?

Se rio.

—No lo sé. Debes concentrarte en la carrera, no en la meta. El viaje es el destino. Seguro que es algo que diría tu padre.

—O Nike —repuse—. ¿Cómo está el crío?

—Bien —respondió—. Entreteniendo a su abuela.

La madre de Candice había viajado desde su casa en Atlanta para echarle una mano a su hija. Prepararle las comidas al niño, cambiarle los pañales, leerle libros, bañarlo y ver *Kung Fu Panda* con él eran tareas para las que Candice necesitaba ayuda. Su madre era más que capaz de llegar a dominarlas todas. Pero, por encima de todo, *Wai pó* (la expresión china con la que Krishu se refería a su abuela materna) era una amiga de juegos que había perdido de vista hacía tiempo. La consentía más que nadie y por tanto se había convertido en su persona favorita. Él le daba órdenes constantemente, le exigía tentempiés entre comidas —cereales por la noche, sándwiches por la mañana— como para poner a prueba sus límites y encontrar los suyos propios.

Era un mal momento para eso. En las últimas semanas, la enorme presión que ejercía la recién fundada mafia de mamás sobre Candice nos había llevado a ella y a mí a afrontar el desafío de conseguir que Krishu dejara de necesitar pañales. Habíamos consultado todos los libros sobre paternidad, y todos ellos coincidían en que cuanto más estructurada estuviera la vida del niño, con una rutina fiable y una serie de cosas con las

que pudiese contar siempre, más sencillo sería el proceso. Y, tal como lo describiría mi padre más tarde, así se inició el adoctrinamiento cultural de Krishu en las costumbres de nuestro mundo.

—Empiezan regulando tus funciones biológicas y acaban regulándolo todo hasta que no eres más que un saco de reflejos condicionados.

Como muchas de las sentencias de papá, ésta sonaba a algo que habría dicho el Unabomber. En fin.

Al principio, a Krishu pareció gustarle la nueva rutina, y se sentaba de buena gana en su orinal infantil de plástico siempre y cuando uno de nosotros se apoltronase a su lado y le leyese un cuento. Incluso consiguió cumplir como un campeón un par de veces la primera semana, lo que nos valió el aplauso de parientes a quienes les comunicamos la jubilosa noticia.

—Está muy adelantado para su edad —lo elogió mi madre.

—Es todo un prodigio —añadió el padre de Candice.

Aquellas deposiciones iniciales en el orinal infantil nos llevaron por el peligroso camino de las expectativas falsas. Candice y yo estábamos convencidos de que los libros estaban equivocados, de que el proceso no llevaría meses ni estaría inevitablemente plagado de contratiempos. Nuestro niño genio metabólico sólo tardaría unos días en aprender el Tao del popó, como tal vez lo llamaría el maestro Oogway. Por desgracia, fue como si Krishu percibiese esta presión repentina para que madurase más deprisa, y pronto adoptó una actitud desafiante. No tenía un interés real en nuestro deseo de conseguir que se integrase en un mundo en que la caca se evacuaba en un extraño trono de porcelana con una cadena de la que había que tirar después. Estaba la mar de contento con el sistema habitual, que consistía en que él hacía sus necesidades en el lugar y momento en que tuviera ganas, y nosotros lo limpiábamos. Hasta entonces le había dado buenos resultados.

—¿Cómo va lo de dejar los pañales? —le pregunté a Candice con cautela.

—No muy bien —contestó. Lo achacó a la llegada de *Wai pó* y a su indulgencia con el niño. Ambos sabíamos que las razones auténticas eran más profundas, que nuestro hijo era el Mangal Pandey (rebelde legendario de la India) de los orinales infantiles. Si tuviese la oportunidad, encabezaría una revuelta de todos los niños de dos años que encontrara para combatir esa espantosa costumbre de obligarlos a dejar los pañales. Ya había representado el papel de cabecilla en rebeliones parecidas en el patio de juegos. Aun así, era mucho más fácil echarle la culpa a la abuela.

—¡Eh! —Me encogí de hombros, a medio mundo de distancia, resignado a dejar que el crío se apañara solo. Era una actitud coherente con mi filosofía general sobre la paternidad. Al final, bien por pura incomodidad, bien por el inevitable inconveniente cultural que supondría para él ser un adolescente que se lo hacía en los pantalones, Krishu nos suplicaría que le enseñáramos a ir al baño como es debido. Mi postura respecto a sus comidas y sus horas de dormir era la misma. Ya comería cuando tuviera

hambre. Ya dormiría cuando le entrase sueño. ¿Por qué tanta obsesión en implantar rituales complicados para inducirlo con engaños a hacer cosas que su instinto rechazaba? Estos razonamientos, por desgracia, tampoco tenían la menor posibilidad de convencer a mi mujer.

—¿Me echa de menos? —pregunté.

—¿Quieres que te mienta o que te diga la verdad?

—Mejor miénteme.

—Te echa de menos un montón y pregunta por ti constantemente. —Impresionante. En realidad, yo sabía que con *Wai pó* en casa, él apenas notaría mi ausencia.

—¿Y *Cleo*?

Esta vez Candice ni siquiera se tomó la molestia de dejarme elegir.

—¡Te echa de menos un montón y pregunta por ti constantemente!

—Más le vale..., perra ingrata.

Candice se rio.

—Eso eres, ¿verdad? —añadió en tono afectuoso. Era evidente que *Cleo* se había tumbado junto a Candice, que le estaba prodigando caricias—. Yo no perdería el sueño por eso —me aconsejó Candice—. Ya conoces a *Cleo*. Cuando vuelvas, estará más cariñosa que nunca contigo. Su mente se concentra en lo que tiene delante.

—Ya —me lamenté—. Pero ¿por qué no puede ser como esos perros de los que tanto se habla? Ya me entiendes, esos que se quedan sentados delante de la puerta esperando a su dueño, o que se ponen tristes y taciturnos porque lo que más les importa en el mundo es la persona ausente.

—¡Ja! ¿*Cleo*? Ni de coña.

—Supongo. —Hice un gesto de resignación. De hecho, es una de las mejores cualidades de *Cleo*: su capacidad de fijar su atención en el momento presente sin que nada la distraiga.

—Te echo de menos —dijo Candice, adoptando de nuevo un tono sospechosamente seductor.

—¡Mentirosa!

—¡Cuidadito, Lance! —me advirtió—. Más vale que duermas un poco antes de esa gran etapa de mañana de la que no podemos hablar y sobre la que tú no debes pensar.

—Vale —dije—. *Ciao*.

—Uuuh —ronroneó—. Qué italiano.

Cuando me estaba instalando en mi acogedora habitación de hotel en Bormio, Italia, sonó mi teléfono móvil. Contesté y oí la voz de mi padre desde el otro lado de la línea.

—¿Qué tal el vuelo? —preguntó.

—Caro —respondí, arrancándole una carcajada.

—He hablado con mamá. —Hizo una pausa—. Nana está mucho mejor. Su estado

permanece estable. Seguramente lo enviarán a casa dentro de unos días.

«Estable» es un término bastante extraño, si uno lo piensa bien. Sin duda es mejor que «crítico» o «muy grave», pero tampoco es para echar cohetes, en mi opinión.

—Vale —titubeé—. ¿Qué significa eso?

—Significa que debemos tomarnos las cosas con calma —dijo, expresándose como un médico—. Debería ponerse bien. Pero no quiero hablar de más.

¿Quién habría sospechado que papá era una especie de curandero vudú que podía poner en peligro sólo con sus palabras la delicada recuperación de Nana?

—¿Y mamá? ¿Está bien? —pregunté, cambiando de tema. Si por algún motivo no lo estaba, eso sería muy revelador. Mi madre se ha ganado la fama de mujer equilibrada.

—Sí, está bien. Ya sabes, con los sentimientos un poco a flor de piel. Después de todo, es su padre.

Una frase difícil de interpretar. Por un lado, el hecho de que mi madre estuviese con «los sentimientos a flor de piel» me preocupaba. Sin embargo, la apostilla «después de todo es su padre» introducía una variable. No sabía bien cómo conciliar una cosa con otra.

—No te calientes tanto la cabeza —dijo papá, interrumpiendo mis pensamientos—. Nadie puede controlar el futuro. Si lo intentas, te agotarás. Tú centra tu intención en que Nana se ponga bien y sigue con tu vida.

Ya volvía empezar con la ecuación de la intención, la atención y la distancia. Aunque en apariencia era sencilla, en la práctica resultaba tremendamente difícil.

—Lo intentaré —dije de forma poco convincente.

—No basta con intentarlo —me reprendió papá.

Ya, claro: «Un pez no intenta nadar; nada sin más. Un pájaro no intenta volar; vuela sin más. Tú no intentas caminar; caminas sin más.» Yo había crecido con estos axiomas de mi padre y de Yoda, pero eso no me ponía las cosas más fáciles.

—¿Cómo está el niño? —Esta pregunta se había convertido en su muletilla cuando no estaba seguro de qué rumbo dar a la conversación.

—Bien —respondí—, pero lo de dejar los pañales no está siendo precisamente un juego de niños.

Esto también lo descolocó. Apostaría hasta mi último centavo a que mi padre no intervino para nada cuando yo estaba aprendiendo a ir al baño.

—Ya, nunca es fácil. —Vaya, qué buenos reflejos—. ¿Y qué tal *Cleo*?

Me reí, impresionado. El hecho de que no sólo se acordara de su nombre, sino que además se interesara por ella, parecía indicar que se estaba creando un vínculo entre ellos.

—De fábula —contesté—. Ahora que la madre de Candice está allí, podrá dar largos paseos todos los días.

—¿Con qué frecuencia ve a la madre de Candice? —inquirió papá.

Medité sobre ello. La madre de Candice nos visitaba cada seis meses, más o menos.

Así se lo dije a papá.

—¿Tú crees —empezó— que si le abrieras el cráneo a *Cleo* y le examinaras el cerebro encontrarías ese recuerdo de la madre de Candice?

—Ni se te ocurra —dije, esperando que fuera una pregunta retórica.

—El cerebro, tanto el de los humanos como el de los perros —declaró— no almacena recuerdos. No tenemos un sistema de archivos en la cabeza. Los recuerdos existen como posibilidades de manera no local en un plano central de la existencia.

—A ver si lo pillo —salté—. Es como la diferencia entre guardar datos en el disco duro y guardarlos en un servidor.

Una pausa.

—La auténtica diferencia entre *Cleo* y nosotros es su capacidad de acceder al servidor con un mínimo de interferencias.

Esta vez tuve que pedirle una explicación.

—Es muy sencillo. Los animales reaccionan sin reflexionar sobre sus reacciones. Recurren a sus recuerdos individuales y a los de su especie, que no están contaminados por las emociones ni giran en torno a ellas.

Esto me dio que pensar. Aunque hubieran pasado meses o un año, en cuanto la madre de Candice entraba por la puerta, *Cleo* se le echaba encima y se ponía a saltar alrededor de ella, emocionada, buscando su afecto.

—¿O sea que no crees que a *Cleo* la motivan los recuerdos? —pregunté—. Te aseguro que en muchos casos reacciona claramente de forma instintiva.

—Hay una gran diferencia —repuso papá con rapidez—. Reaccionar a tu pasado, a los recuerdos, significa ser prisionero de ellos. Es lo que hace la mayoría de la gente: representar el papel de víctima de sus experiencias pasadas. Ser instintivo es algo totalmente distinto.

»Los instintos se basan en nuestra memoria colectiva o karma. La alquimia de todas nuestras experiencias pasadas se manifiesta en los instintos de nuestra especie. Los instintos beben de esa reserva de experiencias pasadas.

»Incluso a los humanos nadie nos tiene que enseñar a enamorarnos por primera vez, no porque tengamos recuerdos de ello ni de lo estupenda que es esa experiencia, sino porque nos sentimos bien en el momento adecuado.

»El problema es que creamos barreras en nuestra vida, nos condicionamos a nosotros mismos. Ese primer momento del enamoramiento genera un recuerdo que recrearemos en nuestra mente durante el resto de nuestra vida. Da lugar a una expectativa de lo que debe ser el amor en el futuro. Es entonces cuando la cosa se complica.

»*Cleo* está por encima de las complicaciones —concluyó papá.

Era mucha información que asimilar.

—¿De verdad crees que los humanos somos capaces de eso? —pregunté.

Esta vez papá no titubeó al responder, como antes. De hecho, no respondió.

—¿Papá? —insistí—. ¿Estás ahí?

Tardó un momento más en hablar.

—Enciende el televisor —dijo, y por su tono era evidente que estaba alterado.

—¿Por qué? —Me apresuré a buscar el mando a distancia—. ¿Qué pasa?

Otra pausa.

—Dicen que Michael Jackson podría haber muerto.

Conocí a Michael cuando yo tenía quince años. Se lo había presentado a mi padre Elizabeth Taylor, que era asidua de un centro de salud alternativo del oeste de Massachusetts en el que mi padre había llegado a ser director médico. Cuanto más averiguaba la señorita Taylor sobre mi padre y el material espiritual que estaba desarrollando, más se convencía de que a Michael le fascinaría. Según recordaba mi padre, a ella le interesaban más los servicios que ofrecía el centro de salud como balneario, aparte del hecho de que estuviera tan alejado de Hollywood y del caos que reinaba allí, pero creía que a Michael le atraería más «todo ese rollo mágico» del que hablaba mi padre: la meditación, la conciencia, el karma.

Tenía razón. Michael pasó a ser miembro de la familia desde el instante en que conoció a mi padre. Y no sólo le atraía «el rollo mágico», sino también las cosas más «normales». Unos pocos meses después de que se conocieran, Michael invitó a mi padre a su finca de Neverland, cerca de Santa Bárbara.

Papá mencionó que se iba de viaje una noche, mientras cenábamos. Lo dijo con un aire tan despreocupado como si hablara del tiempo.

—¿Cuánto se tarda en coche de Los Ángeles a Santa Bárbara? La semana que viene tengo una reunión en Los Ángeles y luego tal vez vaya a la finca de Michael Jackson. Quiere verme.

Mallika y yo nos quedamos mirándolo con incredulidad.

—¿Qué pasa? —preguntó él mientras nosotros luchábamos por recuperar el habla.

—¿Michael...? —conseguí articular.

—¿... Jackson? —completó ella.

Papá asintió.

—¿Queréis venir conmigo?

A Mallika se le cayó el alma a los pies. Se moría de ganas de ir, pero tenía que partir a la mañana siguiente en una misión benéfica a la República Dominicana. Iba a pasarse el verano excavando letrinas o algo así. Yo, por mi parte, no tenía planes tan filantrópicos. Tenía pensado dedicar todo el verano a ir a ver partidos de béisbol desde las gradas de Fenway Park.

Aun así, fingí que todo me resbalaba. Después de todo, tenía quince años y estaba en el cenit de la arrogancia y la chulería adolescentes. Llevaba Cross Colors y Adidas. Jugaba en la liga escolar de baloncesto y J. D. Salinger me llegaba al alma. No podía reaccionar del modo en que me habría gustado. «¿Te estás quedando conmigo? Jo, claro

que iré contigo a ver al puto Michael Jackson.»

En vez de eso, me encogí de hombros.

—Sí, suena bien. Te acompaño...

Como muchos chicos de mi generación, yo había crecido como forofó de Michael Jackson. No era sólo su música lo que me obsesionaba; era él. Llevé siete noches de Halloween consecutivas un disfraz basado en su videoclip de *Thriller*, y me había comprado una chaqueta de cuero roja y le había metido tijera para que se pareciera a la que él llevaba en ese vídeo tan icónico. Su interpretación de *Billie Jean* en el vigésimo quinto aniversario de la Motown me había impulsado a comprar media docena de mocasines. El guante que llevaba me había incitado a adquirir un guante de esquí que era lo más parecido que había podido encontrar. Y luego estaba el sombrero negro que había obligado a mis padres a comprarme y que llevaba siempre puesto, hasta tal punto que llegó a parecer algo más propio de Indiana Jones que de Michael Jackson. Tenía pinta de idiota con ese sombrero que me venía grande a los once años, pero como casi todos los demás idolatraban también a Michael Jackson, les molaba.

Michael Jackson molaba. Dominaba el escenario como nadie y hacía vibrar un estadio entero con la energía de un superhéroe y un talento indiscutible, pero a la vez parecía tan vulnerable y humano cuando no actuaba... Molaba un montón.

Como me había criado con el gurú de las estrellas, había tenido la suerte de conocer a muchos famosos. Si hay algo que he aprendido es que por lo general la fama no los hace tan intimidadores como cabría suponer. Supongo que con el tiempo comprendí que la clave de todo, más que en ellos, estaba en nosotros mismos y en nuestras expectativas. Reverenciamos a los famosos, los convertimos en iconos y nos sentimos decepcionados, enfadados incluso, cuando ellos no cumplen con esas expectativas que hemos creado.

Yo he vivido esto muy de cerca. Conocí en una cena a un autor de *bestsellers* que había sido mi ídolo cuando iba al instituto. Se puso como una moto al hablar de la cadena de librerías Barnes & Noble porque no colocaban sus libros a la altura de los ojos en los estantes. Por si fuera poco, se pasó toda la velada quejándose y protestando por el sistema de envío de Amazon como si fuera una auténtica tragedia. Saber cuánto despreciaba a la buena gente que ponía sus libros a disposición del público —y, lo que es peor, haber visto lo mezquino que era— hizo que me resultara más difícil valorar las palabras que escribía. Luego estaba la atractiva actriz con la que fantaseaba hasta que la oí referirse al personal del centro de salud como «machacas que no merecen el salario mínimo». Después de eso, ya no pude seguir... bueno, fantaseando con ella como antes.

En el mundo de la «autoayuda», en el que estábamos cada vez más metidos, se producían situaciones aún más irónicas: expertos en relaciones cuyos tormentosos matrimonios estaban marcados por el escándalo y la infidelidad; gurús de la nutrición que se ocultaban en la antecocina de los restaurantes para ponerse morados de carbohidratos que regaban con refrescos; guías espirituales que preconizaban el «simplificar la vida» pero viajaban con séquitos que hacían que los deportistas profesionales parecieran meros

aficionados.

Esto no ocurría con Michael.

Era todo lo que yo había imaginado y mucho más. Nos hicimos amigos con los años. Casi hermanos. Descubrí que no sólo era un artista increíblemente dinámico y brillante, poseedor de un talento casi divino, sino también un alma atormentada y en conflicto consigo misma. Tal vez Michael fuera un hombre que a menudo estaba en la luna, totalmente desconectado de la realidad de la «gente normal», pero también era alguien que experimentaba las emociones humanas de una forma más profunda que nadie que yo haya visto.

Cuando ya hacía años que nos conocíamos, me matriculé en Columbia, una de las prestigiosas universidades de la Ivy League, en gran parte gracias a una recomendación que él escribió. Michael residía la mayor parte del tiempo en Nueva York, en el elevado ático del hotel Four Seasons, donde yo lo visitaba con regularidad para charlar un rato y a veces para colaborar en alguno de los proyectos en que estuviera trabajando. Siempre intentaba hacerlo salir del aislamiento en que vivía por voluntad propia y por consejo de sus asesores. Por lo general, no lo conseguía. Para remunerarme por algunas de las contribuciones que hacía a sus proyectos, me pagaba en efectivo, con billetes que guardaba en un saco que escondía detrás del retrete. Me daba un par de los grandes, y entonces yo llamaba a mis amigos de la universidad, que subían al metro y se encontraban conmigo en el centro, donde nos gastábamos la pasta en lo que más nos importaba en ese entonces: *strippers*.

Pasó el tiempo. Michael pasó de ser la estrella del rock icónica y de mayor talento que el mundo hubiera conocido a convertirse en un famoso perseguido por los escándalos. La cara se le caía literalmente a trozos, no sólo debido a las operaciones que se había hecho para combatir algunos de sus problemas psicológicos más profundos, sino también por una enfermedad de la piel que pocos sabían que padecía. La prensa lo acusaba de odiar su raza o de ser un monstruo, lo que provocaba a Michael una mezcla de tristeza y rabia. Y, por supuesto, estaban las acusaciones aún más devastadoras de comportamiento inapropiado con niños, que eclipsaron durante un tiempo sus glorias pasadas. Yo, que antes proclamaba con orgullo que conocía a Michael desde los quince años, pasé a decirlo como de pasada, avergonzado y entre dientes por miedo a suscitar expresiones de desaprobación y risitas.

Cuando pasó la tormenta de los escándalos, Michael se embarcó en una nueva etapa de su vida, la paternidad, y al poco tiempo yo seguí sus pasos. Llegamos al mismo destino por caminos totalmente distintos. Yo opté por el método tradicional, mientras que Michael fabricó una familia que llegaría a quererlo como nadie. Al verlo con sus tres hijos, saltaba a la vista que ellos eran lo más valioso para él. Años después de que fundase su familia, Candice dio a luz a Krishu. Entonces Michael me llamó.

—¿Lo ves? Te lo dije, Igger. —Así me llamaba él. Le ponía apodos a todo el mundo. «Starbucks», tú ya sabes quién eres—. Es lo mejor que puede haber en la vida.

De hecho, le pedí que fuera el padrino de Krishu, pero su respuesta, un poco inquietante, fue que no creía ser la persona más indicada para ello.

—Creo que deberías pedirselo a alguien más apto para esa responsabilidad —confesó—. Hay demasiadas cosas malas en mi vida de las que no debería enterarse.

Aun así, le puso a Krishu el mote de «el Chindio» y llamaba cada pocas semanas para asegurarse de que Candice y yo habláramos varios idiomas en presencia del crío.

—Michael —le decía yo al principio—, sólo tiene unos meses de edad.

—Da igual —contestaba—. Es más listo que todos nosotros. Procura que lo siga siendo.

En los últimos años de su vida, aunque estaba alcanzando una plenitud emocional y espiritual que nunca había conocido gracias a su vida con sus hijos, Michael estaba atravesando una situación difícil. Su círculo más próximo lo sabía, pero, a pesar de múltiples intentos, en realidad no había gran cosa que nadie pudiera hacer para ayudarlo. Se había vuelto otra vez un experto en mantenerse apartado de los demás, sobre todo porque creía tener un secreto que no quería que nadie conociese.

Unas pocas semanas antes de que me fuera a Italia, me llamó a altas horas de la noche, como hacía a menudo. Hablaba de forma lúcida y directa. Había oído que mi amiga periodista Laura Ling estaba presa en Corea del Norte y quería saber si había detalles sobre los que los medios de comunicación no hubieran informado. (Debido a sus propias experiencias con muchos periodistas, no se fiaba demasiado de ellos.) Cuando le dije que apenas teníamos información al respecto, porque el régimen totalitario de Corea del Norte controlaba la prensa, se quedó callado por unos instantes. Me dijo que había visto fotos de Kim Jong Il, el «amado líder» de Corea del Norte, que gobernaba con puño de hierro aquel país aislado. Se fijó en que el dictador llevaba a menudo chaquetas militares parecidas a las que se ponía Michael cuando actuaba o hacía apariciones públicas.

—¿Crees que es un fan mío? —sugirió.

Me encogí de hombros en la oscuridad de mi habitación.

—No lo sé.

—Si lo es, podría ayudar de alguna manera.

Le prometí que lo investigaría.

—De acuerdo. —Me dio las gracias—. Espero que estén bien. —Había leído en algún sitio que seguramente tanto a Laura como a su colega Euna las mantenían incomunicadas—. Estar solo, aislado de la gente y del tiempo no es fácil.

Asentí, sin saber qué decir.

—Saludos al Chindio —susurró—. Buenas noches.

Cuando colgué el teléfono tras finalizar mi conversación con mi padre, me puse a caminar de un lado a otro de mi habitación en aquel hotel italiano. Me volvía de nuevo hacia el televisor y comencé a cambiar de un canal a otro. En todas las cadenas imaginables daban la noticia de que estaban trasladando a Michael Jackson a un hospital de Los Ángeles. La mayor parte de ellas habían rectificado tras afirmar que él ya había muerto y se resignaban a proporcionar una descripción más vaga de su estado de coma crítico. Yo sabía que aquella muerte sonada seguramente era inminente, pues había unidades móviles de televisión aparcadas frente al hospital, las casas de Michael en Los Ángeles y Neverland, el famoso complejo habitacional de sus padres en Encino y otros lugares, con periodistas ávidos de noticias y listos para informar del menor rumor.

Allí sentado, en la habitación de hotel, frente al televisor —había dejado puesto un canal de noticias italiano que apenas entendía en realidad—, observé el desarrollo de los acontecimientos con un nudo cada vez más grande en el estómago. Un vídeo movido y con mucho grano de la web de cotilleos TMZ mostraba a unos sanitarios metiendo a toda prisa en una ambulancia una camilla en la que yacía una figura menuda. Estas imágenes resultarían ser las últimas jamás captadas del gran Michael Jackson. En otro vídeo se apreciaba a una multitud cada vez más grande de admiradores que se habían aglomerado delante del legendario centro médico Cedars-Sinai de Beverly Hills. La periodista parloteaba sin parar en italiano, de forma atropellada, desgranando las últimas novedades que le llegaban. Empecé a recibir en el móvil numerosos mensajes de texto y de correo electrónico, enviados por amigos ansiosos por enterarse de alguna primicia, si es que la tenía. Eché otro vistazo al reloj despertador. Eran ya las diez de la noche pasadas. Se suponía que teníamos que madrugar y montar en la bici temprano para emprender nuestra dura primera etapa. De pronto ya no estaba tan seguro de que fuera a quedarme mucho tiempo más en Italia, y menos aún a llegar al punto de salida a tiempo. Pensamientos contradictorios sobre si debía quedarme o regresar zumbando a casa se me agolpaban en la cabeza. El nudo en mi estómago no dejaba de crecer, pues la sospecha de que, dijeran lo que dijeran los medios sobre el estado de Michael, mi intuición era más fiable, se afianzaba por momentos.

En un instante tomé la decisión de apagar la tele y mi teléfono. La combinación de *jet lag*, nerviosismo por la etapa que me esperaba y conmoción por esta noticia me tenía alterado. Me temía que el día siguiente sería aún más caótico desde el punto de vista emocional, pero para ello faltaban unas pocas horas en que podía aislarme y eludir la realidad. Fue una decisión más intelectual que instintiva.

Tumbado en la cama unos minutos después, me puse a pensar en Michael, en el día que nos conocimos, el verano que viajé con él cuando estaba de gira por Europa, el tiempo que habíamos pasado juntos desde entonces. Notaba una opresión en el corazón, de modo que intenté recordar los momentos más divertidos que compartí con Michael a lo largo de los años: aquella noche de Halloween que salimos a hurtadillas de su piso en Los Ángeles y fuimos a una discoteca en la que bailó con tanto entusiasmo que la gente

comenzó a aplaudirle a ese hombre desconocido con una máscara de Godzilla; o aquella vez que, en un estudio de grabación de Nueva York, le dijo al rapero Ice-T que yo era su guardaespaldas. Ice-T me miró de arriba abajo y le comentó a Michael que podía ayudarlo a encontrar algo mejor si quería tomarse en serio su seguridad.

Pero yo no era capaz de desviar mis emociones de la tristeza que se acumulaba en mi interior. «Deshazte de la ilusión del control», me recordó el maestro Shifu, así que probé un enfoque distinto: decidí entregarme a la aflicción, sin intentar rehuir las emociones, sino «tomar posesión» de ellas, como sugeriría el doctor Phil, y dejar que me arrastrasen. Cinco minutos después, me había sumido en un sueño profundo e intenso.

A la mañana siguiente, desperté sobresaltado. No me hizo falta un despertador ni nada por el estilo para arrancarme de aquel descanso sorprendentemente reparador. Me quedé mirando la pantalla del televisor, preguntándome si debía encenderlo o no. En cambio, cogí mi teléfono móvil y lo encendí. Como me encontraba en el extranjero, tenía la opción de activar la configuración para descargar mensajes de correo electrónico.

Antes de que decidiera qué hacer al respecto, sonó el teléfono. Era mi padre.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Sabes lo de... —titubeé, no muy seguro de lo que debía decir.

—Han confirmado la muerte hace poco —me informó con suavidad.

—Ya. —Asentí. Una honda tristeza se apoderó de mí, acompañada de un horror no menos profundo.

—Creo que deberías quedarte en Italia y hacer tus excursiones en bicicleta —sugirió papá sin que yo le diera pie a ello.

—¿En serio? —Se me había vuelto a pasar por la cabeza anular la salida y volver a casa.

—Esto va a ser un circo —aseguró mi padre—. Ya he recibido llamadas de todos los medios que puedas imaginar. Ya he hablado con los del programa de Larry King. Preguntan por ti.

—Ya —murmuré, no muy sorprendido. La idea de regresar y zambullirme en aquel frenesí mediático creciente no me seducía demasiado.

—No tengo la menor idea de ciclismo —añadió papá—, pero yo en tu lugar montaría en la bici y me concentraría en la carretera que tengo ante mí.

Como no podía ser de otra manera, Deepak sí que sabía de ciclismo. Me estaba dando el mismo sabio consejo que los expertos. Nunca hay que intentar conquistar la carrera entera, sino avanzar etapa por etapa. Ni siquiera hay que preocuparse de la etapa entera, sino dividirla en tramos y completarla de forma modular. Los grandes ciclistas dicen que ni siquiera piensan en los tramos, sino que mantienen la vista baja, en la rueda que gira sobre la carretera. A veces se fijan en las líneas viales y las usan para establecer su ritmo y velocidad, hasta que todo lo demás —el recorrido, los otros ciclistas, el tiempo

mismo— se difumina. Es la misma experiencia que los atletas de elite suelen describir como «la euforia del corredor», en la que los detalles se desdibujan y ellos se funden con todo cuanto les rodea, incluido su propio ser. De hecho, se trata del estado de conciencia que describen todos los grandes escritos sagrados tanto de Oriente como de Occidente.

«Soy el alfa y el omega, el principio y el fin, el primero y el último», reza la Biblia.

«Soy su principio, su ser, su fin», se describe Krishna a sí mismo en el *Bhagavad Gita*.

El maestro Oogway coincide con ellos: «Estás demasiado preocupado por lo que fue y lo que será.»

Pensé por un momento en el camino que tenía delante, en mi padre y en mi amigo. Pensé en mi hermana y en Nana, en Candice y Krishu, en lo fugaz que es la vida, que se acaba en un abrir y cerrar de ojos, un paréntesis en medio de la eternidad.

Pasamos de dejar los pañales a «regular el tránsito intestinal». Nos envolvemos en una red de expectativas y recuerdos que nos reconforta pues nos da una sensación de estabilidad y previsibilidad. Estructuramos nuestra vida con metas y claves. Hacemos planes y preparativos. Incluso quienes consiguen experimentar esos raros e intensos momentos en que se vive totalmente el presente descubren que entrañan ciertos peligros. Y es que, cuando esos momentos se acaban —como le ocurrió a mi amigo Michael Jackson—, descubren que la existencia normal es mucho menos emocionante.

Papá rompió el silencio.

—¿Recuerdas cuando Michael nos llevó a su estudio en esa primera visita a Neverland? —rememoró—. ¿Cuándo puso *Billie Jean* y comenzó a bailar?

Al principio Michael se mostró casi tímido, asintiendo con la cabeza al compás de la música. Pero, al cabo de unos minutos, como si no pudiera controlarse, se contorsionaba y se movía al ritmo contundente del bajo, bailando con esa fluidez de la que sólo él era capaz.

—Fue hermoso —describió papá—, porque él estaba viviendo el momento. No era sólo un bailarín; era el baile y la música en sí.

Sí que me acordaba de eso.

¿Sabes quién es Miley Cyrus?

No. ¿Quién es?

¿Sabes quién es Hannah Montana?

¿No era la amiga de Tara?

Sí, en cierto modo.

Tara, mi sobrina de ocho años, es una cría especial. La mayor de un trío integrado además por su hermana, Leela, y por mi hijo Krishu, se toma muy en serio su condición de veterana. Cuando observa a sus hermanos menores, a menudo recuerda los rigores de la edad comprendida entre los dos y los cinco años.

—Déjalo que se asuste —me aconsejó una vez cuando estaba acurrucado con los niños en el sofá viendo *Buscando a Nemo*. A Krishu se le había puesto la carne de gallina cuando había aparecido el tiburón y se había puesto a perseguir al padre de Nemo y su fiel amiga Dory—. Está bien tener miedo de vez en cuando, porque entonces sabes cómo se siente la gente en el mundo real a veces cuando pasan cosas malas.

El papel de mentora le viene como anillo al dedo a Tara. Es una niña reflexiva y contemplativa. Como siente las cosas de una manera tan profunda y parece tener una conciencia aguda de lo que pasa alrededor, los adultos de la familia cuidan mucho lo que dicen en su presencia.

Según una leyenda extendida en nuestra familia, Tara no empezó a hablar de verdad hasta que tenía casi tres años, una edad bastante tardía para lo que es habitual y muy posterior a aquella en que sus hermanos alcanzaron el mismo hito. La mayoría lo explica con el argumento de que los primogénitos no interactúan tanto con niños mayores como sus hermanos más jóvenes. Tara lo explica de forma muy distinta: «Era una niña reflexiva.»

Y también inquisitiva, pues el interrogante siempre ha sido su signo de puntuación favorito. Últimamente, Tara se ha convertido en una experta en interpretar los tonos de voz, así que los demás tenemos cuidado no sólo con lo que decimos, sino con cómo lo decimos.

«¿Por qué Mami Candy (así llama a Candice) te miró de ese modo cuando le dijiste que no se comiera esa tarta de queso?»

«¿Qué querías decir con eso de que nunca ibas a volver a hablar con mi mamá?»

«¿Por qué le dijiste a tu amiga que esa señora del Coffee Bean tenía pinta de chica mala?»

¿He mencionado ya que tiene ocho años?

Más que la hijita de Mallika y Sumant, Tara era el bebé de la familia, un tesoro

primogénito que todos valorábamos de un modo especial. Ese «todos» incluía a *Cleo*, que le dio sus primeros lametones a Tara cuando tenía pocos días de nacida. Corría el mes de enero de 2002, y la inminente llegada del bebé de Mallika nos había juntado a todos. El parto se complicó, y tuvieron que practicarle una cesárea de urgencia a Mallika mientras mi madre, deshecha en lágrimas, y mi padre, lleno de ansiedad, esperaban a que mi cuñado, con la cara pálida, les diese la buena noticia. Cuando al fin él anunció que Tara estaba sana y que Mallika se recuperaría tras unos días de reposo, todos lo celebramos.

Unos días después, Tara llegó a casa del hospital, y yo no estaba muy seguro de si debía llevar o no a *Cleo* a conocerla. Con menos de cinco kilos de peso y ninguna agresión o acto violento en su historial, no había motivos para no llevarla, pero aun así no me decidía a arriesgarme. Candice, por su parte, expresó su preocupación al respecto. Los dos queríamos mucho a *Cleo*, pero eso no significaba que nos fiáramos totalmente de ella. Además, razonamos, ¿qué prisa había? Ya habría tiempo de sobra para que Tara y *Cleo* se conocieran cuando las cosas se normalizaran (aunque no sé muy bien qué significa esto en el contexto de la vida de una recién nacida).

—Al contrario —soltó mi padre, que nunca dejaba de sorprendernos—. Traed al perro de inmediato. No demos nada por sentado ni prejuguemos su relación.

Al contrario. Papá se había preparado para la llegada de Tara del único modo que sabía: leyendo ingentes cantidades de textos sobre la mejor manera de cultivar la conciencia de un niño desde las etapas más tempranas de su existencia. Tenía grandes planes para Tara, y no vacilaba en emplear la palabra «perfección» cuando hablaba de lo que tenía proyectado para ella.

—Tú mírala —me dijo cuando no hacía ni veinticuatro horas de su nacimiento—. Es absolutamente perfecta. Una auténtica estrella, como su nombre indica.

Sonriendo, le recordé que la mayoría de los abuelos perciben a sus nietos —sobre todo los primeros— como «perfectos».

—No. —Sacudió la cabeza con vehemencia, como si hubiera pasado por algo obvio—. Ella no es como los otros bebés. —Paseó la vista por los otros bebés de la sala de neonatos con expresión desdeñosa y, cuando la posó de nuevo en Tara, una sonrisa le iluminó el rostro—. Tara cambiará el mundo.

Como parte de esta ambición y estrategia expansivas, mi padre había consultado resultados de investigaciones que indicaban que la exposición de los niños a los animales —y sobre todo a los perros— en una etapa temprana tenía efectos sumamente beneficiosos para ellos.

—Muchos datos apuntan a que los niños que crecen con animales de compañía llegan a ser mejores líderes. Su sentido de la compasión y empatía hacia otros seres se consolida a un nivel emocional. Trae al perro ahora mismo —ordenó otra vez, como si temiera que ya hubiésemos retrasado demasiado el inicio de su formación para el liderazgo.

Yo no las tenía todas conmigo.

Entonces papá apeló a la ciencia.

—Hay estudios que demuestran que los niños que se crían en casas en que hay perros tienen menos probabilidades de desarrollar ciertas alergias e incluso asma. El hecho de que los perros sean animales sucios que dejan mugre y alérgenos por toda la casa es bueno —nos aseguró a todos—. Eso estimula y fortalece el sistema inmune del bebé.

Esto casaba con su teoría de que en Occidente los bebés están sobreinmunizados. Respecto a las vacunas, un tema muy controvertido entre los padres, él defendía una postura intermedia: la de ponerles a los niños las vacunas esenciales pero luego mandar a paseo la cautela y dejar que ellos y el mundo —o, en este caso, *Cleo*— encuentren el equilibrio por sí mismos.

—Y no bañéis al perro —me recordó.

—Vale —dije, pero llevé a bañar a *Cleo* de todos modos.

Recuerdo con toda claridad ese primer encuentro entre *Cleo* y Tara. Mallika estaba KO a causa de los calmantes y Sumant estaba en el trabajo, de modo que la paranoia de los padres no era un impedimento. Tara, con sólo dos días de nacida, estaba recostada en una silla infantil, dando botecitos y meciéndose adelante y atrás. Como la mayoría de los bebés en esa etapa, estaba despabilada y haciendo gorgoritos o, en palabras de mi padre, «como Buda, despierta y consciente de su iluminación implícita». Le acerqué a *Cleo* y, ante la mirada vigilante de mis padres, la sujeté fuerte con la correa para dejar que olisquease a Tara desde una distancia prudencial. Yo no quería correr el menor riesgo. Dejaría que *Cleo* le diese un buen repaso, pero manteniéndola lo bastante alejada para que no la tocara en ningún momento. Poco a poco, a medida que la perra se sentía más cómoda en ese entorno, solté un poco la correa, a fin de que acercara el hocico a los pies de Tara.

Cuando *Cleo* le dio los primeros lametones, Tara se puso a gorjear y balbucir con ganas. Después, ante la estupefacción general, extendió el brazo y le acarició a *Cleo* el morro con la manita. Fue un gesto tan suave, delicado e impropio de un bebé que todos nos quedamos mirando, asombrados. Hasta *Cleo*, la perra más inquieta del mundo, parecía tranquila. Se arrimó más a Tara, dejando que siguiese deslizando la mano a lo largo del morro hasta la nariz, luego de vuelta, por la cabeza, hasta detenerse en la coronilla. Casi daba la impresión de que *Cleo* estaba en trance. En todos los años que hacía que la teníamos, nunca la había visto comportarse de ese modo con alguien a quien no conocía muy bien, y menos con una criatura.

—¿Lo ves? —Mi padre asintió—. Te lo dije. Tara es un ser iluminado.

A partir de ese día, entre Tara y *Cleo* se forjó una relación especial. Durante su evolución de bebé a niña, no pasaba un solo día sin que le dedicara tiempo a *Cleo*. Una de sus primeras frases fue «quiero a *Cleo*». Insistía en acompañarme a la tienda de animales una vez por semana para comprarle chuches y juguetes. A veces mi hermana

me llamaba a altas horas de la noche para insistirme en que le llevara a *Cleo* porque Tara sólo podía dormir acurrucada junto a la perra y con la mano en su pequeño pecho.

En una época más reciente, aunque el colegio, los amigos y numerosas actividades ocupaban buena parte del horario preadolescente de Tara, ella procuraba no dejar a *Cleo* de lado. La visitaba a menudo antes de ir al colegio o por la tarde, al salir de clase. Los fines de semana dejábamos con regularidad a *Cleo* en casa de Mallika para que pasara allí la tarde o incluso la noche en compañía de Tara. *Cleo*, por su parte, la seguía por toda la casa. La chica siempre se aseguraba de que hubiera sitio para *Cleo* a su lado, dondequiera que se instalara. Si estaba haciendo deberes, mientras practicaba de forma diligente su caligrafía con la mano derecha, acariciaba cariñosamente a *Cleo* con la izquierda. Si se arrellanaba para mirar *High School Musical* o alguna novedad de Bollywood comprada por su padre en la tienda de productos indios del barrio, *Cleo* resultaba aún más favorecida, pues por lo general Tara la dejaba acomodarse en su regazo. Incluso en las reuniones familiares —cuando nos juntábamos para cenar o sólo para pasar el rato—, *Cleo* elegía para tumbarse un lugar que estuviera cerca de Tara.

Cuanto más observaba las interacciones entre *Cleo* y Tara, más me hacían sonreír, pues eran una réplica exacta de la relación de Mallika con *Nicholas* cuando ella y yo éramos niños. A lo largo de los años en que lo tuvimos, *Nicholas* se convirtió para mí en un compañero de juegos bruscos con el que forcejeaba y corría, mientras que con Mallika desarrolló un vínculo más afectuoso. Aunque le encantaba revolcarse en las hojas secas conmigo cuando el verano daba paso al otoño o perseguirme mientras me deslizaba colina abajo en un trineo tras una nevada invernal, en Mallika siempre encontraba una mano cariñosa o un abrazo cálido. Como le ocurrió a mi madre, no fue coincidencia que, tras la muerte inesperada de *Nicholas*, Mallika nunca volviese a plantearse seriamente tener otro perro. El dolor potencial era demasiado grande. Yo sabía que era difícil para ella notar que los lazos de Tara con *Cleo* se fortalecían día con día. Una parte de ella veía en esa relación una repetición de su propio pasado. ¿Estaba destinada a tener el mismo desenlace?

Yo esperaba con todas mis fuerzas que no.

La excursión en bicicleta por los Dolomitas resultó ser tal como me la habían pintado: físicamente agotadora, pero estimulante desde el punto de vista espiritual y emocional. Hubo momentos en que, mientras ascendíamos a las heladas cumbres y el aire se enrarecía, me venían a la mente pensamientos sobre Michael y me invadía la tristeza. Sin embargo, el esfuerzo que me exigía el ascenso me devolvía al presente, me obligaba a mantenerme concentrado y, en muchos sentidos, me aislaba felizmente de la locura que parecía cernerse sobre el resto del mundo. En cuanto Sumant y yo llegamos al aeropuerto de Milán para coger el vuelo de vuelta a Los Ángeles, me dio la sensación de que, aunque había transcurrido una semana desde el fallecimiento de Michael, el revuelo

mediático no había amainado en absoluto.

Cuando aterrizamos en Los Ángeles, el revuelo se había intensificado. Los rumores sobre el modo en que había muerto Michael (y sobre si había muerto o no en realidad) se difundían y comentaban por todas partes. ¿Había sido un accidente, un asesinato o un suicidio? ¿Había tenido que ver con las drogas, con problemas médicos o incluso con la mafia, dadas las ingentes deudas que se decía que Michael había acumulado?

Todas las cadenas de televisión empezaron a emitir documentales y homenajes montados a toda prisa. Era imposible cambiar de canal sin ver a Michael realizando el paso *moonwalk* o lanzando su sombrero al otro extremo del escenario. Su muerte fue todo un acontecimiento cultural, y aunque yo era consciente de ello desde una óptica objetiva —e incluso contribuí a ello en los días siguientes al aparecer en programas como *Larry King Live*—, no podía desprenderme de la enorme tristeza que me embargaba. A pesar de que seguramente yo era el miembro de mi familia que había estado más unido a Michael, todos sentíamos ese vacío ineludible. Junto con el hecho de que mi madre estaba lejos, en India, era un motivo para que nos reuniésemos en torno a la mesa del comedor todas las noches, como carromatos en torno a una hoguera, para intentar consolarnos unos a otros.

Hasta Tara se había fijado en los incesantes cotilleos de los que se hacían eco todos los medios de comunicación. Para ella, Michael no era una supernova o un amigo de la familia, ni el enigma envuelto en escándalos en que se había convertido a los ojos de tanta gente; era el padre de Paris. La canguro que cuidaba de los hijos de Michael era muy amiga de Mallika y llevaba con frecuencia a los niños a su casa para que jugaran con Tara. Paris, la hija de Michael, la impresionaba especialmente. Su dulzura, su respeto hacia los mayores, su elegancia natural y su ternura eran cualidades que Tara imitaba. Ésta sólo había visto a Michael una vez, y no había sido un encuentro muy interesante, por lo que recuerdo, salvo por su impaciencia por zafarse de los adultos para seguir a Paris por toda la casa. Tras el fallecimiento de Michael, se pasaba el día deprimida, preguntándose qué sería de Paris y de sus hermanos.

—Debe de estar muy triste por haberse quedado sin su papá. Seguro que llora mucho. Me sabe fatal por ella.

A todos nos dolió en lo más hondo la pérdida de Michael. Había solemnidad y tristeza en el ambiente. Y también rabia. Mi padre, en particular, estaba convencido, incluso antes de que el informe del forense lo confirmara, de que la muerte prematura de Michael había sido obra de médicos irresponsables que habían permitido e incluso fomentado su apetito voraz de fármacos. Esto, sumado al hecho de que mi padre era un detractor del estamento médico que, según él, tenía tratos multimillonarios con las compañías farmacéuticas y aseguradoras, lo convirtió en un equipo de demolición de un solo hombre que aparecía en los medios. Para él, la trágica muerte de Michael fue el pistoletazo para prevenir al público contra los médicos descontrolados, en este caso un facultativo que tenía, literalmente, licencia para matar. Y eso por no mencionar las

compañías farmacéuticas y aseguradoras que estaban sacando tajada de aquel sórdido asunto.

Mi padre no veía ninguna razón especial para eludir estos temas durante la cena. Consideraba a Tara tan madura como podía llegar a ser una chica de su edad. Mallika a veces ponía en tela de juicio sus afirmaciones sobre la precocidad de Tara. Nos recordaba a todos que las cosas que decíamos influían en la niña de formas que ni siquiera imaginábamos.

—Está creciendo demasiado deprisa —solía lamentarse Mallika, pero incluso ella sabía que no había manera de proteger a Tara de las realidades más oscuras que nos rodeaban. Papá no era el único que hablaba de ellas, y él al menos intentaba extraer una lección de la dramática muerte de Michael. Los rumores y detalles de su muerte se difundían por doquier. La televisión, la radio, Internet y todas las revistas se habían entregado a un desenfreno informativo. ¿Quién iba a administrar el patrimonio de Michael? ¿Quién obtendría la custodia de los niños? ¿Dónde iban a enterrarlo? Y una pregunta cada vez más frecuente: ¿cabía la posibilidad de que su fallecimiento no fuese más que un elaborado montaje?

El espectro de la muerte planeaba sobre la casa. No se trataba sólo de Michael; la paranoia se apoderaba de todos cada vez que sonaba el teléfono. ¿Sería mi madre, con la noticia de que el estado de Nana había empeorado?

Todo esto dejó una impresión en Tara. Mientras Leela y Krishu seguían adelante con su vida, ajenos a todo en su cuarto de juegos, donde se divertían y se peleaban alternadamente, el estado de ánimo de Tara iba a la deriva. Cuando estaba triste o dolida, tendía a adoptar una actitud distraída y distante. Con el tiempo esto daría paso a una rebeldía disimulada, cuyo blanco más frecuente sería su madre. Mallika manejaba estas situaciones con cuidado. Sus amigas ya le habían advertido que tenía que lidiar con ese proceso de forma inteligente, pues Tara sólo tenía siete años en ese entonces, y las dos estaban tanteando juntas el terreno de las normas por las que se iba a regir su adolescencia. Candice y yo presenciábamos con regularidad este intrincado juego de estrategia y nos sentíamos aliviados de tener un hijo varón. A mí en particular no se me daba bien el tira y afloja emocional, pues a menudo caía víctima de la manipulación de Candice e incluso de la de *Cleo*.

Aun así, pese a las reacciones medidas de Mallika, Tara sabía qué teclas tocar para llevarla al límite de su paciencia.

Sumant intentaba acudir al rescate, pero siempre salía con el rabo entre las piernas. Y es que cada vez que intentaba imponerle a su querida hija Tara un mínimo de disciplina, ella se echaba a llorar y lo desarmaba por completo.

Una tarde, Mallika y Tara acababan de discutir por el repentino cambio de idea de la chica respecto a las colonias que empezaban a la mañana siguiente. Hacía meses, Tara insistía en que se había comprometido a apuntarse a un campamento de verano de la localidad al que algunas de sus amigas asistían cada año. Mallika, que sabía que muchas

de las actividades que figuraban en el folleto del campamento no eran del agrado de Tara —sobre todo las acampadas y los deportes—, le había preguntado varias veces si de verdad tenía ganas de ir.

—¡Tengo que ir! —le había suplicado Tara.

En defensa de Tara hay que puntualizar que tal vez Mallika había malinterpretado ese «tengo que». No significaba «quiero» ni «estoy decidida a». Seguramente se trataba más bien de una obligación que Tara, por la presión de sus amigas, se había sentido forzada a asumir para que no la dejaran de lado. En las pocas ocasiones en que yo llevaba en coche a Tara y a algunas compañeras suyas al colegio en sustitución de mi hermana, me pareció obvio que la presión de sus amigas le estaba provocando una tensión real. Por el motivo que fuese —tal vez las amigas habían cambiado de planes, o alguna moda había eclipsado el caro campamento de verano—, Tara no sólo ya no estaba interesada en ir de colonias, sino que de pronto la aquejaban dolores de estómago y otros males que ponían de manifiesto que no tenía la menor intención de presentarse allí a la mañana siguiente.

—Si te comprometes a hacer algo, como mínimo debes intentarlo —le aconsejó Mallika a Tara cuando nos sentamos todos a cenar.

—Ni se te ocurra intentar forzarme a hacer algo, mamá —le soltó Tara a su madre con altanería. La advertencia hizo que nos recorriese un escalofrío a todos los que estábamos sentados en silencio.

—Ni se te ocurra amenazarme —replicó Mallika.

El mensaje quedó claro.

Tara sabía que se había pasado de la raya. Esto, junto con las conversaciones sobre la muerte, la habían afectado emocionalmente. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Sus pequeños hombros se encorvaron.

—Nadie me comprende —proclamó—, excepto *Cleo*. Es la única que me escucha de verdad, la única que sabe quién soy.

Dicho esto, se levantó y se fue a su habitación, con la fiel compañía de *Cleo*.

—Dada. —Krishu se volvió hacia papá, que estaba sentado junto a él—. Tara y *Cleo* lloran. —Para Krishu, el llanto de Tara era el de *Cleo* y viceversa—. ¿Tara quiere premio? —propuso.

—No, Krishu —le respondió mi padre—. Tara está triste, pero *Cleo* la hará sentirse mejor.

«Es cierto», pensé para mí. *Cleo* haría que Tara se sintiese mejor. Después de todo, eso es lo que hacía.

Fue por la misma época en que nació Tara, en 2002, cuando papá y yo fuimos en coche de Los Ángeles a Santa Bárbara a visitar a Michael de nuevo en su hogar de Neverland.

Guardo un recuerdo vívido del viaje, porque *Cleo* iba con nosotros. A Papá no le

hacía mucha gracia, sobre todo porque *Cleo* estaba desesperada por subirse a sus rodillas durante todo el trayecto en dirección norte por la panorámica carretera de la costa del Pacífico.

—Debe de tener frío —le informé—. Y le gusta tu olor.

Papá se me quedó mirando, sin saber cómo reaccionar.

—Lo digo en serio. —Me encogí de hombros—. Cuanto más fuerte es tu olor, más le gusta estar cerca de ti.

—¿Qué insinúas? —De pronto mi padre pareció cohibido.

—Papá, de verdad... Ya sabes... —Dejé la frase en el aire, inseguro respecto al rumbo que debía tomar la conversación.

Cualquiera que conociera a papá habría entendido a qué me refería. Su mezcla especial de aceite de almizcle de Body Shop, loción para después de afeitarse Old Spice, colonia Crabtree & Evelyn, desodorante Right Guard a raudales y talco para niños de Johnson & Johnson era un cóctel aromático que tumbaba de espaldas.

—¿Por qué crees que tengo bajada la ventanilla?

Papá sacudió la cabeza y se acomodó con cuidado en su asiento para que *Cleo* no se cayera. Aunque para entonces *Cleo* ya se había consolidado como miembro de la familia, papá no sabía muy bien cómo comportarse con ella. Lo que yo estaba presenciando era seguramente el momento más cariñoso que habían vivido nunca entre los dos.

—¿Al menos sabes si a Michael le gustan los perros o les tiene miedo? No estoy seguro de que hayas hecho bien al traer al perro —dijo papá.

—No lo sé. —Me encogí de hombros—. Pero venga ya... Nadie puede tenerle miedo a *Cleo*. ¿Tú la has visto?

Como si me hubiera entendido, *Cleo* exhaló un gran suspiro y dejó caer la cabeza sobre la pierna de papá, con los ojos cerrados.

—Por cierto, sabes que tiene un nombre —le reproché a mi padre.

—Sé cómo se llama —respondió muy serio.

—Sé que lo sabes —asentí—, pero siempre te refieres a ella como «el perro» en vez de llamarla *Cleo*.

Me pareció que iba a replicar «no es verdad», pero se contuvo.

—Creo que si te refirieses a ella por su nombre en vez de como «el perro», llegarías a conocerla mejor. Tal vez incluso a quererla.

Papá bajó la vista a sus rodillas. Tenía pelos blancos de *Cleo* en el pantalón y el jersey negros. Sacudió la cabeza.

—No sé si has hecho bien al traer a *Cleo*.

Más valía dejarlo correr.

Lo cierto es que yo no tenía la menor idea de qué opinaba Michael sobre los perros, pero no me quedaba otra alternativa que llevarme a *Cleo* en el viaje de fin de semana pues, en ese entonces, yo era su cuidador oficial. Candice estaba enfrascada en sus

últimos meses de estudios en la Facultad de Medicina, y habíamos acordado que, mientras no terminara, *Cleo* estaría mejor conmigo. Yo estaba decidido a demostrar que era de fiar, como parte de mi estrategia para convencer a Candice de que su relación conmigo no era tan arriesgada como a veces me parecía que ella creía. Respecto a Michael, nuestra amistad acababa de cumplir diez años, y él estaba en la misma categoría que muchos otros de mis amigos hombres. No me paraba a pensar en sus preferencias o necesidades. Seamos serios: ¿qué hombre lo hace?

La vida del propio Michael se había instalado en cierta sensación de normalidad, al menos en la medida en que lo permitía su frenética rutina. Por aquel entonces, era padre de un niño y una niña a los que se entregaba por completo. Los pocos elegidos a quienes entreabría las puertas de su vida privada podían ver en él a un padre afectuoso, considerado y disciplinado. Quienes lo conocían tenían claro que Michael en esencia se había rodeado de una familia para que le brindase y recibiese de él un cariño que nadie más era capaz de darle. Ya había superado un escándalo enorme que, aunque no se había traducido en cargos formales contra él, había dañado gravemente su imagen. Si bien se le seguía respetando mucho en muchos círculos creativos, muchos lo consideraban una especie de fenómeno de feria, una comparsa ambulante. Lo más irónico (y tal vez lo más triste) era que no estaba tan protegido como muchos creían y era muy consciente de lo que algunos pensaban de él. Como resultado, se había aislado aún más del mundo, convencido de que debía proteger a sus hijos de los buitres carroñeros que estaban ansiosos por despedazar los restos de su fama y que él creía que se aprovecharían de sus hijos si se les presentaba la menor oportunidad. Conseguir acceso a Neverland —una mera sombra de la fantástica finca que había sido y un lugar poco frecuentado, incluso por Michael— era algo fuera de lo común.

Sin embargo, a Michael todavía le gustaba acoger a sus amigos íntimos en Neverland. Yo me sentía orgulloso de contarme entre ellos. Cuando llegamos a la casa esa noche y nos reunimos con Michael en la sala principal, nos recibió con abrazos y nos dio una cálida bienvenida. Entonces se fijó en *Cleo*.

—¿Qué es eso? —preguntó con suspicacia.

Yo la tenía sujeta con la correa para controlarla. No pareció impresionarle mucho estar frente al legendario Michael Jackson y, por el contrario, tiraba con fuerza de la correa para que yo la dejara explorar el nuevo territorio.

—Es mi perra. Se llama *Cleo*. —Al oír su nombre, *Cleo* levantó la mirada hacia mí. Yo solía comentar que era la única gracia que sabía hacer: responder a su nombre.

—No me gustan mucho los perros —dijo Michael con una mueca.

Papá soltó una risita.

—Tienes un león. Y cenas con chimpancés. ¿Cómo pueden no gustarte los perros?

Michael se rio.

—Además, mírala bien. Es inofensiva. —Le ordené a *Cleo* que se sentara, pero para que me obedeciera tuve que ponerle la mano en las caderas y empujárselas hacia abajo.

Esto todavía no formaba parte de su arsenal de gracias.

—Acércate —le dije a Michael, que se aproximó con paso vacilante. Yo mantenía la mano en el trasero de *Cleo* mientras con la otra le aferraba el collar—. En realidad es muy sociable —mentí.

—No, no lo es —le advirtió papá.

Lo fulminé con la mirada.

—Bueno, es que no lo es —se defendió, hablando entre dientes.

—Interpreta muy bien el estado de ánimo de las personas —expliqué—. Si te portas de forma sociable, ella también. Si te portas, bueno, de forma sospechosa y con nerviosismo, ella también. —Me volví hacia *Cleo*—. Buena chica, *Cleo*... —Candice y yo habíamos adoptado esta nueva estrategia de darle a la perra estímulos positivos antes de que hiciera nada. Por lo general cuando hacía algo metía la pata, así que el sistema tradicional de premiarla no nos servía. Estábamos abiertos a ideas nuevas y creativas.

Le indiqué a Michael que le acercara la mano al hocico para que ella lo oliese. Él así lo hizo, con cautela.

—No me entusiasman los perros —insistió.

Papá intuyó que se avecinaba un momento trascendental.

—Plantar cara al miedo con amor es el camino a la sanación.

«Lo que tú digas», pensé para mis adentros.

Mientras tanto, era evidente que *Cleo* se preguntaba qué estaba pasando. Se notaba en el modo en que se le había tensado el cuerpo bajo mi mano. Además, estaba gimoteando de una manera que sólo yo sabía que no presagiaba nada bueno. Pero Michael ya se le estaba acercando y, cuando intenté apartar la cabeza de *Cleo* de un tirón, era demasiado tarde.

Michael, que tal vez percibió la hostilidad creciente de *Cleo*, retiró la mano rápidamente. Ella reaccionó, como era de prever, lanzándole una tarascada con sus diminutas mandíbulas. Michael, célebre por la ligereza y la agilidad de sus pies, saltó hacia atrás y rozó sin querer un piano de cola sobre el que descansaban varios retratos que se inclinaron y se tambalearon. El primero se precipitó hacia el suelo.

Instintivamente, extendí el brazo con la intención de coger el marco de plata y cristal, y evitar que se hiciera añicos, pero para ello tuve que soltar la correa de *Cleo*. Michael se quedó paralizado por un instante, mirándola, consciente de que estaba suelta. Ella le sostuvo la mirada con aire dominante, esperando a ver qué haría él a continuación.

—No te muevas —le advertí, colocando despacio el marco sobre el piano. Cualquiera habría pensado que nos enfrentábamos a un tigre fugitivo, una posibilidad real en Neverland. Pero era demasiado tarde. El gruñido de *Cleo* había asustado a Michael, que hizo un movimiento brusco. *Cleo* se abalanzó hacia él. Michael eludió ágilmente su acometida y puso pies en polvorosa, desde la sala de estar hacia la elegante biblioteca que estaba al otro lado del pasillo. Impertérrita, *Cleo* salió disparada tras él, soltando gañidos con todas sus fuerzas.

—¡Joder! —exclamé, y eché a correr detrás de los dos.

—Te lo dije. —Papá sacudió la cabeza.

Tras una carrera desenfadada por la mansión de Michael, los alcancé al fin a los dos en uno de los atestados cuartos de juegos de los niños. *Cleo* había acorralado en un rincón a Michael, que se había subido a una mesa maciza de madera para quedar fuera del alcance de *Cleo*. Ella, por su parte, le ladraba, hacía entrecuchar sus pequeños dientes y saltaba de un lado a otro meneando furiosamente el rabo mientras esperaba a que él bajara de la mesa. Más que intentar asustarlo, estaba ansiosa por continuar con el juego de la persecución. Dadas las circunstancias y los antecedentes de la fobia de Michael a los perros (de los que me enteré más tarde), desde luego no se le podía pedir que identificara los matices sutiles de las intenciones de *Cleo*, pero yo sí que los identificaba.

Cuando ella le cogía antipatía a alguien de forma instintiva, se notaba que la emoción se apoderaba de ella. Si albergaba malas intenciones, éstas se traslucían en casi todo su cuerpo. Se ponía rígida a causa de la ansiedad. El cuello y la mandíbula se le tensaban con suspicacia y recelo. Afianzaba las patas en el suelo con firmeza, gruñía y lanzaba dentelladas, dejando bien clara su malevolencia. Por otro lado, cuando tenía ganas de jugar, irradiaba una clase de emoción y energía muy diferente. Aunque tenía el cuerpecito rígido, tenso y trémulo de nerviosismo, a mí me producía una sensación totalmente distinta. En vez de plantarse en el suelo, daba saltos hacia los lados como un peso wélter listo para un combate de entrenamiento. Agitaba la cola de forma espasmódica como si estuviera deseosa de que pasara algo. Y, lo que era más notorio, en vez de los gruñidos y ladridos amenazadores, emitía lo que sólo puede describirse como unos gruñidos y ladridos distintos.

En este caso, mientras *Cleo* esperaba ruidosamente a que Michael hiciese algo, yo sabía que estaba impaciente por seguir divirtiéndose. Intenté levantarla en brazos, pero ella me esquivó, danzando con agilidad. «Qué divertido —debió de pensar—. Todos participan en este juego salvaje.»

—No pasa nada —le aseguré a Michael—. Sólo quiere jugar contigo.

Clavó en mí la vista, aterrorizado.

—¡Está loca!

Cleo, muy oportuna, dio marcha atrás, revolucionó el motor, metió la directa y arrancó en dirección a la mesa. Cuando estaba a menos de un metro, se impulsó con las patas traseras hacia la superficie de la mesa. Michael abrió los ojos como platos con una mezcla de espanto e incredulidad. No fue el único. Nunca en la vida había visto a *Cleo* dar un salto tan asombroso. Tal vez sí que sabía que se encontraba ante el legendario Michael Jackson, pensé.

Por suerte para todos, conseguí reducir a la pequeña *Cleo*. Se retorció y forcejeaba

entre mis brazos, eufórica, estirando el cuello para lamerme la cara.

—¿Lo ves? —le dije a Michael—. Está contenta y emocionada.

Él nos miró a los dos sacudiendo la cabeza, como si fuéramos extraterrestres. Qué ironía, pensé, teniendo en cuenta su reputación.

—En serio, Michael —le aseguré—. *Cleo* es inofensiva. Sólo es..., ya sabes..., diferente.

Sí, «diferente» parecía una descripción apropiada. O «especial». Negué con la cabeza.

—De verdad, no es como los otros perros, al menos como los que conozco. Sea como sea —le dije a Michael mientras volvíamos a la biblioteca, donde nos esperaba mi padre—, *Cleo* hace las cosas a su manera. Vive en su propio mundo. —Me encogí de hombros—. Si eso escandaliza a algunas personas, mala suerte.

Michael sonrió por primera vez en un buen rato.

—En ese caso —dijo—, seguramente tenemos mucho en común.

Michael y papá tenían una cosa en común: ambos eran noctámbulos empedernidos. Si se le pregunta a mi padre, él confesará que entre las diez de la noche y las cuatro de la madrugada se dedica a alternar el sueño y la meditación. De vez en cuando enciende las luces (lo que irrita sobremanera a mi madre) para leer un pasaje de la media docena de libros que tiene apilados junto a la cama o para escribir una nota (o un libro entero; no es broma) en su BlackBerry. Del mismo modo, a lo largo de los años, siempre que yo visitaba a Michael, me percataba de que casi todas nuestras sesiones creativas tenían lugar bien entrada la noche. Cuando no estaba trabajando a esas horas, a Michael le gustaba ver películas antiguas, pasear por su casa o incluso salir a dar un paseo en la oscuridad. Una vez me contó que prefería la noche al día porque en «el sonido del silencio», por citar la famosa canción de Simon y Garfunkel, encontraba inspiración y «oía música».

Yo nunca he sido muy noctámbulo, pero el modo en que Michael pintaba la noche como su fuente de creatividad me seducía tanto que también me convertí en alguien que vagaba en las tinieblas en busca de inspiración.

Por eso, como estábamos los tres juntos —papá, Michael y yo— la velada se anunciaba como una sesión nocturna seria. Aunque mi relación con Michael había evolucionado a lo largo de los años hacia una amistad bastante normal, la que tenía con mi padre presentaba más matices. Michael no lo trataba como otros de los amigos y seguidores famosos de papá. Para él, Deepak no era sólo un amigo, un maestro o un mentor. Tampoco era tan sencillo como que viese en él a una figura paterna, pues se trataba de algo más profundo. Yo había aprendido con los años que «gurú» era una palabra que inspiraba desconfianza en los occidentales debido a que la asociaban con la Nueva Era y con rollos esotéricos, pero su significado original era la forma más precisa

de definir lo que mi padre representaba para Michael.

En las tradiciones espirituales orientales, no sólo todo discípulo, sino todo hombre, mujer y niño tiene un gurú. Cuando era niño, uno de mis mitos favoritos era sobre el gran dios Rama. Presa de la angustia existencial, Rama se interna en el bosque en busca de alguien que lo guíe. En cierto momento se encuentra con un anciano sabio llamado Vashishta, y le pide que le enseñe las costumbres del mundo. Vashishta, sorprendido, se ríe.

—Pero si eres un dios —dice—. ¿Qué puedo enseñarte yo?

Rama se arrodilla a los pies del sabio y replica:

—Hasta Dios necesita un gurú.

La relación entre un discípulo y su gurú se caracteriza por una devoción, un respeto y un afecto extraordinarios. Es más profunda que los lazos familiares y va más allá que la relación entre profesor y alumno. No se trata sólo de la sabiduría que el gurú transmite a su seguidor, de las palabras, las lecciones o los comentarios reveladores. A menudo, el mero hecho de estar en presencia el uno del otro los satisface a ambos. Porque la clave reside en esto: es una relación simbiótica. Del mismo modo que el discípulo llega a sentirse realizado gracias al gurú, éste obtiene algo de su discípulo. Papá tenía miles, tal vez millones de seguidores y admiradores, pero recibía algo especial y totalmente único de Michael. No era por su fama; mi padre sabía que él era un creador brillante, pero pertenecía a la generación de Elvis y los Beatles, y hasta cierto punto creía en el estrellato de Michael sólo porque la cultura popular y yo se lo confirmábamos. Ni siquiera era por su amistad con Michael, basada en una lealtad a prueba de bombas. Lo que los unía era, en realidad, una mezcla indefinible de confianza y respeto.

Por mucho que quisiera a mi padre y que hubiera llegado a reconocer y admirar su contribución al mundo y la consideración que se había ganado entre la gente por ello, sabía que en muchos sentidos él nunca llegaría a tener conmigo una relación como la que tenía con Michael. Mi relación con papá siempre estaría lastrada por el contexto y las circunstancias, por el peso de las emociones y una familiaridad excesiva. El vínculo entre Michael y él, en cambio, era de una pureza que el nuestro nunca tendría. Y yo estaba conforme con eso. De hecho, me sentía afortunado de poder estar con ellos de vez en cuando, de ser la tercera pata sobre la que se sustentaba su vínculo sagrado. Esa noche en particular, cuando nos acomodamos en la biblioteca, con *Cleo*, que seguía mirando a Michael y meneando animadamente el rabo mientras él la contemplaba con un poco menos de recelo, tuve la corazonada de que iba a ocurrir algo fuera de lo normal.

Con los años, *Cleo* había refinado su forma de reaccionar ante cualquiera que no fuese miembro de la familia. Salvo en casos excepcionales, le ladraba implacablemente y le gruñía a todo aquel que se acercara a menos de diez metros de la casa. Durante los días y las semanas que siguieron a la muerte de Michael, cuando innumerables

productores de televisión, periodistas y algún que otro paparazi se presentaban frente a la verja, *Cleo* se despachaba a gusto.

No era tan terrible. De hecho, llegamos a la conclusión de que *Cleo* era un elemento disuasorio tan bueno como cualquier otro. Resultaba casi imposible mantener una conversación mientras ella profería gañidos y gruñidos, así que yo me limitaba a encogerme de hombros y señalar a mi perra chiflada con un gesto de impotencia. La mayoría captaba el mensaje y, al cabo de unos días, se daba por vencida y llamaba al despacho de mi padre para que él o yo acudiésemos a sus programas a hablar de nuestro difunto amigo Michael Jackson.

Me gustaba pensar que la ferocidad de *Cleo* hacia los productores, periodistas y fotógrafos que se acercaban a la casa era una consecuencia de los lazos que había forjado con Michael después de su embarazoso encuentro de hacía años, que su rabia hacia ellos por su actitud carroñera reflejaba cierta lealtad hacia él. Pero yo sabía que no era cierto. En los últimos años —excepto en circunstancias muy especiales— ella había perdido la capacidad de distinguir entre una actitud amistosa y una actitud hostil. Candice y yo sabíamos lo que había. *Cleo* era una perra vieja y el hecho de que ya casi no tuviese vista, olfato u oído la volvía suspicaz y hosca hacia todo aquel que no dedicase un tiempo a crear lazos con ella. Aunque Candice y yo no hablábamos mucho de ello, estábamos, como en tantas otras cosas, en sintonía respecto a *Cleo*: era nuestra responsabilidad hacer que se sintiera lo más cómoda posible con sus sentidos reducidos y el mundo más pequeño en que éstos la obligaban a vivir. Teníamos que mantenerla alejada de situaciones que la alterasen o le provocaran alarma o ansiedad. Teníamos que dejar que envejeciera dignamente, apartada del barullo y la locura del mundo.

Sin embargo, como siempre que ocurría algo en la familia, Tara notó este cambio en *Cleo* y quería saber qué estaba pasando.

—¿Por qué ladra tanto *Cleo*? —preguntó una noche, durante la cena—. ¿Y por qué le ladra a todo el mundo?

Yo estaba pensando cómo explicarle la demencia a una niña de ocho años cuando papá intervino:

—Porque no discrimina.

—¿Y eso qué significa? —le preguntó Tara.

—*Cleo* trata a todos por igual —respondió mi padre—. No juzga si las personas son blancas o negras, hombres o mujeres, amigas o enemigas. Le ladra a todo el mundo sin distinción y con todas sus fuerzas.

Tara se rio con su abuelo.

De eso no cabía la menor duda: *Cleo* estaba muy por encima de la dualidad ordinaria del universo. Pecadores o santos, divinos o diabólicos, indios o vaqueros, republicanos o demócratas... Ella se comportaba como una perra en casi todos los sentidos de la palabra con todos ellos. No distinguía los grupos humanos que otros a menudo colocaban en polos opuestos del espectro para interpretar el mundo que los rodeaba. ¿Israelíes y

palestinos? *Cleo* no veía diferencias entre ellos. ¿Hindúes y musulmanes? Tanto monta. ¿Izquierdistas y derechistas? Para *Cleo* eran expresiones distintas de lo mismo. Visto uno, vistos todos. Su respuesta era la misma para cada uno de ellos: ¡Guau!

—Todos deberíamos ver el mundo como *Cleo* —continuó papá, dirigiéndose a Tara—. Sin juzgar a la gente por los nombres que los describen o la reputación que los precede. —Se sentó a Tara en las rodillas y prosiguió con seriedad—: *Cleo* adopta una actitud ante las personas cuando llega a conocerlas, basándose en el modo en que ellas la tratan y no en lo que alguien le haya contado de ellas o lo que haya leído en una revista.

»Si todos los habitantes del planeta trataran así a los demás, seguramente viviríamos en un mundo mejor y más pacífico —concluyó.

Tara se bajó de las rodillas de papá y se acercó a *Cleo*, que seguía junto a la ventana, gruñéndole a un peatón desprevenido que pasaba por delante de la casa. Tara apoyó una rodilla en el suelo y acarició a *Cleo* con cariño.

—No pasa nada, *Cleo* —le aseguró. Se volvió hacia Mallika—. Si algún día conseguimos un perro, espero que *Cleo* le enseñe todo lo que sabe.

En ese momento, Candice, Mallika, Sumant y yo intercambiamos una mirada significativa. Aunque queríamos a *Cleo*, sabíamos que no tenía precisamente madera de mentora.

—Bueno, verás... —murmuré.

Justo en ese instante, sonó el teléfono. Era un productor de *Larry King Live*, que quería que o mi padre o yo acudiésemos esa noche al programa a hablar de nuevo sobre M. J. A eso habíamos llegado. Había que conseguir a un Chopra, cualquier Chopra, para que hablara de Michael Jackson. Por lo visto, hacíamos subir el índice de audiencia. Mientras que mi padre se había ganado la fama de tipo duro que les cantaba las cuarenta a todos los médicos que extendían recetas alegremente a los pacientes desesperados que se las pedían, yo me había hecho un huequecito con un perfil mucho más amable. Ya no era conocido únicamente como «el hijo de», sino también como «el amigo de», y ayudaba a difundir una imagen distinta de M. J.

Era como si muchos —incluidos los innumerables periodistas que habían aireado las intimidades de Michael durante tantos años— hubieran pensado de pronto: «Un momento... Había un atisbo de humanidad en el tipo.» Tras su muerte se había convertido por fin en una persona real y no sólo en la figura de celuloide icónica e inaccesible, famosa por sus escándalos y rarezas.

Accedí a ir al programa. En cierto modo, me alegraba de tener la oportunidad de reivindicar el buen nombre de mi amigo, aunque fuera con motivo de su muerte. Era mi manera de rendirle homenaje y de contribuir a desmentir algunas de las acusaciones que se habían lanzado contra él. Me gustaba incitar a la gente a poner en duda cosas que habían leído u oído acerca de Michael Jackson. Contaba anécdotas sobre las facetas de Michael como amigo y confidente, como bromista o crítico de cine implacable. Hablaba de lo mal que jugaba al baloncesto, pero también de lo bien que dibujaba. Cuando no lo

humanizaba, aumentaba el halo de misterio que lo envolvía. Eso le habría gustado.

Esa noche, lo conseguí de nuevo cuando, en el estudio de la CNN, comenté como quien no quiere la cosa que Michael había adquirido hacía poco un cachorro para sus hijos.

—Un momento —dijo una de las productoras durante una pausa publicitaria—. Creía que a Michael le daban miedo los perros. Juro que lo leí en alguna parte.

Seguramente era verdad. La fobia de Michael a los perros estaba bien documentada y se atribuía a que su padre tenía unos perros de pelea violentos cuando él era niño. Aquella noche en Neverland, hacía años, nos había descrito vívidamente a mi padre y a mí lo feroces que eran. Lamentablemente, lo que no había salido a la luz era su cambio de opinión al respecto. No voy a hacer conjeturas sobre si Michael llegó a superar su miedo a los perros, pero sí puedo afirmar que les regaló un perro —varios a lo largo de los años, si la memoria no me falla— a sus hijos. Y me gusta creer que fue esa velada, y en particular la presencia de *Cleo*, lo que causó una impresión duradera en él y, durante un rato, convirtió el miedo en amistad.

—Meditemos —nos propuso mi padre a los tres (M. J., *Cleo* —sujeta con su correa— y yo) cuando estábamos sentados en el suelo en la biblioteca de Michael en Neverland.

—¿Cómo dices? Papá..., ¿quieres meditar? ¿Aquí, en Neverland?

—¿De verdad dan resultado las *meds*? —Michael le ponía motes a prácticamente todo.

Papá se encogió de hombros, cruzó las piernas y se puso cómodo.

Michael reflexionó por unos instantes y luego confesó:

—No lo sé. Por lo general, me pasan mil cosas por la cabeza.

—Eso no es malo —aseveró papá.

—Pero, de vez en cuando —añadió Michael—, siento el silencio.

—Entonces sí que da resultado. —Papá le sonrió.

—Me gusta el silencio. —Michael nos sonrió a los dos.

En su caso, era fácil entender por qué. El silencio estaba más allá de todo; del éxito y el fracaso; de la adulación, el culto a la fama y la necesidad de ser una persona importante y aceptada por los demás; del acoso de la prensa rosa y de los aficionados a promover rumores.

Cleo, que parecía haberse resignado al hecho de que no íbamos a explorar el terreno en un futuro próximo, dio las vueltas de costumbre antes de dejarse caer a mi lado, lo bastante lejos de Michael para que no volviera a incordiarlo. Él la contempló con curiosidad al acordarse de que estaba allí.

—¿Hace *meds* ella? —preguntó en broma.

—No le hace falta —replicó mi padre—. Ella vive en el silencio.

Esta vez, tanto Michael como yo nos quedamos mirándolo, intrigados.

Papá, lejos de amilanarse por nuestras miradas, se creció ante ellas.

—Nuestro estado esencial es un estado de inocencia y posibilidades infinitas. Los factores externos no influyen en *Cleo*. No juzga a las personas o las situaciones en función de lo que haya oído por el barrio o leído en algún blog. Siente una curiosidad auténtica por el mundo que la rodea pero viaja ligera de equipaje, sin el lastre que suponen los recuerdos del pasado y las expectativas sobre el futuro.

Por la expresión de Michael supe que no le había quedado muy claro lo que decía mi padre.

—En otras palabras —tercié—, ella está dispuesta a fiarse de ti, Michael. Le da igual lo que el *National Enquirer* haya publicado sobre tu pasado, ni tiene la intención oculta de impresionarte y convertirse en tu mejor amiga. No le interesa trabajar contigo, explotarte, grabar un dúo contigo, producir tu próximo disco o ser tu representante.

—¿Y dices que vive en Los Ángeles? Imposible. —Se rio.

Agridulce, pensé para mis adentros.

—La capacidad de no prejuizar nunca es seguramente una de las cualidades más espirituales y una de las más difíciles de alcanzar —continuó papá—, porque nos obliga a dejarnos ir por completo, a renunciar a los fantasmas de nuestro pasado y al peso de nuestras expectativas de futuro, a juzgar de forma espontánea a las personas y las cosas, incluso aquellas que conocemos o con las que tenemos una historia en común.

—Al hacerlo, nos liberamos de las cadenas que nos sujetan a nuestro pasado, de la rabia, el sentimiento de culpa y el miedo, pues los recuerdos de experiencias o desengaños amargos ya no nos coartan. —Papá estaba totalmente en su elemento.

—Qué fuerte —asintió Michael.

Oh, la sabia *Cleo*. Le alboroté el pelo de la cabeza.

—¿O sea que no debo tenerle miedo al perro? —preguntó Michael, refiriéndose a *Cleo*, que se había tumbado boca arriba, mostrándome la panza, señal de que quería que se la rascara sin cortarme un pelo.

—*Cleo*. —Papá me sonrió—. La perra se llama *Cleo*. El miedo a los perros tiene que ver normalmente con recuerdos de malas experiencias —conjeturó. Era evidente que los perros del pasado de Michael, y el recuerdo que guardaba de ellos, no eran más que la punta del iceberg de recuerdos mucho peores sobre su tormentosa y bien documentada relación con su padre. Eso se desprendía incluso de lo poco que nos reveló esa noche a mi padre y a mí. Suele ocurrir con la maraña de recuerdos que componen nuestra memoria.

Michael caviló sobre ello durante unos momentos más.

—¿Me estás diciendo que si supero mi miedo a los perros, resolveré el problema de mi pasado con mi padre?

Uf. Ni siquiera Deepak se atrevía a ir tan lejos.

—Lo que digo, Michael, es que el miedo a cualquier cosa puede ser una emoción

tóxica y crear grandes dificultades en la vida de una persona.

»Es difícil volver al pasado y deconstruirlo. No es imposible, pero sí muy complicado. Pero no ocurre lo mismo con el futuro. Al igual que *Cleo*, todos podemos optar por no prejuizar de ahora en adelante, reaccionar de forma espontánea y sin formar un juicio sobre las cosas antes de que sucedan.

—Ya sé lo que vas a decir —interrumpí a papá, convencido de que sabía lo que iba a decir.

—Dilo tú, entonces —me animó papá.

—Intenta pasar un día sin quejarte, criticar o condenar nada. Es más difícil de lo que parece —puntalicé, por si acaso.

Éste había sido uno de los ejercicios favoritos de mi padre desde que yo era un niño. En realidad, se trataba de un ejercicio para dejar de prejuizar, y costaba mucho llevarlo a cabo. Y es que, aunque en rigor prejuizar significa formular una opinión, ya sea buena o mala, para la mayoría de la gente casi siempre significa sobre todo esto último, es decir, condenar, criticar o quejarse de algo.

—De pequeño, tuve que soportar peleas de perros en mi casa —bromeó Michael—, ¿y tú tuviste que soportar esto?

Papá y yo prorrumpimos en carcajadas.

—¿*Cleo*, dices? —Michael bajó la vista hacia ella.

—Sí. —Asentí. Por su tono, sabía que iba a hacer algo, pero no sabía qué.

Movió la cabeza afirmativamente y extendió el brazo, vacilante. Al percatarse de ello, *Cleo* se volvió panza abajo. Sujeté con fuerza su correa, que volvió a tensarse. Con determinación, Michael le acercó la mano al hocico para que ella se la oliera, como yo le había indicado antes, inútilmente. *Cleo* se la olfateó con curiosidad y, convencida de las buenas intenciones de Michael, empezó a lamérsela.

—Ya puedes acariciarla —susurré.

Y eso hizo. Minutos después, yo había soltado la correa y *Cleo* se había acurrucado contra su pierna. Él me miró, inseguro respecto a qué hacer, y bajó la mano hacia ella. Le acarició la cabeza y el cuello con cautela mientras ella se le arrimaba más y se ponía cómoda. Observarla con él fue una revelación para todos; papá, Michael y yo.

Y entonces, *Cleo* tomó la iniciativa. Se tumbó de espaldas, dejando la panza al descubierto. Se trataba, por supuesto, de un gesto de sumisión, una señal de que había aceptado por completo a un nuevo amigo y esperaba que se la recompensara por su generosidad. Quería una sesión completa de frotamientos. Cuando separó las patas y arqueó el vientre hacia arriba, Michael abrió mucho los ojos, con incredulidad. Esto no se lo esperaba.

—Tal vez sí que es una representante, después de todo —rio papá.

Sentados en la sala de espera del estudio de Larry King, mientras esperábamos a que

nos maquillaran, papá y yo vimos pasar un desfile de amigos y colegas de Michael Jackson. El chaparrón mediático relativo a la muerte de Michael no daba señales de amainar. De hecho, tras su fallecimiento su legado no hacía más que crecer. Yo mismo había aparecido tres o cuatro veces en el programa, y mi padre al menos el doble en la última semana más o menos. En muchos sentidos, nos complementábamos. Yo hablaba de las ocasiones en que Michael y yo entrábamos a hurtadillas en el cine justo después de los créditos del principio para ver películas como *Batman* (una de sus favoritas). Papá iba más allá y hablaba de la angustia existencial de Michael y de por qué aseguraba sentirse identificado con un personaje como el Joker de *Batman*.

Para entonces, sin embargo, yo sentía que la situación empezaba a volver a la normalidad. Ya no quedaba gran cosa por decir ni demasiadas historias que contar. Aunque al principio el mero hecho de hablar de Michael, de recordar algunas de las anécdotas del hombre que estaba en el primer plano de la actualidad me hacía sonreír y me aliviaba, la tristeza empezaba a instalarse en mi ánimo. A medida que las historias perdían su chispa —para entonces yo ya había pasado a las de la lista B y C—, cada vez cobraba mayor conciencia de que mi amigo se había ido para no volver.

—¿De qué vas a hablar? —le pregunté a mi padre, pensando que convenía que estuviésemos en la misma onda para hacer alguna reflexión valiosa durante la emisión.

—Depende de lo que me pregunte, ¿no? —Papá, despreocupado, hizo un gesto de indiferencia.

Algo que había aprendido durante mi limitada experiencia con los medios era que, en radio o televisión, en realidad no importaba lo que preguntara el presentador. Aunque alguien como mi padre podía apartarse del guión y salir airoso, a mí me gustaba la idea de interiorizar bien aquello de lo que quería hablar y ceñirme a ello independientemente del rumbo que tomaran las preguntas.

—No es mal método —comentó papá cuando le expliqué mi estrategia. Ambos nos quedamos pensativos durante unos minutos.

Sin embargo, era en esos momentos de reflexión en que me quedaba callado, pensando en Michael, cuando más me deprimía.

—¿Qué ocurre? —preguntó papá al verme allí sentado, mirando fijamente a Dionne Warwick, a quien estaban maquillando en ese momento.

Me encogí de hombros.

—Estoy un poco triste, supongo.

—Ya —asintió papá. Nos quedamos en silencio por un momento—. Meditemos unos minutos.

Con los años, la meditación se ha convertido en una panacea para nuestra familia. ¿Tenías dolor de cabeza? A meditar. ¿Te lesionabas el ligamento cruzado anterior? A meditar. ¿Estabas depre? A meditar.

Lo más curioso es que daba resultado. Para mí —que la practico desde los cinco años— la meditación se había convertido en parte en una adicción y en parte en un

refugio. Aunque no era del todo capaz de explicar los principios científicos en los que se basaba, la recomendaba encarecidamente. Cuando estudiaba en la universidad, la única época en que llegué a abusar del alcohol, descubrí que la meditación era un remedio estupendo hasta para las peores resacas. Compartí esta revelación con algunos de mis amigos y conseguí así atraerlos a la secta (para que luego digan que no he contribuido a extender el legado de la familia).

Por todo ello, entrar en un estado de meditación en la sala de espera de *Larry King Live*, a pesar de que pululaban por ahí personajes como el reverendo Al Sharpton y el músico John Mayer, entre otros, no me resultó tan incómodo.

Al cabo de unos minutos, abrí los ojos y miré a papá.

Como si se sintiera observado, abrió los párpados y me devolvió la mirada.

—¿Qué pasa?

—Es increíble lo bien que funciona. —Sacudí la cabeza—. ¿Cómo es que funciona?

—La meditación —respondió papá tras una breve pausa— es el hecho de no prejuzgar en su máxima expresión. Dejar que todo se desarrolle espontáneamente como debe. Escuchar al universo sin evaluarlo o calificarlo.

—¿Como cuando *Cleo* escucha a Tara? —Sonreí al acordarme de la noche anterior.

Papá correspondió con otra sonrisa.

—Sí, de hecho es exactamente lo mismo. ¿Sabes que el no prejuzgar no se reduce a las personas y los acontecimientos? También atañe a las emociones. No es malo sentir tristeza, dolor, ira o animadversión. Demasiado a menudo la gente busca el alivio rápido. De hecho, no sólo no es malo, sino que es necesario evolucionar emocional y espiritualmente para atravesar todas las fases emocionales necesarias.

Empezaba a marearme un poco. Sacudí la cabeza y le pedí a mi padre que volviera a empezar. Él asintió.

—Lo que intento decir es que somos seres humanos, no actores humanos. A veces está bien que nos limitemos a ser, sin preocuparnos o juzgar nuestros sentimientos. Sin tener que hacer nada. Siendo simplemente testigos de nosotros mismos.

Lo interrumpí con un gesto. Con eso tenía suficiente.

—Ya lo pillo.

Papá sonrió, satisfecho.

—Vale. —Puso su cara de póquer y se enderezó las gafas de Liberace. Me pareció que se le ocurría una idea—. Tal vez le cuente el episodio de nuestra meditación con Michael y *Cleo*.

Papá, Michael, *Cleo* y yo meditamos durante cerca de veinte minutos esa noche en la biblioteca de Neverland.

Recuerdo con claridad el momento en que terminamos porque, cuando abrí los ojos, vi que los de Michael ya estaban muy abiertos, mirándome.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—¿En qué estabas pensando? —me susurró.

—No lo sé —respondí, también en susurros, pues papá todavía tenía los párpados cerrados—. ¿Y tú, en qué estabas pensando? —contraataqué.

—En las ganas de mear que tengo. —Sonrió.

Papá se rio y abrió los ojos.

—Entonces no cabe duda de que está funcionando. Será mejor que vayas.

Michael se marchó a toda prisa como un niño de cuarto de primaria a quien su profesora le hubiera dado permiso para ir al baño. Regresó unos minutos después, visiblemente aliviado.

—¿Por qué has dicho que estaba funcionando? —preguntó, y se sentó de nuevo, sin quitarle ojo a *Cleo*, a quien yo tenía bien sujeta por el collar.

—Porque cuando la practicas bien —respondió papá—, la meditación te pone más alerta a todo cuanto te rodea, y también a lo que sientes.

Michael hizo un gesto afirmativo, orgulloso de sí mismo. Miró otra vez a *Cleo*.

—¿Qué edad tiene el perro?

—Unos tres años —contesté—. *Cleo* tiene unos tres años.

—¿Cuántos años vivirá?

—No estoy muy seguro. —Me encogí de hombros—. Unos quince, espero.

Es lo que tenía entendido después de consultar varias páginas web sobre el tema.

—No es mucho —comentó Michael.

—Breve pero intenso, supongo —dije.

—Todos estamos en el corredor de la muerte —intervino papá de forma grandilocuente—. La única incertidumbre es cuánto durará el aplazamiento de la pena y cuál será el método de ejecución.

—¿Envejecerá, como las personas? —inquirió Michael.

—Claro —asentí.

Todo aquel que haya tenido un perro conoce los síntomas. Los sentidos —el oído, el olfato, la vista— se van atrofiando. Le enumeré a Michael todos los achaques.

Entonces se volvió hacia mi padre.

—Si te llegara la muerte en este momento, ¿estarías preparado?

Era típico de Michael iniciar el tipo de conversaciones que la mayoría de la gente ha mantenido en la adolescencia, cuando se quedaba a dormir en casa de amigos. Nosotros estábamos recreando esos momentos perdidos para él.

—Todos los seres vivos acaban por morir —señaló papá—, estén o no preparados para ello.

Se impuso el silencio.

—Buda nos enseñó cómo lidiar con la muerte. Es la gran consumidora, y nosotros su alimento.

—Yo no. —Michael sacudió la cabeza.

—¿Qué significa eso? —Pregunté con una carcajada.

—Simplemente que a mí no me ocurrirá eso. Que no me haré viejo. Eso es todo. —
Hizo un ademán de despreocupación. En retrospectiva, recuerdo que lo dijo con tal naturalidad que no supe cómo reaccionar. Hasta mi padre, por lo general tan perspicaz e intuitivo respecto a lo que hay que decir en todo momento, parecía algo descolocado.

Al final, rompí aquel silencio tan siniestro.

—Estoy cansado —anuncié—. Me voy a dormir.

Les di las buenas noches, agarré fuerte la correa de *Cleo* y me la llevé de allí.

Mientras me alejaba, oí a Michael decirle a papá:

—Buda. He leído algo sobre ese tío. Cuéntame su historia.

¿Qué es la conciencia?

¿En serio? ¿Alguien espera que responda a esa pregunta de un tirón? Todos y cada uno de los libros que he escrito o que voy a escribir tratan sobre la conciencia.

¿Se puede resumir todo esto en un párrafo?

La conciencia es el potencial inconmensurable de todo lo que es, todo lo que fue y todo lo que será. Es el origen de nuestra subjetividad y también el origen de nuestra objetividad. La conciencia consta de la cognición, que es el saber, y la percepción, que es la vista, el tacto, el gusto y el oído; pero también consta del comportamiento, el habla, las relaciones personales, las interacciones sociales, nuestra relación con el medio ambiente y nuestra relación con las fuerzas de la naturaleza. A los físicos les diría que la conciencia es un entrelazamiento cuántico, una superposición de ondas de probabilidad adscritas a sucesos espacio-temporales.

¿Es ya la hora de almorzar?

Ésta no es la pregunta correcta. El almuerzo depende del hambre que uno tenga, no de la hora que sea. Yo vivo en una conciencia intemporal: escribí un libro entero sobre ello, Cuerpos sin edad, mentes sin tiempo. Si uno está físicamente hambriento, debe comer en ese momento, por supuesto.

«No soy muy religioso, sino más bien espiritual...» Éste era un lema que había utilizado con frecuencia en mi vida. De hecho, habiendo nacido con el apellido Chopra, era una frase con la que solía salir del paso. En ciertos círculos —los exclusivos pasillos de la Universidad de Columbia, los estados demócratas adeptos a la Nueva Era, los medios de comunicación que abusan de las frases con gancho— se celebraba incluso como si fuera una declaración reflexiva y un tanto provocativa. Aunque, en realidad, no significaba nada.

De hecho, la primera parte, en la que afirmo que no soy muy religioso, era cierta. Cuando mis padres vinieron a Estados Unidos a principios de la década de 1970, dejaron atrás sus orígenes religiosos hindú y sij. Aunque no eran precisamente colonos que huían de la persecución, no concedían una importancia excesiva a la religión tradicional ni a todo lo que ésta comportaba.

Por otra parte, como inmigrantes alejados de la extensa familia a la que estaban acostumbrados en su país de origen, mis padres sí que valoraban la cultura religiosa. ¿De qué otra manera, si no, iban a inculcar en sus hijos un sentido de la tradición y la familia? De modo que, aunque en realidad nunca asistíamos al templo, ni participábamos en festividades religiosas ni practicábamos los complicados rituales correspondientes, sí que celebrábamos nuestro origen indio de otras maneras. El día de Acción de Gracias,

cuando la mayoría de las familias estadounidenses jugaba al fútbol americano antes de comerse el pavo, nosotros quedábamos con nuestros amigos indios, jugábamos al críquet y comíamos pollo *tandoori*. Durante la Pascua, renunciábamos a los conejitos de chocolate, organizábamos una cena en casa de nuestros primos a la que todos llevábamos algo de comer y nos poníamos cómodos para ver viejas películas de Bollywood. No fue sino hasta más adelante en mi vida cuando caí en la cuenta de que mis padres no eran antiamericanos, algo que les había recriminado para que me dieran tarta de manzana en lugar de los empalagosos postres indios a los que estaba acostumbrado.

Mis padres hacían lo que podían para ayudarnos a adaptarnos a esta nueva cultura en la que nos estábamos criando. Querían que adoptáramos los grandes valores estadounidenses, pero también que siguiéramos arraigados a la India en la que habían crecido. Aunque no es algo que uno sepa valorar de niño, al volver la vista atrás comprendo qué era lo que querían hacer y también cómo pretendían conseguirlo.

Por un lado, estaba la familia; incluso aquellas personas que en un sentido estricto no eran parientes, como varias personas mayores de la comunidad a las que nos referíamos como «tías» y «tíos», del mismo modo que nos referíamos a sus hijos como «primos». Era una expresión de la intimidad con la que nos tratábamos unos a otros y de las obligaciones familiares que esta relación conllevaba. Aunque no habíamos vivido en India, mis padres y otros miembros de la comunidad india de Boston y sus alrededores parecían decididos a traernos una parte de ese país.

Luego estaban los alimentos. Apreciar las complejidades de una comida india y la abundancia de sus especias —las diferencias entre la cúrcuma y el comino, la pimienta de cayena y el *garam masala*, entre muchas otras— es, en cierto sentido, un modo de honrar las numerosas texturas y sutilezas de nuestra patria cultural. Valorar la gran variedad de gustos y sabores de la India es reconocer y respetar su espectacular diversidad. Saber que en el norte la berenjena se prepara en *tandoor* y que en el sur, en cambio, se hornea lentamente es celebrar la diversidad de la India en toda su gloria y complejidad.

Y, por último, estaban los relatos. Crecí con los cuentos y las fábulas de la India, ya fueran los mitos épicos que describían no sólo a los innumerables dioses y diosas, sino también las grandes dinastías de eras pasadas, o bien las narraciones de escrituras y textos menos conocidos. Más adelante, descubriría que ésta fue la única y verdadera técnica educativa que papá puso en práctica de manera consciente e intencionada; no tanto porque quisiera que fuéramos indios, sino porque creía que los relatos causaban una profunda impresión y tendrían un efecto duradero en nuestra formación.

—Los grandes mitos no son estáticos —me dijo en una ocasión—. Se narran una y otra vez durante nuestra existencia cotidiana. Los grandes héroes y villanos de la tradición mítica forman parte de nosotros desde un estado embrionario y se expresan repetidamente en la vida cotidiana.

Eran las típicas teorías de Joseph Campbell, que ensalzan el viaje del héroe y nos

recuerdan que existe una razón por la que ciertos mitos han pervivido a lo largo de los siglos.

—No, es más que eso —insistió papá—. Leer los relatos más extraordinarios que la civilización ha creado nos acerca más que ninguna otra cosa a una auténtica comprensión de los límites exteriores de la conciencia.

Conciencia. Si la obra vital de papá —compuesta por cerca de sesenta libros, además de centenares de entradas de su blog, millares de mensajes de Twitter y una infinidad de reflexiones variadas— pudiera resumirse en una palabra, ésta sería «conciencia». En todo cuanto ha escrito y enseñado papá, la conciencia y su tenaz estudio de la misma ocupan un lugar central. Aunque la gran mayoría de la gente nunca llegue a comprenderla, ni tampoco a él, papá está decidido a llegar hasta el final.

—Sí, es probable que sea cierto —convino cuando se lo sugerí en el tercer hoyo del campo de golf de La Costa, donde ambos estábamos jugando. Un par de años antes, había nacido en él una pasión por el golf —hasta escribió un libro de éxito sobre ello—, y yo le acompañaba a practicarlo. Nos comprábamos palos de golf y equipos caros. Nos apuntábamos a cursillos e íbamos a campos aún más caros. Contratábamos vacaciones estúpidamente caras para jugar al golf. No obstante, de todos los lujos de los Chopra, el golf había sido uno de los que había retenido nuestra atención durante más tiempo. Y aunque en el último año este interés había decaído significativamente, aún pensábamos que el juego nunca desaparecería del todo de nuestras vidas.

—«Conciencia» es una palabra bastante peliaguda —dije.

—¿Por qué? —preguntó papá mientras apuntaba con el *putt*.

—Es tan... No sé... —No lo sabía: ése era el problema—. «Conciencia» es una palabra cargada de significado. Es un concepto de lo más... amplio.

—Ésa es la cuestión —asintió papá, y golpeó suavemente la bola, que fue directa hacia el hoyo, pero después se desvió hacia la derecha y acabó a un metro y pico de distancia.

—La conciencia está en el centro de toda creación. Es el origen de todo lo que existe, incluidos nosotros. Y se puede demostrar científicamente. Es ciencia.

Aunque no estaba convencido, en realidad, tampoco quería enfrascarme en un debate. Mi mente estaba virando en otra dirección. Durante las últimas semanas, me había obsesionado en la mejor manera de imbuirle algo de cultura a mi propio hijo «de corta y pega». Cuando echaba un vistazo a la cultura y el vecindario en que vivíamos, me asustaba por muchas razones. Aparte de estar poblado casi únicamente por blancos, no era precisamente variado desde un punto de vista socioeconómico, sobre todo si se comparaba con el contexto más amplio de Los Ángeles, uno de los lugares con mayor diversidad cultural del mundo. Por aquel entonces, lo más cerca que había estado Krishu de interactuar con personas de su misma ascendencia había sido sus encuentros con Pradeep, el propietario del restaurante indio del barrio, o con el bueno del viejo maestro Shifu. Por el contrario, las únicas escenas de la vida diaria que Krishu presenciaba en el

vecindario eran del estilo de *El show de Truman*. Las cosas eran tan nítidas y concisas, casi tan coreografiadas que daban una sensación de esterilidad. Vivíamos en una cultura tan hipersensible hacia la corrección política, tan orgánica, tan paranoica con respecto a la gripe A que me hacía temer que mi hijo nunca llegara a ensuciarse las uñas, algo que consideraba esencial para él. Y no sólo por aquello de que «los chicos tienen que encargarse de los trabajos sucios», sino porque me preguntaba cómo iba a desenvolverse en el desafiante y globalizado nuevo mundo del siglo xxi en el que vivíamos y cómo iba a contribuir a él de manera significativa. En mi caso, los grandes mitos indios con los que había crecido, tan llenos de guerras y conflictos entre las fuerzas del bien y del mal, repletos de triunfos y traiciones entre justos y viles, retrataban un mundo de contradicciones que no era en blanco y negro, sino que presentaba innumerables tonos de grises que con frecuencia se vislumbraban después. De pequeño me encantaban; leía una y otra vez las versiones en cómic e intuía que también le encantarían a Krishu cuando llegara el momento adecuado. Aun así, había muchas historias y fábulas entre las que elegir. Quería asegurarme de que las que eligiera le resultaran de cierta utilidad. No tenía por qué ser algo tan obvio como «la moraleja de esta historia es...», pero quería que él supiera que la locura encerraba cierta lógica.

¿Qué mitos se referían expresamente a la conciencia? Mi padre sostenía que sólo había cuatro personas en el mundo que entendían de verdad la conciencia. Todas ellas eran físicos cuánticos. Yo no soy físico cuántico. La conclusión es obvia. Si comprender la conciencia era esencial, entonces yo no podía tener la certeza de que elegiría las historias adecuadas.

Cambié de táctica:

—¿Existe una palabra análoga a «conciencia» que resulte más fácil de asimilar? —Le di un golpecito a la bola en dirección al hoyo y fallé, aunque no por tanto como papá.

Discutimos sobre qué bola estaba más lejos del hoyo.

—Amor —propuso papá—. ¿Qué te parece?

Es una palabra que nunca se me habría ocurrido. Por otra parte, una vez más, eso explica por qué no figuro entre las cuatro personas del mundo que comprenden la conciencia.

Como si me hubiera leído la mente, papá prosiguió citando esta vez a uno de sus poetas favoritos, el premio Nobel Rabindranath Tagore:

—«El amor no es un simple sentimiento. Es la fuerza fundamental que yace en el centro de la creación.»

Golpeó la bola y la observó desaparecer en el fondo del hoyo. Papá parecía sentirse bastante satisfecho de sí mismo, quizá por haber conseguido un doble *bogey*, una puntuación respetable para nosotros, o por haber establecido una conexión entre conciencia y amor.

—Si encuentras un buen mito para Krishu sobre el amor incondicional, irás por buen camino —me indicó.

Pues bien, sin lugar a dudas, ya tenía un punto de partida.

A mediados del verano, unas semanas antes de su cumpleaños, Krishu entró en la etapa difícil que comúnmente se atribuye a los niños de dos años. Su precocidad y su destreza temprana con los idiomas —inglés, español y chino mandarín— le permitían expresarse de un modo que reflejaba la rapidez con que su mente se estaba desarrollando.

«*Quiero huevos con queso*»,^[2] decía alegremente cuando nos deslizábamos hasta la cocina entre sesión y sesión de *Kung Fu Panda*.

«*Huàn niàobù?*», nos hacía saber, alertándonos en mandarín de que teníamos que cambiarle los pañales.

Pero fue a primera hora de una mañana, al despertarse entre Candice y yo, cuando hizo su declaración más dramática:

—Quiero pelearme con *Cleo*. —Nos quedamos mirándolo sin saber cómo reaccionar. Lo afirmó con claridad y precisión, como si fuera algo que hubiera estado sopesando y debatiendo internamente durante bastante tiempo. No sabíamos si sentirnos complacidos o preocupados por ello.

De hecho, era la confirmación de una tendencia creciente que habíamos percibido durante los últimos meses. Con frecuencia, me lo encontraba recogiendo cualquier cosa que estuviese a su alcance —cojines del sofá, libros de las estanterías, comida de las mesas— y arrojándosela a *Cleo* a la cabeza. La perra, todavía bastante vivaz y ágil, además de consciente de las cada vez más turbias maneras de Krishu, sabía cómo esquivar los avances de su adversario. Saltaba de dondequiera que estuviera encaramada y se escabullía en las zonas seguras que había localizado por la casa: debajo de la mesa de la cocina, detrás del sofá o encima de la cama elevada de la habitación de invitados. Aun así, Krishu era implacable. Cuando *Cleo* estaba con la guardia baja, se hacía con uno de sus juguetes —un volquete con la caja llena de descomunales piezas de Lego— y la perseguía por la habitación. De vez en cuando, le pillaba una pata con el camión de plástico, o, si ponía en práctica sus habilidades tácticas, la acorralaba y entonces abría un fuego de artillería pesada con las enormes piezas del Lego.

Irónicamente, el plan más elaborado y perturbador que había maquinado carecía de agresividad física. Krishu se metía detrás del sofá, recogía las grandes bolas de polvo que se habían acumulado allí y las ponía en el bol del agua de *Cleo*, con toda seguridad para contaminarla y hacerla imbebible. Era de una naturaleza verdaderamente diabólica, una muestra de una maldad calculada y astuta a la altura de supervillanos como Lex Luthor o el Joker. No sabía si sentirme impresionado o asustado.

Fuera como fuese, la declaración de que Krishu quería pelearse con *Cleo* no podía ser ignorada sin más. No era sólo algo que hubiera sabido expresar; estaba dispuesto a respaldarlo con acciones. Además, esto se alineaba con otros acontecimientos

importantes. Últimamente el chico se había vuelto muy insolente, se negaba a comer a sus horas y pedía que le dejáramos ver la televisión o engullir golosinas, exigencias que solía acompañar a gritos con el modificador «ya» sólo para asegurarse de que entendiéramos lo urgentes que eran sus deseos. Los profesores del centro de educación preescolar al que acudía una vez por semana para participar en el «juego estructurado» (signifique esto lo que signifique) nos tranquilizaron diciéndonos que Krishu sólo estaba «poniendo a prueba sus límites». Nos advirtieron que el proceso podía durar un tiempo, hasta que Krishu tuviera una idea clara de hasta dónde podía presionarnos como padres o de qué técnicas funcionaban con nosotros. Sólo entonces, cuando se hubieran fijado las reglas y los límites, se calmaría y todos encontraríamos nuestra zona de bienestar.

Zona de bienestar, y un cuerno.

Lo más importante, nos advirtieron nuestros confidentes, era ser constante. Krishu buscaba en nosotros señales, que estableciéramos límites, y nosotros debíamos corresponderle. «Lo único que puedes controlar —le aconsejó a Candice una amiga que era psicóloga infantil— es cómo reaccionas ante él. Hazte dueña de lo que controlas.»

Esto último —«hazte dueña de lo que controlas»— parecía una frase de Vince Lombardi. Sonaba rígida y premeditada, como sacada de un manual de ayuda para padres, pero desprovista de la técnica parental *au naturel* que me gustaba considerar más propia de mi estilo. Pero no podíamos negar ni pasar por alto el hecho de que Krishu estaba intentando asesinar a *Cleo* para poner a prueba sus límites. No me quedaba otra alternativa que «hacerme dueño de ello», fuera lo que fuese ese «ello».

Cuando le conté todo esto a papá, en algún tramo del sexto hoyo, asintió meditabundo, como si estuviera pensando la respuesta a un complejo problema de cálculo. Ya habíamos determinado que yo necesitaba un gran mito sobre el amor incondicional —y ya estaba en ello—, pero ahora quería un consejo más preciso e inmediato.

Por lo general, ésta era la clase de aprieto que habría consultado con mi madre, pero ella no estaba disponible. Mallika era la segunda opción, pero ya había dejado claro que su experiencia con dos chicas atentas y consideradas no sería útil para lo que estábamos pasando con Krishu. Más allá de todo esto, en las últimas semanas mi relación con mi padre había evolucionado de forma considerable. Habíamos hablado de cosas, tanto mundanas como místicas, más que en cualquier otra ocasión que pudiera recordar. Nuestra relación era cada vez más estrecha, no sólo como padre e hijo o alumno y profesor, sino incluso como amigos. Ahora bien, en gran medida, como (para mí) él era la última persona a quien acudiría en busca de consejos sobre cómo educar a un hijo, la mera perspectiva de hacerlo resultaba fascinante. ¿Qué podía perder? No, en serio: ¿qué?

—¿Cómo reacciona *Cleo* ante Krishu? —preguntó mientras preparaba su *drive* en el punto de salida del séptimo hoyo. De vez en cuando gruñía lastimeramente o le enseñaba fugazmente los diminutos incisivos, pero la cosa no solía pasar de ahí. Por lo general, era una experta a la hora de darle esquinazo, incluso a medida que él desarrollaba sus

técnicas. Y, en general, ni siquiera adaptaba su propio comportamiento. En otras palabras, después de escapar a la última incursión de Krishu, cuando éste perdía el interés o fijaba la atención en cualquier otra cosa, *Cleo* acababa por volver a la normalidad. Se sentaba de nuevo en el mismo lugar y se situaba una vez más en su punto de mira, donde finalmente él reparaba de nuevo en ella y comenzaba a maquinarse otro ataque.

—O es verdaderamente estúpida... —Me encogí de hombros.

—O es increíblemente leal —agregó papá, y acto seguido hizo un *swing* con el palo y golpeó la bola, que voló a lo largo del amplio *fairway*. Ambos la observamos rodar por el césped con una mezcla de admiración y sorpresa.

—Creo que es esto último —concluyó cuando la bola se detuvo al fin—. Explícame algo más sobre el modo en que se comporta cuando está junto a él.

Todas las observaciones parecían indicarle que *Cleo* le tenía una adoración incondicional a Krishu. Allí a donde él fuera, ella lo seguía. Al principio, Candice y yo pensamos que era porque siempre había comida cerca de Krishu, encima de él o colgando de él. Pero, por otra parte, *Cleo* ya sentía afecto por Krishu antes de que éste entrara en el mundo de la comida auténtica. El día que llevamos a Krishu del hospital a casa, *Cleo* lo inspeccionó con curiosidad. ¿Qué era aquello? ¿Era comestible (la primera pregunta que se hacía respecto a todo)? ¿Cuándo se iba a marchar (la segunda pregunta)? Una vez que *Cleo* comprendió que Krishu estaba en casa para quedarse, decidió establecer un vínculo con él.

El bebé fue al parecer la primera cosa que retuvo el interés de *Cleo* durante más tiempo del que tardaba en zamparse un hueso dental de Greenies. ¿Y por qué no? Después de todo, era de su mismo tamaño. Él desprendía un mal olor que, por lo visto, la excitaba sobremanera. Y el humor de Krishu era impredecible, cosa que nos mantenía a todos alerta. A fin de anticiparme a esta reconfiguración de la familia, me había leído unos cuantos libros (bueno, blogs) en los que se sugería que, con frecuencia, los perros no veían a los niños necesariamente como seres humanos, sino como a uno más de la manada. Y debido a la diminuta estatura de los críos, los canes a menudo los percibían como seres que competían por arrebatarse su posición en dicha manada. Si bien *Cleo* atravesó su propia fase de intrigas en torno a Krishu e intentó comprender cómo iba a encajar éste en nuestra compacta unidad familiar anterior, nunca pareció desarrollar el menor resentimiento hacia él, ni dio señal alguna de que lo considerara un competidor.

Vale, yo sabía que estaba antropomorfizando a *Cleo*, que estaba proyectando en ella mi propio proceso de pensamiento humano. Si algo había aprendido al observarla a lo largo de los años era que hacía las cosas a su aire. Y ese aire era bastante caótico. Con todo, algunas cosas estaban muy claras. De noche, acostábamos a Krishu en una cama de su cuarto de juegos. La mayor parte de las veces era Candice quien llevaba a cabo este proceso con una elaborada rutina que incluía música, lectura y otros ritos que sólo ella y Krishu conocían. Entretanto, a mí y a *Cleo* se nos confinaba, casi siempre en la

sala de estar. Yo aprovechaba el momento para ver partidos de béisbol o de baloncesto, o para navegar por Internet. Antes de la llegada de Krishu a nuestro hogar, casi siempre podía contar con que *Cleo* se sentaría junto a mí mientras me entregaba a dichas actividades, pero ahora sus prioridades habían cambiado.

En lugar de sentarse conmigo, se acercaba a la puerta del cuarto de Krishu, encontraba un sitio en el suelo de madera que le gustara y se tumbaba allí. Normalmente, después de casi una hora, la puerta se abría y, mientras Candice salía, *Cleo* la saludaba rozándole la pierna con la cola al tiempo que se metía en la habitación de Krishu. Alzaba la vista con un guiño aparente y un movimiento de cabeza, como diciendo: «Ya me encargo yo.»

Al principio, Candice y yo prestábamos mucha atención a esta rutina, intrigados por lo que hacía *Cleo* y también para cerciorarnos de que no tuviese intención de comerse al niño. Todo parecía bastante inocente. En general, la rutina de *Cleo* consistía en husmear, dar un lametón a la coronilla de Krishu y después encontrar un punto situado a una distancia prudente de sus piernas, donde volvía a dar unas vueltas antes de acomodarse, hecha un ovillo.

Aun a riesgo de parecer excesivamente sentimental, confesaré que ésta era una de las visiones más enternecedoras que Candice y yo habíamos presenciado jamás. Si la mirabas atentamente (y, de hecho, como padres más bien jóvenes sin mucho más que hacer, a menudo observábamos a Krishu y a *Cleo* como si habitasen en un parque de animales salvajes), *Cleo* mantenía al principio los ojos abiertos durante un rato y simplemente contemplaba a Krishu mientras éste respiraba profundamente. Por supuesto, no estaba del todo claro en qué pensaba durante estos momentos de silencio, pero Candice y yo suponíamos que más o menos en lo mismo en que pensábamos nosotros cuando observábamos con ternura a nuestro hijo: en que le queríamos muchísimo... y nos sentíamos sumamente aliviados de que al fin se hubiera dormido.

Cuando Krishu entró en nuestras vidas, despertó en mí un profundo amor que nunca hubiera creído posible. Y en aquellas noches, cuando Krishu y *Cleo* se habían dormido ya, pensaba para mis adentros en lo curioso que era que muchos de los tópicos que había oído sobre el hecho de tener un hijo fuesen tan exactos.

«No podéis ni imaginar cuánto llegaréis a quererles», nos aseguraban innumerables amigos con hijos antes de que tuviéramos el nuestro. «Cada día es mejor», nos decían con una amplia sonrisa. Bla, bla, bla. Cuando Candice estaba embarazada y teníamos que soportar aquellas confesiones egocéntricas, yo le prometía que nunca seríamos como aquellas personas. Por algún motivo, sus declaraciones gratuitas de amor me parecían irritantes. No obstante, al observar a mi hijo y a mi perra en la intimidad de mi hogar, tenía derecho a pensar en cualquier tópico que quisiera. Aun cuando no fuera capaz de expresarlo cabalmente, sabía que el amor que sentía hacia mi hijo era incondicional.

—Entonces... —Papá dio unos golpecitos en el suelo con su *putter* mientras llegábamos a una zona de descanso en la que compartiríamos una bolsa grande de

cacahuets—. Lo que estás diciendo es que el amor que *Cleo* siente hacia Krishu es especial.

—Claro —asentí. «Especial» era una descripción vaga, pero parecía apropiada.

—Lo que quiero decir —añadió papá— es que el amor que siente hacia él se compone de cualidades como el perdón, la paciencia, la delicadeza, la devoción, la compasión, la empatía y el abstenerse de juzgar.

Sin duda, esto era mucho más que «especial». Reflexioné sobre sus palabras y asentí. Parecían acertadas.

Cleo nunca llegó a guardarle rencor a Krishu por los incontables ataques diarios que éste le infligía. En este sentido, sí que practicaba el perdón.

El modo en que lo rondaba, vigilándolo especialmente cuando dormía, demostraba un grado de delicadeza que también resultaba envidiable.

¿Devoción?

Vale.

¿Compasión y empatía?

Por supuesto. Bastaba con presenciar las escasas ocasiones en que Krishu recibía una reprimenda por portarse mal. Cariacotenido, se retiraba al cuarto de los juguetes para «pasar un rato en silencio», y *Cleo*, su camarada de armas, lo seguía fielmente.

¿Abstenerse de juzgar?

Véase el capítulo 5.

—Bueno —concluyó papá como si hubiera escuchado los síntomas y ya tuviera un diagnóstico—, eso es amor sin reservas. La devoción que *Cleo* siente por Krishu no se basa en otra cosa que en el vínculo que ha establecido con él. El amor que le profesa es eterno y libre de preocupaciones. No se basa en esperanzas de reciprocidad o en paranoias sobre quién quiere más a quién. Supongo que no está preocupada por el futuro de su relación ni analiza sus antecedentes ni guarda rencores por las faltas pasadas. Quiere a Krishu por ser quien es, no por la idea que tiene de él. Lo quiere tal como es, y no por cómo quiere que sea. —Se rio—. Cuanto más piensas en ello, más te das cuenta de que es muy inhumano. Con frecuencia, las relaciones y el amor entre humanos son más efímeros y condicionales.

Cualquiera que haya estado perdidamente enamorado sabe que esto es cierto. El amor puede ser profundo y apasionado, intenso en la práctica y en su aspecto romántico, pero rara vez —o tal vez nunca— es incondicional. Simplemente, no parece que nuestro cerebro esté programado así.

—Claro —coincidió papá conmigo mientras nos terminábamos los cacahuets y nos dirigíamos a paso tranquilo hacia el siguiente *tee*—. Pero eso no quiere decir que no debamos aspirar a un ideal, a buscar el amor incondicional. De hecho —dijo, extendiendo la mano para coger el *driver* y sacarlo de su bolsa de golf—, aprender a amarnos incondicionalmente los unos a los otros tal como hace *Cleo* puede conducirnos a estados de conciencia más elevados.

Antes de que Krishu apareciera y atravesara el corazón de *Cleo* con su flecha, ella dedicaba su atención casi exclusivamente a Candice y a mí. Y dentro de este triángulo amoroso, a pesar de todos mis esfuerzos, sabía que *Cleo* siempre me consideraría el compañero de Candice. A ellas las unía un vínculo especial. *Cleo* era para Candice algo más que ese cachorro que había sido, aquella pequeña bola de pelo que le cabía en la palma de la mano. Era mucho más que la mejor amiga de la que habla el lugar común. *Cleo* era la compañera de Candice en un sentido que incluso yo, que conocía a mi esposa desde la época en que ambos éramos universitarios, jamás podría llegar a ser. Esto se debía a la capacidad de *Cleo* para escuchar y no juzgar, a la alegría y la inocencia que aportaba a cada día, a su capacidad para confiar en los demás, entre muchas otras cosas. Pero, sobre todo, se debía a su amor incondicional.

Y, aunque no ocultaba sus preferencias y situaba a Candice en una posición visiblemente superior a la mía, *Cleo* tenía una habilidad excepcional para navegar por las a veces procelosas aguas de nuestra relación incluso en los momentos más intensos y dolorosos. Puede que esto nunca fuera más evidente que durante la noche anterior a nuestra boda.

Como parte de nuestra celebración multicultural chino-indio-estadounidense, Candice y yo habíamos planeado todo un fin de semana repleto de actividades entre las que se incluían una fiesta cóctel en un salón de aspecto casi kamasutresco, un banquete tradicional chino y una ceremonia de boda al estilo sij a media mañana, cuya culminación sería una fiesta-recepción en una iglesia del movimiento Unity en el Upper West Side de Manhattan. En total, unos cuatrocientos cincuenta invitados invadieron la ciudad; una reunión íntima para lo que es habitual en una boda asiática.

De algún modo, no obstante, en medio de toda esta locura, con parientes en la ciudad que procedían de todos los rincones del planeta y convivían en diversos hoteles y casas de amigos y familiares, conseguí quedarme a solas en mi apartamento del Midtown. Entretanto, Candice había trasladado su guardarropa de boda para instalarse en el hotel en el que se alojaba su familia. Por respeto a cualesquiera tradiciones que hubieran logrado colarse en nuestro fin de semana de boda no tradicional, Candice y yo a duras penas nos vimos excepto durante los actos formales. Teniendo todo esto en cuenta, habíamos decidido que *Cleo* estaría mucho mejor si se quedaba conmigo mientras durase el caos.

Entre todas estas actividades y obligaciones (sin olvidar la trascendental e inquietante perspectiva que suponía contraer matrimonio con todas sus implicaciones de «en lo bueno y en lo malo»), descubrí que la presencia de *Cleo* me resultaba muy reconfortante. Durante la semana anterior a la boda, cuando volvía a casa después de mis últimas salidas de soltero con los amigos hasta altas horas de la noche, me costaba conciliar el sueño. Por eso me repantigaba en el sofá, el objeto más caro que había comprado en toda mi vida antes del anillo de compromiso de Candice, con *Cleo* acomodada encima de mí. Juntos mirábamos SportsCenter o películas antiguas.

A medida que se acercaba el día de la boda, nuestro vínculo se hizo más intenso. Durante los últimos años, Candice se había convertido en la persona a quien yo expresaba mis temores y esperanzas, mis sueños e inquietudes. Ahora no sólo se me impedía verla, sino que ella era además el origen y el objeto de dichos sentimientos. Por otra parte, *Cleo*, con una agenda completamente libre de cualquier otra obligación, estaba totalmente disponible. Se mostraba deseosa de prestar oído a mis confesiones y preocupaciones, especialmente si éstas iban acompañadas de *bagels*, cortezas de pizza, embutidos o demás cosas que yo llevaba a casa para picar a las tantas. La noche del banquete prenupcial chino yo iba a necesitar de todas sus dotes para escuchar y mucho más.

En la cultura china, los banquetes son acontecimientos tradicionales. Al igual que en la cultura india, la comida no es sólo una manera de demostrar la prosperidad de una familia, sino que cuanto más diversa sea, mejor será la celebración. La familia de Candice había organizado una gala con un gran surtido de platos, barra libre, y un montón de familiares. Mientras todo el mundo lo pasaba en grande, engullendo a placer sopa de aleta de tiburón, empanadillas de cangrejo y más cosas, Candice y yo cumplíamos con nuestro deber e íbamos de una mesa a otra para dar la bienvenida a parientes a quienes apenas conocíamos y que habían acudido a bendecirnos con su presencia.

Tuvimos que soportar toda la velada con una sonrisa de oreja a oreja. Para Candice fue aún más difícil: iba embutida en un ajustado y tradicional *chi pao* chino. Justo antes de la boda, yo le había dicho en broma que, como buena novia china, se había pasado meses perdiendo peso (y, por lo visto, también algunas costillas) para poder meterse en aquel vestido. Sus andares encorsetados —arrastraba lentamente los pies de una mesa a la siguiente— le provocaban estremecimientos de dolor con cada paso que daba. En realidad, si yo tenía que fingir alegría era simple y sencillamente porque detestaba ser sociable y no se me daba nada bien. Sólo había un medio que me permitiría desfilar durante horas entre miembros de la familia a quienes no reconocía y enfrascarme en conversaciones sobre asuntos que no me interesaban: el alcohol.

Mientras íbamos y veníamos por la sala de banquetes, yo llevaba una botella de cerveza Tsing-tao en la mano, que balanceaba lentamente entre guiños de ojos, saludos con la cabeza, apretones de manos y risas falsas. Entre trago y trago de cerveza caía algún lingotazo de vino de arroz concentrado con el que brindaban los invitados. Cuando nuestra aparentemente interminable procesión de saludos acabó al fin, Candice apenas podía mantenerse en pie por culpa de su vestido demasiado ceñido, y yo porque estaba demasiado borracho.

—Tío, tal vez deberías dejar de pimplar por hoy —me aconsejó uno de mis amigos al ver que me tambaleaba para mantener el equilibrio—. Después de todo, mañana te casas.

—No, tío —replicó con un tono inquietante el hermano de Candice mientras me

servía otro chupito de vino de arroz—. Si yo estuviera en tu lugar, bebería más. Después de todo, mañana te casas con mi hermana.

Sin embargo, Candice me llevó a un lado y me confesó que había ideado un plan para sacarnos de aquella cena, cosa que reforzó mi idea de que había encontrado en ella a mi alma gemela. ¿Era o no era una chica estupenda? Ni siquiera estábamos casados y ya estaba allanando el camino para que pudiera escabullirme de las engorrosas obligaciones familiares. Repasó el plan. Íbamos a largarnos de nuestro propio banquete a fin de prepararnos para el gran día que nos esperaba. Sorprendentemente, en medio de aquel animado banquete, Candice había sido capaz de urdir el plan perfecto que me reveló en ese momento.

Ojalá mi elevado índice de alcoholemia no me hubiera embotado tanto la vista y el oído. De lo contrario, habría comprendido que el plan consistía en que abandonáramos juntos el banquete, no en que abandonara a mi futura esposa en una esquina de la calle, bajo la lluvia, enfundada en un *chi pao* y sin dinero.

Al llegar a casa, me encontré con muchos mensajes que me emplazaban a acudir al hotel en el que Candice se alojaba. Mi prometida quería verme. Eso era todo.

Seguía sin enterarme de nada, y la única advertencia la recibí de la madre de Candice, quien, con voz suave, me susurró cuando entré en su habitación: «Ten cuidado.»

Durante los siguientes veinte minutos, se abrieron las compuertas y fluyeron los sentimientos.

¿Cómo era posible que la hubiese dejado tirada en la calle?

¿En qué estaba pensando?

¿Cuánto había bebido?

¿Era éste un indicio de cómo iban a ser las cosas?

¿Es que ni siquiera la quería?

Balbucí y farfullé. Tartamudeando, y a trancas y barrancas, me esforcé por salir del paso con confesiones, disculpas, negaciones, digresiones, defensas, promesas y compromisos. Candice quería saber si se trataba de un simple pecado de embriaguez o de una pautita de comportamiento que dejaba entrever una falta de voluntad para asumir de verdad las obligaciones y responsabilidades del matrimonio.

Caray. Y yo que me esperaba que me diese cuartelillo. Pero no, aquella noche ni siquiera mi encanto ni mi ingenio iban a salvarme el culo. Candice me ordenó que consultara con la almohada si estaba preparado para el paso decisivo que estábamos a punto de dar y me envió de vuelta a casa, adonde me dirigí a paso cansino.

Me retiré a mi apartamento con toda la intención de desplomarme sobre el sofá para pasarme la noche entera compadeciéndome de mí mismo. Por desgracia, me había olvidado de *Cleo*, que, para entonces, llevaba encerrada en el apartamento casi diez horas. Justo cuando ansiaba quitarme un peso de encima y regodearme en la autocompasión, *Cleo* dejó muy claras sus intenciones saltando de un lado a otro,

dándome golpecitos en las piernas con la patas y gruñendo. Necesitaba salir a la calle.

Me cambié el traje por un chándal y revolví en el armario hasta encontrar unas zapatillas. Al reparar en esta mudanza, los gruñidos de *Cleo* se convirtieron en ladridos de excitación, y ella se puso a hacer cabriolas por la habitación, pues sabía que aquel ritual precedía siempre a un paseo. Daba igual lo crispado que yo estuviera; en aquel instante, toda la atención de *Cleo* se centraba en una única cosa: necesitaba salir a la calle y eso dependía de mí.

Había pensado en sacarla como de costumbre a dar una vuelta rápida a la manzana y regresar a toda prisa al piso, donde podría reincorporarme a mi solitaria fiesta de autocompasión. Pero cuando nos aproximábamos a la tercera esquina que marcaría el inicio de la vuelta a casa, *Cleo* se plantó. Literalmente. Estiró el cuello y gesticuló como para indicar que quería seguir adelante.

—Venga, *Cleo* —la exhorté—. Vámonos a casa.

Inyecté una pizca de entusiasmo en mi voz para dar a entender que quizá nos esperaba un festín en casa.

No hubo suerte. *Cleo* tiró de su correa en dirección al centro con más fuerza. «Sí, lo que tú digas —estaba seguro de que ella pensaba para sus adentros—. Volvamos a tu desordenado piso de soltero para que pueda ver cómo lloras hasta quedarte dormido. No, gracias. Me apetece una chuche de premio, pero no tanto.»

Entonces ladró y tiró todavía más fuerte.

Bueno. Me ablandé y dejé que me guiara hacia el oeste. Podía aguantar una manzana más.

Al cabo de un rato, llegamos a la esquina de la Cincuenta y cuatro con Broadway. *Cleo* se detuvo a olisquear algo en la acera, y yo esperé. Alcé la mirada y vi que estaba frente a un muro con grandes carteles de color granate del musical *Miss Saigon*. Sonreí al verlos y recordé la última vez que había estado en ese mismo sitio.

Miss Saigon había sido uno de los primeros espectáculos de Broadway que Candice y yo habíamos visto juntos. Como yo era un simplón en lo concerniente al teatro, me había gustado, por supuesto, principalmente porque la protagonista era una chica asiática sexy, y la historia tocaba todas las teclas de un drama convencional con considerable pompa y boato. A Candice, por otra parte, le pareció..., bueno, convencional, además de plagada de los estereotipos orientalistas que ensalzaban la masculinidad occidental al tiempo que ofrecían una visión desalentadora de Oriente. Me encogí de hombros con escepticismo.

—John [el ex soldado convertido en ejecutivo] intentaba portarse bien con ella...

Candice se volvió hacia mí, irritada.

—Ah, ¿es eso lo que estás haciendo conmigo? ¿Portándote bien conmigo?

Al recordarlo, me reí a carcajadas. *Cleo* volvió dar un tirón a la correa, esta vez en dirección al centro. A lo mejor sabía qué estaba haciendo, pensé en mi fuero interno, y la seguí.

De hecho, durante las siguientes horas, me dejé conducir por *Cleo*, que me llevó desde el Midtown de Manhattan hasta el bajo Manhattan y la zona de Wall Street. Era una ruta por la historia de mi relación con Candice: la esquina de la Cincuenta con Broadway, el puesto de patatas fritas donde habíamos compartido una última cena (una ración de patatas con salsa tártara) la noche antes de que me fuera a vivir a California; la taquilla de TKTS, en Times Square, donde nos habíamos pasado muchas horas haciendo largas colas para comprar entradas con descuento a fin de que Candice pudiera instruirme sobre los espectáculos «buenos» de Broadway; el Madison Square Garden, donde llevé a Candice a su primer partido de la NBA (los Celtics contra los Nicks, hacia 1996) y defendí su honor cuando un punki asiático que llevaba una camiseta de John Starks le hizo un comentario obsceno; la esquina de la Treinta y tres con la Siete, Koreatown, que sigue siendo nuestra zona preferida para una buena comilona; Chinatown, donde, a lo largo de los años, ella había alardeado de su dominio del mandarín y conseguido que nos sirvieran platos especiales que no aparecían en la carta, y, finalmente, la Zona Cero, el antiguo emplazamiento del World Trade Center, un monumento a un instante que, como a todos los norteamericanos que estuvieron relacionados de algún modo con él, nos unió a través del pánico, la incredulidad y la pena posterior que compartimos.

Al final de nuestro largo paseo, *Cleo* no sólo había logrado que se me pasara la borrachera sino que incluso me había hecho recordar por qué estaba preparado para el día de mi boda. A una parte de mí le asustaba la idea del matrimonio, por supuesto. Candice era la primera y última persona con la que había adquirido un compromiso serio; la única con quien había mantenido una relación adulta, de hecho. Aunque yo le explicaba a la gente que, en esencia, ella y yo habíamos crecido juntos, una parte de mí se preguntaba si en realidad habíamos crecido. Aun así, en lo más profundo de mí, un fuerte sentimiento de identidad personal me convenció de que iba por el buen camino. Al bajar la mirada hacia mi fatigada y fiel perra, supe que había encontrado en *Cleo* a una compañera para dicho viaje. La cogí en brazos, le di un beso en su hocico grisáceo e hice una señal para parar un taxi. Había llegado la hora de volver a casa.

El amor y la fidelidad de *Cleo* eran afectuosos sin llegar a ser condescendientes; empáticos, pero no falsos; regenerativos, estimulantes e intensos, pero no efímeros. Me di cuenta entonces y me doy cuenta ahora, al escribir estas líneas, de que todas aquellas observaciones eran proyecciones de mí mismo. En realidad, los patrones de comportamiento de *Cleo* eran simples y predecibles y, por lo general, obedecían a una sola característica identificable pero que era sumamente poderosa: ella daba amor.

En el campo de golf, papá estaba decidido a recalcar esto mismo.

—Cuando hablamos sobre el poder del amor, sobre sus efectos terapéuticos y regenerativos, nos referimos casi siempre a lo que se siente al ser el objeto o el

destinatario del amor de alguien. Pero resulta aún más intenso ser uno mismo quien da amor. Hay una pureza en ese amor, en el modo en que un niño ama a su progenitor y viceversa desde el principio. Ese amor no está filtrado, sino desnudo, exento del lastre del tiempo, el contexto y las condiciones. Es como todo lo que me has descrito sobre *Cleo*.

Durante las últimas semanas, papá había pasado más tiempo que nunca con *Cleo*. Observaba y estudiaba aspectos de ella en los que antes siquiera había reparado.

—¿Crees que *Cleo* comprende de verdad el concepto «amor»? —le pregunté a papá, pensando en que quizás estábamos exagerando un poco.

—No, y eso es lo que hace que sea tan intenso. *Cleo* reacciona ante aquellos a quienes quiere con alegría y gracia. Confía en nosotros con un sentido de la trascendencia. No hay en ello gradación alguna, ninguna medida que indique cómo o cuánto ama. La atención que nos dispensa es discreta. No depende de nuestro comportamiento. Quiere a quienes quiere simplemente porque son.

—La he encontrado —le dije a papá una semana después, cuando estaba de nuevo con nosotros en Los Ángeles. Eran altas horas de la noche y estábamos sentados en la sala. Krishu dormía en su habitación, y Candice leía historietas de manga por Internet, su pasatiempo favorito.

—¿Qué es lo que has encontrado?

—La historia sobre el amor, el amor incondicional —asentí con la cabeza—. Es del *Mahabharata*, y habla de los hermanos Pandava.

Papá me miró, intrigado.

—Cuéntamela.

Cuando era pequeño, mis historias favoritas eran las del *Mahabharata*, una de las epopeyas más influyentes de la India (comparable a la *Iliada* o la *Odisea* en Occidente). Toda la saga es una extensa narración que relata la contienda entre los Pandava, cinco hermanos honrados, y sus infames primos rivales. En el meollo del relato se libra, durante dieciocho días, una batalla entre ambos bandos que lleva a miembros de una sola —aunque extensa— familia a enfrentarse unos con otros. Hermanos, padres, hijos, tíos, mentores, protegidos, dioses y semidioses, todos embarcados en una guerra atroz y mítica cuyo resultado decidirá el destino del cosmos.

Al final, cómo no, vencen los nobles hermanos Pandava tras masacrar a todos sus rivales y sufrir enormes bajas en su propio bando. Como resultado de ello, sin embargo, después de tanta violencia y tantas pérdidas, se preguntan qué han ganado realmente con la victoria. Enfrentados a este dilema existencial que son incapaces de resolver, los hermanos renuncian al reino que con tanto esfuerzo han conquistado en favor de su último heredero vivo, el único sobrino que ha sobrevivido a la guerra, y parten hacia el mítico reino de Kailash (el umbral del cielo) en busca de las bendiciones de Dios.

Los cinco hermanos, guiados por Yudishtra, el mayor, y su consorte, Draupadi,

emprenden el arduo ascenso. Al principio, en una de las aldeas pobres situadas en la base de las montañas, un perro sigue al grupo en su peregrinación.

Pero a medida que suben por la ladera de la montaña, cada vez con mayores dificultades, ocurren cosas malas. Nakula, el hermano más joven, resbala en el hielo, se despeña por la cornisa y muere. Tras llorar su pérdida, los hermanos continúan el ascenso en busca de su literalmente elevado destino.

Entonces es cuando las cosas se ponen feas de verdad, porque mientras el grupo y el perro sarnoso escalan, los hermanos e incluso Draupadi, como en una película de terror de serie B, caen uno a uno, se precipitan en el vacío y mueren. Únicamente Yudishtra y el perro sobreviven y alcanzan la cima de la montaña.

Es allí donde Yudishtra se encuentra con Indra, rey de los dioses y el cielo, quien felicita a Yudishtra por haber finalizado con éxito el ascenso y le dice que se ha ganado un lugar en el reino del cielo. Abre la puerta de su carruaje divino e invita a Yudishtra a subir a él para recorrer el breve trayecto hacia la dicha eterna. Yudishtra se lo agradece y se encamina hacia el carro, haciéndole un gesto al perro sarnoso para que lo siga.

Pero... un momento.

Indra impide el paso al animal y le advierte a Yudishtra que los perros —y menos aún los perros sucios de las aldeas— no son bienvenidos en el cielo. Yudishtra se detiene y dice que el perro ha permanecido lealmente a su lado a lo largo de todo el ascenso y que, llegados hasta ese punto, no tiene la menor intención de abandonar a su fiel compañero.

Indra se muestra desconcertado y molesto. ¿Cómo es posible que Yudishtra esté dispuesto a abandonar a sus propios hermanos y a Draupadi en el camino, pero no a ese mugroso perro, ni siquiera ahora que se le concede la entrada al cielo?

Yudishtra sacude la cabeza con solemnidad. Explica que no abandonó ni a sus hermanos ni a Draupadi: le fueron arrebatados, y supone que fue así a causa de algún plan divino que desconoce. Insiste en que tiene fe en que se reunirá con sus seres queridos cuando llegue el momento oportuno, tras lo que reitera su negativa a continuar si el perro no va con él.

Al fin, una amplia sonrisa se dibuja en los labios de Indra. De repente, el perro comienza a transformarse y se revela como el dios Dharma, nada menos que una encarnación del propio Indra. ¡Bienvenidos a *Matrix*! Luego explica que todo el episodio, desde la subida de la montaña hasta la muerte de los seres queridos de Yudishtra y la oferta de llevarlo al cielo siempre y cuando dejara atrás al perro, era una prueba. Y Yudishtra la ha superado con honores. Entonces, Yudishtra, Indra y Dharma entran juntos en el cielo, donde Yudishtra se reunirá al fin con Draupadi y sus hermanos.

Después de referirle el relato a papá, me recosté en el sofá, satisfecho de mí mismo. Él asintió con la cabeza, al parecer igual de satisfecho.

—Es una buena historia —señaló.

—Ya lo sé. Una gran historia.

—¿Qué crees que significa? —preguntó.

—Bueno, muchas cosas. —Hice un ademán con las manos—. No sé ni por dónde empezar.

—Por el final —respondió papá—. El perro es Dharma, y Dharma es el yo. En Occidente, la idea de quererse a uno mismo tiene una connotación negativa. Es la diferencia que hay entre el dios Dharma de Oriente y Narciso en Occidente.

En efecto, en la mitología griega, Narciso es un personaje famoso por su inmensa belleza. Pero es cruel y desprecia a todos los que lo quieren. Al final, los demás dioses lo maldicen: lo obligan a enamorarse de su propia belleza y él, como todos aquellos pretendientes a los que despreció, acaba por odiarse a sí mismo.

—Exacto —asintió papá con la cabeza—. Pero en las tradiciones orientales, el yo lo es todo. Subyace a nuestros pensamientos, es nada menos que la fuerza responsable de toda la actividad inteligente del universo, incluido el perro.

—Es la conciencia —sugerí.

—Sí —rio papá—. No está mal.

—Así pues, ¿podemos decir que ahora hay cinco personas en el mundo que comprenden la conciencia? —le pregunté a papá, sonriendo burlescamente.

—Tal vez —reconoció.

—¿Así que lo que quieres decir es que el perro es una metáfora del ser, que, a su vez, es simplemente otra expresión de la conciencia?

Papá y yo miramos a *Cleo*, que estaba tumbada junto a la puerta del cuarto de Krishu, adormilada. Interpretaba su papel de visionaria cósmica de una forma extraordinariamente contenida.

—No creo que sea una coincidencia —negó papá con la cabeza—. Seguro que los grandes visionarios de la India que escribieron estas historias sabían que los perros son seres espirituales.

*Papá, me pregunto por qué a las personas buenas les ocurren cosas malas.
A todo el mundo le ocurren cosas malas.*

El 20 de enero de 2001, mi abuelo paterno —le llamábamos papi— estaba sentado en su dormitorio de Nueva Delhi mirando la investidura de George W. Bush en la CNN. Papi era un estudioso de la historia y le gustaba presenciar momentos como aquél. Más de cincuenta años atrás había ocupado un asiento de primera fila durante la dramática transición de la India. Desde el dominio del colonialismo británico hasta la euforia de la independencia pasando por la agonía de la división entre la India y el recién creado Pakistán, él fue testigo de todo ello. Papi fue el médico personal de Lord Mountbatten —el último virrey de la India—, por lo que llegó a tener cierta familiaridad con los escalafones más altos del Raj británico, además de cierta perspectiva sobre su forma de gobernar el país. Cuando era pequeño, me sentaba y escuchaba embelesado mientras contaba historias sobre sus años de servicio en el ejército indio: historias sobre la batalla de Birmania, cuando él se convirtió en el único miembro superviviente de su unidad militar al hacerse el muerto y evitar que los japoneses lo capturasen; viajes históricos junto a Lord Mountbatten; relatos magníficos sobre la época en que Jawaharlal Nehru, héroe icónico de la India y primer primer ministro tras la independencia, se detuvo en medio de una multitud de admiradores para regalarle una rosa roja a nuestra abuela.

Aquella noche, papi estaba sentado en su dormitorio, en medio de abigarrados testimonios de toda aquella historia. Había retratos de mi abuela, a quien llamábamos ma, expuestos con orgullo junto a otros de su época dorada, en los que papi aparecía con colegas británicos en lugares de toda la India a los que lo habían destinado, además de Londres, donde había recibido gran parte de su formación médica. También había fotos más recientes, fotografías actuales de papi y ma radiantes junto a sus cinco nietos. Sólo tres semanas antes, todos habíamos celebrado el matrimonio de mi prima más joven, Kanika. Había sido un gran acontecimiento al estilo clásico hindú, repleto de fiestas decadentes, rituales religiosos y un sinfín de reuniones familiares. Durante aquellos maravillosos días se sacaron centenares de fotografías aún sin enmarcar. Por el momento, estaban metidas en sobres, apiladas sobre el arcón de madera situado justo detrás de la cama de ma y papi.

Después de ver cómo el presidente Bush juraba el cargo en Washington D. C. aquel día lluvioso y aceptaba oficialmente sus deberes y responsabilidades como presidente —algo que papi se tomaba muy en serio—, se acomodó en la cama junto a ma, que ya estaba profundamente dormida. Durante sus cincuenta y cuatro años de matrimonio, rara vez habían dormido separados. Poco después de la media noche, papi hizo sonar la

campana que estaba junto a la cama para llamar a Shanti, criada de la familia desde hacía más de veinticinco años. Cuando Shanti apareció unos minutos más tarde, papi le dijo que tenía frío y necesitaba una manta. Papi se volvió a dormir. Al poco tiempo, se despertó de nuevo. Esta vez se incorporó y se palpó el pecho. Era uno de los cardiólogos más respetados de la India y seguía ejerciendo pese a tener setenta y pico años. Sabía qué era lo que estaba ocurriendo. Papi extendió el brazo y despertó a ma con un gesto rápido y enérgico. Ella también se incorporó y le preguntó qué sucedía. Papi le avisó que se estaba muriendo. Ma, presa del pánico, alargó la mano para coger el teléfono y llamar a mi tío, un médico que vivía no muy lejos de allí. Papi, que seguía apretándose el pecho, le dijo a ma que colgara el teléfono. Le explicó que no le quedaba mucho tiempo.

—Tómame la mano —le indicó, y ella obedeció. Ma y papi se quedaron cogidos de la mano mientras él exhalaba sus últimos suspiros—. Te quiero —le dijo con dulzura—, y me estoy yendo.

Papi cerró los ojos para siempre, abrazando el misterio de la vida.

—Me voy.

La logística de la muerte se desarrolló a un ritmo vertiginoso. Los preparativos familiares, los viajes al extranjero, los certificados de defunción y los rituales hindúes se sucedieron con una rapidez abrumadora. Por la mañana, los sacerdotes hindúes acudieron a la casa a interpretar cantos, bendecir el cuerpo de papi, su hogar y a ma a fin de garantizar una transición suave a la siguiente fase de la evolución de su alma. Por precepto religioso, la ceremonia de cremación de papi debía llevarse a cabo antes de que transcurriesen treinta horas después de su muerte. Mi padre y su hermano, Chota Papa, llegaron justo a tiempo. Ambos bañaron el cuerpo de papi con leche, lo ungieron con aceite de sándalo y lo portaron sobre sus hombros durante los últimos centenares de metros hasta el emplazamiento de la incineración. Papá, el hijo mayor, colocó una antorcha bajo la pira funeraria y le prendió fuego para que el cuerpo de papi retornase a los elementos de los que procedía.

Después, cuando hablé con mi padre, me describió la odisea emocional por la que había pasado durante los dos últimos días.

—¿Sabes? Algún día tú también incinerarás mi cuerpo —dijo a través de la ruidosa línea de larga distancia—. Será tu responsabilidad como hijo mío. Y en algún día lejano, tu hijo aún no nacido hará lo mismo contigo.

No supe qué contestar. Era un pensamiento espeluznante, solemne, como de ciencia ficción y espiritual, todo al mismo tiempo.

—Según dicen, se trata de que una generación permita a otra el paso a la siguiente fase —dijo papá.

—Debe de haber sido difícil —murmuré. Sabía que papá admiraba a su padre más que a ninguna otra persona en el mundo. Jamás en la vida le oí criticar a papi.

—Lo ha sido. —Papá hizo una pausa—. Pero me alegro de haberlo hecho. Es un privilegio.

Papá describió los himnos que los sacerdotes védicos habían cantado durante la ceremonia, que versaban sobre la enmarañada red de *agni* (fuego), *vayu* (viento), *paani* (agua), *dharti* (tierra) y su inevitable retorno al imperecedero *akash* (espacio).

—En realidad, no somos nada más que eso —sentenció papá—; un conjunto de elementos movidos por cierta energía y un misterio aún más profundo. Y, al final, nuestro destino común es disolvernó en un misterio aún más grande.

Papá incluso se rio cuando explicó que mientras los sacerdotes entonaban aquellos himnos, unos chicos jugaban al críquet a unos centenares de metros de distancia y, más lejos, unos chicos aún más jóvenes hacían volar sus cometas sirviéndose de la corriente de aire causada por el fuego para elevarlas en el cielo. Cerca, unas gaitas escocesas se confundían con una chillona y estridente banda sonora hindí, señal de que se estaba celebrando una boda en el vecindario. Entretanto, los sacerdotes continuaban salmodiando y hablando de la inmortalidad del alma humana: «Ni el agua puede mojarla, ni el viento secarla, ni el fuego abrasarla, ni las armas destrozarla. Ni nace, más allá del tiempo y del espacio, ni muere.»

Mi padre no acusaría de verdad el impacto de la muerte de papi hasta unas semanas después, tras haber regresado a su hogar —con nosotros— en Estados Unidos. Fue durante aquellos días, mientras aún percibíamos la presencia de la muerte, cuando los recuerdos de papi comenzaron a estructurarse en nuestros archivos mentales.

Una noche en la que toda la familia se había reunido en San Diego, durante la cena, Mallika recordó una escena de la boda de Kanika, celebrada justo unas semanas antes. A primera hora de la mañana del día de la boda, la familia al completo se había enfrentado a una grave crisis. Mi tía —la madre de Kanika— había perdido la llave de la habitación en la que habían guardado con sumo cuidado el vestido de novia y las costosas joyas de Kanika. Faltaban sólo unas horas para la ceremonia, y la pobre Kanika estaba consternada porque sus peores temores se estaban haciendo realidad. ¿Qué se pondría?

En medio del caos, todo el mundo se puso a buscar la llave perdida. Los ánimos se inflamaron. Se levantaron muchos dedos acusadores y se atribuyeron muchas culpas. En mi mejor imitación de James Bond, deslicé una tarjeta de crédito por la ranura de la puerta, confiando en que ésta se abriera. No hubo suerte. Bharat, mi primo más joven, embistió la puerta con todo su peso: no ocurrió nada.

De repente, vimos a papi subiendo las escaleras a paso tranquilo y pausado. Llevaba un llavero en las manos. Ninguna de las llaves era la «apropiada»; todas eran las llaves comunes y corrientes de otras puertas y cajas fuertes de la casa. Pero papi ni se preocupó ni desistió por ello de su propósito. Mientras buscábamos frenéticamente por aquí y por allá como un inexperto equipo forense, vaciando bolsos, retirando las mantas de las camas y hurgándonos en los bolsillos de la ropa, papi se inclinó y miró la puerta con detenimiento. Intenté explicarle que la puerta no se abriría a menos que diéramos

con la llave adecuada.

—Sí que se abrirá —dijo en voz baja, sonriendo con convicción.

Mientras tanto, mi tío —el padre de Kanika— expresó su rabia e indignación ante lo que dijo que era una historia recurrente de los últimos quince años: que la llave se quedaba dentro de la habitación cerrada. Papi comentó que el cerrajero —un tipo llamado Vinod— nunca aparecía cuando lo llamaban durante emergencias como aquélla. Pero papi sabía qué había que hacer. Explicó con toda serenidad que si se jugaba con la cerradura, agitando la llave de determinada manera, y se tiraba de la puerta de un modo concreto, ésta se abriría. En efecto, unos minutos después, la puerta se abrió suavemente. Papi sonrió complacido y, en silencio, regresó a su habitación arrastrando los pies.

Todos nos quedamos callados, compartiendo una tácita admiración por el carácter sosegado y bondadoso de nuestro abuelo. En aquel momento comprendimos —y nos lo recordaron durante la cena— algo que ya sabíamos desde que éramos pequeños: papi era un abridor de puertas.

Mi padre sonrió con los ojos empañados. Fue el primero de una serie de momentos emotivos que se concatenaron durante los meses siguientes. Sería la primera vez en mi vida que vería a mi padre caer en una oscura depresión.

Una vez, en alguna parte, a alguien que nunca había tenido hijos se le ocurrió la desacertada expresión de que «tener un perro es como tener un hijo».

No es así.

A lo largo de los años, me he dado cuenta de que mis relaciones con *Nicholas* y más recientemente con *Cleo* podrían calificarse en cierta medida de «sencillas». Para mí, esto es algo más elogioso que condescendiente. En el caso de *Cleo* en particular, hay una elegancia y una naturalidad en su sentido del compañerismo, y por consiguiente en nuestra relación, que es fácil de resumir. Es constante, fiel y relativamente desapasionada. Eso no significa que no quiera a *Cleo*, sino que mi relación con ella, a diferencia de la que tengo con los demás, especialmente con seres humanos, no se compone de un mosaico de sentimientos.

Mi vínculo con Krishu es indescriptible. Aunque me resulta difícil expresar en palabras qué es exactamente lo que siento por mi hijo cuando estoy con él, desde luego que no lo describiría como «sencillo». Durante aquellos primeros días con él, cuando dormía entre Candice y yo, me quedaba mirándolo fijamente. No hacía otra cosa que mirarlo. Al principio, se trataba de la actitud vigilante de un padre novato. ¿Acaso no era mi trabajo asegurarme de que siguiera respirando y de que todo estuviese en orden? Pero, con el tiempo, esta actitud evolucionó hacia una mezcla entre la fascinación objetiva («mira cómo crece día a día») y la subjetividad rotunda y obsesiva. Era mío. Le preguntaba en broma a Candice si, tal como aseguraba el viejo tópico, realmente quería a

nuestro hijo cada día más. Ella asentía con firmeza, incluso durante las últimas semanas, cuando el intento de enseñarle al niño a ir al baño había ido a peor, Krishu había empezado a pasarse las noches en vela y su rebeldía había alcanzado nuevas cotas.

Bromas aparte, milagrosamente, yo sentía lo mismo, hasta tal punto que ni siquiera era capaz de explicarme que el chico me cayese mejor con cada día que pasaba. Sin embargo, oh, sorpresa, cuando llegaba el día siguiente, el milagro había crecido. En ese sentido, si la relación de mi padre con papi ha de servir como modelo para la mía con Krishu, entonces es que estamos hablando de algo muy especial. Deepak le profesaba a su padre una veneración única. Era una combinación de respeto y amor filial, además de una admiración que trascendía los vínculos familiares normales.

—¿Qué tenía de tan especial papi? —le pregunté a papá un domingo por la mañana durante un *dim sum*. Aunque ya habían pasado varios años desde su muerte, el tema de papi seguía surgiendo en nuestras conversaciones con regularidad.

Mi padre se lo pensó por un instante.

—Era sabio. Y comprendía el contexto.

Fue una respuesta franca, aunque curiosa. Le insistí para que añadiera algo más.

—Existe una diferencia entre la inteligencia y la sabiduría —aseveró mientras cogía unas verduras con los palillos—. La inteligencia consiste en el dominio de los datos y la información. La sabiduría, en el dominio de la intuición, la emoción, el tiempo... y la misma inteligencia. Tiene que ver con estar conectado con el universo y comprender la manera adecuada de lidiar con las circunstancias adecuadas en el momento oportuno. Se manifiesta como una comprensión absoluta del ecosistema en el que uno existe. Papi siempre comprendió el contexto en que se daba un instante y cómo debía reaccionar ante él. Por eso era tan sabio.

Cuando papi murió, toda mi familia quedó destrozada. Él era el patriarca de la familia, pero de un modo muy dulce y modesto. Incluso para aquellos con los que no estaba vinculado por lazos de consanguinidad, como mi madre y sus padres, Nani y Nana, la pérdida de papi fue un golpe emocional muy duro. No sólo había sido el médico de la familia en muchos sentidos —había velado por la salud de todos, desde los recién nacidos hasta los familiares de su propia generación a medida que éstos envejecían—, sino que además, la dulzura, la gracia, la paciencia y, sí, la sabiduría que rezumaba habían conmovido a todos los que habían sido sus pacientes.

Cuando éramos pequeños, una vez Chota Papa nos contó una historia sobre papi que, más o menos, lo resumía todo. Rememoró una época, hacía décadas, cuando él tenía unos siete años y papá diez, y vivían en una zona rural de la India. Como papi era médico militar, cada pocos años lo destinaban a una zona distinta de la India para que cuidara de los soldados y organizara las unidades médicas, a menudo a partir de cero.

—Una vez por semana —evocó papá cuando le pedí hace poco que volviera a contarme la historia—, los domingos, papi abría la clínica y dejaba entrar a cualquiera que necesitase consejo o asistencia médica gratuita. Con los años, debió de tratar a

millares de personas de ese modo. Algunos sólo presentaban problemas simples (heridas o cortes infectados debido a las condiciones y cuidados antihigiénicos), mientras que otros padecían dolencias complejas que nunca he vuelto a ver durante toda mi trayectoria médica.

No hace falta mucha imaginación para deducir que fue durante aquella época, al observar a papi mientras atendía noblemente a incontables aldeanos, a quienes le cambiaba la vida a menudo con el simple uso de un antibiótico o una férula, o incluso con un consejo, cuando mi padre y Chota Papa descubrieron su vocación médica. En ese aspecto, la influencia de papi fue grande y profunda. Si bien Deepak llegó a ser un profesional aclamado, los logros de Papa Chota tampoco fueron en absoluto despreciables. Desarrollaría su propia carrera ilustre como médico, que culminaría con el cargo que ocupa actualmente como decano de educación continua en la Facultad de Medicina de Harvard. Sí, *ese* Harvard.

—Pero papi no estaba solo —me recordó papá—. Mamá siempre estaba junto a él. Como había tanta gente que venía de muy lejos para ver a papá, naturalmente, se formaban unas colas muy largas, y la gente tenía que esperar durante horas. Para asegurarse de que no pasaran tanta hambre, mamá cocinaba enormes cantidades de comida, y luego nosotros —Chota Papa y yo— la servíamos mientras mamá escuchaba todos sus problemas. Juntos, formábamos un equipo excepcional.

Años después, a papi le notificaron que el ejército lo destinaba a otra región.

—Recogimos nuestros bártulos —no teníamos mucho, pues estábamos acostumbrados a vivir en los sitios temporalmente— y nos dirigimos hacia la estación de ferrocarril. A Chota Papa y a mí nos encantaba viajar en tren porque nos encaramábamos con papi sobre los vagones de pasajeros para ver el campo mientras el tren lo atravesaba. —Yo notaba, por la melancólica nostalgia de papá, que aquellos recuerdos figuraban entre los más preciados que guardaba de épocas pasadas—. Cuando llegamos a la estación, nos encontramos con un espectáculo asombroso. Dos mil personas habían acudido a despedirnos. La mayoría había traído consigo comida y dulces de regalo. Cuanto más esperábamos a que llegara el tren (los trenes indios se retrasaban notablemente), más y más gente aparecía, hasta que todo el andén quedó atestado de admiradores. Cuando al fin nos subimos al tren y éste arrancó, todos nosotros (mamá, papi, Chota Papa y yo) saludamos a la multitud desde las ventanas. Tengo grabada en la mente la imagen de docenas y docenas de desconocidos llorando mientras el tren abandonaba la estación. Esto demuestra hasta qué punto papi había marcado sus vidas. —Papá sacudió la cabeza con admiración—. Nunca lo olvidaré.

De alguna manera, a lo largo de los años yo había dado por sentado ingenuamente que papá era capaz de encontrar una respuesta para cada una de las situaciones difíciles de la vida. Seguro que sabría cómo sobrellevar la pérdida de un ser querido. ¿Acaso no

había escrito un libro sobre ello en algún momento?

—En realidad, sí —apuntó papá—. Pero conocer las reglas no te convierte en un maestro del juego.

De hecho, cuando papi murió —y además de forma totalmente inesperada y sin síntomas de mala salud—, papá se derrumbó emocionalmente y se vio arrojado a una aflicción y un cuestionamiento filosófico inéditos en él. Confesó que había tenido insomnio por primera vez en su vida. Se pasaba largas noches despierto en la cama poniendo en tela de juicio el sentido de su vida, de su mortalidad, preguntándose si volvería a sentir verdadera pasión por algo de nuevo.

Cuando le pregunté por ello, se encogió de hombros. No le quité ojo a papá ni siquiera mientras intentaba evitar que a Krishu se le cayera una empanadilla con la que estaba jugueteando en su plato. Muy rara vez en mi vida había detectado en él un signo de lenguaje corporal como el que advertí en aquel momento. Tenía los hombros caídos por la indecisión, y la habitual convicción en su mirada brillaba por su ausencia.

—Creo que simplemente es algo por lo que tenía que pasar. El duelo es un proceso. No hay otra manera de lidiar con ello.

Qué extraño, pensé para mis adentros cuando recordé la respuesta de papá más tarde. Me habría esperado algo más profundo, una perogrullada espontánea (y con el sello Chopra, sin duda) o una elegante cita de Rumi o de Tagore. Y, sin embargo, cuanto más pensaba en ello, más me percataba de que su verdadero hallazgo había sido precisamente ese proceso que mencionaba. Una vez más, papá y *Cleo* tenían mucho en común; ambos demostraban, me atrevería a decir, cierta sabiduría a la hora de afrontar el mayor de todos los misterios humanos: la muerte.

Después de que Candice y yo nos casáramos, la semana siguiente a que se licenciara en la Facultad de Medicina, recogimos las cosas de nuestros respectivos apartamentos de Nueva York y atravesamos todo el país hasta Los Ángeles acompañados por *Cleo*. Después de haber vivido solo en un apartamento de Beverly Hills durante unos años y de darme cuenta de que no era el barrio adecuado para mí, Candice y yo buscamos una zona distinta para comenzar nuestra vida conyugal. De hecho, para gran sorpresa mía, papá nos había ofrecido unos sabios consejos:

—Aseguraos de que haya dos lavamanos en el baño principal —propuso con seriedad—. Y, si es posible, vivid cerca del agua o de las montañas —añadió.

Tras buscar exhaustivamente y exceder de manera considerable nuestro presupuesto, Candice y yo encontramos un piso de alquiler que cumplía ambos requisitos. Con gran aprensión, firmamos un contrato de arrendamiento de un año por un pequeño apartamento de una habitación situado en una calle minúscula de Santa Mónica, a menos de una manzana de distancia de la playa. En parte, justificábamos la elección de este costoso apartamento repitiéndonos que *Cleo* sería mucho más feliz si llevaba una

tranquila vida costera. Seguro que *Cleo*, que durante toda su vida había sido un perro de ciudad, necesitaría sol y arena para suavizar el golpe que supondría arrancarla de su entorno urbano. La teoría carecía de toda lógica; aun así, hacía que resultara un poco más fácil firmar el talón mensual del alquiler.

La zona era otro de los alicientes del apartamento, que en realidad era la planta superior de una casa en una calle repleta por otras casas de estilo Craftsman, cada una de las cuales rezumaba un aire y un encanto pintorescos. Entre las familias había una pareja de ancianos que llevaba casi cuarenta años viviendo en la calle, una joven actriz soltera a la que reconocí (para gran horror de Candice) porque la tenía vista de las películas de madrugada que echaban en la tele por cable, y una pareja que frisaba en los cuarenta años y que vivía de una herencia que ella había recibido de su padre. Como se pasaban el día educando a sus dos hijos pequeños en casa, acabaron por convertirse en pseudoembajadores de nuestra tranquila calle.

Candice y yo nos enteramos de estos pormenores gracias a la relación pasiva que entablamos con nuestros vecinos, basada principalmente en encuentros embarazosos e incómodos que tenían lugar cuando salíamos apresuradamente de casa antes o después del trabajo para pasear a *Cleo*. En retrospectiva, me doy cuenta de que éramos los típicos neoyorquinos ajetreados que vivían junto a la playa. Corríamos constantemente de un lugar a otro, casi siempre se nos hacía tarde para llegar a algún sitio y, aunque habíamos vaciado prácticamente nuestra cuenta corriente para vivir junto a la playa, rara vez, por no decir nunca, nos tomábamos siquiera el tiempo necesario para poner los pies en la arena. Para nosotros, nuestros vecinos eran como cohabitantes del zoológico. Puede que nos alojáramos unos junto a otros, pero eso no significaba que tuviéramos demasiado en común aparte de —posiblemente— pertenecer a la misma especie.

Cleo, por su parte, se adaptó rápidamente a su nuevo territorio. Teniendo en cuenta que se había pasado toda la vida en la jungla de asfalto de la ciudad de Nueva York, esto nos resultó un tanto sorprendente. Por otro lado, la capacidad de *Cleo* para integrarse con tanta facilidad en su entorno era una de sus cualidades más fascinantes. Mientras que yo siempre había tenido entendido que los perros eran criaturas de hábitos y rutinas —y *Cleo* lo era en muchos sentidos—, en este aspecto nunca opuso la menor resistencia o causó dificultad alguna. Candice y yo la llamábamos «orinadora equitativa», pues pusiéramos donde pusiéramos las elegantes alfombras de seda india que mi madre nos había regalado, *Cleo* se hacía pipí en ellas. Con ello no sólo marcaba su territorio, sino también nuestro hogar. Aquel olor rancio de la orina, como a cacahuete, mezclado con el del ambientador Nature's Miracle y el incienso indio se convirtió para todos nosotros en el olor de la intimidad. Aparte de eso, mientras *Cleo* tuviera un bol con agua, otro con comida y una cama caliente en la que dormir (es decir, la nuestra), su vida seguiría adelante sin problemas.

Por lo que respecta a su interacción con los demás, vecinos incluidos, *Cleo* se desenvolvía en un mundo relativamente sin matices. Dentro de la casa —su territorio—,

cualquiera que no fuese de la familia era un blanco fácil para su reinado de terror. Como era tan pequeña e inofensiva, la víctima a menudo no reparaba siquiera en la agresión y se apresuraba a apaciguar a *Cleo* con afecto, su kriptonita más evidente. Fuera de la casa o, mejor dicho, fuera, en general, *Cleo* era casi el reverso de la medalla. Se portaba de un modo extremadamente amistoso y a menudo tiraba de la correa en dirección a los peatones para husmearlos y lamerlos. En gran medida, aquello se debía a que *Cleo* había descubierto que, durante las horas punta de los paseos caninos —a primera hora de la mañana y a primera de la tarde—, muchas personas de nuestro barrio llevaban encima chucherías para perros. *Cleo* sabía exactamente cómo trabajarse a aquellos pardillos.

Primero se aproximaba a su objetivo, olisqueaba con cautela sus pies o a sus perros y meneaba la cola para que todos vieran que iba en serio (en el buen sentido). Si mostraban algún interés por ella, enseguida desplegaba sus encantos y ofrecía su mejor interpretación de *Lo que el viento se llevó*, arqueando el cuello hacia arriba, como si implorara afecto. Cuando lo obtenía, que era lo más frecuente, remataba a su presa tumbándose panza arriba para recibir un agradable masaje. Para entonces, ya se había metido a su objetivo en el bolsillo. El momento clave era una mera formalidad: ella se enderezaba, se sentaba sobre las patas traseras y alzaba sus enormes ojos de cachorro aún sin cataratas. Si, en efecto, su presa llevaba algunas chucherías, ya podía darlas por perdidas.

Por otra parte, *Cleo* apenas se fijaba en los otros perros. Supongo que, teniendo en cuenta que la mayoría de los perros no iba por ahí con bolsas llenas de golosinas, esto no resultaba tan sorprendente. Claro que, como todos los canes, cuando *Cleo* se encontraba cara a cara frente a otro perro, llevaba a cabo una rutina mecánica: olisquear, inspeccionar y, si la situación parecía propicia, jugar a «enredar la correa»; pero, por lo general, su propia especie le interesaba más bien poco.

Precisamente por eso, su relación con *Mocha*, el perro del vecino (y no digamos ya el hecho de que incluso lo saludara), era tan especial. *Mocha*, cuyo nombre le sentaba como anillo al dedo, era también un perro abandonado adoptado que parecía ser un cruce entre un labrador y..., bueno, otra cosa. Era al menos el doble de grande que *Cleo*, pero por lo visto igual de peculiar e indisciplinado, además de inofensivo. Cierta vez, su propietario me confesó tímidamente que, aunque habían castrado a *Mocha*, esto no había servido de mucho para que se calmara. No iba cachondo, claro, pero en cambio parecía que había canalizado toda aquella energía hacia unas ganas locas de jugar. Si *Cleo* tenía una táctica propia de Gengis Khan, bien pensada y deliberada para conquistar toda Santa Mónica y acaparar sus chucherías, *Mocha* era justo lo contrario. Me recordaba a un surfista que se contentaba con divertirse bajo el sol.

Más sorprendente, sin embargo, era el modo en que *Mocha* interactuaba con *Cleo*. Y es que, aunque nunca perdía el ánimo juguetón —incluso cuando descansaba junto a *Cleo* se apreciaba el brillo de sus ojos—, *Cleo* mantenía a *Mocha* a raya. De alguna manera, en algún momento del que yo no había sido testigo, ella se había impuesto como

el macho alfa, y *Mocha* aceptó su dominancia.

A menudo, cuando *Cleo* y yo regresábamos de pasear, *Mocha* nos estaba esperando fuera de su casa y se ponía a menear el rabo frenéticamente tan pronto como la veía. Al principio, esto nos llevó a que los dejáramos jugar juntos en el mismo jardín. Saltaban de un sitio a otro, se restregaban los hocicos, se perseguían el uno al otro en círculos y se husmeaban entre sí durante su tiempo de reposo. Con el tiempo, a medida que su relación se estrechaba, nosotros y nuestros vecinos los dejábamos juntos incluso cuando estábamos en el trabajo o pasábamos el día fuera. El papel de líder de la manada era nuevo para *Cleo*. Parecía disfrutar con él. Fuese a donde fuese, *Mocha* la seguía. Fuera cual fuese el sitio que eligiera para echar una agradable siestecita por la tarde, *Mocha* la mantenía dentro de su campo visual. Ella hacía lo mismo. Era el único perro con el que había visto a *Cleo* compartir la comida y el agua. Aquellos chicos estaban hechos el uno para el otro.

A Candice y a mí todo esto nos complacía considerablemente. Como parte de nuestra nueva vida de casados, puesto que nos habíamos instalado en un apartamento que en realidad no podíamos permitirnos, ambos nos estábamos tomando nuestra carrera profesional muy en serio. Inmersa en su residencia médica, Candice iba rotando entre múltiples hospitales, lo que con frecuencia suponía trabajar hasta tarde. Al mismo tiempo, mi jornada de trabajo se iba alargando, lo que se traducía en que apenas nos veíamos en casa cuando llegábamos del trabajo, antes de sacar a *Cleo* a empujones para su paseo nocturno. Por lo general, para cuando yo regresaba, Candice ya estaba profundamente dormida.

Cleo fue la verdadera víctima de todo esto. Ambos queríamos pasar más tiempo con ella pero, debido a la realidad de nuestra nueva vida, no podíamos. El hecho de que ella hubiera encontrado en *Mocha* a un colega fue como un regalo caído del cielo para todos. El hecho de que *Cleo* pareciera estar bien significaba una preocupación menos en nuestra egocéntrica existencia. Así pues, nos imaginamos prácticamente libres de responsabilidades en lo que atañía a *Cleo*.

Pero entonces ocurrió algo extraño. Le cambió el humor. Al principio, como habíamos caído en una rutina de bienestar, resultaba difícil determinar en qué momento exacto había sucedido, pero detectamos pequeños indicios. Durante el fin de semana — las horas que sí pasábamos con ella y en que con frecuencia nos gustaba dar largos paseos por el carril para bicicletas que bordeaba la playa—, *Cleo* estaba aletargada y siempre tiraba de la correa para volver a casa. Cada vez dormía más y con más frecuencia. Apenas comía y se mostraba indiferente incluso a las golosinas o los Greenies que le ofrecíamos. Cuando yo intentaba incitarla a jugar, saltando delante de ella o adoptando aquel tono de voz que siempre la hacía reaccionar, ella se limitaba a observarme pasivamente.

Llevábamos una semana con aquel misterio cuando Candice tuvo una iluminación:

—¿Dónde está *Mocha*?

Miramos por la ventana hacia el jardín de nuestro vecino y no vimos el menor rastro de él. Hasta alcanzábamos a vislumbrar el interior de su casa desde la nuestra, y allí tampoco había ningún indicio de aquel bicho zumbado. Enseguida se hizo evidente que, como éramos un desastre de vecinos, no habíamos advertido que *Mocha* ya no estaba. Cuando, abochornado, le pregunté a nuestro vecino qué había ocurrido, me comunicó con lágrimas en los ojos que *Mocha* había muerto hacía diez días debido a una tara congénita. Murió tranquilamente y sin dolor, durante la noche, añadió el vecino, dando a entender con amabilidad que quizá fuera aquélla la razón por la que no nos habíamos dado cuenta.

Le ofrecí mis condolencias y regresé con el rabo entre las piernas a casa, donde me encontré a Candice sentada con *Cleo* sobre su regazo, acariciándola con delicadeza. Como yo no estaba familiarizado con la depresión perruna, consulté de inmediato a los expertos (léase Internet) para ver qué encontraba. Sin duda, *Cleo* mostraba todos los síntomas.

Como los humanos, los perros sufren por la muerte de seres queridos. De hecho, en ciertos sentidos, los perros llegan a sufrir por estas pérdidas aún con mayor intensidad y, desde luego, con mayor concentración que los humanos. Quizá sea porque no cargan con las mismas obligaciones que nosotros: no tienen que preocuparse por llegar a tiempo al trabajo, volver a casa para cenar con los niños, salvar su matrimonio o pagar el alquiler. Pueden entregarse por completo al sentimiento, dejar que éste los impregne hasta el fondo. Si alguien ha estado alguna vez cerca de un perro deprimido —como *Cleo* después de la muerte de su amigo *Mocha*—, podrá percibir entonces cuán apabullantes pueden llegar a ser los sentimientos. *Cleo* estaba totalmente decaída. Tenía caídas las orejas, la cola, los párpados, cualquier cosa susceptible de sucumbir a la gravedad. Todo su cuerpo flaqueaba, como si se solidarizase con su estado de ánimo.

Igualmente extraordinario, no obstante, fue el modo en que *Cleo* emergió de su desolación. Unos días más tarde —en total, un par de semanas después de la muerte de *Mocha*—, *Cleo* nos despertó a Candice y a mí subiéndose encima de nosotros. En el instante en que me vio con los ojos abiertos, se puso a menear la cola animadamente. Le di la espalda para intentar dormirme de nuevo, pero era demasiado tarde. *Cleo* era una maestra a la hora de aprovechar momentos como ése. Una vez que sabía que uno estaba despierto, toda resistencia era inútil. De un salto, se plantó en el suelo a un lado de la cama y me gruñó ansiosamente.

—Está bien, *Cleo*, ya vale —dije, y apoyé los pies en el suelo para levantarme de la cama. Ésa era la señal: ahora ella sabía adónde nos dirigíamos. A dar un paseo. Ladró emocionada, moviendo el rabo a toda pastilla.

Candice se incorporó en la cama y la observó con una gran sonrisa.

—¿Qué pasa? —le pregunté, frotándome los ojos para quitarme las lagañas.

—Nada —dijo Candice, sacudiendo la cabeza—. Aparte de que *Cleo* ha vuelto.

En efecto, *Cleo* había vuelto. Mientras dábamos una vuelta alrededor de la manzana,

Cleo volvía a tirar con fuerza y cada pocos pasos me arrastraba hacia algún objeto curioso —una lata, una botella, una patata frita, un chicle masticado— para examinarlo como si se tratara de la cosa más fascinante del planeta Tierra. Cuando nos cruzábamos con otros madrugadores, *Cleo*, otra vez en plena forma, mendigaba chucherías o enredaba su correa con la de los otros perros.

Me preguntaba qué había ocurrido. ¿Cómo había pasado *Cleo* de su yo triste a su yo juguetero normal? Cuando nos acercábamos a casa la observé con detenimiento, por si ella daba señales de acordarse de *Mocha* al pasar cerca del sitio donde vivía. En efecto, en cuanto nos encontramos ante la puerta, *Cleo* fue derecha hacia la valla que separaba nuestra casa de la de *Mocha*. Apretó la nariz contra su base. Era el lugar exacto desde donde, por el lado contrario, *Mocha* hacía lo mismo: era su forma de intercambiar un pequeño saludo. Esta vez, claro, *Mocha* no estaba al otro lado, aunque nadie lo hubiera dicho al observar a *Cleo*. Meneando la cola, olfateó una o dos veces con ahínco. Entonces, de repente, se enderezó y se alejó, tirando de mí para volver al hogar y a nuestra rutina.

Dentro de casa, *Cleo*, Candice y yo continuamos con nuestra vida. Pronto, Candice y yo volvimos al trabajo y nos centramos en lo que teníamos que hacer, y *Cleo* también volvió a sus gansadas y su rutina. Aun así, me gustaba creer que *Mocha* no había desaparecido sin más de la memoria de *Cleo*, y el tributo ritualizado que le rendía cada vez que regresábamos de nuestros posteriores paseos así parecía confirmarlo. No obstante, sí daba la impresión de que, a su manera, *Cleo* había hecho frente al dolor por la pérdida de su amigo, lo había sobrellevado y, en algunos aspectos, lo había superado para poder seguir adelante.

Incluso tras la muerte de un amigo, *Cleo* había mostrado esa misma claridad de sentimiento. Asumía su compromiso con el mundo y todas las emociones vinculadas a él con una facilidad y una naturalidad verdaderamente admirables. Al honrar la muerte, halló una nueva vida, y nosotros recuperamos a nuestra adorable, vivaracha y alocada *Cleo*.

Es poco frecuente, si es que sucede alguna vez, que la muerte sea esperada. Incluso en los casos en que llega precedida de un aviso, como el diagnóstico de un médico o alguna extraña premonición, la muerte requiere casi siempre una explicación y una reflexión a posteriori. Tras regresar de tomar un desayuno-almuerzo, preparé una cafetera y luego me senté con papá en el jardín trasero a observar a *Cleo* y Krishu corretear alrededor de la casita de plástico que habíamos construido recientemente. Ambos podían pasarse horas así, Krishu persiguiendo a *Cleo* en círculos mientras ésta meneaba la cola, manteniendo siempre una distancia de seguridad suficiente para que él no la pillara. Como Krishu no había alcanzado aún un control total sobre su cuerpo, *Cleo* era lo bastante prudente para asegurarse de no caer literalmente en sus manos. Pero en

aquella ocasión, mientras doblaban la esquina más alejada de la plataforma de roca elevada en la que nuestros jardineros acababan de plantar unos nuevos árboles frutales, *Cleo* se detuvo súbitamente. Algo que había entre los arbustos la había distraído. Se salió del camino dando un brinco, metió la cabeza entre las hojas y, de repente, el tono de sus ladridos cambió. Supe que algo iba mal. Me levanté de la silla de un salto y corrí hacia donde estaban los dos. Aparté a Krishu, lo cogí en mis brazos y miré hacia donde *Cleo* había estado hurgando ruidosamente en el follaje.

—¿Qué pasa, *Cleo*?

Cuando se echó hacia atrás, por fin lo vi. El cuerpo de un pájaro muerto yacía en el suelo, apenas oculto bajo unas hojas. Al parecer, Krishu lo vio y lo reconoció en el mismo instante que yo.

Papá estaba detrás de nosotros.

—¿Qué ocurre?

Señalé al pájaro y papá lo inspeccionó.

—Vaya.

Nos quedamos callados por un instante. Fue Krishu quien rompió el silencio:

—Papá, ¿qué ha pasado?

«¿Qué ha pasado?» fue una de las primeras construcciones con sustantivo y verbo que Krishu fue capaz de formular.

—Si bien se mira, ésta es la pregunta primordial sobre toda la existencia —observaría después papá—. El cosmos es un exquisito lazo de acontecimientos sincrónicos. Es algo que «ha pasado».

Probablemente, aquél fue el primer roce de Krishu con la muerte. Hasta ese momento, sólo se había topado con ese concepto en *Kung Fu Panda*, aunque cuando el maestro Oogway estira la pata, lo hace con bastante pompa y boato, y su cadáver desaparece enseguida en medio de un remolino de pétalos de rosa relucientes y dorados. A ninguno de los otros personajes le hace falta preguntarse qué pasa después.

Aparté a Krishu y le ordené a *Cleo* que se retirara también. Sin embargo, papá se entretuvo contemplando el pájaro sin vida como si aquella visión lo fascinara.

—Déjalo que lo vea —me indicó papá—. «La muerte es aquel país desconocido de cuyos límites ningún caminante torna.»

—Eso da mal rollo.

—Eso es de Shakespeare —replicó.

—Tiene dos años, papá.

—La muerte acecha a todo el mundo. Nunca es demasiado pronto para enfrentarse a ella.

Krishu observaba desconcertado el cuerpo del animal. En realidad, la muerte no formaba parte de su vocabulario, ni desde un punto de vista lingüístico ni desde el conceptual. Yo casi podía ver girar los engranajes de su mente a medida que intentaba procesar lo que estaba presenciando. Al fin, lo cogí en volandas y me lo llevé adentro.

Esa misma noche, después de haber convencido a mi padre de que era bastante macabro mencionarle una cita de Shakespeare sobre la muerte a su nieto de dos años, me senté con él en la sala de estar a mirar las noticias.

Cleo estaba tumbada sobre mi regazo, con la mirada vacía puesta en las centelleantes luces de la televisión. Siempre me pregunté qué le pasaba exactamente por la cabeza cuando absorbía las imágenes y los sonidos de la televisión. Es de suponer que no era ni una admiradora de Anderson Cooper ni una detractora de Bill O'Reilly como lo era yo. Y, sin embargo, contemplaba la televisión con una mirada fija que rivalizaba con la de los mejores jugadores de póquer. No había forma de saber si las noticias de otro atentado suicida en las calles de Kabul influían emocionalmente en ella, entristeciéndola o enfureciéndola.

—*Cleo* no es víctima de la alucinación del condicionamiento social. No es rehén de las reglas y rituales que señalan cómo deberíamos celebrar la vida o conmemorar la muerte.

—¿Quieres decir que a ella no la engaña *Matrix*? —pregunté, asintiendo.

—¿Qué? —Papá me miró desconcertado.

—Nada —contesté, sacudiendo la cabeza.

—Uno de los grandes atributos de *Cleo* —prosiguió sin inmutarse— es precisamente su condición perruna. No lleva sobre los hombros la angustia de ser humana, la falta de seguridad en sí misma, la ambición, la culpa, la fastidiosa sensación de que existe un *dharma* que está por encima de su existencia o su fallecimiento. Incluso ante la muerte, ella no evalúa; reacciona.

Le conté a papá lo de *Cleo* y *Mocha*, la visible depresión en que se sumió tras la muerte de su amigo y cómo, de repente, se la sacudió de encima.

—El duelo es un proceso. —Papá tamborileaba con los dedos contra el sofá—. Sus diversas etapas incluyen la negación, la rabia, la frustración, la resignación, la aceptación, la rendición y, con suerte, si se resuelven todas las anteriores, la curación. A la mayoría de las personas su estilo de vida y sus obligaciones las distraen tanto que no son capaces de completar el proceso con éxito, de ahí que nunca se recuperen totalmente de la pérdida de un ser querido. Se convierten en seres emocionalmente desgastados, con vestigios de dolor y sentimiento de pérdida sin cicatrizar que afectan a su existencia cotidiana. —Se instaló un silencio entre nosotros—. Creo que lo extraordinario de *Cleo* es que está en pleno contacto con sus sentimientos, pues no vive agobiada por todas las obligaciones que nos afectan a nosotros. Cuando *Mocha* la dejó, se tomó su tiempo para sobrellevar el proceso, para atravesar una detrás de otra las etapas de sus sentimientos y alcanzar su propia curación. Hay una enseñanza que extraer de ello —aseveró papá.

—Que existe una manera adecuada de lidiar con la circunstancia adecuada en el momento adecuado —comenté.

Papá sonrió.

—Exacto. Parte de nuestro desasosiego respecto a la muerte proviene de que, para

todos nosotros, es un recordatorio de lo fugaces que son nuestras vidas. Para la mayoría de la gente, su propia mortalidad es el mayor de sus temores, y la muerte de un ser querido implica la muerte de una pequeña parte de uno mismo. *Cleo* y los perros en general son incondicionalmente fieles a sus dueños. Pero también tienen un gran sentido del yo. Reconocen, incluso en un plano emocional, si no plenamente consciente e intelectual, la frontera entre ellos y los demás. De hecho, esto es algo maravilloso porque les permite establecer un vínculo con las personas y ser muy intuitivos respecto al clima emocional que les rodea, pero también estar en contacto con sus propios sentidos. En realidad, es algo bastante increíble, algo a lo que aspirar.

—¿Y tú, papá? —lo interrumpí mientras él se maravillaba una vez más ante la inteligencia emocional de *Cleo*—. ¿Te has sobrepuesto a la muerte de papi?

Papá se quedó callado, reflexionando. Qué duda cabe, la muerte es complicada.

Espiró con dificultad y una oleada de emoción le humedeció los ojos.

—Lo estoy haciendo lo mejor que puedo.

¿Qué es lo que debería enseñar a Krishu?

Lo único verdaderamente importante que debería enseñarle es a ser él mismo. Estar en contacto con nosotros mismos y sentirnos a gusto con quienes somos nos hace irradiar una humanidad sencilla y en absoluto afectada. No hay nada más adorable, encantador o evolucionado que no tener que ponerse una máscara social. Esa humanidad sencilla y en absoluto afectada o esa sensación de comodidad con nuestra propia identidad nos permite comportarnos de manera espontánea sin esfuerzo y enfrentarnos a los desafíos de la vida con alegría, coraje y confianza con independencia de lo que encontremos en el camino.

Hacia algunos días que no teníamos noticias de mi madre. Habida cuenta de que durante casi toda mi vida había hablado con ella varias veces al día, resultaba extraño que me sintiese reconfortado por aquel silencio. Para mí, significaba que ella no tenía nada importante sobre lo que informarnos, que la recuperación de Nana debía de ir por buen camino. Pero todo cambió cuando recibí una llamada de mi padre.

—¿Has hablado con tu madre?

—No —respondí—. Hace unos cuantos días que no. ¿Por qué?

Una pausa.

—No consigo dar con ella.

Parecía intranquilo. Reconocí de inmediato aquel tono, sobre todo porque tenía que ver con el hecho de que mi madre estuviese ilocalizable. Curiosa ironía, tratándose de un hombre que se pasaba tanto tiempo viajando solo a lugares lejanos. A papá le gustaba saber en todo momento el paradero de mi madre y se ponía paranoico cuando se pasaba más de dos horas sin hablar con ella, aun cuando no tuviera nada en particular que contarle.

Sí, dos horas, la duración media de una película. Esta circunstancia en particular ha sido una importante fuente de conflictos en la vida conyugal de mis padres. A mi madre le encanta ver películas, y mi padre detesta no poder hablar con ella siempre que quiera. Aun así, a pesar de esta discrepancia irresoluble, siguen juntos.

—Seguro que todo va bien —tranqualicé a papá—. Quiero decir que... de no ser así, habría llamado.

—Sí —convino él—. Tienes razón.

Pero cuando colgué el teléfono, era yo el que se sentía intranquilo. Intenté localizar a mamá en el móvil pero, como era de esperar, no respondió. Aquella noche me fui a dormir con una sensación de inquietud en el estómago. Sin embargo, cerca de una hora más tarde, justo después de la medianoche, sonó el teléfono. Era mi madre.

—¿Va todo bien? —pregunté, antes de que ella pudiera hablar siquiera.

—Nana está otra vez en el hospital —respondió.

No supe qué decir.

—No se encontraba bien, no se podía levantar de la cama y estaba desorientado. Tal vez sólo fuera deshidratación, pero... —Su voz se fue apagando.

«Pero ¿qué...?», quise espetarle, pero me contuve porque noté que mi madre no quería ahondar en el tema.

—Le están haciendo unas pruebas —dijo—. Quería saber a qué nos enfrentamos antes de llamaros, pero eso podría llevar unos días.

Yo quería decir algo tranquilizador, pero no era capaz de encontrar las palabras adecuadas. Charlamos durante unos minutos: le conté anécdotas sobre los pinitos y progresos de Krishu, y mamá me puso al día sobre nuestros parientes de la India. Pero me percaté de que estaba cansada, no sólo por el ambiguo estado de salud de Nana, sino también por estar lejos de casa y de sus nietos, que en los últimos años se habían convertido en su principal motivo para vivir. Y lejos de papá. Mi madre me preguntó qué tal le iba.

—Bien —asentí con la cabeza, como si ella pudiera verme desde la otra punta del planeta. No tenía mucho sentido contar nada más. Aunque ella estuviese a medio mundo de distancia, tenía la facultad de saber perfectamente cómo le iba a papá.

Dijo que llamaría tan pronto como tuviera noticias sobre el estado de Nana. Me pidió que le diera un beso muy fuerte a Krishu y se despidió. Giré sobre los talones y le di ese beso a mi hijo dormido. Pero no conseguí conciliar el sueño. De hecho, me pasé toda la noche dando vueltas en la cama, lo que resultó sumamente inconveniente, teniendo en cuenta la que se avecinaba.

DIARIO DE LA MAÑANA

La perra se despierta a las 4.46.

El bebé se despierta a las 4.47.

El bebé se hace pipí en el suelo del dormitorio.

La perra se caga en el suelo del cuarto de los juguetes.

El bebé se hace pipí en el suelo del cuarto de baño.

El bebé y la perra se pelean por una salchicha.

La perra gana.

El bebé llora.

Papá (Deepak) se despierta y decide irse caminando al Starbucks.

El bebé se hace pipí en el suelo de la sala de estar.

La perra se duerme.

El bebé quiere ver a su mamá.

Papá (Gotham) está exhausto.

Como padre de un bebé, descubrí que las mañanas de los lunes se habían convertido en las nuevas noches de los viernes. No había ningún otro momento de la semana que esperara con tanta ilusión las nueve de la mañana del lunes, cuando nuestra maravillosa niñera llegaba para ocuparse de Krishu. Después de dedicar el fin de semana entero a la interminable rutina de entretener al niño, ir detrás del niño para limpiar sus estropicios y limpiar al niño en sí, yo esperaba el indulto del lunes por la mañana como un condenado a muerte espera la llamada de última hora del gobernador.

No era el único. Los lunes por la mañana detectaba un brío inconfundible en el paso de Candice, una energía renovada para salir por la puerta y dirigirse hacia la oficina tan pronto como le fuera posible. Lo que explica que, cuando aquella mañana de agosto se cernió sobre nosotros la tormenta perfecta, no hubo suficientes piruletas (la kriptonita de Krishu) para evitar mi propio día del juicio final lexluthoriano. La noche anterior, nuestra niñera había llamado para decir que no se encontraba bien y que era poco probable que viniese a trabajar. Como aquél era el tristemente célebre verano de la gripe A, la animamos a quedarse en casa. Por otra parte, a las cuatro de la mañana habían telefonado a Candice para que fuera al hospital a atender a un paciente que había tenido un accidente de coche. Así pues, yo tendría que apañármelas solo para lidiar con el lunes por la mañana. Se mascaba la tragedia.

Yo siempre había alegado que me adaptaría al «rollo de la paternidad» cuando... bueno, cuando me convirtiera en padre. Desde mi punto de vista, hasta ahora todo iba bien. Tanto *Cleo* como Krishu estaban vivos y aparentemente bien. Como mínimo, me enorgullecía de aquel enfoque porque contrastaba de manera muy marcada con la filosofía más reglamentada de mi mujer. En otras palabras, a mí me correspondía ser el bueno de la película, un papel que me parecía que interpretaba bastante bien y que reforzaba mi autoestima, aunque hiciera que mi mujer me odiara de vez en cuando. Lo malo era que Candice acababa regodeándose con los momentos en los que sabía que yo no podía contar con su sistema estricto para contrarrestar mi técnica, más liberal. Sabía mejor que nadie que si nos abandonaba a nuestra suerte, especialmente en los momentos clave en que tanto Krishu como *Cleo* necesitaban seguir los rituales y la rutina sistemática que ella les imponía, se produciría un cataclismo de proporciones épicas. Y yo aprendería la lección.

Mientras tanto, la presencia de papá durante las últimas semanas había aportado una energía añadida a la explosiva combinación. *Cleo* en particular lo observaba con una mezcla de afecto y desconfianza. Por una parte, papá era otra persona a la que acosar para obtener chucherías, para que la sacara a pasear y para estudiarlo como la avezada antropóloga en la que se había convertido. Puesto que papá no estaba necesariamente familiarizado con sus costumbres, ella podía manipularlo y aprovecharse así de aquella debilidad en la familia. Pero esto tenía también un lado negativo para el can. Puede que papá hubiera sido un blando en cuanto a las golosinas, pero no estaba plenamente al tanto de los rituales y rutinas de *Cleo*. Por ejemplo, cuando ella se arrimaba a papá,

como solía hacer con cualquier cuerpo caliente, él se apartaba rápidamente. Ella reaccionaba ante esto con una mezcla de confusión e irritación. ¿Por qué motivo no querría papá impregnarse de su olor? ¿Y por qué le estaba negando su calor corporal?

Cleo acabó por captar el mensaje. Cuando papá la desairaba, se retiraba a otra parte y se dedicaba a sus cosas, pero inevitablemente regresaba y lo intentaba de nuevo. Sin vergüenza. Sin resentimientos. El que persevera...

Estas formas de actuar no eran exclusivas de *Cleo* y papá. Estaban siempre presentes en todas las relaciones de la casa, especialmente la de Krishu con *Cleo*. A medida que Krishu realizaba incontables progresos físicos, cognitivos y emocionales —poner a prueba sus límites, aprender a expresarse mediante el lenguaje o a coordinar sus movimientos—, la conducta de *Cleo* evolucionaba en función de la suya. Para ella no se trataba sólo de permanecer alerta, defender el espacio físico o planear huidas rápidas, sino de calibrar sus propias emociones y reacciones hacia él.

Nuestros fines de semana se habían convertido en una sesión continua de terapia para mediar en las disputas entre *Cleo* y Krishu, separarlos, reñirlos, reconciliarlos: enjabonar, aclarar y repetir. El aspecto más fascinante de este tiovivo era que ni *Cleo* ni Krishu parecían cansarse nunca de él. Daba igual cuánto se calentaran los ánimos, cuántas lágrimas, gruñidos, puñetazos y mordiscos hubiera, pues, tras unos minutos de tregua, se ajustaban los guantes y volvían a la carga.

Cuando papá regresó de su expedición al Starbucks —sabiamente, había desaparecido durante casi una hora— fue testigo directo de otra interacción habitual entre Krishu y *Cleo*. Mientras Krishu tomaba su desayuno —gofres bañados en sirope—, *Cleo* permanecía fielmente a sus pies esperando que le lanzara unos trocitos. No obstante, la atención de Krishu estaba centrada en la pantalla del televisor, desde donde mi maestra en momentos como aquél (también conocida como Dora la exploradora) le mantenía alegremente distraído durante treinta minutos seguidos. Era poco probable que Krishu, que estaba extraordinariamente embebido, le tirara algo a *Cleo*. Ella, que lo sabía, se deslizó por detrás de él para intentar arrebatarse un cuadrado almibarado del plato. Bien mirado, no iba a intentarlo: por las buenas o por las malas, *Cleo* iba a hacerse con su gofre.

Al observar a *Cleo* me quedó muy claro por qué en inglés se emplea la expresión *cat burglar* («gato ladrón») y no *dog burglar* («perro ladrón») para describir a un caco que actúa con mucha habilidad y sigilo. No era en absoluto fanfarrona en cuanto a su técnica ni le interesaba tener estilo. En ese sentido, era espartana. El único fin de *Cleo* era rematar la faena y llevarse el botín a casa. Con las patas traseras firmemente plantadas en el suelo y las patas delanteras posadas con agilidad sobre la diminuta mesa de Krishu, se colocó en posición para atacar directamente su objetivo principal, al tiempo que mantenía el equilibrio suficiente para maniobrar fuera de su campo de visión, a fin de que él no se diera cuenta.

Pero se dio cuenta.

Como suele decirse, elegir el momento oportuno lo es todo. Puesto que Krishu estaba entre un bocado y otro y, al parecer, Dora estaba haciendo una pausa, el niño extendió la mano para coger otro gofre cuadrado, pero, en lugar de eso, pilló a un ladrón de gofres de cabeza peluda y nariz húmeda.

«Suelta mi gofre», gritó con la mirada.

La de *Cleo* no traslucía más que desafío.

Indignación.

Uno de los últimos cambios de Krishu, a pesar de que le recordábamos repetidamente que en casa «lo compartíamos todo», era el marcado sentido de la posesividad que había adquirido. Durante las últimas semanas, «¡mío!» se había convertido en una exclamación constante en casa. No sólo la aplicaba a los gofres, sino también a los juguetes, la ropa, los muebles y hasta a las personas. En particular, su complejo de Edipo había hecho acto de presencia, pues Candice había dejado de existir en cualquier otro contexto que no fuera el de Krishu. Cualquier mención de ella como «mi mujer» lo fastidiaba en extremo. No quería ni oír hablar de ello. Ella era SU mamá, SU mujer, SU tía, SU hija, SU amiga o cualquier otra designación que se nos ocurriese darle.

Volviendo al incidente del gofre: el intento de *Cleo* de efectuar un hurto rápido se había visto comprometido. La habían pillado *in fraganti* intentando rapiñar los gofres de Krishu. En asuntos de aquella índole, él se comportaba como un talibán. El castigo era severo, cruel y rápido. En aquel caso, además, ella no tenía escapatoria; no sólo metafóricamente, sino literalmente. Tentada y distraída por el fruto prohibido de harina y huevo, *Cleo* no había estudiado una alternativa por si fallaba. No tenía un plan de huida. Al acercarse furtivamente por detrás de Krishu, se había metido entre la pared, el sofá, la mesa y él. Estaba atrapada.

—¡Mi gofre! —gritó él, alargando la mano para coger el cuadrado de masa que colgaba de las fauces de *Cleo*.

Haciendo gala de su agilidad, ella lo esquivó. Fue una maniobra evasiva impresionante, pero temporal. Porque, a pesar de todo, no tenía adónde ir: Krishu la tenía acorralada y lo sabía.

Volvió a extender el brazo para coger el gofre, con más energía que antes. Como todavía no dominaba su propia anatomía, erró en el intento de agarrar la golosina y en cambio le dio a *Cleo* en el hocico con la palma abierta. Candice y yo estábamos cada vez más pendientes de la reciente agresividad de Krishu hacia *Cleo* y hacíamos todo lo posible por reducir la tensión o aplacar siempre que podíamos la tormenta que empezaba a incubarse. Pero, de vez en cuando, se imponía la ley de la jungla y la violencia física se apoderaba de nuestro hogar. No era algo agradable ni de lo que nos sintiéramos orgullosos. Aunque, por otra parte, intentábamos consolarnos pensando que la vida en las calles de Santa Mónica no siempre era fácil. La supervivencia del más apto y todo eso.

Krishu y *Cleo* se abalanzaron el uno contra el otro, pero al final fueron las primitivas dotes de supervivencia de *Cleo* las que salieron ganando. Hasta los perros tienen su día,

y aquel día el perro consiguió su gofre. Después de una lucha épica, *Cleo* se marchó cojeando entre gimoteos suaves pero triunfantes, mientras que Krishu estalló en un berrinche de desolación y vergüenza.

Papá, testigo de aquel dramático desenlace, no supo qué decir. Aunque no por mucho tiempo.

—Es la *leela* —anunció, describiendo la relación entre Krishu y *Cleo*. *Leela* es el nombre de la hermana mayor de Krishu, la hija de Mallika, aunque, en este caso, papá se refería a la acepción más profunda de la palabra. «*Leela*» significa «el juego del universo»—. Más concretamente —añadió, asintiendo con la cabeza—, la exquisita danza de la creación, el cosmos que inspira y espira, la interacción de todas las cosas y todas las personas del universo.

—¿En qué sentido? —pregunté mientras consolaba a Krishu y le prometía que le prepararía unas salchichas de pavo.

—Porque... —Papá señaló a *Cleo*, que había devorado con voracidad el trozo de gofre que había logrado llevarse y meneaba la cola con vigor renovado mientras regresaba cautelosamente, lista para jugar con Krishu una vez más—. *Cleo*, como el universo, no guarda rencores. Sabe perdonar y evolucionar.

Aunque resulta difícil recordar cómo era nuestra vida antes de la incesante vorágine de la paternidad, hubo un tiempo en el que Candice y yo llevábamos una existencia más aventurera. Varios años después de habernos casado, cuando ella concluyó por fin su formación médica en Los Ángeles, decidimos mudarnos a la India durante unos meses. No fue una decisión fácil, pero parecía el momento oportuno. Candice acababa de finalizar casi una década de estudios, y el paso siguiente e inevitable era conseguir un empleo y comenzar a trabajar. Ambos sabíamos que una vez que tomara aquel camino le costaría desviarse de él. Entretanto, yo había fundado una nueva y apasionante empresa de medios de comunicación con dos amigos. La sede principal estaba en India, país que yo había visitado casi cada año de mi vida aunque, en realidad, de adulto nunca había pasado allí demasiado tiempo. Para mí, la India era el lugar del que procedían mis padres, donde vivían mis abuelos y donde mis antepasados habían trabajado sin descanso. No era un sitio en el que me sintiera especialmente como en casa, pero allí se encontraban las raíces de una gran parte de la cultura y el pensamiento sobre los que se cimentaba mi vida. Era una oportunidad de oro para vivir la India más a fondo. Sólo había un problema: *Cleo*.

Cleo se había convertido en nuestra compañera y en parte integrante de nuestro hogar. Era la tercera en discordia y nuestra mejor amiga. Aun así, a pesar de la profundidad de nuestros sentimientos hacia ella, tanto Candice como yo sabíamos que, si no nos mudábamos a India entonces, jamás lo haríamos. Desde luego, no era nuestra intención instalarnos allí para siempre, pero tampoco queríamos tener una fecha fija de

regreso. Hasta aquel momento, India había sido un país al que viajábamos por compromisos. El motivo de la mayor parte de nuestras visitas había sido la celebración de bodas familiares que duraban una semana, nos obligaban a asistir a una fiesta tras otra, un ritual tras otro, y hacían que nos resultase totalmente inviable hacer cualquier otra cosa, sobre todo salir de Nueva Delhi, donde vivía mi familia.

En aquella ocasión, no obstante, Candice estaba entusiasmada ante la posibilidad de viajar a distintas partes del país, de emprender peregrinajes a lugares sagrados, a regiones más rurales y a varios otros lugares exóticos de las montañas del norte, los desiertos del este y las ciudades costeras del sur. Mientras tanto, yo quería disponer de libertad no sólo para centrarme en el trabajo y la nueva empresa, sino también para conectar de veras con el espíritu de la India. La India no era únicamente la tierra de mis antepasados, sino que, con el transcurso de los años, cada vez me daba más cuenta de que su saber popular, su cultura y sus tradiciones formaban una parte dinámica de mi propio ser. Existían partes de mí que iba descubriendo a medida que me familiarizaba con las historias y la cultura de India. Pero tenía ganas de más. Me había entrado el gusanillo y quería matarlo.

Antes de partir de viaje, Candice y yo volamos a Atlanta, donde vivía su madre, para dejarle a *Cleo*. Su reencuentro fue un ejemplo más de la curiosa habilidad de *Cleo* para reconocer a los miembros de la familia. Aun cuando sólo había visto a la madre de Candice de manera intermitente, puede que una vez cada seis meses por término medio, en cierto sentido tenía un vínculo emocional con ella que desafiaba cualquier explicación o, al menos, mi capacidad para encontrar una. En aquella ocasión, no le hizo falta un período de reconocimiento o familiarización. La euforia instantánea que invadió a *Cleo* al ver a la madre de Candice rivalizaba únicamente con la que demostraba cuando se reencontraba con Candice después de haber estado separadas. Agitaba el rabo frenéticamente y lanzaba gañidos rápidos y agudos, como si no pudiera expresar su emoción como es debido. Al fin, tal y como era su costumbre aunque habíamos intentado adiestrarla para que no lo hiciera, se puso a saltar sobre las patas traseras, intentando propinarle a mi suegra tantos lametones y besos como fuera posible. Precisamente por eso habíamos decidido que la madre de Candice era la única persona con la que *Cleo* podía quedarse durante nuestra ausencia. En Atlanta gozaría de muchas ventajas y comodidades. Juntas saldrían a dar largos paseos unas cuantas veces al día; comerían en cafés al aire libre y jugarían en pipicanes. Y, por la noche, *Cleo* no estaría confinada en alguna residencia canina o en una complicada e incómoda cama para perros; contaría con un hueco en la mismísima cama principal, como en casa. Nos justificábamos pensando que, de hecho, probablemente *Cleo* saldría ganando con el cambio. En las últimas semanas Candice y yo habíamos estado muy absortos en nuestras vidas y no le habíamos dedicado a *Cleo* tanto tiempo como antes. Sus paseos ya no eran excursiones por el barrio, sino bombardeos relámpago en los que esperábamos que soltara su carga explosiva a menos de media manzana de casa, tras lo cual regresábamos

a toda prisa. En Atlanta, *Cleo* acapararía la atención de la madre de Candice, que acababa de jubilarse y aún no sabía en qué ocuparía sus días. Estábamos matando a dos pájaros de un tiro. Ambas estarían más contentas la una en compañía de la otra.

Al menos, eso nos decíamos.

Como era de esperar, Candice expresó estas dudas mejor que yo, preguntándose en voz alta en el último minuto si no sería mejor que nos olvidáramos de todo el asunto. Que la ilusión que nos hacía nuestra gran aventura estuviera lastrada con tantos sentimientos de culpa y tanto bagaje emocional era un tema espinoso para ambos en todo momento. Los dos afirmábamos querer muchísimo a *Cleo*. Aun así, allí estábamos, dispuestos a abandonarla alegremente durante el tiempo que nos durasen las ganas de conocer la exótica India. Ambos nos preguntábamos por separado si seríamos capaces de hacerle a nuestro hijo algo semejante. Por supuesto que no. Una vez más, allí estábamos, vergonzosamente entusiasmados con nuestra inminente aventura india.

Mientras aquellos sentimientos encontrados fluctuaban en mi interior como la marea, arriba y abajo, arriba y abajo, una sensación más profunda me convenció de que, en efecto, para nosotros se trataba de la decisión adecuada en el momento oportuno.

—Sí, Candice —manifesté con falsa seguridad en mí mismo—. Debemos ir. Y tenemos que dejar a *Cleo*. Ella estará bien.

Varios días después, cuando al fin nos embarcamos en nuestro vuelo a la India y nos apretujamos en nuestros estrechos asientos, Candice se volvió hacia mí.

—¿Crees que *Cleo* estará enfadada con nosotros? —preguntó.

Yo llevaba días haciéndome la misma pregunta. Ambos estábamos sorprendidos de que *Cleo* se hubiera mostrado tan fría y distante durante nuestra despedida en Atlanta. Cuando cogí a *Cleo* en brazos para darle un beso, ni siquiera recibí un lametón a cambio. No era nada propio de ella.

No obstante, al percibir que Candice seguía teniendo un profundo conflicto interior respecto a nuestro viaje, intenté convencerla de que se estaba imaginando cosas. De hecho, la madre de Candice nos había asegurado que *Cleo* estaba bien. Se había adaptado bien a la casa e incluso había obligado al padre de Candice a dejar la cama principal e instalarse en el sótano, un claro indicio de que estaba imponiéndose con confianza y comodidad. Claro, nuestra partida había resultado incómoda, pero sentir rabia hacia la familia no formaba parte del arsenal afectivo de *Cleo*.

Haciendo memoria, la única vez en toda la vida de *Cleo* que la vi expresar una ira o animadversión intensas contra alguien fue años antes, cuando Candice estaba en la Facultad de Medicina. Enfurecida con *Sampson*, el perro de la compañera de habitación de Candice, que pertenecía a la misma camada y constantemente la molestaba y comía de su bol, *Cleo* se dirigió hacia la cama de *Sampson*, se puso en cuclillas sobre ella y se meó en presencia de todos los que la observábamos. Entonces, después de que Candice la castigara y limpiara la cama del perro, *Cleo* repitió la jugada.

A primera vista, aquello fue un acto de rebeldía y rabia un tanto desconcertante. Sin

embargo, en mi fuero interno me quedé impresionado por su tenacidad. Estaba claro que, por lo que respectaba a *Cleo*, *Sampson* había cruzado el Rubicón y ella le estaba haciendo saber que no iba a pasar por el aro sin más. Para ser una perra que... bueno, que pasaba por el aro con tanta facilidad, resultaba tranquilizador saber que tenía límites intocables. Entonces llegué a la conclusión de que, si *Cleo* se sentía tan afectada, esto se debía a que era más que capaz de comprender ciertos acontecimientos y actuar según sus emociones al respecto.

En este caso, no obstante, no lograba convencerme de que *Cleo* quisiera dirigir esa misma rabia hacia nosotros, y menos aún alimentar cierto resentimiento mientras estábamos de viaje. Si bien sentía el mayor respeto hacia mi perra, este afán de venganza emocional parecía requerir de una complejidad cerebral que estaba, sin lugar a dudas, más allá de sus posibilidades.

Tranquilité a Candice diciéndole que *Cleo* estaría bien con su madre y que en realidad deberíamos sentirnos muy ilusionados respecto al viaje que teníamos por delante. Habíamos decidido establecernos a las afueras de Bangalore, una bulliciosa ciudad del sur de la India desde la que se dirigían las operaciones de mi empresa. Como yo descendía de una familia del norte, desconocía gran parte del sur del país, que era célebre por su cultura y ambiente propios. Candice también había planeado ya varias excursiones: yo la acompañaría en algunas de ellas, y ella tenía la intención de realizar otras en compañía de amigos y miembros de la familia. Con todo esto en perspectiva, y a fin de que pudiéramos aprovecharlo plenamente, sentí que necesitábamos hacer borrón y cuenta nueva desde el punto de vista emocional para que la culpa o las dudas no nos abrumaran. Sobre todo quería que Candice se viera libre por entero de las rígidas restricciones de la década anterior, durante la que su vida había estado regida por los rigores y los plazos de entrega del mundo médico y académico.

En este sentido, todo salió a la perfección. Candice y yo nos pasamos unos seis meses en la India. Conseguí mantenerme relativamente centrado en la empresa, relacionándome y estableciendo vínculos por todo Bangalore y Bombay como nunca antes lo había hecho. Candice sembró los meses de excursiones a una larga lista de templos y plantaciones de té, un safari en la selva, la visita a un lugar de peregrinación y hasta pasó una temporada observando trabajar a los médicos y haciendo de voluntaria en una famosa clínica dirigida por unos misioneros. En definitiva, sacamos a la experiencia todo el jugo que esperábamos. Más que meterme de lleno en un curso introductorio sobre la empresa emergente o que Candice se alejara de los libros de texto y las salas de emergencia, a ambos nos hacía falta una cura de desintoxicación. En Los Ángeles, el estrés había acabado por consumir nuestras vidas. Teníamos la energía tan dispersa — por tantas razones— que costaba entender por qué seguíamos haciendo las cosas.

Papá me había dicho en una ocasión que la mayoría de las personas acababa «trabajando duro en un empleo que en realidad no le gusta para comprar cosas que en realidad no necesita para impresionar a gente que en realidad no le cae bien». Antes de

que la India me permitiera reflexionar sobre qué era lo que de veras me importaba, yo estaba haciendo exactamente eso.

Durante los seis meses que pasamos fuera contactábamos cada pocos días con la madre de Candice. Le preguntábamos si estaba disfrutando su nueva vida de jubilada, en qué actividades había participado, y le pedíamos noticias sobre el resto de la familia. En realidad, no obstante, lo más importante para nosotros era averiguar cómo estaba *Cleo*. Los informes eran iguales sin excepción: *Cleo* era más feliz que una perdiz.

Hacia el final de nuestro quinto mes en la India, Candice y yo hicimos un viaje por carretera desde Bangalore hasta un pueblo que era famoso por los astrólogos nadi que allí moraban. Los nadi son uno de los incontables fenómenos que pueden encontrarse a lo largo y ancho de la India, un país en el que la ciencia y la espiritualidad coexisten como en ninguna otra parte del mundo. Hoy en día, en una ciudad como Bangalore nacen y se forman algunas de las mentes más preclaras del mundo, maestros de la física, la ingeniería informática y la tecnología, que se exportan a las principales empresas del mundo. Al mismo tiempo, parece que todos esos chavales —y la mayoría de ellos lo son en efecto— viven de acuerdo con códigos espirituales y religiosos que desafían precisamente a la ciencia y las teorías que definen el resto de su vida. Ellos mismos no ven contradicción alguna entre ambas concepciones. La misma inteligencia subyacente que gobierna el universo da lugar también a sus misterios más impenetrable. Los nadi, una secta de astrólogos que proceden de un antiguo linaje, afirman poseer la facultad de decirles la buenaventura a todos los visitantes que acuden a ellos. Las propias predicciones están garabateadas en antiguas hojas de palma enrolladas y archivadas en siete lugares distintos de la India, uno de los cuales visitamos Candice y yo.

Así es cómo funciona: cada visitante proporciona únicamente una huella digital, de la mano derecha en el caso de los hombres y de la izquierda en el de las mujeres. Sin nombres, números de la seguridad social, de identificación personal, contraseñas u otros números de localización. Basándose en estas huellas digitales, los astrólogos nadi eligen un rollo de papiro correspondiente a cada individuo y proceden a leer en ellos «la historia de tu vida».

¿Increíble?

Ya lo creo, y precisamente por eso Candice y yo decidimos que era una excursión que debíamos hacer. El misterio que rodea a los nadi es tan espectacular, por no hablar de la tradición milenaria de la que proviene, que me había esperado un escenario más espléndido para nuestras lecturas proféticas. Pero, una vez más, la India demostró ser un cúmulo de contradicciones. Tras conducir durante varias horas, Candice y yo llegamos, no a una elaborada morada mística, sino a una pequeña y polvorienta aldea de tiendas destartaladas separadas por estrechos caminos de tierra. De hecho, los legendarios lectores nadi, a quienes me había imaginado como místicos con aspecto de sabios, con barbas canas y ondulantes ropajes de color azafrán, eran en cambio tranquilos *sadhus* que fumaban como carreteros cigarrillos autóctonos *bidi* y parloteaban al teléfono

cuando no estaban trabajando. Llevábamos con nosotros a un joven traductor indio llamado Mishra. Era de la región, hablaba el idioma y conocía las carreteras. Se mostraba deseoso por complacernos y era un entendido en la historia y la cultura de aquella parte de la India. Al fijarse en mi rostro inexpresivo, sonrió.

—Igual que su Disneylandia, ¿no?

Después de que nos ofrecieran unos refrescos sin gas y unos empalagosos postres indios, a Candice y a mí nos acompañaron hacia una estructura ruinoso donde el sonsonete monótono de unos cánticos procedentes de un reproductor de CD portátil resonaba entre las paredes amarillas. Antes de comenzar formalmente, Mishra nos confió que las lecturas solían hacerse en privado y sólo tomaban parte en ellas el lector, el visitante y el traductor.

—Nunca se sabe qué revelará el rollo —aseguró en un tono que indicaba que hablaba con conocimiento de causa—. No se trata únicamente de los secretos vergonzosos del pasado que uno pueda esconder, sino posiblemente también de los futuros.

Yo no estaba seguro de cómo reaccionar frente a aquello. Candice y yo éramos bastante sinceros el uno con el otro. Ninguno de los dos tenía secretos significativos enterrados en su pasado (al menos que yo supiera). No obstante, pensar en la revelación de secretos futuros era algo que imponía bastante. Tal como suele ocurrir, esto no era más que la punta del iceberg. Aunque, en aquel caso, el iceberg se hallaba en realidad en una calurosa aldea del sur de la India.

Aquellos que han estudiado a los nadi, entre ellos papá, explican dichos fenómenos mezclando la terminología mística con la física cuántica. «Cada individuo contiene en su interior la memoria genética de todo el cosmos. Existe una arquitectura más extensa que el universo y todo lo que contiene que conecta entre sí a todos los seres vivos. —La conciencia, para quienes no lo hayan captado—. Extraer una pequeña porción de información de un individuo es como obtener una representación holográfica de todo el organismo. Si sabemos interpretarla —y los nadi saben—, entonces es posible que tenga perfecto sentido que sean capaces de ver el curso que seguirá cualquier vida individual.»

Tiene perfecto sentido, ¿no? Por supuesto, hay que intentar comprender muchas cosas acerca de la naturaleza y el funcionamiento de la astrología, un sistema que comprende el arte de la profecía, la adivinación y la ciencia, y que ha fascinado a la civilización prácticamente desde sus inicios. ¿Acaso resulta tan descabellado sugerir que en realidad estamos entrelazados con el tejido del universo, que existe una conexión intrínseca entre el individuo y el cosmos? Ésta es la premisa básica de la que parte la ciencia de la astrología. Si añadimos a la mezcla algún ritual, unos cánticos por aquí y por allá y una ceremonia revestida de cierta formalidad, obtendremos algo similar a los nadi. El halo místico y mitológico que los envuelve resulta al mismo tiempo estimulante e intimidatorio. Por eso, cuando Mishra nos dio una serie de indicaciones sobre el ritual, nos sentimos inclinados a hacerle caso.

Apareció una joven que hablaba inglés y le ofreció a Candice sus servicios de

traducción por un precio módico, así que me quedé solo con Mishra y su eterna y dentada sonrisa.

Nuestras respectivas lecturas duraron más o menos una hora. La experiencia nos dejó boquiabiertos. Tanto en su caso como en el mío, lo que decían los rollos era asombrosamente preciso. Las fechas de nacimiento de ambos y las circunstancias que las rodeaban (lugares, nombres de nuestros padres, momentos exactos) fueron identificadas de forma correcta. El hecho de que, aunque los padres de Candice tuvieran nombres inequívocamente no indios —Josephine y Hyland—, éstos aparecieran correctamente identificados (fonéticamente) en el rollo era asombroso. En mi caso, algunos detalles poco conocidos de mi adolescencia, como una serie de lesiones relacionadas con el deporte —dedos rotos, torceduras de tobillo, desgarró del manguito rotador del hombro, roturas de ligamentos—, figuraban descritos de forma pormenorizada en mi rollo.

En efecto, nuestra experiencia con los nadi fue cualquier cosa menos decepcionante. Las pocas horas que pasamos con los nadi colmaron con creces las expectativas que habían generado en nosotros quienes nos habían pintado aquello como la cosa más asombrosa que habían vivido jamás. Además de las acertadas revelaciones sobre nuestro pasado dignas de un concurso de la tele, nos hicieron también predicciones propias de profetas, sobre temas relacionados con el trabajo, los hijos, y sí, incluso con la muerte. De hecho, llevaría un libro entero ahondar en los detalles de las lecturas, por no mencionar la mitología y la mecánica que las rodean (incluidos, por supuesto, los numerosos críticos que rechazan a los nadi por considerar que son como los antiguos charlatanes).

Una de las partes más increíbles de la lectura fue cuando el astrólogo leyó de un pasaje específico del rollo relativo, supuestamente, a mi «vida pasada». Según la teoría, las identidades individuales que adoptamos durante el curso de una única vida no son otra cosa que papeles que desempeñamos temporalmente. La vida no es sino un actor que se pavonea y apura su hora sobre el escenario, pero luego se desvanece en un contexto mucho más grande. El yo real es el actor dramático que subyace en los personajes y es eterno e inmortal. La teología hindú sostiene —y, sin duda, la astrología nadi suscribe la doctrina hindú— que un alma individual dedicará varias vidas, a través de la reencarnación, a la búsqueda de un aprendizaje superior. En última instancia, el objetivo es llegar a un punto en que dicho ciclo de reencarnaciones ya no sea necesario, en que se haya alcanzado la sabiduría verdadera y el alma individual se disuelva en la colectiva. La versión simplificada es que más vale estar más cerca del final que del principio.

Fue en aquel momento cuando, en mitad de mi lectura, mi astrólogo anunció que yo era un alma relativamente evolucionada.

—¿En comparación con qué? —pregunté.

—Nada de preguntas —me cortó con brusquedad el lector, irritado. Por lo general, los astrólogos nadi no aceptan preguntas. Se limitan a leer lo que aparece en los rollos.

No afirman ser los arquitectos del universo, sino simplemente que poseen la habilidad de interpretar los textos. Mi lector pasó a hablar sin parar en tamil, el dialecto del sur de India del que no entiendo una palabra.

Después de un instante, mi traductor se volvió hacia mí.

—Dice que está usted haciendo progresos importantes en esta vida. Se está acercando al *moksha*, la liberación espiritual. —Mishra asintió con la cabeza en señal de aprobación—. Buen trabajo.

—Gracias. —Sonreí. No sabía muy bien qué decir. ¿A quién no le gusta que le validen su ticket de parking espiritual, aun cuando no esté seguro del sentido de todo aquello?

—Dice —Mishra movió la cabeza como sólo saben hacerlo los indios, con un gesto a caballo entre un asentimiento y una sacudida— que procure escuchar a su dios con detenimiento.

«Vale —asentí, confirmando mi devoción—. ¿Mi dios?», dije para mis adentros. No soy muy religioso. Si me preguntaran cien veces a qué dios iba a endosarle esta responsabilidad, probablemente daría cien respuestas distintas. De hecho, la temporada de béisbol de 162 partidos lo había confirmado, pues la cantidad de veces que había pedido favores a los dioses, jurando no pedirles nada nunca más, se acercaba bastante a los tres dígitos.

—¿Qué dios?

De nuevo, el astrólogo no esperó a Mishra.

—*D-o-g* —dijo, mirándome con el ceño fruncido. «Perro» en inglés.

Confundido, le devolví la mirada.

—¿«Perro»?

—*G-o-d* —me espetó, más irritado aún. «Dios» en inglés.

—Vale —asentí—. Pero hace un segundo ha dicho «perro» —señalé. Me volví hacia Mishra en busca de su confirmación. Me miró boquiabierto y con la mirada vacía.

—Sí —asintió vigorosamente el astrólogo—. *Dog. D-o-g.* —Clavó la mirada en mí.

De pequeño, siempre se me dio muy mal el juego de aguantar la mirada; siempre que jugaba con Mallika, yo acababa bajando la vista. No tenía ninguna oportunidad contra aquel tío. Era como si los mismísimos dioses estuvieran manifestándose a través de él. Y parecía enfadado.

Aun así, yo seguía desconcertado. Sabía qué había oído. Me dirigí a Mishra:

—Creo que ha dicho «dios» pero luego ha deletreado «perro», ¿no?

—Es posible que tu perro sea tu dios, ¿no? —me sonrió.

—¿Mi perra? Qué va. —Me reí—. Ni siquiera está adiestrada para hacerse la muerta.

Mishra me miró inexpresivamente. Para el caso habríamos podido estar hablando de crípticas estadísticas de béisbol como el promedio de potencia de bateo o el de presencia en las bases: ni entendía lo que le estaba diciendo, ni le importaba. En su mundo, yo sólo era un intruso más en la Disneylandia del misticismo indio.

Pero tenía un presentimiento. Sacudí la cabeza.

—Mishra, ¿puedes preguntarle si ha querido decir «perro» o «dios»?

Mishra se encogió de hombros y se volvió hacia el astrólogo. Pero antes siquiera de que pudiera preguntárselo, el astrólogo lo interrumpió con aspereza.

—¡Nada de preguntas!

Es posible que el anagrama «*dog-god*» fuera el momento culminante de mi lectura nadi. A continuación siguieron otros detalles sobre mi futuro pero, quizá de manera intencionada, no los escuché o no permití que dejaran huella en mi conciencia. Prefería el enfoque vital basado en el libre albedrío. Durante el trayecto de regreso en coche, Candice y yo intercambiamos impresiones. Como era de esperar, algunas cosas coincidían, mientras que otras nos confundieron aún más.

—¿Aparecía *Cleo* en tu lectura? —le pregunté a Candice con voz entrecortada.

Ella se rio.

—Más o menos.

—¿A qué te refieres?

—El tipo ha dicho que Cleopatra y yo éramos almas gemelas. O deberías andarte con cuidado o bien estaba hablando de *Cleo*. —Se encogió de hombros, indiferente a aquella perturbadora disyuntiva.

Sin embargo, mi mente también había pasado a otra cosa.

—Creo que ha llegado la hora de volver a casa.

—Ya estamos volviendo a casa —asintió Candice.

—No, me refiero a volver a Estados Unidos. A volver junto a *Cleo*.

Unos días más tarde, apretujados en los diminutos asientos de nuestro vuelo a Estados Unidos, Candice se volvió hacia mí.

—¿Sabes que cuando dijiste que deberíamos volver a casa la equiparaste a *Cleo*? Qué mono. ¿Significa eso que *Cleo* y yo somos ahora tu familia, tu hogar?

Estaba acorralado. Hice todo lo posible para no responder con alguna perogrullada de tarjeta de felicitación como «el hogar está donde está el corazón».

Pero ella tenía razón, y ambos lo sabíamos. A efectos prácticos, no había gran cosa a la que volver: ni casa, ni trabajo, ni una comunidad de amigos que nos hubieran echado de menos durante todos aquellos meses. En cuanto a nuestros padres y hermanos, eran unos trotamundos bastante cosmopolitas. Dudaba mucho que fueran a recibirnos al aeropuerto con pasteles y pancartas de bienvenida.

Cierta vez le pedí a mi padre que definiera el concepto de «hogar». Como no estábamos sujetos a una hipoteca astronómica y llevábamos un estilo de vida no muy ligado a un barrio o una comunidad determinados, la definición tradicional parecía inapropiada.

—El hogar es un estado de conciencia —dijo—. Es lo que nos vincula

emocionalmente, el lugar donde nos sentimos más a gusto. Son las personas o los lugares en cuyo reflejo vemos, o aspiramos a ver, nuestras mejores cualidades.

Cuanto más pensaba yo en ello durante aquel vuelo de regreso de la India, más acertado me parecía. A lo largo de los casi diez años que hacía que la teníamos, *Cleo* se había convertido en una parte de mi equilibrio emocional. Había pasado de ser el perro sobre el que había albergado serias dudas en un principio a convertirse en una pieza central de la vida que Candice y yo queríamos construir juntos. De hecho, ella encarnaba muchas de las cualidades —lealtad, confianza, dicha y presencia, entre otras— que yo admiraba y que me esforzaba por poseer.

En aquel momento supe que el acto de regresar a Estados Unidos junto a *Cleo* suponía la aceptación de una nueva etapa vital. Aunque, incluso hoy día, la idea de «sentar la cabeza» sigue resultándome ajena, durante aquel vuelo no me cupo la menor duda de que me encaminaba hacia una nueva y trascendental «fase adulta» de nuestra vida. Candice y yo habíamos hablado de formar una familia y los nadi habían confirmado que esto era inminente. Además, Candice iba a incorporarse con toda probabilidad a un nuevo trabajo, y mi empresa había pasado de la etapa de puesta en marcha a la de supervivencia. Todo esto requeriría una concentración y una energía nuevas y considerables. En realidad, la perspectiva me entusiasmaba. Parecía que, en efecto, el gran diseño del universo estaba conspirando a nuestro favor.

Pero podría surgir algún contratiempo.

Candice me arrancó de mi alegre optimismo.

—¿Y si *Cleo* está cabreada con nosotros por haberla abandonado?

Reflexionamos un poco sobre ello.

—Me refiero a que... han sido seis meses.

Esta preocupación nos rondó durante el resto del viaje. En mi nuevo mundo feliz en el que *Cleo* era sinónimo del concepto «hogar», en el que los hados habían declarado (literalmente) que ella era mi dios, no se me había ocurrido que podríamos encontrarnos con una perra enfadada y vengativa.

Si *Cleo* sentía algún resentimiento hacia Candice o hacia mí, lo disimuló muy bien, supongo que con la intención de desahogarlo con nosotros en un momento más estratégico (seguimos a la espera). De hecho, ocurrió más bien lo contrario. En esta ocasión, fue la madre de Candice quien nos la llevó de vuelta a casa y, a pesar de la prolongada separación, cuando nos reencontramos en el aeropuerto de Los Ángeles, fue como si apenas hubieran transcurrido unas horas. *Cleo* reaccionó con toda la alegría de un cachorro y el enérgico entusiasmo que a lo largo de los años se habían convertido en su sello característico.

Fue algo extraordinario. Mientras volvíamos del aeropuerto a casa en coche, parecía decidida a repartir amor, alternando entre mis rodillas y las de Candice cada cinco

minutos más o menos y obsequiándonos con lengüetazos siempre que se le presentaba la ocasión. Unas horas después, fue literalmente como si el tiempo no hubiera pasado en absoluto. *Cleo* nos seguía por la residencia provisional que habíamos alquilado en la ciudad y se plantaba a mi lado cuando me sentaba a ver la televisión o junto a Candice cuando se recostaba en el sofá a leer. Pese a que nunca había vivido en aquel apartamento, se adaptó a él con una rapidez sorprendente. En realidad, consiguió que mi perogrullada fuera mucho más evidente: su elegante aclimatación a nuestro nuevo espacio físico parecía guardar una relación directa con el hecho de que estuviéramos juntos. Aunque había escudriñado el lugar y averiguado dónde habíamos colocado sus boles de comida y agua, para ella sólo eran puntos de referencia triviales. Allí donde estuviéramos Candice y yo era donde se sentía más como en casa.

En cuestión de semanas, Candice y yo también nos sentimos más a gusto por estar «en casa». Encontramos una vivienda (situada a pocas manzanas de la de mi hermana), nos dejamos en la entrada hasta el último centavo que teníamos y nos instalamos en ella. Al quedar al cargo de la casa, Candice se dedicó de lleno a arreglar el nido y, pocas semanas después, ya estaba embarazada.

«Perdón» parecía una palabra tosca en aquel caso, porque implicaba cierto grado de resentimiento o una traición que había que superar. *Cleo* no demostró ninguno de aquellos signos. El modo en que nos recibió de nuevo en su vida con las patas abiertas no sólo apaciguó nuestros temores, sino que, a posteriori, caí en la cuenta de que en realidad allanó el camino hacia una etapa vital verdaderamente transformadora. Todo el nerviosismo que habíamos traído de la India con nosotros, toda la incertidumbre en torno a nuestra suerte (reforzada por los astrólogos nadi) quedaron mitigados por la actitud de *Cleo*. Su elegante manera de aceptar que nos tenía allí de nuevo y su certeza de que, pasara lo que pasara, nosotros cuidaríamos de ella, nos infundieron una confianza que se manifestó de forma natural a lo largo de las semanas y los meses siguientes.

La indulgente severidad de *Cleo* era hasta tal punto tan impropia de un ser humano que me inspiró un respeto renovado hacia ella. Parecía encarnar una serie de cualidades que iban más allá de la admiración y la ambición. Estaba a años luz de los sentimientos mezquinos de los seres humanos normales y corrientes, de nuestra fragilidad, nuestro dolor por el abandono. Era indiferente al sentimentalismo que causaba sufrimientos y, al mismo tiempo, mostraba una profunda conexión emocional con aquellos a quienes más amaba: Candice y yo. En conjunto, aquella amalgama de cualidades era casi divina, algo de lo que Buda se sentiría orgulloso. Tal vez mi viejo y cascarrabias astrólogo nadi no anduviera tan desencaminado.

«Perdón» es una palabra bastante sencilla, y el concepto que designa es fácil de entender. Aun así, la integran componentes diversos, y el acto del perdón quizá sea uno de los más estimulantes que pueden realizar los seres humanos.

—Paciencia, empatía, tolerancia, gracia, admiración y compasión: éstas son sólo algunas de las cualidades que conforman el perdón. Con frecuencia, nos resulta más

difícil perdonar a aquellos a quienes más amamos —aventuró papá.

Estábamos paseando por el pequeño parque del barrio, situado entre nuestra casa y el Starbucks. *Cleo* daba tirones de la correa y hundía el hocico en la hierba, brillante por el rocío de primera hora de la mañana. Krishu, que iba delante, vio a unos cuantos patos madrugadores que nadaban en el estanque.

—¡Papá, patos! —Una amplia sonrisa se le dibujó en el rostro.

Asentí y me volví hacia mi padre para avisarle de que debíamos detenernos durante unos minutos para que Krishu pudiera observar los patos, uno de sus pasatiempos favoritos. Se encogió de hombros y accedió, de manera que los tres nos sentamos en un banco frente al estanque. Tras dar las vueltas de rigor, *Cleo* se tumbó a mis pies.

Papá retomó el hilo donde lo había dejado:

—Los matices de las relaciones humanas, la constante contextualización de cada instante en relación con algún instante futuro o pasado, el análisis de nuestras interacciones, hace que a veces el acto del perdón requiera un esfuerzo titánico.

En cambio, las relaciones de *Cleo* con sus seres queridos eran bastante sencillas. Como su amor hacia quienes consideraba parte de su círculo era incondicional, el acto del perdón le resultaba fácil. El impulso de perdonar a aquellos a quienes amaba parecía ser tan connatural en ella como lo era su instinto de marcar el territorio cuando la sacábamos a pasear. Obviamente, esta característica no era espontánea o distintiva de *Cleo*, sino que, como demuestran las investigaciones, había quedado grabada en su código genético a través de la evolución de muchas generaciones.

En las primeras civilizaciones, sólo ciertos perros eran aptos para ser domesticados e introducidos en los asentamientos y los hogares. Se trataba de los perros que no sólo demostraban ser útiles, dóciles y protectores, sino, sobre todo, los que se mostraban tranquilos y amistosos —con sus amos (y sus hijos). Si aquellos antiguos perros fueron el punto de partida, la gran mayoría de sus descendientes fueron objeto a lo largo de los siglos de una cría que refinó dichas cualidades y los hizo más mansos y adorables: simple selección natural.

Irónicamente, mientras que los primeros lobos, de los que descienden genéticamente los perros, eran por instinto animales que cazaban en manada para sobrevivir, por lo general los perros actuales son cualquier cosa menos eso. En otras palabras, toda esta historia del «mejor amigo del hombre» ha cambiado de forma literal la biología y la fisiología de nuestros perros.

Los perros socializados de hoy en día como *Cleo* están fisiológicamente programados para amar y perdonar a aquellos con quienes mantienen un vínculo. El estudio de los perros también nos dice que cuanto más se relacionan o juegan con sus amos —especialmente a una edad temprana (tanto del perro como del dueño)— más se consolida su vínculo para toda la vida.

—En otras palabras —dijo papá mientras se reclinaba en el respaldo del banco del parque—, el comportamiento de *Cleo* hacia Krishu, su capacidad para perdonar y

olvidar, es una característica biológica y no sólo conductual.

Asentí con vacilación. ¿Fue así como Watson y Crick concibieron la doble hélice?

Los humanos somos animales complicados. Para bien o para mal, nuestro cableado neuronal es mucho más complejo que el de los perros. Después de todo, eso es lo que nos hace humanos. De manera que la cuestión acerca de si disponemos o no de las mismas aptitudes instintivas y biológicas para perdonar, olvidar y reconciliarnos es sin lugar a dudas discutible.

Le puse a papá el ejemplo de lo que se estaba gestando en Corea del Norte. Toda la danza entre Washington y Pyongyang parecía escenificada y coreografiada; poco sincera, según los más cínicos. Durante las siguientes horas, cuando se hizo pública la noticia y el mundo comenzó a ver las imágenes del ex presidente Clinton asistiendo con resignación a ceremonias y rituales en Corea del Norte que pretendían satisfacer el ansia de reconocimiento y atención de Kim Jong Il, la impresión que producía todo esto era muy clara. Eran unas formalidades que enmascaraban la gélida relación entre ambos países que precedía a la visita del presidente Clinton y que, casi con toda seguridad, pervivió tras su partida. Parecía exactamente lo contrario al tipo de emoción instintiva que acabábamos de examinar en relación con *Cleo* y sus congéneres caninos.

—Bueno —replicó papá—, en realidad hay algo muy valioso en los rituales. El sentido de todos ellos es capturar cierto estado de conciencia. Las bodas y los entierros, las *bar mitzvá*, las ceremonias indias del cordón sagrado y miles de rituales religiosos más pretenden aislar momentos específicos y crear cierta atmósfera de espiritualidad. El ritual desencadena a menudo un proceso que puede llevar a la sanación o conferir oficialidad a una nueva etapa vital. De hecho, el ritual es una parte importante de la civilización humana, aunque a veces parezca un formalismo falto de sinceridad.

Los humanos, por supuesto, podemos ser los maestros de la insinceridad o bien elevar nuestros rituales hacia lo más sublime. En cuanto a la idea del perdón, hemos generado debates de alcance nacional que han durado generaciones sobre si nuestro presidente debería o no pedir disculpas formales a los descendientes de los nativos norteamericanos cuyos antepasados fueron víctimas del robo de sus tierras y de cosas peores. En lugares como Sudáfrica, se han creado «comisiones de la verdad y la reconciliación» para reconocer y abordar el oscuro legado del *apartheid*. En otras palabras, el perdón y la reconciliación no nos resultan fáciles, aunque sólo sea porque somos capaces de cometer crímenes que dejan heridas profundas y dolorosas.

—Y aun así —dijo papá—, no podemos dejar de aspirar a ser mejores, ¿no?

—¡Dada, mira! —Krishu tiró de la manga de papá. Un cisne blanco se deslizó por la superficie del agua y pasó entre los demás patos, que tenían una forma menos elegante de nadar. Por otra parte, no importaba cuántas veces Krishu se hubiera entregado a aquel ritual en sus dos años de existencia; contemplar los cisnes y los patos en el parque siempre provocaba en él la misma euforia.

—Caray —exclamó papá, que, tras varias semanas en compañía de Krishu, ya había

aprendido a corresponder a su entusiasmo—. ¿Nos acercamos?

Krishu abrió mucho los ojos con incredulidad. Agarró de la mano a su Dada, saltó del banco y tiró de papá hacia los patos, como para asegurarse de que éste no cambiara de idea.

Me recosté y los miré a ambos. *Cleo* se volvió hacia mí para que la orientara sobre si nos íbamos o nos quedábamos. A veces, se hartaba de perseguir patos, cisnes y palomas por el parque. En días así, a las seis de la mañana ya estaba buscando su primera tregua. Volvió a acomodarse a mis pies, y se puso a esperar de buen grado a que terminase el recreo de papá y Krishu y nos encamináramos todos hacia el Starbucks antes de volver a casa.

Pensándolo bien, me dije mientras miraba a *Cleo* y luego a papá y a Krishu, que jugaban al borde del estanque, mi hogar estaba dondequiera que estuviese aquel grupo variopinto.

Entonces, papá, ¿cuál es el sentido de la vida?

El sentido de la vida es la expansión progresiva de la felicidad. Consiste en armonizar los elementos y las fuerzas de nuestro ser con los del cosmos a fin de participar en la evolución futura de su creatividad, intuición, imaginación, posibilidades infinitas y también de las cualidades que más anhelamos: amor, compasión, alegría, bondad y ecuanimidad.

En algún momento de su vida, la mayoría de las personas siente un profundo anhelo de buscar el sentido, el significado y el propósito de su existencia, de comprender los misterios más profundos del universo. Me gusta pensar que, cuando buscamos las respuestas a esas preguntas, la exploración en sí posee un sentido aún más profundo. Sé que ha sido así en mi caso.

Las llamadas telefónicas a primera hora de la mañana pueden anunciar malas noticias. En aquella ocasión, no fue así.

—Buenas noticias —dijo mamá, elevando la voz por encima de las interferencias de la línea telefónica—. Nana está mucho mejor. Pregunta por todos. —En efecto, buenas noticias. Nana volvía a sentir curiosidad. No se me ocurría una mejor señal de recuperación posible—. Me ha preguntado en qué estás trabajando —dijo mi madre—, de manera que se lo he explicado.

—Ajá. —Casi me muero de vergüenza—. ¿Y qué le ha parecido?

—Se preguntaba qué demonios podías escribir sobre esa perra «medio loca». —Se rio—. Fueron sus palabras, no las mías.

«Medio loco» es una expresión típicamente india. De hecho, es común anteponer «medio» a cualquier palabra: «medio cocido», «medio hecho», «medio pensado». Es un recurso fantástico, porque, mientras que la «mitad» de algo parece sugerir que se trata de una parte del todo —alguien que está medio loco, en teoría, no estará tan loco como alguien que lo está del todo—, en la jerga india la persona «medio loca» está en realidad loca de atar, puede que hasta el doble de loca. Inexplicable, pero cierto.

Nana consideraba que la mayoría de los habitantes del hemisferio occidental estaban medio locos. Cuando Mallika y yo éramos más jóvenes, y Nana y Nani venían a menudo de visita y se quedaban en nuestra casa. Nana negaba con la cabeza al ver las pintas de los norteamericanos —adolescentes con tejanos rotos, chicas con faldas cortas, hombres con pendientes (yo incluido)— y lo censuraba todo por parecerle «medio loco». Estados Unidos era un país curioso, una mezcla de costumbres, tradiciones, rituales extraños y ciudadanos que vestían de manera rara.

Y luego estaban nuestros perros. Hasta cierto punto, la experiencia de Nana con los

perros se limitaba a lo que había observado en *Nicholas*, que no era el mejor representante de su especie. Su temperamento anárquico era contrario a las cualidades que Nana, veterano de las fuerzas aéreas indias, tenía en gran estima. La disciplina, la concentración y la organización eran valores fundamentales para Nana, mientras que *Nicholas*, y posteriormente *Cleo*, se oponían frontalmente a ellos en casi todos los sentidos. De un modo muy similar a mi padre, Nana estaba convencido de que podría adiestrar a *Nicholas* para que fuera un perro sumiso y disciplinado. Por supuesto, *Nicholas* demostró que Nana se equivocaba de la forma más ruidosa y contundente posible.

Cuando Nana vio una pequeña muestra de las desenfrenadas costumbres de *Cleo*, llegó a la conclusión de que ni siquiera valía la pena dedicar tiempo y esfuerzo a intentar controlarla. En cuanto advirtió cómo ladraba y aullaba cuando alguien nos visitaba, cómo daba vueltas por la casa y entraba y salía a toda prisa de todas las habitaciones (parando de vez en cuando para marcar su territorio), empleó por primera vez la expresión «medio loca». Y la verdad es que le venía como un guante.

Nana apreciaba a los perros legendarios y heroicos aclamados a lo largo de la historia. En el cine, puede que la más famosa fuera *Lassie*. ¿Quién puede olvidar el momento en que la fiel cánida alerta al sheriff de que el pequeño Timmy se ha caído en un pozo? ¿Y qué hay de *Laika*, la perra soviética, mezcla de Husky con otra raza, que fue el primer animal en entrar en órbita a bordo del *Sputnik 2*? Si alguna vez existió algún comunista digno de ser imitado, fue aquel chuchito interplanetario. ¿Y qué pasa con los perros presidenciales, especialmente con *Buddy*, el labrador del presidente Clinton, que tuvo que hacer honor a su nombre («amigo» en inglés) durante las horas más bajas del presidente? El mejor amigo del hombre, sin duda.

Y luego están esos mitos caninos que llevan a los dueños como yo a creer que los perros como *Cleo* deberían tener la intuición de un jedi. Me refiero a esos chuchos que supuestamente detectan cosas como terremotos, incendios, huracanes y tsunamis, y avisan hábilmente a sus amos del peligro inminente. Por suerte para *Cleo* —en caso de que hubiera tenido alguna vez problemas de autoestima—, no mostraba el menor deseo de estar a la altura de aquella nobleza perruna. Se conforma con su condición de antiheroína. Ni una sola vez nos ha alertado de un incendio forestal o un terremoto. Su percepción de las personas es igual de tosca. Aunque muestra una extraordinaria habilidad para reconocer a los miembros de la familia, incluso a aquellos parientes lejanos que sólo vemos de vez en cuando, mete a casi todos los demás en un mismo saco marcado con la palabra «extraños». No importa si se trata de un amigo, un vecino, un repartidor o el instalador de la televisión por cable: si no es de la familia, es un extraño —un intruso, en realidad— y *Cleo* lo trata con su particular estilo de hostilidad. Preparada, apunta..., ladra.

Candice y yo nos hemos adaptado a ello, como a las demás excentricidades de *Cleo*. Le hemos consagrado un auténtico santuario en la parte trasera de la casa, equipando el

dormitorio principal con una cama de perro afelpada, un surtido de juguetes, comida y un bol para el agua. Cada vez que viene alguien de visita, confinamos a *Cleo*, nuestra loca particular, en aquella zona.

A pesar de todo eso, cuando Candice se quedó embarazada, ella y yo sabíamos que se avecinaba un nuevo reto. Como ambos trabajamos bastantes horas, necesitaríamos a alguien que cuidara de nuestra pequeña, se ocupara de sus necesidades, la bañara, limpiara lo que ensuciase y se asegurara de que comiese. Ah, y también sería necesario que tratase bien al bebé.

Teníamos que encontrar niñera. Esto implicaba, por supuesto, meter en casa a una persona ajena a la familia, alguien que no sólo debía cuidar del niño, sino además convivir con *Cleo*. Bauticé la misión como «Operación Neo», por el papel de Keanu Reeves en la película *Matrix*.

En realidad, fue Candice quien dirigió aquella misión, seguramente porque dejarla en mis manos habría conducido a un desastre inevitable. La había puesto sobre aviso cuando le planteé la idea de contratar a una *au pair* sueca, una artimaña a la que había recurrido para librarme de toda responsabilidad. Mientras tanto, de manera más constructiva, Candice había puesto en práctica diversas estrategias útiles, desde inscribirnos en servicios de búsqueda de niñeras hasta buscar contactos entre amigos y colegas, pasando por exhibir su prominente barriga en el parque del barrio, donde a diario se reunía un poderoso conciliábulo de canguros. Pronto nos pareció que ésta podría ser la técnica más eficaz, ya que se corrió la voz, y las niñeras empezaron a llamar a nuestra puerta.

Rápidamente nos quedó claro que muchas de las candidatas a niñeras de hoy en día hacen los deberes antes de la entrevista. Una inmigrante de unos cincuenta años, cara estrecha y gafas de abuela, había hecho por lo visto la conexión Chopra. En consecuencia, se había armado con una estrategia definitiva: nuestro hijo sólo comería alimentos veganos, sin azúcares, edulcorantes artificiales, ni toda una letanía de ingredientes más. La televisión, los videojuegos e incluso ciertos géneros musicales quedarían totalmente proscritos. ¿Y los productos de limpieza que a su juicio contenían componentes tóxicos? A la hoguera todos.

Otra candidata, risueña y regordeta, apareció vestida con un atuendo tradicional hindú (era hondureña), se quitó los zapatos y nos saludo a Candice y a mí con las palmas juntas y diciendo «*namasté*».

Una tercera candidata canceló su cita con Candice en el último instante porque tuvo que acudir a una audición a la misma hora en que estaba prevista nuestra entrevista. Supongo que deberíamos haber comprendido que algo no iba bien cuando nos llegó su currículum con una estilizada fotografía de la cara. Josanna, una simpática mujer brasileña, llevó consigo a su sobrina de diez años para que le hiciera de traductora, lo que habría sido una buena idea si la niña hubiera sido capaz de hablar en inglés. Y, finalmente, hubo una mujer que, en mitad de nuestra entrevista —por lo demás menos

alarmante que otras— se quedó consternada al recibir una llamada en su teléfono móvil de alguien que le avisaba de que le habían pegado un tiro a su hermano como resultado de «una transacción comercial que salió mal». Y tan mal.

De esta manera, con más pena que gloria, realizamos casi una docena de entrevistas. Candice y yo les seguíamos la corriente, les formulábamos las preguntas que Candice había anotado y luego asentíamos, fingiendo interés incluso mientras intercambiábamos miradas de reojo con las cejas arqueadas o el ceño fruncido. Entretanto, *Cleo*, que con sus ladridos amortiguados proporcionaba una banda sonora continua, aunque no singular, a nuestro infructuoso proceso, permanecía encerrada en su santuario de la parte trasera de la casa. Llegamos a la conclusión de que, a menos que una candidata nos convenciera a ambos, ¿de qué serviría someterla a la ira de *Cleo*?

—¿Tienen un perro? —preguntó una de ellas.

—Sí —asentí con aire cansino.

—Se llama *Cleo* —comentó Candice por decir algo.

—Tiene mucha energía. —La señora sonrió con incomodidad.

Me encogí de hombros tímidamente, sin saber qué decir.

—¿Es muy grande? —inquirió con una sonrisa nerviosa.

La situación empezaba a ser desesperada cuando Rosalita entró en nuestra casa. A diferencia de muchas de las otras, Rosalita rebosaba una confianza en sí misma que resultaba magnética y alentadora. Con modales encantadores, felicitó a Candice por su cutis y ésta le dedicó una sonrisa que yo no había visto en sus labios desde hacía exactamente siete meses. Rosalita hablaba con fluidez tanto español como inglés (una de las esperanzas secretas que albergábamos de cara a nuestro hijo) y respondió a todas las preguntas capciosas de Candice justo con la combinación adecuada de seriedad y espontaneidad. Como broche de oro, llevaba una carpeta pequeña con referencias de sus antiguos patrones, agencias y mentores que la ponían por las nubes.

Rosalita resistía nuestro acoso con la sutil elegancia de una actriz de Hollywood joven pero experimentada en la alfombra roja, decía todas las cosas adecuadas con el toque justo de originalidad para que no pareciesen preparadas de antemano, sonreía sin afectación y hacía una pausa de vez en cuando para dar a entender que tenía opiniones serias sobre cuestiones importantes, como en qué momento se debe obligar a un niño a dejar el chupete. A pesar de todo aquello, Candice y yo sabíamos que había una última prueba que debía pasar. Intercambiamos una mirada nerviosa, yo asentí, y me excusé para ir a buscar a *Cleo*. Aparecí desde la parte trasera de la casa sujetando firmemente a la perra de la correa mientras ella se abalanzaba hacia delante y armaba jaleo con sus ladridos, dirigidos a nuestra invitada. Por aquel entonces, claro, se habían vuelto las tornas. Éramos Candice y yo quienes queríamos causar buena impresión a Rosalita y restarle importancia al comportamiento de nuestra perra chalada para no arruinar las posibilidades que teníamos de llegar a un acuerdo con nuestra Neo.

—Es muy simpática —gritó Candice por encima de los incesantes ladridos de *Cleo*

—. Sólo es cuestión de que llegue a conocerla.

Incluso mientras Candice intentaba presentar las cosas bajo la luz más favorable, yo notaba que se nos estaban yendo de las manos. Pero, una vez más, Rosalita plantó cara al desafío, demostrando un gran valor en la línea de fuego. Se agachó, se apoyó sobre una rodilla, metió la mano en el bolso y extrajo algo de él. Sosteniendo ese algo en su puño cerrado, nos pidió permiso para ofrecerle una golosina a *Cleo*. Candice asintió con cortesía nerviosa, y ambos nos quedamos mirando a Rosalita mientras giraba la mano y abría la palma con la elegancia de un David Copperfield.

Cleo, que sentía debilidad por todo lo comestible, se tranquilizó. Conocía el procedimiento; con frecuencia, aquélla era la única manera de calmarla.

—Ven aquí, *Cleo*. —Rosalita la atrajo hacia sí con el tono y el talante perfectos. Algo inquieto, aflojé un poco la correa de *Cleo* y dejé que se le acercara.

—No se preocupe, *señor*[3] Chopra —me reconfortó Rosalita—. No pasa nada.

Solté del todo la correa de *Cleo*, que cruzó la habitación dando brincos hasta detenerse con agilidad junto a los pies de Rosalita y sentarse allí obedientemente, como si la mujer fuera una tía desaparecida hacía mucho tiempo. Candice y yo contemplamos enmudecidos la escena que se desarrollaba ante nuestros ojos. ¿Quién era aquella perra impostora que se había hecho pasar por nuestra querida *Cleo*?

Ante nuestra atónita mirada, *Cleo* cogió la golosina de Rosalita, se la zampó y luego lamió afectuosamente la mano que se la había dado.

Continuamos charlando. Rosalita compartió con nosotros más historias sobre su extensa familia de México. Sus anécdotas sobre bodas monumentales, alegres comidas navideñas y bandadas de niños pequeños que corrían por las casas de sus parientes se parecían asombrosamente a los episodios que Candice y yo habíamos vivido en incontables ocasiones con nuestras respectivas y enormes familias asiáticas. La conversación fluía con facilidad, confirmando lo que Candice y yo ya sabíamos: que habíamos encontrado a nuestra Neo. *Cleo* permanecía tranquila y sumisamente sentada a los pies de Rosalita. Ésta, mientras se reía con nosotros, mantenía una mano sobre *Cleo* y le acariciaba la panza. Todo parecía indicar que *Cleo* también había encontrado a su Neo.

Aunque me había acostumbrado a concluir aquellas entrevistas en apenas doce minutos, sorprendentemente, al mirar mi reloj, me di cuenta de que había transcurrido casi una hora entera. Rosalita, que también parecía sorprendida, se puso en pie y nos dijo que llegaba tarde a otra cita, sin duda para alterar el curso de ríos impetuosos o saltar por encima de edificios imponentes. Nos despedimos, y le prometí que contactaría con ella en breve para formalizar las cosas. Ella asintió tímidamente y dijo que sería un gran honor trabajar para nosotros.

Después de estrecharme la mano, Rosalita se volvió hacia Candice y le preguntó con dulzura si le parecía bien que le diera un abrazo en lugar de un apretón de manos.

—En mi familia —dijo con una sonrisa—, tocar a una mujer embarazada da buena

suerte, porque son los seres más preciados de la Tierra.

Candice desplegó una sonrisa aún más radiante que antes y abrió los brazos de par en par.

Fue entonces cuando las cosas se torcieron.

En el momento en que Rosalita se acercó para abrazar a Candice, *Cleo* perdió la cabeza por completo. Como si hubiera estado planeando en silencio su estrategia de guerra a la manera de un Napoleón, no se limitó a atacar directamente a Rosalita, sino que brincó del suelo al sofá, despegó de la superficie de cuero y aterrizó como un animal enloquecido, clavando las patas y los dientes en la blusa de la mujer. Asustada, Rosalita se balanceó de un lado a otro, pero *Cleo* se agarraba como una campeona, gruñendo y arañando con una ferocidad que nunca había visto en ella.

Rosalita intentó desprenderse de *Cleo* desesperadamente mientras yo hacía lo imposible por quitársela de encima. Pero la perrita no se amilanó y destrozó la blusa sedosa de la mujer; en realidad, la hizo trizas, como si fuera un documento clasificado que debía ser destruido. Por fin, cuando conseguí arrancársela de encima, *Cleo* se revolvió en mis manos, se escabulló y volvió a la carga; le mordió las medias a Rosalita y las dejó llenas de diminutas marcas de dientes.

Para entonces, Rosalita, completamente aterrorizada, giraba sin cesar agitando los brazos como si la estuviera atacando un enjambre de abejas al tiempo que gritaba una retahíla de obscenidades. Se dirigió dando traspies hacia la puerta mientras yo conseguía al fin acorralar a *Cleo* e inmovilizar su palpitante cuerpo contra mi pecho. Sin mirar atrás, Rosalita salió por la puerta a toda prisa y se alejó corriendo por la calle, sin duda haciendo señas a los vecinos de que nuestra casa era la del *poltergeist*.

Estábamos desolados. Candice y yo nos desplomamos sobre el sofá. Entretanto, *Cleo*, que acababa de recuperar la compostura, se acurrucó encima de Candice como si no hubiera pasado nada.

—¿Qué diantres vamos a hacer? —pregunté, expresando lo que ambos estábamos pensando.

Candice me miró como si no comprendiera nada, sollozando, una reacción a la que me había acostumbrado en los últimos meses, pero ante la que no tenía la más remota idea de cómo actuar.

—No te preocupes. —Cambié de actitud de la forma más radical que me fue posible—. Ya se nos ocurrirá algo.

Observé a *Cleo*, cansado. Quizá lo que se nos tenía que ocurrir era qué hacer con ella.

Había llegado el momento de enfrentarse a la realidad. *Cleo* era *Cleo*: nunca había mostrado la menor aptitud para hacer amistad con desconocidos y, a medida que envejeciera, las cosas sólo irían a peor. Poco a poco, comenzamos a pensar en lo impensable, en enviar de nuevo a *Cleo* a vivir a casa de la madre de Candice. Nos justificábamos alegando que sólo sería una situación temporal que se terminaría cuando

llegara el bebé, cuando encontráramos una niñera y estuviéramos todos más tranquilos. Ya pensaríamos la manera de reintegrarla en la casa. Todo iba a salir bien.

Sí, claro.

Ambos sabíamos que cualquier decisión de ese tipo probablemente sería permanente. *Cleo* mostraba claros signos de envejecimiento. Enviarla de un lado al otro del país, obligarla a acostumbrarse a un clima nuevo (el aire del sur era mucho más húmedo que el de California) y a un entorno diferente era pedirle demasiado y una injusticia. Si se marchaba, lo más probable es que se marchara para siempre. Ambos lo sabíamos.

Por el momento, Candice y yo decidimos que lo mejor era hacer una pausa en nuestra búsqueda de canguro y en cualquier otro plan para desterrar a *Cleo*. Nuestras preocupaciones, claro, iban por otro lado. Rosalita podía haberse hecho daño, haber sufrido un trauma irreversible o algo peor. Así que Candice llamó a uno de los sitios que figuraban en la carpeta de referencias de Rosalita. Simplemente pretendía ampliar un poco el abanico de posibilidades, comprobar si existía alguna razón real para que nos preocupáramos.

El primer número parecía ser de algún tipo de agencia de colocación. Su nombre genérico se nos antojó bastante inofensivo, y cuando un contestador automático nos indicó que el número de teléfono de contacto principal había cambiado —a pesar de que en la grabación no se proporcionaba ningún número nuevo—, Candice le restó importancia. Pero luego, a medida que hacía otras llamadas a los otros números de la lista continuaron pasando cosas igualmente extrañas. O bien los teléfonos de contacto habían cambiado (aunque las grabaciones no remitían a ningún otro número) o estaban desconectados o simplemente eran incorrectos. En la única ocasión en la que Candice logró contactar con otra agencia indefinida más, a la mujer que se puso al teléfono le llevó unos instantes descifrar cabalmente qué le estaba preguntando Candice. De hecho, cuando al fin lo comprendió, nos habló de Rosalita en términos muy elogiosos. Candice le dio las gracias a la mujer y colgó el teléfono con el entrecejo fruncido. Había algo que no cuadraba.

—Prueba con una de las recomendaciones personales —le sugerí, pues la cosa también me olía a chamusquina.

Candice marcó y esperó. Un instante después, una mujer llamada Leslie descolgó el teléfono al otro lado de la línea.

Titubeante, Candice dijo que llamaba para comprobar una referencia sobre Rosalita.

—¿Sobre quién?

Candice se lo explicó.

—Qué extraño —respondió Leslie al cabo de un instante.

Era extraño porque Leslie había pasado por una experiencia similar con una candidata a niñera llamada Marianna. Al parecer, Marianna también había dejado una lista de referencias que resultaron ser casi imposibles de rastrear y confirmar. Al igual que Rosalita, Marianna cumplía a la perfección todos los requisitos y también cautivó a Leslie

y a su marido, que buscaban a alguien atento y con experiencia para que cuidara de su hijo Beau. Aun así, Leslie afirmaba que incluso antes de comprobar las referencias, «su sexto sentido le dijo que algo no encajaba».

Por desgracia, ni Candice ni yo podíamos afirmar lo mismo.

Ahora que estábamos lo bastante recelosos, pusimos manos a la obra en plan *Ley y orden*. Nuestro recién creado grupo operativo especial, que incluía a Leslie, investigó a Rosalita/Marianna. Por lo visto, la mujer era una estafadora experta con antecedentes penales. Alegando diversas dificultades, se las había arreglado para conseguir pagos anticipados de unas cuantas víctimas aún más crédulas que nosotros para luego dejarlas plantadas. Afortunadamente, nada en nuestra investigación reveló cosas más graves que aquélla. Porque, obviamente, cuando se trataba de dejar a los propios hijos en manos de cuidadores, existían posibilidades mucho peores.

Decidí enfocar aquel suceso con una actitud del tipo «vaso medio lleno». Nos habíamos salvado por los pelos de caer en la astuta trampa de Rosalita. Por su parte, Candice adoptó un punto de vista del tipo «vaso medio vacío». Estaba profundamente inquieta por haberse equivocado tanto al juzgar a Rosalita. Nuestro único consuelo fue descubrir el sexto sentido de *Cleo*. Estaba claro que era incapaz de distinguir entre el ruido del camión de la basura al pasar junto a la casa y el de las ráfagas de una tempestad tan destructiva como el huracán Katrina, pero ahora teníamos razones para suponer que quizá fuera capaz de descubrir a una rata (en un sentido metafórico, ya que en una ocasión tuvimos un ratón muerto en casa durante más de una semana y *Cleo* no lo detectó).

Aun así, el episodio había escamado a Candice —que acababa de entrar en su octavo mes de embarazo— lo suficiente como para que pospusiéramos nuestra búsqueda. Felizmente para *Cleo*, en gran medida porque se había ganado sus galones al ser la única en intuir la arteria de Rosalita, aquello puso punto final a cualquier debate sobre la posibilidad de enviarla lejos de nosotros.

Como habíamos suspendido la misión de encontrar niñera, recaí en mi paranoia sobre si estaba verdaderamente preparado para ser padre o no. Ver crecer el vientre de Candice era como ver la arena de un reloj caer lentamente. Sabía que mis días como tipo libre de preocupaciones que aún se consideraba un chaval estaban contados y que pronto existiría un ser vivo que me lo recordaría alegremente cada segundo de cada día. No obstante, en medio de aquel estado de pánico primordial, descubrí que no era el único en advertir que Candice estaba creciendo. Un colega de ella, haciendo gala de sus portentosas dotes de observación, señaló que Candice estaba a punto de estallar y comentó que una muy buena amiga suya iba a prescindir de los servicios de la mujer que la había ayudado a criar a su hijo desde la infancia hasta la adolescencia. Le habían cobrado tanto afecto que acabaron por conservarla durante años, a pesar de que en realidad ya no la necesitaban. Llegó un momento en que su hijo pasaba tanto tiempo fuera de casa que llegaron al extremo de comprarse un perro para que la niñera se quedara con ellos. A Candice y a

mí la anécdota nos pareció lo bastante graciosa como para concederle al menos una entrevista a la posible futura niñera.

Decidimos ser precavidos desde el principio, por lo que indagamos los antecedentes de aquella candidata más reciente. Se llamaba Mirna. Era de origen guatemalteco, llevaba más de una década viviendo en Estados Unidos y estaba muy interesada en seguir trabajando para ayudar a su hijo de veinte años, que estudiaba en una facultad de medicina de su país. Este conmovedor relato me puso en guardia, por lo que cínicamente empecé a discurrir preguntas para echar por tierra su historia. Mientras tanto, a Candice se le saltaban las lágrimas. Por el bien de Mirna y, lo que es más importante aún, por el mío, desistí de someterla a un clásico interrogatorio tipo Guantánamo, lo que resultó ser un acierto, porque a lo largo de la siguiente hora, el afecto cálido y genuino de Mirna nos llegó al alma. Nos confesó sus propios celos ante la posibilidad de trabajar para otras personas, pues consideraba a sus últimos patrones parte de su propia familia. No estaba segura de si alguna vez podría llegar a establecer un vínculo tan estrecho con nadie más y, sin embargo, sabía que criar a otro niño era lo único que la haría sentirse realizada.

—¿Cómo sabe que será un niño? —Se rio Candice, una vez mitigado su sentimentalismo.

—No lo sé. —Mirna agitó la cabeza—. Supongo que no es más que un presentimiento.

En aquel momento, mis propios sentimientos estaban tan entremezclados con la emoción, la inseguridad en mí mismo, la paranoia y el hastío, que supe que lo mejor que podía hacer era simplemente fiarme del criterio de mi mujer. Le lancé una mirada a Candice, que asintió en silencio. Yo sabía lo que eso significaba. Me excusé y fui a buscar a *Cleo*. Unos minutos después, regresé con ella en brazos. Sujeté con fuerza su correa y la dejé en el suelo. Mirna la miró con cierta aprensión cuando *Cleo* se puso a ladrar y a dar tirones en dirección hacia ella.

Mirna no llevaba ninguna golosina ni se había preparado un número coreografiado, pero por lo visto tenía algo diferente, porque cuando le aflojé la correa a *Cleo*, ésta brincó hacia ella con entusiasmo y se sentó a sus pies. De hecho, en aquella ocasión, *Cleo* ni se tumbó ni se dio la vuelta ni hizo nada muy llamativo. Por el contrario, continuó tan entusiasmada y atolondrada como antes. Se quedó sentada por unos instantes, luego se levantó de un salto y comenzó a revolotear en torno a ella como si estuviera caminando sobre brasas al estilo de Tony Robbins. Intercalaba gemidos de excitación entre ladridos entrecortados más fuertes, y daba saltos hacia delante y hacia atrás y de un lado a otro. Candice y yo intercambiamos otra mirada. Sabíamos qué era lo que estábamos contemplando: una familia.

—¿Siempre se comporta así? —preguntó Mirna con cierta vacilación.

—¡Sí! —respondimos alegremente Candice y yo.

Mirna ha estado con nosotros desde el día que nació Krishu. Cada mañana, cuando llega a casa, *Cleo*, presa de un ataque de emoción, se pone a brincar enérgicamente en círculos como un bebé puesto de Red Bull hasta que Mirna la calma con una golosina (o tres o cuatro). Krishu también considera a Mirna una parte de la familia, y los tres se comunican entre sí casi exclusivamente en español. Tanto Candice como yo fuimos inflexibles sobre el hecho de que Mirna hablara con Krishu en su lengua materna, pues confiábamos en que se familiarizara con el español, el mandarín y el hindi si lo exponíamos a ello desde la más tierna infancia. Lo que no nos esperábamos era que *Cleo* se nos hispanizara también. Por otra parte, no habría debido sorprendernos que, una vez más, *Cleo* hubiese roto nuestros esquemas.

Como les ocurría a muchas personas con las que nos relacionábamos, a Mirna al principio mi padre le inspiraba un poco de respeto. Aunque no había leído ningún libro suyo, sabía quién era y, durante los primeros días, reaccionaba con nerviosismo cuando él se presentaba para ver a su nieto. Una tarde en que él se había dejado caer por casa, había jugado con Krishu durante unos minutos y luego había salido al jardín para hablar por su teléfono móvil, Mirna me llevó aparte y me instó a que en el futuro la avisara con tiempo de las visitas de mi padre para que ella pudiese preparar a Krishu.

—¿A qué te refieres? —le pregunté, no muy seguro de lo que significaba que Krishu estuviera «preparado».

Me explicó que si Krishu iba a ver a su abuelo, antes debía dormir la siesta, estar limpio, bañado, bien vestido, peinado y con las uñas cortadas.

Le aseguré que todo aquello no era necesario. Pero ella insistió de tal manera que dejó claro que iba en serio. Veinte minutos más tarde, Krishu salió de su habitación con pinta de niño de coro endomingado. Otros veinte minutos después, estaba frente a mi padre, que observaba extrañado su peinado con raya a un lado.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó papá.

Sacudí la cabeza y le sonreí a Mirna, que estaba radiante de orgullo.

Por fortuna para todos, al cabo de otros veinte minutos, Krishu estaba embadurnándose el pelo con pan de plátano, y el planeta volvía a girar felizmente sobre su eje.

Poco a poco, a medida que pasaban los meses, Mirna se sentía más cómoda con mi padre. Aun así, se empeñaba en que Krishu estuviera preparado y descansado siempre que tuviese que ver a mi padre. Incluso reprendió a papá en una o dos ocasiones por atreverse a mirar su BlackBerry cuando se suponía que debía centrar su atención en su nieto. El hecho de que Mirna deseara que Krishu y mi padre forjaran un vínculo fuerte tenía algo que ver con que era consciente de la fama de papá; exhibía como una medalla la relación con mi padre, especialmente cuando estaba con sus amigas del parque. Pero su empeño se debía sobre todo a su herencia cultural, que consideraban sagrados los lazos entre los hombres de una familia.

—Para ser un buen hombre, Krishu debe conocer a buenos hombres —me dijo una

vez.

Esto me pareció razonable, así que asentí con la cabeza.

—Ahora bien, si usted y su padre quieren ser grandes hombres —prosiguió, alentada por mi aprobación—, deberán aprenderlo de su hijo.

Entonces la miré sin saber muy bien de qué hablaba. ¿Se trataba de una expresión guatemalteca o algo así? Satisfecha de sí misma, me dedicó una sonrisa. Comprendí que, si le pedía que me aclarase lo que había dicho, seguramente me quedaría igual al oír su explicación, así que lo dejé estar.

En los últimos meses mi padre había comenzado a quedarse varios días con nosotros —cuando no una semana—, y, por supuesto, Mirna tomó buena nota de ello. Le preguntó a Candice si todo iba bien en casa, refiriéndose presumiblemente a mis padres. Con los años, habíamos aprendido que transmitir de forma descuidada información que podía dar pie a rumores entre el conciliábulo de canguros del parque era como dejar un arma cargada por la casa. Para evitar problemas, Candice le informó sobre la salud de mi abuelo, la estancia prolongada de mi madre en India y las instrucciones que yo había recibido de pasar más tiempo con mi padre durante el verano.

Mirna asintió con complicidad, como si la hubiera hecho partícipe de una especie de secreto.

—Su padre debería pasar más tiempo con el niño y la perra —aconsejó de improviso.

Al parecer, una tarde puso en práctica aquella singular receta. Cuando regresé a casa después de una reunión, me encontré a Mirna fuera, espiando el interior a través de las persianas. Le pregunté qué estaba pasando.

—Su padre —señaló hacia la casa—. Está aquí.

—Vale —asentí, sin estar seguro de si aquélla era toda la explicación.

—Me dijo que me tomara el resto del día libre. Que él cuidaría del niño.

Evidentemente, mi expresión me traicionó.

—Sí —convino—. Por eso estoy aquí fuera, observándolos. —Volvió a echar un vistazo a través de las persianas—. En realidad, no lo hace tan mal —añadió.

Me situé a su lado y miré por la ventana. Krishu parecía estar en el cielo. Tomado de las manos de papá, daba vueltas en círculos. Yo nunca había visto a un niño disfrutar tanto al jugar al corro de la patata con una sola persona. Curiosamente, mi padre, a juzgar por su semblante, lo estaba pasando igual de bien. En el momento de «sentadito me quedé», *Cleo* también se unió a la fiesta y prorrumpió en ladridos mientras tanto Krishu como papá se revolcaban de la risa.

—Se lo he dicho. —Mirna sonreía con cierta sensación de orgullo—. Krishu y *Cleo* son muy buenos para su padre. Él podría escribir un libro sobre ellos.

Le di las gracias y la relevé de su puesto de vigilancia.

Al entrar en la casa, mis ojos se posaron en una zona de la sala de estar que no alcanzaba a verse desde fuera. Durante la hora que habían pasado solos, *Cleo*, papá y Krishu lo habían puesto todo patas arriba, hasta tal punto que parecía que un huracán

había pasado por allí.

—¿Qué ha ocurrido? —Miré la habitación como si fuera un sanitario de la Cruz Roja que acabara de llegar al lugar de los hechos.

—Nada. —Papá se encogió de hombros y se dejó caer al suelo de nuevo con Krishu. Irritada, *Cleo* se alejó dando botes, saltó sobre el sofá y desahogó su nerviosismo con un inocente cojín con el que ya la tenía tomada. Cuando lo zarandó entre los dientes de un lado a otro, salieron volando copos de algodón del relleno. Estaba claro que, si bien *Cleo* carecía de la habilidad para predecir desastres naturales, no le costaba nada provocarlos si contaba con la ayuda de compinches como mi padre y mi hijo.

—¡Otra vez, Dada! —canturreó Krishu mientras se ponía en pie de un salto.

Papá se levantó también, pesadamente.

Ambos volvieron a las andadas.

—Esta mañana he hablado con mamá —dijo papá mientras daban la primera vuelta. Me miró y sonrió de oreja a oreja—. Vuelve a casa dentro de diez días.

—¡Sentadito! —bramó Krishu, que con frecuencia se saltaba casi toda la letra del corro de la patata para llegar a su parte favorita.

Papá volvió a desplomarse en el suelo.

—Podrá acompañarnos a Whistler.

Era una gran noticia. Cada verano, mi familia planeaba un viaje familiar. En los últimos años habíamos ido a Colorado y Wyoming, y a todos nos enamoraron los paisajes majestuosos, los días de descanso y tranquilidad y las actividades al aire libre que ambos sitios ofrecían. Aquel año íbamos a viajar a Whistler, en la Columbia Británica, Canadá, donde mi padre iba a dirigir uno de sus seminarios espirituales de una semana. Al margen del hecho de que tendríamos que interpretar a la perfección el papel de familia espiritual, parecía otro lugar ideal para proseguir con nuestra tradición anual. Me imaginé días enteros de excursiones a pie y en bicicleta de montaña, incluso de recorridos en kayak o salidas a pescar, si estaba de humor para ello. Todos habíamos comenzado a asumir que era poco probable que mi madre volviera antes del viaje, lo que hacía que no nos pareciera ni remotamente un plan ideal.

Pero el hecho de que mamá fuera a regresar a tiempo para acompañarnos era una noticia estupenda por muchas razones. No sólo garantizaba que disfrutaríamos de un alegre reencuentro familiar, sino que era una señal de que la salud de Nana había mejorado considerablemente. Significaba además que, mientras estuviéramos de vacaciones, Candice y yo incluso podríamos salir alguna que otra vez a celebrar «cenas de adultos» mientras mamá vigilaba al niño. Aunque queríamos a Krishu más que a nada en el mundo, durante los dos últimos años la idea de salir una noche los dos solos se había convertido para ambos en algo mucho más cercano al mito que a la realidad. Si a esto sumamos la creciente necesidad que tenía *Cleo* de dar un paseo cada pocas horas debido a su edad avanzada, muy rara vez se nos presentaba a Candice y a mí la ocasión de escabullirnos y salir por ahí. Pero, por encima de todo, sólo con mirar a mi padre y

ver el peso que parecía haberse quitado de encima, advertí que las noticias sobre el inminente regreso de mi madre habían reforzado su confianza. Hasta yo mismo acababa atrapado a menudo en el aura que rodeaba a papá. Resultaba fácil olvidarse de que, como para cualquier otra persona, el sentimiento de compañerismo que compartía con mi madre era muy especial para él. Rara vez, por no decir nunca, hablábamos sobre ello y, sin embargo, intuitivamente, todos sabíamos que ese sentimiento era el cemento que mantenía unida a toda nuestra familia y que, sobre todo, lo equilibraba a él.

Esta vez, cuando papá y Krishu se dejaron caer al suelo, *Cleo* se unió a ellos. Comenzó a hacer cabriolas alrededor de papá, saltando sobre sus patas traseras e intentando unirse a la diversión mientras meneaba frenéticamente la cola.

—¿Quieres que te cuente algo extraño? —Papá se recostó contra el sofá y posó una mano sobre la cabeza de *Cleo*—. Esta mañana, me estaba entrenando en el gimnasio —comenzó— cuando se me acercó una mujer con gafas de sol vestida de licra rosa.

Uno podría pensar que una señora con gafas de sol vestida de licra rosa ya era de por sí algo bastante estafalario, pero en la extravagante vida espiritual de Deepak Chopra, era de lo más normal. Con frecuencia, él —o nosotros— tropezaba con desconocidos que le confiaban algunos de sus pensamientos o secretos más íntimos. Cierta vez, en unos lavabos del aeropuerto de Fráncfort, un hombre que estaba en el urinario situado junto al de mi padre lo reconoció, se entusiasmó tanto que se olvidó de lo que estaba haciendo y se volvió hacia papá para explicarle que hacía unas semanas había soñado que «muy pronto conocería a su gurú». Lo más probable es que nunca sepamos si el sueño incluía orinar en los zapatos del gurú.

«Creo que el significado kármico de esta historia era que el universo me estaba pidiendo que dejara de llevar zapatos de piel de cocodrilo», concluyó papá después del extraño episodio. Desde entonces, normalmente lleva zapatillas de color rojo chillón.

—Era una médium de animales y me dijo que había una perrita blanca y peluda que era muy importante para mi evolución espiritual. —Como si lo hubiera entendido, *Cleo* se tumbó en el suelo, se colocó ágilmente panza arriba, estiró las patas y esperó a que papá la acariciase. Una respuesta muy espiritual, claro—. Según ella, la perra está retomando su papel de una vida anterior, y yo necesito aprender de ella tanto como me sea posible.

Se me pasó por la cabeza una idea: ¿era posible que aquella mujer vestida de licra rosa y con gafas de sol fuese mi editora disfrazada? ¿O quizá mi agente literaria?

—¿Qué opinas? —Mi padre me miró.

A pesar de haberse ganado la mala fama de ser uno de los tipos más espirituales que existen, mi padre no es una persona muy religiosa. Si se le pregunta, afirma que no es más hindú (la fe en la que se crió) que cristiano renacido. Y, sin embargo, como es quizá la máxima autoridad entre los gurúes en la cuestión de la conciencia, muchas de las cosas en las que cree y sobre las que habla proceden directamente de las tradiciones espirituales de la India conocidas como Vedas. La idea de la reencarnación —de que el cuerpo

humano es materia reciclada y lo que definimos como persona o personalidad no es otra cosa que la misma conciencia que se transforma a sí misma— se ajusta a las creencias religiosas de muchos hindúes. Para mi padre, esto ha sido una fuente de gran consternación durante años, porque aquello que él se considera capaz de racionalizar y explicar (como nadie) mediante la ciencia y la física moderna, es algo que otros creen ciegamente, aferrándose a su fe. En muchos aspectos, esto ha perjudicado su propio trabajo, y él lo sabe. Aun así, la idea de que una unidad familiar como la nuestra no es únicamente un capricho aleatorio del universo, un conjunto de personas formado arbitrariamente durante una vida, sino más bien el designio de una inteligencia cósmica más profunda orquestada por la conciencia —o llamémosla Dios— no era del todo inverosímil. En todo caso, reafirmaba lo que sentíamos intuitivamente. Para mi padre, el hecho de que una médium de perritos vestida de licra rosa sugiriese que *Cleo* formaba parte de nuestra manada trascendental era algo completamente creíble, sobre todo si tenemos en cuenta el intenso vínculo que se había establecido entre ellos durante el verano.

—A mí no me cabe la menor duda de que *Cleo* ha vivido unas cuantas vidas —le respondí a papá—. ¿Y a ti?

Papá se rio, mirando a *Cleo*. Krishu tiró de la manga de papá, exhortándolo a ponerse en pie de nuevo:

—¡Otra vez!

—Sí —dijo papá—, creo que hemos convivido unas cuantas veces. Una sola vida no sería ni mucho menos lo bastante divertida.

Cuando yo era pequeño, papá de vez en cuando nos arrojaba en la cama a Mallika y a mí. No le gustaba demasiado leernos cuentos, ni tampoco contarnos historias; más bien nos animaba a que nosotros le contásemos un cuento a él. Papá había leído en uno de sus innumerables libros que no existía nada más estimulante para la creatividad de los niños que inventarse relatos. Fomentó esta cualidad en nosotros y en la actualidad lo hace con nuestros hijos, sus nietos, en especial con Tara.

Por supuesto, esto ha generado cierta controversia familiar, porque la habilidad de Tara para contar cuentos (es decir, mentiras) ha resultado ser bastante prolífica. Hace poco, sus profesores del colegio llamaron a mi hermana algo alarmados, para preguntar si era verdad que a la familia de Tara la habían atacado unos *hooligans* británicos en un viaje reciente a India.

—¿Qué? —respondió Mallika, claramente desconcertada.

Al investigar el asunto más a fondo, algo bastante fascinante salió a la luz. Durante un viaje reciente a la India, el abuelo paterno de Tara la había llevado al museo Mahatma Gandhi, en el centro de Nueva Delhi, para enseñarle un poco de historia sobre la lucha de la India por independizarse de los británicos. El museo está ubicado en el terreno en

que Gandhi fue asesinado por un pistolero indio, en gran medida porque no estaba de acuerdo con la resistencia pacífica de Gandhi contra los británicos.

Por lo visto, Tara había incorporado aquel viaje emocional a su propia historia ancestral y lo había transformado en un relato más moderno en el que una penderciera y ficticia pandilla británica atacaba a su familia.

Mallika les aseguró a los profesores de Tara que no había ocurrido nada parecido.

—Bien —respondió el profesor—. Entonces, ¿también debo dar por sentado que el elefante de sus suegros está bien?

Mallika se rio con el profesor de Tara.

—Por suerte, el elefante se encuentra perfectamente.

Evidentemente, Mallika no se tomó el asunto a broma. Una noche, durante la cena, abordó el tema con mi padre. Quizá no fuera tan buena idea que continuara fomentando las habilidades de Tara para contar cuentos.

—Tonterías —respondió él con una actitud desafiante—. ¡Por supuesto que hay que fomentarlas! Es importante potenciarlas.

Miró a Tara con satisfacción. La niña estaba sentada con una expresión que traslucía sentimientos encontrados: vergüenza porque la habían pillado mintiendo, orgullo por la admiración de su abuelo. *Cleo* permanecía fielmente sentada a sus pies, y me sorprendió apreciar en ella casi la misma expresión.

—Tara podría ser el próximo Steven Spielberg. O Jhumpa Lahiri.

—O James Frey —tercié.

—Contar cuentos es la manera que tenemos de presentar nuestra intuición —prosiguió papá—. Significa que Tara está conectada. En realidad, es maravilloso.

Tara ensanchó su sonrisa. Sin duda, en ese momento se sentía más orgullosa que avergonzada.

Era curioso cómo se repetían las cosas. Me acordé de una discusión muy parecida que habían tenido mamá y papá cuando yo era niño y él fomentaba mi habilidad y la de Mallika para contar cuentos. A lo largo de los años, abusé de esa habilidad tanto como pude y, una vez, en la adolescencia, tras una noche de borrachera en la que había salido con mis amigos, les conté a mis padres que tenía la impresión de haber bebido unos cócteles Arnold Palmer en lugar de té helado.

—¿Arnold Palmer? ¿El jugador de béisbol? —preguntó mi padre con perplejidad (nunca ha estado muy puesto en deportes).

Mi madre me ordenó que me fuera a la cama a dormir la mona.

—Hablando de Arnold Palmer, cuando te saques el permiso de conducir el año que viene, date con un canto en los dientes si te compramos un carro de golf.

Evidentemente, aquello no hizo sino aumentar la perplejidad de mi padre.

Ahora, años después, Mallika estaba desempeñando el papel de mamá y expresaba su preocupación ante la posibilidad de que las actuales dotes creativas de Tara para contar cuentos degenerasen en algo más amenazador y difícil de manejar el día de mañana,

cuando llegara a la adolescencia.

—¡Papá! —Mallika fulminó a mi padre con la mirada. Ya no estaba interpretando a mi madre; se había convertido en ella, y papá lo sabía. No fue necesario que Mallika añadiera nada más.

—Está bien —cedió él. Se volvió hacia Tara—: Quizás el colegio no sea el mejor sitio para que cuentes tus historias —le aconsejó.

Era lo máximo que Mallika podía haber esperado. Bajo ningún concepto iba a convencer a mi padre de que la creatividad no era la fuente de todas las soluciones de los problemas del mundo. Incluso ella tenía que recordar que, cuando éramos pequeños, él nos había dicho que no había nada irreal en lo que acontecía en nuestros sueños o en cualquier recuerdo que creyéramos tener de vidas pasadas.

—Lo único que no es real —nos explicó cuando aún estábamos en primaria— es la alucinación inducida por la sociedad de que esto es lo único que hay.

Sí, señoras y señores: me crié en *Matrix*.

A raíz del encuentro de papá con la mujer vestida de licra rosa en el gimnasio, me vino a la cabeza un recuerdo concreto sobre la época de mi infancia en que contaba cuentos. Después de la cena y de la tensa discusión entre él y Mallika, le hablé a papá de ello.

—¿Te acuerdas del sueño del que te hablé una vez en el que tú y yo estábamos en un puente colgante en China?

—Sí —dijo papá sin vacilar siquiera—. Te acompañaba un perro.

Es verdad. En el sueño éramos dos campesinos, pero yo era mayor, y él, más joven. Sólo nos conocíamos de ese único encuentro sobre un puente colgante que conectaba dos cumbres de una cordillera china. Yo iba con un perro, y papá llevaba consigo un bol de arroz. Sobre el puente, papá me ofrecía parte de su arroz y, mientras comíamos, nos referíamos mutuamente nuestras vidas. Él era un comerciante de té que atravesaba el país con regularidad desde las estribaciones de Bután hasta los puertos del mar de la China Meridional. Yo era un calígrafo que antes prestaba sus servicios a los aristócratas de las grandes ciudades, pero que en ese momento prefería enseñar su técnica a los niños de las poblaciones rurales.

Al final de nuestro encuentro, yo le decía a papá que tenía que irme y que quería que cuidara del perro. Le explicaba que yo era viejo y que no me quedaba mucho tiempo, pero que el perro tenía toda la vida por delante y necesitaba un compañero. El joven asentía y aceptaba llevarse el perro consigo.

Yo se lo agradecía y, antes de partir, me arrodillaba y me despedía emotivamente del perro.

—No pasa nada —me decía el joven sobre aquel puente colgante tendido entre aquellas dos montañas chinas en aquella vida—. Los tres volveremos a encontrarnos.

—Lo recuerdo. —Papá asintió con la cabeza, y ambos miramos a *Cleo*—. Así que aquí estamos de nuevo, tal como te prometí.

En mi familia siempre hemos creído que entre nosotros existe una conexión kármica más profunda. En realidad, no es que lo creamos, sino que somos conscientes de ello. Lo pasamos muy bien unos con otros y nos profesamos una gran admiración mutua. Los hijos de mi hermana y su marido son míos y de Candice, y Krishu es hijo de ellos. Hoy en día, papá suele escribir en sus *tweets* que los grandes maestros de su vida son sus nietos.

Observar el modo en que *Cleo* interactúa con la familia, incluso con los parientes lejanos o con aquellos a quienes de algún modo identifica como parte de la familia, como por ejemplo Mirna, en contraste con la forma en que se comporta con los desconocidos, refuerza mi sospecha de que ha estado con nosotros en vidas anteriores. Lo que constituye el mecanismo de su autoconocimiento, más que lo bien que lo pasamos juntos, es el conjunto de cualidades que nos ha demostrado a lo largo de los años: su devoción y confianza, su fidelidad, su amor incondicional, y su costumbre de no prejuzgar, entre tantas otras.

Muchas personas están familiarizadas con la ciencia canina. Estudian la mentalidad de la manada hasta la saciedad y discuten acaloradamente a favor o en contra de su misma existencia. Analizan la fascinante dinámica que une a perros y a humanos, incluida la capacidad de los perros para descifrar incluso los gestos más sutiles, el lenguaje corporal, las expresiones faciales, los tonos de voz y los sentimientos de sus amos.

—Pero con *Cleo* —prosiguió papá durante lo que se había convertido en nuestra excursión de cada noche al Starbucks para tomar un té de sobremesa—, todo eso sobra. Por un principio científico elemental, el diminuto tamaño de la cabeza de *Cleo* determina que su cerebro tenga una capacidad determinada. Aun así, su nivel de compenetración emocional con todos nosotros indica que su inteligencia deriva de algo mucho más sutil que el cerebro que tiene en la cabeza. *Cleo* está conectada al universo de un modo en que la mayoría de los seres humanos no lo está, no por falta de capacidad, sino porque se han reorganizado a sí mismos y a sus instintos de tal manera que no ven ni perciben siquiera lo que tienen delante. A ella, en cambio, la guía una inteligencia más elevada.

Otra revelación de *Cleo*, comenté mientras la miraba. En efecto, ella avanzaba con paso cada vez más enérgico a medida que nos acercábamos a la manzana donde estaba el Starbucks. De acuerdo, lo más probable es que se debiera al trozo de polo de cereza que se le había caído a Krishu después de la cena y que ella había logrado tragarse antes de que yo pudiera recogerla.

Cuando llegamos al Starbucks, papá entró y yo me senté a una mesa de la terraza junto a *Cleo*, que se puso a olisquear la acera en busca de algo interesante mientras yo la admiraba. Me resultaba verdaderamente asombroso que muchas de las neurosis que habíamos identificado en ella a lo largo de los años hubieran dado pie a reflexiones espirituales. Tal vez el mayor don de *Cleo* fuera que vivía libre de la angustiada necesidad de cuestionar o analizar hasta su propio sentido intuitivo. Ella se centraba exclusivamente en las cosas que le importaban: en aquel instante, la manzana a medio

comer que acababa de descubrir encajada entre la silla y la pared.

Justo entonces, un joven salió del Starbucks. Llevaba perilla y llevaba un gorro de colores bajo el que asomaban mechones de pelo enmarañado. Iba hablando por el teléfono móvil y riéndose.

—Eh, ¿sabes el tío que te he dicho que estaba detrás de mí en la cola y que se parecía a Deepak Chopra? —Agitó la cabeza con incredulidad—. Pues tiene gracia: ¡habla igualito que él!

Si tuvieras la oportunidad de repetirlo todo otra vez, ¿qué harías de manera diferente?

No haría nada de manera diferente, a decir verdad.

¿Nada?

Tal vez los resultados serían distintos, porque quiero creer que haría las cosas tan espontáneamente como las he hecho en esta vida. La mayor parte de lo que he conseguido no me ha costado mucho trabajo, no porque no me haya esforzado, sino porque, en gran medida, he aceptado las cosas tal como venían. Creo que la creatividad procede de la espontaneidad, que es algo que se me da bastante bien. Algunas personas la llaman impulsividad, pero a mí me funciona.

—Me siento estupendamente —me aseguró Nana por teléfono. Ya llevaba en casa unas semanas y volvía a ser en gran medida el mismo de siempre. Estaba deseoso de regresar a su rutina: salir a pasear por el parque, pasar el tiempo con sus viejos compinches del ejército y quejarse sobre los políticos indios—. Son una panda de inútiles —me recordó—. Tú madre dice que estás escribiendo un libro sobre esa perra tuya —comentó.

—Bueno... —comencé—. En realidad no trata únicamente sobre *Cleo*, sino sobre mí, papá, Krishu y *Cleo*. —Por suerte, el éxito del libro no iba a depender de mi habilidad para vendérselo a mi abuelo.

—Parece fascinante —replicó Nana.

¿Indiferencia? ¿Perplejidad? Resultaba difícil interpretar su tono de voz.

—¿En serio?

—No. Tu padre escribe libros sobre la búsqueda de la felicidad. Tu perro, como todos los perros, es feliz, sin más. ¿Qué más se puede decir?

Pues poca cosa, en realidad.

—Oye —dijo—, no te molestes en enviarnos un ejemplar nuevo del libro cuando esté terminado. Ya sacaremos uno de la biblioteca. Nunca se sabe cuánto tiempo seguiremos con vida.

—¿Cómo está? —preguntó Candice mientras cerraba la cremallera de una maleta.

—Ha vuelto a la normalidad.

Me quedé mirando las cuatro maletas, las tres bolsas de equipaje de mano, la bolsa del cochecito, la de la sillita para el coche y una «bolsa variada» que ella había preparado para nuestro viaje.

—Casi todo son cosas del crío.

No mentía. Entre la ropa, los pañales, las toallitas, la comida, los juguetes, los libros, el carrito, la sillita para el coche y los cachivaches diversos de Krishu, por lo visto mi hijo de 12 kilos necesitaba prácticamente el cuádruple de su peso en trastos para ir por el mundo.

—Oye —Candice me interrumpió antes de que empezara a hablar siquiera—, si quieres repasarlo todo y volver a hacer las maletas, tú mismo.

Negué con la cabeza.

—Voy a acomodar las cosas en el coche.

Obviamente, nuestro principal problema para ir a Canadá era *Cleo*. En años anteriores, nos la habíamos llevado de viaje con nosotros, incluso la habíamos colado a escondidas en complejos turísticos de lujo en los que los perros estaban proscritos. Pero en esta ocasión nuestro destino estaba en otro país, y no cabía la menor duda de que *Cleo* era un chuchito doméstico. Intuí que ella compartía mi opinión. Canadá, más que un pariente lejano, era un primo y, bueno, en nuestra familia los primos eran hermanos a todos los efectos. Aunque este argumento difícilmente convencería a los agentes de aduanas.

Cleo se quedaría en casa.

Por defecto, siempre habíamos dejado a *Cleo* con mi hermana o mi madre, pero como en aquella ocasión viajaríamos todos juntos, esas opciones quedaban descartadas, al igual que el largo trayecto a casa de la madre de Candice; sencillamente, *Cleo* era demasiado vieja para resistirlo. Nunca llegamos a plantearnos siquiera la posibilidad de dejarla con el veterinario del barrio, quien la encerraría en una jaula reducida y la sacaría a pasear sólo dos veces al día. Y sabíamos que no valía la pena buscar a alguien que cuidara la casa y sacara a pasear al perro. Dada la explosiva combinación de hostilidad y neurosis creciente de *Cleo*, sería como volver a pasar por el trámite de las entrevistas a niñeras. En cuanto a la posibilidad de enviarla a casa de alguien, bueno, eso habría sido como pedirle permiso al vecino para organizar una célula durmiente en su sala de estar.

—Llevala a una de esas guarderías de lujo para perros —le aconsejó un día a Candice una de las amigas de su madre mientras tomaban un café. Mandó los datos de una de esas guarderías al iPhone de Candice.

Me conecté a Internet para echarle una ojeada. Al ver el precio exorbitante supe que, en caso de que nos decantáramos por aquella opción, nos convertiríamos en unas de esas personas que se gastan cantidades demenciales de dinero para asegurarse de que su perro lleve una vida fácil. Aun así, sabía exactamente cómo justificarlo:

Siete noches en una guardería para perros: 350 dólares.

Comida especial de perro baja en grasas para perras viejas como *Cleo*: 10 dólares

al día.

Unas vacaciones libres de culpa para Gotham y Candice: no tienen precio.

Una joven llamada Missy nos enseñó las instalaciones. Había una zona de juego espaciosa aneja a un soleado vestíbulo. Unos perros grandes corrían a toda velocidad en círculos y jugaban con unos simpáticos adiestradores. Separado por una robusta cerca, había un redil más pequeño con perros de un tamaño similar al de *Cleo* que holgazaneaban por allí, olisqueándose entre sí y jugando con muñecos de peluche. El sol entraba a raudales por las grandes ventanas abiertas. Una brisa fresca garantizaba que el olor a perro no lo impregnara todo.

Missy me observó mientras inspeccionaba el corral donde presumiblemente acabaría *Cleo*. Quizá *Cleo*, que no era precisamente el alma de las fiestas, no se llevaría bien con los demás, pensé para mis adentros. No era muy sociable, sino más bien de las que no hacen otra cosa que olisquear el suelo y... bueno, olisquear el suelo. Missy confirmó que los perros tenían libertad de movimiento en esas zonas y que dedicaban casi todo el día a juntarse unos con otros, jugando y deambulando en círculos.

—No se preocupe —me reconfortó—. En el momento en que surge la menor tensión, los separamos para que la cosa no vaya a más.

En particular, a la hora de comer los separaban expresamente y mantenían la comida en zonas aisladas para evitar trifulcas entre los perros. En caso de que *Cleo* se quedara allí, nos explicó Missy, disfrutaría de una comida individual por la mañana y otra por la noche durante las cuales un adiestrador le proporcionaría atención personal y se aseguraría de que se alimentara bien. Candice y yo intercambiamos una mirada. La cosa tenía buena pinta.

Había una habitación llena de almohadas en la que los perros se repantigaban y descansaban por la noche. Se animaba a los dueños a que llevaran a la guardería camisetas sin lavar y las dejaran allí para que sus perros tuvieran algo reconocible sobre lo que tumbarse, un recordatorio de olores familiares y reconfortantes. En definitiva, nuestra visita nos convenció de que al fin habíamos encontrado la solución a nuestro antiguo problema. Candice en concreto se sintió enormemente satisfecha, por lo que decidimos hacer la prueba. Missy acompañó a Candice a un despacho privado para completar los trámites. Yo preferí quedarme atrás para revisar mi correo electrónico en el iPhone y merodear por la zona de juegos, donde una docena de perros jugaban y corrían de un lado a otro.

Tras unos minutos, un joven entró en la habitación y se me acercó.

—¿Qué pasa, colega? —Alzó ligeramente la barbilla hacia mí. Como era un «saludo de tíos», correspondí con el mismo gesto.

El «colega» sostenía entre sus manos casi media docena de correas, pero lo que me llamó la atención fueron sus brazos tatuados. Tenía lo que se conoce comúnmente como «mangas», tatuajes que le cubrían el brazo sin dejar un solo centímetro cuadrado de piel

sin tinta. Llevaba una perilla rubia, un gorro de esquiar y una camiseta con el lema «El Hip-Hop la parte».

—Me llamo Nomi, colega. —Extendió la mano para estrechar la mía y nos dimos un buen apretón.

—¿Alguno de éstos es tuyo? —inquirió, señalando a los perros que estaban en la zona de juegos.

—No —negué con la cabeza—. Traeré a la mía mañana.

—Ah, es una perra —sonrió, y asintió con la cabeza—. En el buen sentido de la palabra, ¿no? ¿Cómo se llama?

Me quedé desconcertado.

—Eh... *Cleo*.

—Ah, ¿*Cleo* o *Cleo* a secas? —Se rio—. Sólo te estaba vacilando, colega. Cuidaré bien de *Cleo*. Saco a pasear a los nenes y las nenas —dijo, y acto seguido sacudió los hombros y se puso a bailar al son de un ritmo que sólo oía en su cabeza.

Nos quedamos callados por un momento y yo intenté conciliar a Nomi con mi imagen mental de cómo debía ser un paseador de perros.

—¿Sabes a qué me recuerda este sitio? —Nomi inclinó la cabeza. Se refería a la zona de juegos que teníamos delante.

Negué con la cabeza.

—A la cárcel. —Sonrió—. Pero ni tú ni yo sabemos lo que es eso, ¿no, colega? —Me guiñó un ojo sin dejar de sonreír—. En serio. ¿A que esto es como el patio?

Mi única experiencia con los patios de cárcel (afortunadamente) se reducía a los terroríficos documentales de la MSNBC que veía a veces a las tantas de la noche. Pero habían bastado para provocarme pesadillas.

—Atiende, que te lo explico —continúo Nomi—. Cuando entra un perro nuevo, los sueltan entre los presos comunes de ahí. Tienen que aprender a hacerse respetar, ¿sabes cómo te digo? Una táctica es la de imponerse sin cortarse un pelo, ir tras el perro viejo y dejar claro quién manda ahora para que todos los demás se enteren. O si no, pueden ser más disimulados; colarse de tapadillo en el Mossad, formar una cuadrilla, hacerles jurar lealtad y todo ese rollo, ¿me entiendes? Cubrirse las espaldas, ¿no? —Volvió a reírse.

Contemplé boquiabierto a los perros de la zona de juegos.

—En serio, tío, estos perros son para flipar, por el modo en que se organizan, planean sus movidas y se hacen colegas entre sí. Es como una jerarquía que se forma sola y luego sigue formándose sola. En realidad, es bastante chulo, tío. Seguro que a *Cleo* le molará. ¿Cómo es ella?

No supe qué decir. De pronto, me asaltaron dudas sobre aquel plan, sobre el patio y sobre la perspectiva de soltar a la pequeña e inocente *Cleo* entre los presos comunes. De hecho, en aquel momento, estuve a punto de dejar correr todo el asunto.

—En realidad, no lo sé. —Negué con la cabeza—. Quiero decir que no sé cómo se desenvolverá aquí.

Nomi estaba abriendo la puerta de la zona de juegos. La manada de perros se le echó encima, y él los atrajo uno a uno, acariciándolos, y enganchó las correas a los collares a medida que los identificaba: *Tiger*, *Gypsy*, *Buddy*, *Nelly*... y muchos más.

Una vez que los tenía sujetos a todos, Nomi sacó a la manada de la zona de juegos y cerró la puerta tras sí.

—Ya te pillo —me dijo. Se arrodilló y cogió en brazos a uno de los perros con cuidado—. Éste es *Chaucer*. Él también era así.

Chaucer, un pequeño chuchito callejero mestizo que guardaba un parecido extraordinario con *Cleo*, sacó la lengua y lamio afectuosamente el rostro de Nomi. De repente, éste se convirtió en el ser más delicado de todo el planeta Tierra. Le devolvió a *Chaucer* las muestras de afecto con creces.

—*Chaucer* llegó muy asustado e inseguro de sí mismo, pero al segundo día ya había resuelto todas sus movidas y se comportaba como un John Adams, liderando a los demás perros e intentando redactar una declaración de derechos y toda esa mierda. —Nomi acercó su rostro al de *Chaucer* y lo acarició con cariño—. ¿A que sí, amigo? Pero no pasa nada. —Dejó a *Chaucer* en el suelo y se volvió hacia mí—. Quiero decir que se lo merecen, ¿no? *Cleo* se lo merece, ¿no?

Miré a Nomi, estupefacto. Era una contradicción andante. Justo entonces, Candice y Missy salieron del despacho. Candice lucía una sonrisa radiante.

—*Cleo* lo va a pasar en grande aquí.

—Ya te digo. —Nomi se presentó a Candice—. Aquí, *Cleo* se encontrará a sí misma, señora. Hasta luego, colega. —Extendió la mano, me estrechó la mía «como hacen los tíos» y luego me dio un abrazo como si fuéramos colegas del barrio.

Nuestro viaje a Whistler, un pintoresco pueblo con estación de esquí a dos horas en coche de Vancouver, resultó extraordinaria y espectacularmente tranquilo. Tal y como nos habíamos acostumbrado a hacer con Krishu siempre que teníamos que estar concentrados en un espacio reducido como un coche durante cerca de una hora, lo pusimos en manos de su nueva mejor amiga (y la nuestra): Dora la Exploradora, nuestra compañera de confianza. A pesar de que nos habíamos propuesto ingenuamente limitar el tiempo de tele de Krishu, Dora, Diego, Botas, Zorro y toda la pandilla ocupaban ahora un lugar permanente en nuestras vidas. Candice había almacenado varias horas de aquellos dibujos animados en su portátil, que cabía perfectamente en su bolso, de donde podía sacarlo en un abrir y cerrar de ojos. De no ser porque la Administración de Aviación Federal exigía que se desconectaran todos los dispositivos electrónicos durante el despegue y el aterrizaje, habríamos completado un maratón continuo de Dora en el trayecto hasta los imponentes picos de Whistler.

Justo después de registrarnos en el hotel, antes incluso de ir a nuestra habitación, acudimos rápidamente a la suite de mis padres. Habían llegado unas horas antes y ya se

habían instalado. Todos sentíamos curiosidad por ver cómo reaccionaría Krishu tras varios meses sin haber visto a mi madre. Dada su tierna edad, esto era un factor imponderable.

Antes de que ella se marchara a la India, se había ganado a pulso la devoción del pequeño. En la jerarquía del afecto de Krishu, sólo Candice había alcanzado una posición más elevada. Hasta yo tenía un puesto más bajo en la clasificación, superado por mis sobrinos Tara y Leela, que ocupaban un lugar especial en su corazón. Mientras tanto, papá había hecho progresos significativos durante las últimas semanas y había adquirido una relevancia considerable en la vida de Krishu. Quién sabía qué ocurriría ahora que mi madre había regresado. Yo sospechaba que en su fuero interno mi padre albergaba la esperanza de que Krishu iba a demostrar ante mi madre el reforzamiento de ese vínculo para poder así recrearse abiertamente en ello.

—¡Dadi! —chilló Krishu en el instante en que su mirada se posó sobre mi madre. Corrió hacia ella y se dio un topetazo contra sus piernas con un afecto puro y sincero. Mi madre apenas fue capaz de pronunciar su nombre antes de romper a llorar, dando rienda suelta a su emoción. Krishu se encaramó sobre su regazo y la animó:

—¡No llores! ¡Alégrate!

—¿Eres el niño de Dada? —inquirió papá unos minutos después, cuando las cosas se calmaron.

Krishu le dedicó una mirada risueña, y una expresión pícaro le asomó al rostro.

—No, ¡soy el niño de Dadi!

Papá lo pinchó otra vez.

—¿Eres el niño de Dada?

—¡No! Soy el niño de Dadi —insistió Krishu.

—Tengo un polo. —Papá arqueó las cejas, recurriendo a una artimaña.

Krishu abrió mucho los ojos con curiosidad y avidez.

—¿Lo quieres? —Papá lo atrajo lentamente hacia sí.

—Será mejor que tengas un polo de verdad —los interrumpí.

Papá fijó la vista en mí, desconcertado.

—¿Tienes o no tienes un polo? —insistió Candice.

—Mierda. —La sonrisa de papá se esfumó.

Mi madre, Candice y yo negamos con la cabeza a la vez.

—¿Polo? —Krishu aún no se había dado cuenta. Bajó del regazo de mi madre y se dirigió con aire resuelto hacia papá.

—Ahora mismo me lo llevo a comprar un polo —nos aseguró papá.

Me encogí de hombros. «¿Por qué no?», pensé. Tenía muchas ganas de darme una ducha, y Candice quería echar un vistazo al balneario del hotel. Aunque cualquiera de los dos podía haberle dado fácilmente gato por liebre al chico, queríamos que Krishu supiera que su abuelo era un hombre de palabra. Papá levantó a Krishu en brazos y se lo llevó de la habitación.

Unos treinta minutos después, una mujer de voz nerviosa me llamó al teléfono móvil:
—Hola, Gotham. —La mujer se presentó como Julie. Estaba intentando localizar a mi padre, que debía dar la bienvenida al grupo unos minutos después. No estaba localizable ni contestaba su teléfono móvil.

—Alguien nos ha dicho que su padre estaba con su hijo —dijo esperanzada—. ¿Sabe usted dónde podrían estar?

¿Qué debía responder? ¿Debía confesar que mi hijo de dos años había exigido un polo y que mi padre, para salvar el carácter sagrado de su relación, no había tenido más remedio que recorrer toda la villa olímpica para encontrar uno?

—Eh... —titubeé—. No estoy muy seguro.

Le prometí a la desesperada Julie que pondría manos a la obra enseguida y emprendería la búsqueda de mi padre. Entretanto, le aconsejé que pusiera a los casi quinientos invitados a meditar. Era el último recurso de los Chopra. ¿No puede uno dormir? A meditar. ¿Excesivas turbulencias en el vuelo? A meditar. ¿Bloqueo de escritor? A meditar.

—Buena idea —respondió Julie, y colgó el teléfono.

Cerca de quince minutos más tarde, después de emitir un «aviso a todos los agentes de policía» y de que la familia Chopra al completo se dispersara en su busca, me encontré a papá sentado con Krishu en un banco en medio de la villa olímpica. El crío, que tenía toda la cara manchada de polo de uva, desplegó una amplia sonrisa al verme. Aunque papá estaba chupando su propio polo de color rojo, había conseguido mantener un aspecto más pulcro.

—¡Hola, papá! —me saludó Krishu.

—Papá —lo llamé—. ¿Qué estáis haciendo?

—Tomar un polo —anunció, agitando su helado con sabor a cereza—. Llevaba unos treinta años sin comerme uno. —Acarició el pelo de Krishu—. No sé si en todo ese tiempo lo había pasado tan bien como ahora.

Decidí no mencionar el hecho de que yo tenía treinta y cuatro años. Ya sabía por dónde iban los tiros.

—Papá, se te ha hecho tarde —dije—. Todo el mundo te está esperando.

Me miró con perplejidad.

—En este momento, deberías estar dando la bienvenida al grupo —le informé.

Aunque se puso serio, no pareció sobresaltarse.

—Debería ir para allá. —Papá se levantó del banco.

—Le dije a Julie que los pusiera a todos a meditar.

Sonrió de oreja a oreja.

—Es lo que habría hecho yo.

—Ya lo sé. —Le devolví la sonrisa al tiempo que me sentaba junto a Krishu.

Papá dio un paso hacia atrás en dirección al centro turístico y entonces se detuvo. Se volvió hacia mí.

—Si no hubieras venido, creo que Krishu y yo podríamos habernos quedado allí sentados para siempre.

Le di unas palmaditas a Krishu en la cabeza.

—Ya lo sé. Es lo que habría hecho yo.

Mi padre llevaba años dando seminarios como el que dirigiría durante aquella semana en Whistler. Algunos duraban sólo un fin de semana y en ellos participaban grupos formados de sólo una docena de personas, mientras que otros, como «La seducción del espíritu», duraban una semana y el número de asistentes ascendía a centenares. A lo largo de los años, la familia había asistido a varios de estos cursillos, en gran medida porque nos permitía pasar el tiempo juntos en espectaculares complejos turísticos como el de Whistler. Pero existía otro factor imposible de pasar por alto: era durante estos cursos cuando papá se encontraba en su mejor momento.

A pesar de los libros de éxito, los blogs y los artículos que aparecían en la blogosfera, a pesar de las apariciones en televisión y las consultas de personajes famosos e incluso las conferencias multitudinarias del tipo «una noche con Deepak» que a menudo dejaban al público inspirado y «espiritualizado», papá jamás conectaba con la gente como durante aquellos cursillos cuando se relacionaba intensivamente unos días con una gran cantidad de personas. Las interacciones personales que proporcionaba a los asistentes durante las consultas privadas o incluso cuando uno de ellos conseguía acorralarlo en un vestíbulo, en combinación con las charlas diarias que dirigía a todo el grupo, le proporcionaban más energía y vigor que cualquier otra faceta de su vida. Incluso para nosotros —que instintivamente le dábamos lecciones de humildad y nos asegurábamos de que nunca se perdiera demasiado en su órbita espiritual—, ver a papá en este entorno era un recordatorio de lo que hacía para ganarse la vida y de lo importante que podía ser para la gente.

Una mañana temprano, cuando ya hacía unos días que había empezado el cursillo, me lo encontré abajo, en el gimnasio, caminando a un ritmo constante sobre la cinta de correr. El hecho de que sujetara en la mano un café del que tomaba sorbos de vez en cuando me dio una idea de la intensidad de su entrenamiento. Por otro lado, yo no era la persona más indicada para criticarlo. Mientras que, para él, una caminata sin prisas sobre la cinta de correr durante las horas anteriores al alba era una buena manera de distraerse durante un rato del cursillo organizado literalmente en torno a él, para mí también representaba una manera de escapar de la interminable rutina de cuidados infantiles que Krishu requería.

Me subí encima de la cinta de correr que estaba junto a la de papá e incrementé la velocidad.

—¿Cómo va?

—Va —sonrió—. Así se dice hoy en día, ¿no?

Asentí con la cabeza. A pesar de su desconocimiento de la cultura pop contemporánea —ha estado en cintas de correr junto a Britney Spears y Sylvester Stallone sin tener ni idea de quiénes eran—, se esfuerza por mantener el contacto con algunos de los elementos más relevantes del espíritu de su época. Sus obsesiones son la tecnología, las redes sociales, el cine y el lenguaje; las maneras en las que nos comunicamos y aprendemos unos de otros. Aunque me estremezca cada vez que se confunde con la jerga pop (¿quién podría olvidar su «ese canuto es una mierda»?), eso nunca lo disuade de intentarlo.

Le pregunté por el grupo.

—Son excepcionales —dijo con admiración—. En esta ocasión, son un grupo realmente increíble. —Tomó un sorbo de café—. Hay un tío que ha creado el concepto de «economía de obsequios». Él y su mujer no utilizan dinero. Para subsistir, ofrecen su tiempo y esfuerzo, y aceptan a cambio los regalos y la amabilidad de los demás. Es impresionante. Podríamos aprender muchas cosas y adaptarlas a nuestra maltrecha economía. Imagínate si todas las personas del mundo fueran un poco más caritativas, no con dinero real sino con los servicios que presta. Transformaría por completo la economía del planeta. —Papá dejó el café a un lado—. Hay otra mujer que es genetista. Es una de las principales expertas del mundo en mapeo genético. Alguna de las cosas de las que habló ayer eran absolutamente alucinantes. —Se entusiasmaba cada vez más con sólo hablar de ello—. Hay que ver lo que avanza la ciencia... —continuó—. La he puesto en contacto con un tipo de Francia que está aquí, uno de los arquitectos del sistema sanitario francés. ¿Sabías que su sistema está considerado uno de los mejores del mundo? He quedado más tarde para tomar un café con ellos y con otro tío que ha fundado y vendido con éxito dos empresas de tecnología por unos cuantos centenares de millones de dólares y ahora ha patentado otro dispositivo tecnológico. Es como una aplicación que cualquiera puede personalizar y utilizar para catalogar su bienestar personal. Creo que los tres juntos pueden combinar sus intuiciones y recursos, y ayudar a solucionar la crisis de la atención médica de este país. —Con toda la seriedad del mundo, papá se volvió hacia mí, agitando un dedo—. De hecho, el presidente Obama debería estar aquí.

Típico de mi padre. Una parte de él es un optimista irredento. Cree de verdad que tiene una capacidad única para conectar entre sí a gente de todas las partes del planeta, fusionar sus mentes y cambiar la conciencia colectiva.

Habló de más personas, expertos en microcréditos, lucha antiterrorista, bienestar integral, tecnología móvil, científicos de la conducta y psicólogos infantiles, entre muchos otros. Algunos de esos términos eran tan desconocidos para mí que ni siquiera fui capaz de determinar qué hacían exactamente aquellas personas.

—¿Sabes, Gotham? —Papá tomó otro trago de café y suspiró con gravedad—, vivimos en una época de transformación asombrosa. Pronto la tecnología nos permitirá reconfigurar nuestro cuerpo y nuestra conciencia desde nuestra BlackBerry. La cuestión

es si vamos o no encaminados hacia ese fin.

En ocasiones como aquella, yo advertía en papá un profundo sentimiento de decepción y desesperación. Era el reverso oscuro de su optimismo, el decaimiento en que se sumía al contemplar desde una posición ventajosa un potencial humano tan maravilloso, y sin embargo, saber que en la mayoría de los casos nuestra especie encauza esos recursos hacia lo de siempre: la guerra y el armamento, la privatización y una riqueza enorme para unos pocos.

—Ayer, en una de nuestras sesiones de grupo, una de las personas dijo que aquélla era la «era sin límites» debido al potencial de que disponemos con toda nuestra tecnología y nuestros recursos. —Se rio—. ¿Sabes en qué pensé cuando dijo eso de «sin límites»?

Negué con la cabeza.

—¿En qué?

—En *Cleo* —sonrió.

Caray, sí que había estrechado sus lazos con *Cleo*. No sólo había llegado a apreciar en ella una larga serie de cualidades espirituales durante el verano, sino que ahora pensaba que ella era una pionera en potencia para conducirnos hacia el mundo feliz tecnológico del futuro.

—La verdadera ausencia de límites deriva del acto puro de ser; no de hacer o de intentar, sino simplemente de ser. No se trata de ganar reconocimiento o respeto. No se trata de conseguir un premio, conquistar un trofeo u obtener un dividendo, no se trata de operar desde el ego, de ofrecerse uno mismo a los demás porque uno sabe que, en el fondo, su yo sólo es una parte reciclada del todo. Para empezar, uno ni siquiera se pertenece a sí mismo, de modo que devolver el propio ser no es más que otro ejercicio de conciencia.

«¿Lo ves? —pensé para mis adentros—. Esto es lo que pasa después de unos días de meditación constante y talleres espirituales.»

—*Cleo* es ilimitada porque está en contacto consigo misma y sabe que ni siquiera es su yo real.

—Bueno, entonces será mejor que le consigamos un pasaporte —bromeé.

Papá se rio.

—Claro, quizás en lugar de Obama es *Cleo* la que debería haber venido.

Yo llamaba a diario a la residencia canina para que me pusieran al día. Según Missy, *Cleo* se mostró huraña durante buena parte del primer par de días. Esto no resultaba sorprendente del todo, pues aquellos de nosotros que la conocíamos mejor comprendíamos que *Cleo* no era muy gregaria. Aun así, a pesar de que Missy aseguraba que a los perros siempre les llevaba algún tiempo adaptarse a su nuevo entorno, me preocupaba cada vez más la posibilidad de haber tomado una decisión errónea. La

analogía que Nomi había hecho con la cárcel no me hacía sentirme mejor. *Cleo* no estaba hecha precisamente para las reglas del patio. Había llevado una vida fácil, y no hacía falta ser etólogo para saber que no le gustaría verse arrojada en medio de la jungla de la vida en prisión.

Aunque yo sabía que en realidad no teníamos alternativa, e incluso mientras hacía lo posible por relajarme —dando largos paseos por senderos a través de los espectaculares montes de la Columbia Británica montado en una resistente bicicleta de montaña, con Krishu bien sujeto en un remolque—, no podía evitar que me invadiera un creciente sentimiento de culpa hacia *Cleo*. Al tercer día en Whistler, se había apoderado de mí una auténtica aprensión.

—Ha dado un giro de 180 grados —anunció Missy con alegría. Un perrito nuevo llamado *Billy* había llegado aquella mañana y había comenzado a seguir a *Cleo* por la zona de juegos. Missy dijo que, si bien al principio *Cleo*, irritada por su nuevo compañero, le había lanzado dentelladas y había intentado zarandearlo, al final la presencia de *Billy* la había animado y le había infundido valor. Ella le había cobrado cariño a *Billy* y ahora le estaba enseñando las reglas del lugar con plena confianza.

—¿En serio? —le pregunté.

—Ya lo creo —insistió—. Confíe en mí. Mañana tendré mucho más que contarle.

Llamé veinticuatro horas después con una expectación tremenda.

—Y bien, ¿*Cleo* ya es una *kie*?

—¿Qué es una *kie*? —preguntó Missy, desconcertada. Era un término carcelario que yo había descubierto hacía unos años, cuando estaba documentándome en línea para un proyecto que se desarrollaba, en parte, dentro de una cárcel. Se usaba para designar al mandamás de los internos, el que establecía la cultura del lugar.

—Olvidelo —le recomendé a Missy—. ¿Cómo está hoy?

—Se lo dije —respondió Missy con gran efusividad—. *Billy* y *Cleo* han formado una pequeña manada con un grupito de perros de su tamaño que siguen a *Cleo* por toda la zona de juegos. Durante parte de los juegos que organizamos, todos observan a *Cleo* e intentan hacer los trucos igual que ella.

Se me cayó el alma a los pies.

—¿Trucos? —Eso lo decía todo. Missy había confundido a *Cleo* con otro perro—. ¿*Cleo*?

—Ya lo creo —respondió ella con su voz nasal—. Su pequeño chucho blanco es un líder nato.

No pude evitar sonreír.

—Ahora voy a tener que observarla de cerca —confesó Missy—. Cuanto más crece su grupo, más se fijan en él los demás. Eso puede causar cierta fricción.

Claro, pensé. La vida en prisión, las bandas... Las cosas podían ponerse feas en cualquier momento.

—No se preocupe. *Cleo* no parece de las que crean problemas.

En efecto, no lo era. A pesar de su complejo de Napoleón, era improbable que encabezara una revuelta al estilo bolchevique.

Colgué el teléfono intrigado por lo que Missy me había contado. Localicé a Candice en el *spa*.

—¡*Cleo* tiene un esbirro! —le dije con alegría, escandalizando a la mujer que le estaba haciendo la manicura.

Aquella noche, durante la cena, compartí las novedades de Missy con el resto de la familia. Si bien durante el día todos nos separábamos, nos entregábamos a actividades distintas por el complejo turístico o sus alrededores e incluso nos dejábamos caer de vez en cuando por el cursillo de papá, cenar juntos se había convertido en un ritual cotidiano. Era el momento de contar historias, dejar a los niños jugar bajo la mesa y acabar el día de forma tranquila.

Durante los últimos meses, *Cleo* se había convertido en un tema de conversación cada vez más recurrente. Sus payasadas con papá, además de las lecciones casi profundas que yo había aprendido de ella, provocaron carcajadas, expresiones burlonas, suspiros y sonrisas. Su reciente ascenso a la condición de jefa de la banda en la guardería Los Ángeles le granjeó aún más elogios. En retrospectiva, supongo que las anécdotas que contábamos sobre *Cleo* habían adquirido unas connotaciones evidentes. Habíamos empezado a hablar de ella con tanto cariño que era casi como si ya no estuviera con nosotros. Quizá fuera algo inconsciente, una forma sutil de admitir lo que todos sabíamos que era cierto: *Cleo* se estaba haciendo vieja. Desde que había cumplido diez años había pegado un bajón manifiesto. Hacía poco, Candice y yo, navegando por Internet, averiguamos la esperanza media de vida de las razas cruzadas como la de *Cleo*. Todos los indicios apuntaban a que, como le gustaba decir a mi padre, ella estaba en el «ocaso de la vida».

Tara en particular prestaba mucha atención siempre que alguien mencionaba el nombre de *Cleo*. Recientemente, había empezado a entender el concepto «años caninos». Esto, combinado con los conocimientos de aritmética que adquiriría en el colegio, le permitió calcular que *Cleo* era ya toda una septuagenaria. Teniendo en cuenta que ella consideraba «viejo» a cualquiera que tuviese más de unos once años, para ella *Cleo* era antediluviana. En este contexto, la reacción de Tara al oír el nombre de *Cleo* aquella noche no fue del todo inesperada: rompió a llorar.

Mallika, la madre siempre solícita, cogió a Tara en brazos.

—¿*Cleo* se está muriendo? —preguntó Tara sin rodeos.

—No, *Cleo* está bien —tercié—. Está perfectamente.

La niña me miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Mamu (el término indio para «tío») se está haciendo muy vieja. Me doy cuenta. Y creo que se va a morir pronto.

Más impotentes que nunca, los adultos de la mesa miraban a Tara en silencio.

—Ve a buscar a tu padre —me indicó mi madre.

Localicé a papá en una sala de conferencias. Estaba conversando sobre el concepto de «células pacíficas» (lo contrario a las células durmientes) con una pareja suiza que trabajaba en la ONU. Me disculpé por la interrupción antes de susurrarle a mi padre al oído lo que estaba pasando.

Papá asintió y se puso en pie. Le comunicó a la pareja suiza que había surgido una emergencia familiar y debía ocuparse de ella. La paz mundial tendría que esperar.

—¿Qué pasa? —le preguntó papá a Tara cuando regresamos al comedor.

—No quiero que *Cleo* se muera —respondió ella. La mera idea hizo que le resbalara una lágrima por la mejilla—. No quiero que nos deje.

Papá no vaciló.

—Escucha, Tara: durante las últimas semanas he pasado más tiempo que nunca con *Cleo*. —Sonrió al pensar detenidamente en alguno de los momentos que había vivido junto a ella a lo largo del verano—. Y he comprendido que *Cleo* ha sido un verdadero regalo para todos nosotros. Nos quiere de verdad y acepta todo el amor que le damos. Pero como sucede con los mejores regalos, debemos disfrutar de ella mientras esté entre nosotros, y no debemos preocuparnos por el día en que ya no esté. —Papá le enjugó la lágrima. Tara intentó sonreír, pero no lo consiguió del todo—. *Cleo* es un regalo que el universo nos ha brindado, pero en realidad no es nuestra. Sólo estamos aquí para cuidar de ella hasta que, algún día, esperemos que en un futuro muy lejano, el universo la vuelva a acoger en su seno tal como hace con todos nosotros. Simplemente debemos estar agradecidos por el tiempo que se nos ha concedido para estar juntos y asegurarnos de aprovechar cada segundo, porque es el tiempo más preciado de que disponemos. Si puedes ver a *Cleo* en tu mente y sentirla en tu corazón, en realidad nunca estará lejos de ti, ¿verdad? —Tara asintió—. Es mejor que olerla u oírla ladrar constantemente, ¿no?

Esta vez, Tara prorrumpió en carcajadas. Papá la levantó triunfalmente en volandas.

Tara le sonrió a su madre, como para asegurarle que la crisis había pasado, aunque sólo fuera temporalmente. Mallika respiró con alivio, bien consciente de que aquél no era más que el primero de muchísimos momentos de maduración.

No obstante, se me ocurrió que esto no sólo era un momento de maduración para Tara. También lo era para papá. Evidentemente, al ver cómo Tara se ganaba su afecto, sus otros dos nietos —Leela y Krishu— se sintieron impulsados a imitarla. Todos se encaramaron sobre las rodillas del abuelo y lo abrazaron. Era una escena que nadie habría previsto, pero el verano parecía haberla hecho habitual. Miré a mi madre, sintiendo curiosidad por ver su reacción. Ahora era ella la que tenía los ojos llorosos. De repente, sospeché que su plan maestro para el verano había funcionado.

A pesar de las múltiples identidades de papá —como profesor, estudioso, famoso, doctor, autor y compinche de Larry King—, la de patriarca de la familia era nueva para él, algo a lo que todavía se estaba acostumbrando. Y sin embargo, le sentaba bien.

Parecía encajar con cierta faceta de él que asumía casi sin esfuerzo en los momentos en que no estaba trabajando duro en algún *best seller*, reflexionando sobre la conciencia o intentando solucionar los problemas del mundo.

Mientras Krishu intentaba darle a papá una cucharada de tarta de plátano y caramelo, uno de los asistentes al cursillo pasó junto a nuestra mesa. Al ver a papá sentado ahí con tres niños pequeños trepados encima de él, tuvo que mirar dos veces.

Papá lo saludó y le presentó a la familia. El hombre, un recién divorciado que intentaba sobrellevar y superar el dolor por el fracaso de su matrimonio, era de Colorado.

—Es agradable verle con su familia —comentó después de unos minutos de cháchara trivial—. No sé por qué, esa imagen no me había venido a la cabeza.

Papá se encogió de hombros y le sonrió.

—A mí tampoco.

Por más que algunos digan que la paternidad es instintiva, en realidad no lo es. A mí, eso de cazar y recolectar nunca me pareció del todo natural. Los conceptos de proteger y dar sustento, ahorrar, hacer el testamento y todos los demás ritos y conductas que acompañaban a la paternidad requerían de un aprendizaje para que uno llegara a sentirse a gusto con ellas. Hasta la fecha, algunos de ellos siguen estando lejos de mi área de competencia.

Y, sin embargo, existían sentimientos menos prácticos vinculados a la paternidad que eran verdaderamente instintivos en mí. Krishu nació con tres semanas y media de antelación. Como si no estuviéramos preparados para el cambio que entrañaba nuestra condición de padres, el momento prematuro que eligió nos pilló con los pantalones bajados. En mi caso, esto fue así en un sentido bastante literal.

Cuando Candice me dio un codazo a las dos de la mañana y me alertó de que «creía que había roto aguas», le devolví el codazo y le repliqué que probablemente «se equivocaba» (en mi defensa, debo decir que estaba medio dormido). Por supuesto, ella tenía razón, y pronto caí en la cuenta de que nos encontrábamos en el punto de no retorno. En un frenesí despavorido, salté de la cama y me puse rápidamente en marcha, metiendo en una bolsa todo lo que se me ocurrió antes de salir con rumbo al hospital. No fue hasta que estuvimos en el coche que Candice advirtió que me había olvidado de algo.

—Le he puesto comida a *Cleo* —contesté con seguridad. Ya estaba haciendo gala de mis habilidades como padre, como si el hecho de no permitir que la perra se muriera de hambre fuese un gran logro.

—No. —Señaló hacia abajo. Al seguir con la mirada la dirección de su dedo me percaté de que sólo llevaba puestos unos calzoncillos.

Treinta minutos más tarde, Candice y yo (con un bonito chándal de Polo) nos encontrábamos en la sala de maternidad del Centro Médico de Santa Mónica-UCLA intentando mantener una conversación trivial para no escuchar los lamentos de una mujer

que estaba al final del pasillo: «¡Sacadme esta cosa de una puñetera vez!»

—No te preocupes —le dije a Candice para tranquilizarla, como un auténtico macho imbécil que no tenía ni idea de qué estaba hablando—. Estoy seguro de que tu parto será rápido e indoloro.

Sí, claro.

Veintidós horas y media después había nacido nuestro hijo pequeño. Después de presenciar en persona lo que Candice tuvo que soportar para dar a luz, me continúa pareciendo un misterio que nos quiera a los dos.

Sólo han pasado un par de años, pero me gusta pensar que Candice y yo nos las hemos apañado bastante bien. Aun así, resulta difícil —más bien, imposible— enseñarle a un niño de dos años de edad a valorar algo en su vida. De todos modos, yo lo intento a menudo con mi hijo. Aunque ahora no lo sepa, algún día tomará conciencia de que *Cleo* ha sido una influencia importante en su vida, no sólo por su manera de quererlo y de lamerlo, sino porque, precisamente gracias a su ser ilimitado, manifiesta alguna de las cualidades más importantes que él asimilará jamás.

Aunque tanto papá como yo hemos aprendido mucho de ella, las lecciones que *Cleo* le está transmitiendo a Krishu —a una edad en la que el universo se graba todos los días en su conciencia con rapidez— están entre las más preciadas que jamás recibirá.

Todo esto lo digo desde la perspectiva que me da el ser un «hijo de», pues sé, en el fondo de mi corazón, que algún día estaré aún más orgulloso de decir que soy el «padre de».

En algún momento entre el cuarto o el quinto día de los cursillos de papá, los asistentes empezaron a mostrarse más desenvueltos. Para la mayoría de la gente, ésta era la parte más valiosa del curso, en la que podían examinar tanto sus dilemas personales como los planetarios con una sobriedad que, al mismo tiempo, tenía sus raíces en una perspectiva mucho más amplia de la conectividad de todas las cosas. En aquella etapa, dicha conectividad era vivencial y no simplemente conceptual. Esta experiencia colectiva consistente en desprender las capas del yo en el ambiente abierto y a la vez íntimo del cursillo generaba una energía especialmente estimulante e inspiradora. Hasta yo, el cínico de la familia, lo reconocía.

Papá también cogía el ritmo durante esa fase del curso. Se sentía motivado por aquella misma energía inspiradora. Sus clases adquirirían un valor añadido. Sus intuiciones lo empujaban hacia nuevos límites. No había demasiadas cuestiones —las noticias sobre el deficiente sistema sanitario, la economía a punto de derrumbarse, la feroz retórica de los imperialistas y los terroristas que asolaban el mundo exterior— que lo amedrentaran. Él seguía adelante siempre, tanto si se trataba de lidiar con el modo de ayudar a las personas a aprovechar su conciencia y curarse a sí mismas, como de abordar aquellas crisis globales de mayor envergadura e idear soluciones creativas con la ayuda de los

demás.

Puede que lo único capaz de frenarlo —literal y metafóricamente— fuese una avería en un teleférico, que es exactamente lo que sucedió cuando él, Krishu y yo ascendíamos hacia una empinada cumbre en una cabina.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó papá al advertir que nos habíamos quedado parados, colgando a unos sesenta metros de altura sobre una pista de esquí artificial y mientras la cabina se mecía suavemente adelante y atrás.

—A menos que seas MacGyver, no hay gran cosa que podamos hacer —respondí.

—¿Quién es MacGyver? —Me miró desconcertado.

Negué con la cabeza.

—Supongo que tendremos que esperar.

Mientras tanto, Krishu parecía indiferente a nuestro aprieto. Nos moviéramos o no, el mero hecho de estar en la cabina del teleférico ya era una aventura única para él.

—Mira. —Señaló por la ventana del compartimento cerrado. La admiración dibujó en su expresión una sonrisa que habría podido suministrar energía a toda la ciudad de Nueva York.

Papá y yo seguimos la trayectoria de su diminuto dedo para ver qué estaba señalando. No alcancé a distinguir nada en particular. La ladera sobre la que estábamos descendía a un valle en el que se encontraban nuestro complejo turístico y unas cuantas fincas de lujo. Más allá de unos cuantos kilómetros de tierras pobladas, las montañas se elevaban abruptamente hacia unas cumbres nevadas que arañaban el cielo. El sol se había puesto por detrás de aquellas cimas, pero unos débiles rayos de luz se proyectaban aún hacia el cielo y teñían la neblina de un resplandor naranja y púrpura.

—¿Qué, Krishu? ¿Qué es lo que ves?

—¡Eso! —Krishu volvió a hacer un gesto con el dedo, esta vez más enérgicamente. Seguí de nuevo con la vista la dirección en que apuntaba, escrutando la vasta extensión del cielo.

Papá estaba haciendo lo mismo. Ambos recorriamos el paisaje con los ojos entrecerrados, intentando resolver el misterio.

—¿Qué es lo que está señalando?

De repente, lo vi claro. Me recosté sobre el banco acolchado, riendo.

—Nada. No está señalando nada.

—¿Qué quieres decir? —preguntó papá sacudiendo la cabeza, todavía sin comprender.

—O todo. —Me encogí de hombros—. Supongo que depende del punto de vista.

Papá volvió a mirar por la ventana. Contempló la ladera que se hundía en el valle, la extensión de tierra llana, las montañas del otro lado con cuevas escarpadas coronadas por cumbres cubiertas de nieve, tras las que se había formado una bruma iluminada con el naranja y el púrpura del ocaso. La magia extraordinaria del planeta Tierra, el espacio mítico en el que aquellos picos rozaban el cielo: eso era lo que Krishu estaba señalando.

Al fin, papá lo entendió.

—Fantástico —asintió, y se sentó a Krishu en las rodillas—. Eres un genio. —Le hizo cosquillas con cariño. Se volvió hacia mí—. Es un auténtico *rishi*, un visionario.

Krishu se tomó el cumplido con su característica humildad. Ya había pasado a la siguiente revelación y señalaba hacia abajo. Una vez más, papá y yo seguimos la dirección de su dedo, esta vez decididos a identificar el objeto de su admiración sin ponernos demasiado existenciales al respecto.

En esta ocasión, sin embargo, no nos hicieron falta unas gafas de gurú para ver lo que veía Krishu. Un oso negro mediano escarbaba con torpeza entre una pila de ramas y hojas que había en el suelo. Krishu se fue animando a medida que se daba cuenta de que era un oso vivo de verdad.

—¡Dada, un oso! —exclamó.

—¡Caray! —respondió con entusiasmo papá, que ya estaba bien entrenado en las artes de los abuelos.

Una vez corroborada su alegría, Krishu se quedó mirando el oso sin más, con los ojos como platos de asombro.

Papá, con una expresión similar de pasmo, también permanecía en silencio. Pero no estaba observando el oso, sino a Krishu.

—¿Sabes? —Papá se dirigió a mí sin quitarle los ojos de encima a Krishu—. Éste será tu reto como padre. ¿Cómo vas a preservar y proteger esta inocencia y esta sensación de ausencia de límites a medida que Krishu crezca y se enfrente a un mundo que le exige lo contrario? La conformidad nos acecha a todos. —Se volvió en su asiento hacia mí—. No es fácil.

¿Se refería a mí —me pregunté—, o a sí mismo?

Krishu seguía fascinado con el oso que teníamos debajo. Pero, tal como solía hacer cuando notaba que quienes lo rodeaban no estaban hablando con él, intentó recuperar la atención de su abuelo.

—Mira, Dada. —Volvió a señalar hacia abajo.

—El oso está comiendo —asintió papá, impresionado—. Ya lo veo.

—Sí —convino Krishu—. Veo un rinoceronte y un tigre. —Abrió aún más los ojos con un entusiasmo creciente.

—Caray. —Papá le siguió el juego.

—Y un elefante y un pingüino —continuó Krishu. Si uno seguía la mirada de Krishu, podía comprender que, a sus ojos, el rinoceronte, el tigre, el elefante y el pingüino eran tan reales como el oso. Al igual que para *Cleo*, para Krishu la ausencia de límites no era una cualidad espiritual ni un ideal que tuviera que alcanzar para integrarlo en su vida. Era un estado de su ser. ¿Cuánto duraría? El mundo y yo trabajaríamos juntos para prolongarlo durante el mayor tiempo posible. Era lo máximo que podía hacer.

La cabina dio una sacudida al tiempo que el cable tiraba de nosotros hacia delante con un zumbido. Volvíamos a estar en marcha. Krishu se despidió de sus amigos de

abajo con la mano y comenzó a buscar otros nuevos a medida que la pendiente de la montaña se hacía más pronunciada.

—¿Te ha contado mamá lo que voy a hacer? —Papá cambió de tema.

Negué con la cabeza, sin saber a qué se refería.

—Voy a hacerme vegetariano y voy a ir a Tailandia a vivir un mes como monje.

Me quedé mirándolo sin comprender nada. Ya le había oído proclamar su propósito de hacerse vegetariano muchas veces, pero lo de vivir como monje era toda una novedad.

—Pasaré un mes en un monasterio dedicándome a la meditación, a vivir de la caridad de los demás y nada más.

Me quedé de piedra. No sabía qué más decir.

Evidentemente, papá no necesitaba una reacción mía ni de nadie para continuar la conversación.

—Necesito tiempo para pensar qué es lo que quiero en realidad que la gente recuerde de mí.

Asentí con la cabeza.

Sonrió como si se hubiera fijado en lo que acababa de decir.

—Y necesito tiempo para pensar por qué me importa tanto que me recuerden.

A la mañana siguiente, antes del desayuno, me quedé en la habitación e hice unas llamadas que tenía pendientes. Telefoneé a la residencia canina de Los Ángeles y me contestó el propio Nomi.

—Eh, colega —me saludó—. Te lo dije, tu perra es como una GO. Sabes lo que significa, ¿no?

Estaba lo bastante al día como para saber que significaba «gánster original». Era un término que se remontaba a la época en que la música rap pegó fuerte por primera vez y denotaba cierta clase de respeto urbano, una fusión entre la autoridad de un padrino de la mafia y el zen del gueto.

—Qué va, tío. —Nomi se rio—. En el caso de *Cleo* Chopra la G no es de gánster, sino de gurú; ella es una gurú original, colega.

Esta vez fui yo quien se rio.

—Tiene una buena pandilla —me informó Nomi. El destacamento de perros pequeños de *Cleo* había aumentado en número—. Dile a tu padre que se ande con cuidado.

Le di las gracias a Nomi y le dije que llamaría de nuevo al día siguiente.

—Como quieras, colega. *Cleo* nos está llevando de peregrinación al parque nacional de Joshua Tree. La Gurú Original es lo más en gurús.

Sonreí para mí mientras me dirigía hacia el pequeño salón de negocios situado justo al lado de la habitación de hotel de mis padres. Se alojaban en una planta VIP especial

donde los extras tales como el desayuno estaban incluidos en el precio de la habitación. Por desgracia para el hotel, no habían contado con que nuestra familia numerosa se apropiaría del lugar. Tras cierta resistencia inicial, ellos cedieron, y básicamente convertimos el salón en nuestro comedor privado.

Aquella mañana, Mallika nos había pedido a todos que llegáramos puntualmente a las ocho de la mañana porque Tara tenía algo que anunciar. Como yo sabía que no convenía hacer enfadar a mi hermana, llegué con unos segundos de antelación. Todos los demás —incluidos mis padres— ya estaban allí sentados, esperando con expectación las noticias de Tara. Mallika hizo un gesto con la mano indicando que le daba la palabra.

—Eh, yo... —comenzó Tara nerviosamente.

—¡Dilo de una vez! —la azuzó Leela.

—Dilo —la imitó Krishu con su vocecita alegre.

—Vaaale. —Tara miró al dúo Maravillas—. ¡Voy a tener un perrito! —soltó de sopetón. La mirada le brillaba de emoción.

—Cuéntales el trato que hemos hecho —le instó Mallika.

Tara asintió.

—Leela y yo le hemos prometido a mamá que limpiaremos nuestras habitaciones cada semana, que no nos pelearemos, que haremos cada noche nuestros deberes y que veremos menos la televisión.

Mallika me hizo un gesto con la cabeza y guiñó un ojo.

El entusiasmo de Tara no tenía límites. Había estado dándoles la tabarra a sus padres con lo del perro desde hacía una eternidad. Su guerra de desgaste al fin había dado fruto.

Durante el resto del día, discutimos sobre cómo se llamaría el perrito. Entre los nombres propuestos que más nos gustaban estaban *Delhi* (idea de Sumant), *Chutney* (idea de mi madre), *Moksha* (idea de papá), *Jedi* (idea de Candice), *Rumi* (idea de Mallika), *Pelusa* (idea de Leela) y *Tom Brady* (idea mía). Krishu, por su parte, estaba indeciso. Naturalmente, daba por sentado que cualquier perro que ingresara en la familia seguiría los pasos de *Cleo*, literalmente, así que él votaba por ponerle «*Cleo 2*».

Poco a poco, conseguimos convencerlo de que el nuevo perro, si bien sería hermano de *Cleo* del mismo modo que él lo era de Tara y de Leela, debía tener su propio nombre e identidad.

Fue entonces cuando, de manera inexplicable, se le ocurrió otro nombre: «*Trash can*», cubo de basura.

Durante los siguientes días, a medida que nuestras espléndidas vacaciones —y el verano— tocaban a su fin, nuestro entusiasmo iba en aumento ante la llegada inminente de un nuevo miembro de la familia. Mallika estaba cada vez más decidida a imponer unas normas estrictas que garantizaran que el nuevo cachorro fuera adiestrado desde el principio para no caer en los numerosos malos hábitos que otro favorito de la familia había adoptado. Candice y yo le seguimos la corriente, la apoyamos en sus falsas esperanzas e intercambiamos una sonrisa socarrona a sus espaldas.

Curiosamente, Tara —la instigadora original de todo aquel revuelo— pareció encaminarse en la dirección opuesta. Fiel a su carácter contemplativo, estaba cada vez más callada a medida que pasaban los días y se aproximaba la fecha en que regresaríamos a Los Ángeles y adquiriríamos el cachorro.

—Tío Gotham. —Tara se me acercó en el aeropuerto mientras esperábamos a embarcar en el vuelo de regreso a casa.

Su tono de voz dejaba traslucir un conflicto interior. Se notaba que estaba dándole muchas vueltas a algo. Papá, que leía una revista sentado a mi lado, también la oyó. Preocupado, se volvió hacia ella.

—¿Qué ocurre?

—Bueno, yo sólo... —Se le humedecieron los ojos—. Sólo quiero que *Cleo* sepa que, pase lo que pase, incluso cuando tengamos un nuevo cachorro, nunca olvidaré que ella fue mi primer perro. Y siempre la querré de una manera especial.

Aliviados, papá y yo sonreímos a la vez.

—¿Sabes, Tara? —La abracé—. No hay ninguna regla que diga que no puedas querer con todas tus fuerzas a dos perros a la vez.

En ese momento, fue ella quien se sintió aliviada.

—Estaba pensando —dijo con una expresión que indicaba que había estado pensando de verdad, y mucho— que, como *Cleo* será la hermana mayor del nuevo cachorro, podría enseñárselo todo, ¿no?

Asentí lentamente. Mi hermana iba a matarme.

—Creo que es una idea fantástica —interrumpió papá—. Está claro que *Cleo* tiene mucho que enseñarnos a todos.

Notas

1. Nombre con que se conoce a Phil McGraw, psicólogo que presenta un programa de televisión en que da consejos sobre «estrategias de vida». *(N. del T.)*
2. En español en el original. *(N. del T.)*
3. En español en el original. *(N. del T.)*

Índice

Título de la Página	2
Créditos	4
Dedicatoria	6
Contenido	8
Agradecimientos	10
Introducción	12
1	23
2	29
3	39
4	60
5	78
6	101
7	119
8	135
9	155
10	174
Notas	195